365 Días contigo

VICTORIA LACACI



365 DÍAS CONTIGO

VICTORIA LACACI

Copyright © 2026 Victoria Lacaci
victorialacaci@yahoo.com

Título original: 365 DÍAS CONTIGO
Escrito por Victoria Lacaci
Instagram: @victoria.lacaci.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Contenido

NOTA DE LA AUTORA.

CAPÍTULO 1.

CAPÍTULO 2.

CAPÍTULO 3.

CAPÍTULO 4.

CAPÍTULO 5.

CAPÍTULO 6.
CAPÍTULO 7.
CAPÍTULO 8.
CAPÍTULO 9.
CAPÍTULO 10.
CAPÍTULO 11.
CAPÍTULO 12.
CAPÍTULO 13.
CAPÍTULO 14.
CAPÍTULO 15.
CAPÍTULO 16.
CAPÍTULO 17.
CAPÍTULO 18.
CAPÍTULO 19.
CAPÍTULO 20.
CAPÍTULO 21.
CAPÍTULO 22.
CAPÍTULO 23.
CAPÍTULO 24.
EPÍLOGO.

NOTA DE LA AUTORA.

A menudo me preguntan que por qué escribo, si lo hago para desarrollar mi creatividad, por un motivo económico o simplemente como un pasatiempo. Supongo que hay un poco de todo eso, sería absurdo negarlo, pero, por encima de cualquier otra razón, hay una que pesa más que las demás.

Escribo porque me gusta pensar que, alguna vez, alguien leerá mis libros en el momento adecuado.

Quizá sea una adolescente que se siente confundida, distinta a sus amigas, que aún no sabe cómo ponerle nombre a lo que siente ni cómo explicar que le gustan las chicas. O tal vez sea una mujer de cincuenta años que ha pasado la vida cumpliendo expectativas ajenas y que nunca se permitió vivir su sexualidad con naturalidad, por miedo, por costumbre o por puro cansancio.

Si alguna de mis novelas consigue que una sola de esas personas se sienta menos sola, menos extraña, menos equivocada; si logra que alguien se atreva a vivir con un poco más de libertad, a normalizar aquello que durante demasiado tiempo le hicieron creer que era raro o inapropiado, entonces habrá valido la pena.

También me preguntan mucho que por qué, en todas mis historias, los animales de compañía ocupan un lugar especial, a veces como personajes secundarios, otras como silenciosos testigos de lo que ocurre. Y por qué, además, son siempre animales que han sido abandonados.

La repuesta es sencilla: si puedo aportar un pequeño granito de arena dando voz a quienes no la tienen, lo hago encantada.

Apoyo completamente la adopción responsable y creo en la convivencia consciente con los animales, en la idea de que no son objetos, ni caprichos, ni accesorios, sino compañeros de vida que merecen respeto, cuidado y compromiso. Si a través de una de mis novelas alguien se plantea adoptar en lugar de comprar, informarse antes de decidir, o mirar de otra forma a ese perro o ese gato que

espera en una protectora, sentiré que parte de mis historias han cobrado vida fuera de los libros.

Al final, escribir también es eso: elegir qué mundos mostramos y qué valores dejamos entre líneas. Y si puedo hacerlo contando historias de amor, libertad y segundas oportunidades —para personas y animales—, entonces no se me ocurre una manera mejor de hacerlo.

Victoria Lacaci.

CAPÍTULO 1.

SOFÍA.

El taxi avanzó con suavidad por la calle Floridablanca, giró hacia Comte d'Urgell y cruzó la Gran Vía entre semáforos aún somnolientos. En la radio sonaban las noticias del tráfico y una previsión meteorológica propia de principios de octubre.

Desde mi asiento observé cómo la ciudad de Barcelona empezaba a llenarse de vida, con trabajadores desayunando de pie en los bares, estudiantes cruzando la calle entre risas y camareros levantando persianas con gesto mecánico mientras las motos, veloces como siempre, zumbaban entre carriles. El cielo tenía ese azul desvaído que solo se ve al amanecer, antes de que Barcelona lo manche con su ritmo frenético.

Normalmente, acudía caminando al trabajo, pues aquel trayecto de unos treinta minutos desde mi piso en Sant Antoni hasta la oficina, en pleno Passeig de Gràcia, justo donde se cruza con la calle Aragó, era algo que apreciaba: me ayudaba a ordenar las ideas, a desperezar el cuerpo, a sintonizar con el ritmo de la ciudad antes de sumergirme en la jornada. Sin embargo, aquel día tenía una reunión importante y el despertador del móvil me había jugado una mala pasada al quedarse en silencio sin razón aparente. Tomar un taxi se convirtió en la opción más segura para llegar a tiempo, con un margen de maniobra razonable.

Acaricié, casi inconscientemente, el informe que llevaba sobre las rodillas y que había impreso en papel el día anterior, a pesar de que lo conocía al dedillo. Cada dato, cada gráfico, cada cifra permanecía grabada en mi mente, pero aun así lo había repasado una y otra vez durante horas. No me convenía equivocarme justo ese día. No con *ella*.

Al llegar al Passeig de Gràcia, el taxi se detuvo frente a la fachada imponente de un edificio coronado por un rótulo gigante que rezaba: "Oceana Catalana". Era propiedad de la misma firma para la que yo

trabajaba desde hacía ya casi dos años, concretamente en su departamento financiero.

Pagué, di las gracias al conductor y bajé del vehículo sujetando con firmeza la carpeta. Me sentía completamente despierta, con los sentidos alerta y la piel encendida de anticipación.

Entré en el portal y saludé al conserje con una sonrisa breve pero cortés; no era mujer de muchas palabras por las mañanas. Sin perder tiempo, me dirigí hacia la zona de los ascensores, caminando con paso tranquilo pero decidido. Me detuve a esperar con paciencia, confiando en que el siguiente ascensor llegara vacío. Detestaba compartir espacios tan reducidos con otras personas.

Cuando las puertas se cerraron detrás de mí, aproveché para mirarme en el espejo interior. Enseguida retoqué mi melena castaña con los dedos, aunque estaba perfectamente peinada. La llevaba suelta, dejando que las ondas suaves cayesen de forma natural sobre los hombros. Después, alisé con cuidado las leves arrugas de mi pantalón gris, de corte clásico, firmado por una casa francesa que —aunque prohibitiva en el precio— me fascinaba por su elegancia sobria, y pasé las manos por la camisa blanca que llevaba puesta, asegurándome de que el botón cercano al cuello quedara desabrochado con naturalidad. Luego, con un gesto rápido, escondí bajo la manga la pulserita de tela con los colores del arcoíris que mi amiga Mireia me había atado en la muñeca el sábado anterior, en aquel antro de mala muerte al que me había arrastrado sin remedio... y en el que, a pesar de todo, no habíamos parado de reír.

Quedé satisfecha con la revisión. En aquella empresa, la elegancia en el vestir no era solo una costumbre, sino una norma no escrita que todos intentábamos cumplir al pie de la letra, algunos con más fortuna que otros.

Apenas puse un pie en la oficina, una voz familiar me llamó desde el fondo del pasillo:

—¡Sofi! Qué bien que ya has llegado... La reunión va a empezar un poco antes —anunció Amanda, la secretaria de Oriol Ferrer, jefe del departamento financiero de Oceana Catalana y mi superior directo.

—¿Cómo dices? —pregunté, incapaz de disimular el tono de alarma en mi voz. Contaba con tener, al menos, media hora para dar un

último repaso al informe. Necesitaba concentrarme, prepararme, respirar.

—Oriol ha dicho que, en cuanto llegaras, fueses directamente a la sala de juntas del piso de arriba —aclaró la secretaria con una sonrisa nerviosa. Era una mujer menuda, ágil, siempre corriendo de un lado a otro, como si viviera en un estado de urgencia constante.

Sentí cómo el estómago se me contraía.

—¿Pero... por qué? —pregunté.

Amanda se encogió de hombros, con resignación.

—Decisión de la *gran jefa* —dijo, como si con eso estuviera todo explicado.

Y en realidad, lo estaba. En aquella empresa bastaba con invocar su nombre, el cargo que ostentaba o alguno de sus numerosos apodos para que cualquier instrucción se acatara al instante.

Asentí, tragando saliva, intentando disimular los nervios.

—Está bien —respondí, aunque no lo estaba en absoluto.

Entré en mi despacho rápidamente, dejé el bolso sobre la silla sin detenerme y, con la carpeta del informe bien aferrada, crucé el pasillo y subí las escaleras, maldiciendo entre dientes a cada peldaño.

Odiaba esas reuniones con *la gran jefa*. Por suerte, no eran frecuentes, pero en los últimos meses Oriol había empezado a delegar en mí ciertas responsabilidades y, aunque aquello suponía un reconocimiento evidente a mi trabajo, también tenía un precio a pagar: asistir a esas interminables sesiones informativas donde cada euro ingresado o gastado debía justificarse ante la presidenta y dueña de buena parte de la empresa, Julia Rocafort.

Solo pronunciar su nombre me provocaba un leve espasmo en la mandíbula. Esa mujer era una mezcla precisa de crueldad refinada y frialdad calculada, heredada, según decían, de su difunto padre, antiguo dueño del imperio naviero que ahora comandaba su hija con puño de acero y sonrisa de porcelana. Su soberbia, casi patológica, su vanidad descarada y, sobre todo, esa manía de transformar cualquier error ajeno en una tragedia profesional, eran, para mí, la encarnación perfecta de todo lo que más detestaba. Y lo peor era que lo hacía con una gracia estudiada, con una cortesía tan afilada

que desarmaba cualquier intento de defensa. Para cuando querías replicar, ya te había hecho sentir como una aficionada incapaz de estar a su altura.

—Bruja odiosa… —murmuré entre dientes, sin poder evitarlo.

Solo me consolaba la esperanza de que los rumores fueran ciertos, y que el testamento de su padre —fallecido hacía apenas unas semanas tras una larguísima convalecencia— escondiera alguna sorpresa. Con un poco de suerte, quizá el viejo villano había dejado la dirección de la empresa en manos de otro de sus hijos... o, mejor aún, de alguien completamente ajeno a esa familia, que apestaba a ambición desmedida y linaje rancio.

Terminé de subir las escaleras con el corazón latiendo un poco más rápido de lo habitual, hasta alcanzar la planta noble de la empresa, donde Julia Rocafort tenía su despacho. Aquel piso siempre me producía la misma sensación, con ese silencio denso, casi solemne, y esa frialdad impersonal que parecía filtrarse por las paredes. Enseguida me dirigí a la mesa donde se aposentaba su secretario personal: un joven impecablemente peinado llamado Bernat, de modales rígidos y expresión permanentemente contenida, con unas gafitas redondas de montura metálica que le daban un aire de sabelotodo casi cómico.

—Sofía, te están esperando —dijo, sin molestarse en disimular del todo cierto tono de desdén, mientras señalaba con la cabeza la lujosa sala de juntas, esa reservada solo para las reuniones con *la gran jefa*.

Asentí con un gesto seco y me dirigí hacia la puerta. Llamé dos veces con suavidad antes de entrar. Nada más hacerlo, mis ojos recorrieron la sala: cinco personas ya estaban sentadas alrededor de una mesa rectangular de caoba, tan pulida que el techo se reflejaba en su superficie con un brillo casi irreal.

A mi izquierda, junto al ventanal, se encontraba Oriol, mi jefe directo, con su calva reluciente, su traje oscuro perfectamente planchado y esa sonrisa suya, franca y levemente cómplice, que solía dedicarme en situaciones tensas. A su lado, como siempre, estaba Beatriz, su mano derecha: imperturbable, recta, con la mirada fija en los papeles que tenía frente a sí.

Enfrente, Jordi, el responsable del área fiscal, mantenía el ceño fruncido y los dedos entrelazados sobre una carpeta gruesa. A su lado, uno de sus asistentes, un joven callado, de expresión concentrada, que se toqueteaba nervioso la corbata.

Y en la cabecera de la mesa, Julia Rocafort: presidenta en funciones y ama absoluta de la empresa desde que su padre, el difunto Julio Rocafort, sufrió un accidente de tráfico que le arrebató la vida a su esposa y lo dejó a él en coma durante dos largos años.

Presidía la escena con esa expresión suya de condescendencia calculada, como si el resto no fuésemos más que figurantes en un espectáculo en el que ella era la protagonista absoluta, brillando como una criatura sobrenatural destinada a reinar sobre el caos.

—Buenos días —saludé, esforzándome por mantener la voz firme mientras me dirigía a la silla vacía junto a Oriol.

—Buenos días —respondieron todos casi al unísono, con educación mecánica. Pero, como siempre, la voz de Julia se impuso sobre las demás: melodiosa, cortante, con esa autoridad natural que resultaba imposible ignorar.

Tomé asiento, observándola con disimulo. Siempre me pasaba lo mismo: la miraba como se mira a un animal salvaje, hermoso, fascinante… y potencialmente letal. A pesar de su juventud —no había cumplido aún los treinta y cuatro—, su rostro reflejaba la madurez de quien ha vivido con intensidad. Llevaba el cabello largo, oscuro y liso, siempre perfectamente peinado, y sus ojos, de un azul acerado, transmitían una inteligencia punzante, casi cruel. Sus labios, llenos y perfectamente definidos, dibujaban esa delgada frontera donde la sensualidad se confundía con una advertencia silenciosa. Vestía un traje azul marino hecho a medida que parecía una armadura elegante y, en cierto sentido, amenazadora.

Sí, debía reconocer que Julia Rocafort era, sin lugar a duda, una de las mujeres más bellas e imponentes de toda la ciudad.

—Bien. Podemos empezar —ordenó con voz modulada tras inclinarse un poco hacia delante —. En primer lugar, necesito un informe verbal, claro y detallado, sobre la situación financiera del último trimestre. Ingresos, gastos operativos, evolución por áreas y

cualquier desviación significativa respecto al presupuesto aprobado en abril.

Se hizo el silencio durante apenas un segundo, hasta que Oriol tomó la palabra. Se incorporó ligeramente en su asiento y habló con tono firme, pero medido. Sabía perfectamente cómo manejarse ante aquella mujer: ni un dato de más, ni una palabra innecesaria.

—El balance general es positivo —empezó—. Hemos cerrado el trimestre con un incremento del 6,3 % en ingresos respecto al mismo periodo del año pasado, impulsado sobre todo por el crecimiento en la división logística. Los gastos operativos también aumentaron, especialmente por la renovación parcial de la flota en el Mediterráneo y la subida de costes de combustible. Aun así, el margen se ha mantenido estable, incluso con un ligero repunte en julio. No hay desviaciones graves con relación al presupuesto, aunque hay algunas partidas que conviene seguir de cerca…

Julia no lo interrumpió durante los casi veinte minutos que duró su exposición, pero tomaba notas con un bolígrafo finísimo de tinta negra, sin mirar el papel, como si pudiese escribir de memoria. Al terminar, levantó la vista y lanzó tres preguntas cortas a modo de dardos: una sobre el retorno de la inversión en los nuevos buques, otra sobre el descenso de actividad en el puerto de Algeciras y la tercera, sobre un retraso en las operaciones de carga en Brasil.

Oriol respondió con la misma concisión, y ella asintió apenas, lo suficiente como para dar a entender que, por el momento, estaba satisfecha. Luego, mi jefe se giró lentamente hacia mí. Sentí la tensión incluso antes de que hablara.

—Y ahora Sofía va a detallar el análisis de rentabilidad por rutas estratégicas y el estado de las cuentas por cobrar en Latinoamérica —anunció antes de cederme la palabra.

Tragué saliva. Me aclaré la garganta y me dispuse a hablar, pero para mi desesperación, la voz se me quebró al primer intento.

—Empezaré hablando de… ¡ejem…!

Intenté recomponerme enseguida, pero la grieta ya estaba ahí, visible. Maldita sea.

Sentí la mirada de Julia Rocafort sobre mí, inmóvil, sin pestañear, como un halcón evaluando a una posible presa. Aquella arpía me

hacía sentir vulnerable, expuesta. No importaba que conociera cada dato de mi informe al milímetro, que hubiera ensayado la exposición varias veces la noche anterior. Frente a esa mujer, hasta la preparación más meticulosa podía tambalearse.

Tomé aire, bajé la vista un instante y volví a empezar. Esta vez con firmeza, intentando centrarme por completo en mi exposición. Aun así, no podía evitar cruzarme, de vez en cuando, con los ojos acerados de Julia.

A medida que pasaban los minutos, el calor empezó a acumularse en mi nuca. Instintivamente, me subí un poco las mangas de la camisa, buscando algo de alivio. Fue entonces cuando noté cómo sus ojos se posaban, con gesto inquisitivo, en mi muñeca derecha, justo donde llevaba la pulserita de tela con los colores del arcoíris. Bajé la manga de inmediato, ocultándola de nuevo con disimulo.

Conseguí terminar de hablar sin perder el hilo, y solté un suspiro silencioso, como quien sale a flote después de haber contenido la respiración largo rato.

Julia se inclinó ligeramente hacia delante, lo justo para que todos supiéramos que venía lo difícil, y comenzó a hacerme preguntas. No eran muchas, pero cada una estaba formulada con la precisión de un bisturí. Era evidente que había memorizado todas las cifras de forma exacta, y por un momento me pregunté si el rumor sería cierto, ese que decía que, detrás de esa actitud arrogante y perfeccionista, había una mente superdotada.

Respondí a sus cuestiones una por una, con seguridad y sin titubear, enlazando cada explicación con claridad. Cuando por fin desvió la mirada hacia Jordi, el responsable del área fiscal, me recosté discretamente en el respaldo, aliviada. Sabía que lo había hecho bien y que, pese a ser la economista más joven del departamento —acababa de cumplir los treinta—, la confianza que Oriol depositaba en mí estaba más que justificada.

A partir de ese momento, me limité a escuchar a mis compañeros, aunque lo que realmente ocupaba mi mente era el rostro de Julia. Lo observaba de reojo, en ráfagas breves pero constantes. Tenía algo magnético, casi hipnótico, con esas líneas limpias y depuradas que parecían esculpidas a propósito para intimidar a los demás. Sin

embargo, aquella mañana su expresión tenía algo distinto; una tensión sutil, casi imperceptible, se revelaba en el modo en que fruncía levemente el entrecejo o apretaba los labios entre una frase y otra, como si algo la preocupara. Aunque, siendo justos, también podía ser solo una impresión mía. Con ella, nunca era fácil saberlo.

La reunión terminó un rato después, sin sobresaltos. Nos despedimos con breves inclinaciones de cabeza y fórmulas corteses antes de abandonar la sala con rapidez, como si todos compartiéramos el mismo deseo de poner tierra de por medio cuanto antes.

Me alejé junto a Oriol por el pasillo, con la adrenalina todavía vibrando bajo la piel. De pronto, sentí —con una certeza casi física— que la mirada de Julia Rocafort estaba fija en mi espalda.

Me asaltó la tentación de volverme, de comprobar si realmente me observaba. Pero no lo hice.

No sabría decir por qué.

JULIA.

En cuanto terminó la reunión, me encaminé directamente a mi despacho. Avanzaba con paso firme, sin detenerme, hasta que la voz de Bernat, mi secretario, me alcanzó desde detrás de su escritorio:

—Julia, ha llamado Octavi Ramis, de Trànsits Balears. Dice que quiere hablar contigo sobre la renegociación de los derechos portuarios en Palma.

—Dile que estoy reunida y cítalo para la semana que viene —me limité a responder, sin reducir el ritmo de mis pasos.

Después entré en mi despacho y cerré la puerta tras de mí con un leve clic. Me dirigí al amplio ventanal que dominaba la ciudad: Barcelona se extendía a mis pies, serena en apariencia, pero atravesada por una vibración constante, como si algo latiera bajo su superficie.

Miré el reloj. Las once y media.

Inspiré hondo, intentando normalizar la respiración. Había llegado el día. En menos de una hora me reuniría con mis tres hermanos y el albacea de mi padre para la lectura de su testamento. Sentía el estómago encogido, como si lo tuviera lleno de piedras al rojo vivo, y

eso que no era de las que solían perder el autocontrol. Los nervios rara vez tenían cabida en mi vida, pero aquello era distinto: lo que estaba en juego era demasiado importante.

En menos de una hora sabría cómo se repartiría el vasto patrimonio de mi padre, Julio Rocafort, y, sobre todo, quién heredaría el control de Oceana Catalana. Lo demás —las casas, las cuentas, las propiedades en Menorca o los cuadros— eran detalles casi sin importancia. Lo esencial era la empresa, su imperio, ese que había construido durante medio siglo a base de disciplina militar y una intuición feroz para los negocios.

Sabía que, en los últimos años, antes del accidente de tráfico que se llevó la vida de mi madre y dejó a mi padre en estado vegetal, él me había llegado a ver como su heredera natural. Marc, mi hermano mayor, era en teoría el sucesor legítimo, pero su falta de visión empresarial y su carácter imprevisible lo habían decepcionado profundamente. A mí, en cambio, me fue cediendo cada vez más poder. Primero con encargos discretos; luego, con responsabilidades mayores y un espacio más visible dentro de la empresa, hasta que, al final, me convertí en su mano derecha.

Pero con él nunca se sabía. Era perfectamente capaz de haber cambiado de opinión en algún momento, por razones que solo él entendería. El testamento podía contener cualquier sorpresa.

Por un instante pensé en Cíntia y Àngels, mis hermanas mayores, las mellizas, parecidas a mi madre tanto en físico como en carácter. Impecables, perfectas, frías como esculturas de mármol e inmersas en una vida de pura frivolidad; pero ellas no me preocupaban tanto como sus maridos, tan ambiciosos como predecibles. Hombres nacidos en familia de rancio abolengo, con esa convicción de que todo les pertenece por derecho natural.

Arrugué el ceño al imaginar la empresa en manos de cualquiera de ellos o, peor aún, del propio Marc. Sería un suicidio, un insulto, un error irreparable.

¿Qué demonios diría el dichoso testamento?

Pronto lo sabría, para bien o para mal.

Impaciente, recogí el bolso del respaldo de la silla y me encaminé hacia la puerta inspirando hondo. Al pasar junto a Bernat, mi

secretario, le dediqué una leve inclinación de cabeza antes de dirigirme a los ascensores. No le ofrecí ninguna explicación, y él tampoco se atrevió a pedírmela, pese a saber que no solía ausentarme en horario laboral sin dejar alguna que otra instrucción.

En el fondo, había conseguido lo que me había propuesto: contener los rumores. Durante semanas, las voces sobre posibles sorpresas en el testamento de mi padre habían empezado a colarse por las juntas de las paredes, especialmente en lo referente a la dirección de Oceana Catalana. Y en una empresa como aquella, con accionistas inquietos y medios siempre al acecho, las filtraciones eran puro veneno.

Al salir a la calle, ni siquiera me molesté en llamar a mi chófer. Alcé la mano y detuve un taxi al primer intento. Me introduje en su interior, cerré la puerta con fuerza y le di al conductor una dirección sin pensarlo dos veces:

—Calle Amigó, número veintisiete. Sarrià.

Durante el trayecto, me dediqué a mirar por la ventana, aunque, en verdad, no veía nada. Las calles, los escaparates, los viandantes… todo pasaba frente a mí como en una película ajena, mientras yo repasaba mentalmente las últimas palabras que intercambié con mi padre antes del accidente, los gestos, las pistas veladas. Intentaba encontrar una señal que me diera algún tipo de certeza sobre lo que me esperaba. Pero no encontré nada.

Cuando el taxi se detuvo, me bajé de golpe, con una presión absurda en el pecho, como si el aire pesara demasiado. Por un segundo, pensé que iba a vomitar. Tragué saliva y me forcé a respirar hondo.

¡Tranquila!

El edificio que tenía frente a mí era elegante, discreto, como todo en esa parte alta de Barcelona. Fachada de piedra clara, puertas acristaladas y un portero que me saludó con una inclinación de cabeza, reconociéndome al instante. Subí directamente al primer piso. Sabía perfectamente dónde iba.

El despacho de Francesc Roca estaba justo al fondo del pasillo, detrás de una puerta de madera maciza sin placa, solo con sus iniciales grabadas: "F.R." Francesc había sido íntimo amigo de mi

padre durante más de tres décadas. Uno de esos hombres de principios férreos y maneras impecables, de los pocos a los que mi padre escuchaba sin discutir. Era uno de los abogados más respetados —y temidos— de toda Cataluña.

Me detuve frente a la puerta, con la palma ya levantada para llamar. Cerré los ojos un instante. No sabía si estaba a punto de entrar en un sitio donde se confirmaría mi lugar en el mundo… o donde me despojarían de él.

Golpeé dos veces con los nudillos. Después, esperé.

Escuché unos pasos que se acercaban del otro lado. Al instante, una mujer regordeta, vestida con un traje gris marengo algo ajustado, se detuvo frente a mí.

—¿Julia Rocafort? Pase, por favor. Sus hermanos acaban de llegar. Sígame.

Asentí sin decir palabra y la seguí mientras echaba a andar con paso rápido pero contenido. El suelo, de madera pulida, amplificaba el sonido de nuestros tacones.

Avanzamos por un breve corredor hasta que la secretaria se detuvo frente a una puerta de doble hoja. La abrió con gesto mecánico y, antes de cederme el paso, añadió:

—Entre, por favor. Enseguida llegará don Francesc.

En cuanto crucé el umbral, tres pares de ojos se clavaron en mí al unísono.

Las mellizas, Cíntia y Àngels, sentadas lado a lado como siempre, me observaron con una expresión impenetrable. Impecables, como era habitual en ellas, con sus trajes de corte perfecto, sus uñas pulidas y ese aire de distinción heredado de mi madre. Me llevaban tres años y, aunque nunca habíamos sido íntimas, tampoco teníamos mala relación. Simplemente, pertenecíamos a mundos distintos: ellas vivían instaladas en una corrección predecible, mientras yo prefería otros derroteros.

Pero fue la mirada de Marc la que me atravesó con mayor fuerza, pues era de pura hostilidad. Estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas sobre la rodilla, fingiendo calma. Su rencor era tan visible que casi podía olerlo.

Marc podría haber pasado por una versión masculina de mí misma: el mismo cabello oscuro y liso, la misma mirada azul profundo… incluso la estatura, en torno al metro setenta y dos, era prácticamente idéntica, cosa que lo había atormentado siempre, sobre todo al comprobar que, con tacones, yo lo sobrepasaba sin esfuerzo.

Sabía que me odiaba, casi tanto como yo lo odiaba a él. Quizá porque fui la única, desde que éramos niños, que nunca agachó la cabeza ante sus bravuconadas ni aceptó su supuesto derecho a mandar por el simple hecho de ser el primogénito. Siempre le planté cara, y Marc era de esas personas que no olvidan —ni perdonan— una afrenta. Pero lo que más le dolía, en el fondo, era lo que él consideraba toda una traición: que yo le hubiera arrebatado el lugar que creía suyo por derecho como heredero natural de nuestro padre al frente de Oceana Catalana.

—Hola, hermanita… —saludó Marc con esa media sonrisa venenosa suya, alargando con gusto innecesario la última palabra, como si fuera un chiste privado.

—Hola, Marc… Hola, chicas —respondí, recorriendo sus rostros con la mirada, uno a uno.

—Hola, Julia —dijeron Àngels y Cíntia casi al unísono, con sincronía.

El ambiente estaba tenso. Bastaba respirar para notarlo. No era yo la única inquieta por lo que pudiera decir aquel maldito testamento.

Tomé asiento en silencio, durante unos segundos que parecieron eternos. Entonces, Marc me lanzó una mirada cargada de sorna, cruzó las piernas con teatralidad y dijo:

—¿Has tenido tiempo ya de vaciar tu mesa del despacho?

Lo miré, entre desconcertada y molesta.

—¿Cómo dices…?

—Digo que quizá deberías ir pensando en hacerlo —continuó, bajando la voz apenas un poco—. A partir de hoy… lo más probable es que necesites el respaldo del resto de la familia para seguir al frente de Oceana Catalana.

La frase quedó flotando en el aire como una ponzoña invisible. Se me erizó la piel, pero contuve el gesto. Lo miré, y luego desvié la vista hacia mis hermanas. Ambas esquivaron la mirada casi al

instante, con una mezcla de incomodidad y algo que, si no me equivocaba, era culpabilidad.

Y entonces lo supe.

No necesitaba que me lo dijeran. Lo entendí en ese instante, con una claridad insoportable: aquellos tres habían llegado a un acuerdo a mis espaldas para, con las acciones que seguramente heredaría cada uno de la empresa, echarme de la dirección.

Marc se habría ganado el apoyo de las mellizas, claro. No de ellas directamente —por sí solas, jamás habrían tenido semejante audacia —, sino a través de sus maridos. Esos dos oportunistas de apellido ilustre y bolsillos sedientos de dinero. Imaginé que Marc se los habría trabajado con paciencia, con promesas, con la astucia venenosa que lo caracterizaba.

Sentí cómo la rabia me trepaba por dentro, lenta pero imparable. De Marc podía esperarlo. Siempre había sido un traidor en potencia. Pero ¿de ellas? ¿De Àngels y Cíntia?

Aquello era una puñalada de lo más inesperada.

De pronto me sentí de nuevo sola, como si el suelo bajo mis pies hubiera retrocedido años atrás y me encontrara otra vez en aquella casa enorme, demasiado fría para ser un hogar, enfrentándome al mundo en solitario. A Marc, con su malicia calculada. A Àngels y Cíntia, siempre juntas, siempre dóciles, obedientes hasta la náusea. A mi padre, ese hombre severo que confundía autoridad con crueldad. Y a mi madre… ausente incluso cuando estaba presente, sentada como una figura de porcelana en el extremo de la mesa, sin levantar nunca la voz, sin mirar demasiado a nadie, como si no quisiera estar allí.

Era esa sensación. La misma. La de ser la única que no encajaba en el decorado familiar. La que hacía ruido, la que incomodaba, la que hablaba cuando debía callar.

Volví a mirar a mis hermanas. Ni siquiera tenían el valor de sostenerme la mirada. Siempre tan refinadas, tan bien educadas… y tan fáciles de manipular. Las veía ahora como lo que eran: auténticos peones, utilizadas como escudo por Marc en su pequeño teatro de poder.

Me hervía la sangre, pero no dije nada. No aún. Aprendí hace mucho que el silencio, cuando se domina, puede ser un arma infinitamente más peligrosa que cualquier palabra dicha con rabia.

Me limité a cruzar las piernas, alzar la barbilla y fingir calma. Solo me quedaba confiar en que mi padre —un hombre inteligente que, con todos sus defectos, amaba su empresa por encima de cualquier otra cosa— hubiera previsto un escenario como aquel.

De pronto, la puerta se abrió con suavidad y entró Francesc, el albacea. Imposible no notarlo. Aquel hombre tenía una figura imponente, con sus ciento cuarenta kilos repartidos en casi un metro noventa y cinco de altura. Llevaba el pelo blanco como la nieve, perfectamente peinado hacia atrás, y una barba recortada con precisión milimétrica que le confería un aire entre sabio antiguo y abogado implacable. Sus ojos, pequeños y oscuros, destilaban inteligencia y una ironía que parecía siempre a punto de asomar por las comisuras. Sonreía con cordialidad, sí, pero detrás de ese gesto había una expresión afilada.

Entró con paso firme, portando una carpeta de cuero bajo el brazo, como si supiera que todos esperábamos ese momento con el estómago hecho un nudo. Se acercó a la cabecera de la mesa y tomó asiento con la naturalidad de quien está acostumbrado a presidir escenarios delicados.

—Buenos días a todos —saludó con aire afable.

—Buenos días —contestamos mis hermanos y yo, casi al unísono.

—Todos conocemos el motivo de esta reunión, así que, sin más preámbulos, procederé a dar lectura al testamento de vuestro padre, don Julio Rocafort, tal y como él lo dispuso, exactamente un mes después de su fallecimiento —dijo, abriendo la carpeta de cuero.

Las mellizas mostraban signos evidentes de nerviosismo; su incomodidad era palpable en la rigidez de sus posturas y en la forma en que evitaban mirarse entre sí. Marc, en cambio, se recostó en la silla con una seguridad apenas disimulada, como si ya conociera de antemano cada palabra que iba a leerse. Por un momento me asaltó la duda: ¿habría logrado acceder al contenido del testamento antes que las demás? Pero enseguida me obligué a descartar semejante idea. Conociendo al abogado y albacea de mi padre, eso era

sencillamente imposible. Si algo tenía claro sobre él, era que jamás traicionaría las instrucciones de su amigo.

Francesc comenzó a leer.

Las primeras páginas fueron casi un inventario de los bienes de mi padre no vinculados a Oceana Catalana: propiedades en la Costa Brava, un piso en París, otro en Viena, una colección de arte valorada en cifras obscenas, cuentas en Suiza y Luxemburgo, fondos de inversión, acciones, participaciones en empresas que yo ni siquiera conocía. Su voz iba enumerando cada uno de los bienes de forma pausada, clara, implacable, aunque yo solo podía escuchar el zumbido sordo que me empezaba a golpear en la sien.

Y entonces llegó la frase que me dejó sin aire.

—…Y en cuanto a la totalidad de estos bienes y activos, dispongo que sean repartidos a partes iguales entre mis hijos Marc Rocafort, Àngels Rocafort y Cíntia Rocafort.

Tuve la sensación de que el mundo se desvanecía de repente, como si un telón gris hubiera caído sobre todo a mi alrededor. Los sonidos se apagaron, los rostros de los demás se difuminaron y cada segundo se estiró hasta hacerse insoportablemente largo. Por un instante, no existió nada más que la sensación fría y paralizante de vacío, un silencio que pesaba más que cualquier palabra.

¿Eso era todo? ¿Mi nombre no estaba? ¿Cómo era posible? Sentí que mi garganta se cerraba, como si una mano invisible me estrangulara desde dentro. Una náusea profunda me subió desde el estómago y me obligó a apretar los dientes para no perder la compostura allí mismo.

¿Me había desheredado? ¿De verdad?

Mi primera reacción fue pensar que sí. Que esa era su última venganza. Su forma de castigarme por no haber sido la hija dócil, obediente, moldeada a su imagen como las mellizas, sino una mujer con voz, con ambición, con carácter.

Y, sin embargo, algo no cuadraba. ¿Por qué, entonces, me había dado tanto poder en la empresa? ¿Por qué, antes del accidente, había confiado en mí más que en nadie? ¿Qué sentido tenía todo eso si iba a dejarlo todo en manos de Marc y de las mellizas?

Los rostros de mis hermanas se quedaron inmóviles, atrapados entre el asombro y la confusión. A ellas también las había pillado por sorpresa. Marc, en cambio… exhibía la satisfacción contenida de quien se sabe vencedor. Apenas había una curva en sus labios, pero en su mirada brillaba un mensaje claro y cruel: *Te lo advertí*.

Me dolía, sí. Pero aún quedaba lo más importante, pues Francesc todavía no había dicho una palabra sobre *Oceana Catalana*, la joya de la corona. Lo lógico, lo que esperaba, era un reparto equitativo de la compañía entre los cuatro. Con un 25 % de las acciones de mi padre en mis manos y el respaldo de alguna de las mellizas —o incluso del consejo de accionistas—, podría mantenerme al frente de la empresa sin mayores sobresaltos.

Francesc volvió a alzar la vista, con ese brillo en los ojos que no supe si era gravedad o una pizca de teatralidad. Sujetaba la carpeta como si en ella reposara el destino del mundo. Y en cierto modo, así era, al menos el del mío.

—Y ahora —continuó con voz firme— pasaré a detallar el reparto de las acciones correspondientes a Oceana Catalana, propiedad de don Julio Rocafort, que, como sabéis, representan el 75 % del accionariado de la compañía.

Un silencio espeso descendió sobre la sala. El abogado tomó aire, como si se preparara para soltar una bomba. Y entonces lo dijo, sin rodeos, con una claridad aplastante:

—Lego a mi hija, Julia Rocafort, la totalidad de las acciones que poseo en la sociedad mercantil Oceana Catalana, representativas del setenta y cinco por ciento del capital social.

Me quedé inmóvil.

Por un instante, no supe si había entendido bien. Noté un leve zumbido en los oídos, como si el aire se hubiese retirado de la habitación. ¿Había dicho mi nombre? ¿*Solo* mi nombre? ¿Oceana Catalana… era mía?

Sentí cómo las miradas de mis hermanos se clavaban en mí como cuchillas. Las de las mellizas, confusas pero apagadas, sin la rabia ni el asombro que cabría esperar. Ellas nunca habían sido demasiado ambiciosas y, además, ya eran ricas.

La mirada de Marc, en cambio, era otra historia. Ardía de incredulidad y rabia contenida, perforándome el rostro con una mezcla de furia y humillación.

Se levantó de golpe.

—¡Eso no puede ser! —espetó, con la voz quebrada por la tensión —. Mi padre no ha podido hacer esto. Este testamento no es válido…

Francesc alzó una ceja, como si estuviese esperando esa reacción. En su rostro se dibujó una sonrisa seca, casi imperceptible. Yo lo conocía lo suficiente como para saber que nunca había soportado a Marc, y que no se iba a molestar en disimularlo.

—Te aseguro, querido Marc —respondió con una calma glacial—, que es perfectamente válido. Y por si quedara alguna duda, hay una cláusula final —aún sin leer— que estipula que cualquier intento de impugnación por parte de uno de los herederos, sin causa justa, supondrá su exclusión automática del testamento. Sin excepciones.

Marc se pasó las manos por el cabello con desesperación, levantándose y alejándose unos pasos de la mesa. El hombre llamado a heredar un imperio, reducido de golpe a una sombra furiosa.

Yo seguía sentada, en silencio, con el corazón desbocado. Acababa de convertirme en una de las mujeres más ricas y poderosas del país, pues el valor de Oceana Catalana superaba, con creces, el de todo lo demás.

Francesc carraspeó de pronto, con un atisbo de gravedad contenida en sus ojos.

—Aún queda un último punto del testamento por leer —anunció en tono protocolario.

De inmediato me puse en guardia mientras el silencio se apoderaba del ambiente. Mis hermanos intercambiaron miradas nerviosas.

Francesc respiró, lo justo antes de continuar:

—Dispongo que el legado accionario conferido a mi hija, Julia Rocafort —me miró directamente al mencionar mi nombre—, quedará condicionado al cumplimiento de las siguientes estipulaciones: deberá contraer matrimonio genuino dentro de los seis meses posteriores a esta fecha, y dicho matrimonio deberá mantenerse, como mínimo, durante un año. En caso de

incumplimiento de esta cláusula, todas las acciones de Oceana Catalana pasarán a ser repartidas en partes iguales entre los herederos restantes: Marc, Àngels y Cíntia Rocafort.

¡Dios! ¿Lo había escuchado bien? ¿Casarme en menos de seis meses?

—¿Es… es una broma? —pregunté con la voz temblorosa, clavando la mirada en el abogado.

Francesc negó levemente con la cabeza, imperturbable.

—Me temo que no, Julia. Ya sabes que tu padre siempre manifestó preocupación por el hecho de que, a tu edad, no entablaras una relación estable con nadie. Consideraba que una mujer debía estar casada para ser respetada socialmente. Era una opinión algo sorprendente que no comparto, pero ya sabes que Julio, en ciertas cosas, era algo chapado a la antigua…

El golpe era brutal. Sabía de sobra que mi padre tenía ideas muy conservadoras sobre lo que debería hacer una mujer "de bien" respecto a su vida privada, pero nunca imaginé que llegara a una manipulación legal de esa magnitud. Me sentía profundamente humillada. Aquella condición... era cruel.

Un castigo encubierto.

—Qué cláusula más interesante... —comentó Marc, con esa sonrisa torcida que me revolvía el estómago—. Ya puedes darte prisa en buscar a algún desgraciado que te haga el paripé, Julia. Aunque, claro, deberá ser un matrimonio auténtico. En todos los sentidos, ¿verdad, Francesc? Si no, me temo que habrá que revisar este reparto, ¿no es así?

Francesc lo miró con frialdad antes de responder, con ese tono seco que usaba cuando algo le molestaba de verdad.

—Julia debe cumplir exactamente lo que dice el testamento. Ni más ni menos.

Me masajeé las sienes en un gesto inconsciente. Siempre había sido extremadamente reservada con mi vida privada, por una razón muy simple: me atraían más las mujeres que los hombres. Y eso, en mi familia, era sencillamente impensable. Ni mi madre ni mi padre lo habrían aceptado jamás. Lo supe desde muy joven, y aprendí a esconderlo con la misma naturalidad con la que otros respiran. Las

pocas relaciones que había tenido —breves, superficiales, secretas— habían naufragado bajo el peso del silencio, puesto que jamás pude ser yo misma, aunque, siendo sincera, tampoco es que me hubiese interesado demasiado el amor romántico; de hecho, ni siquiera creía en él. Y ahora... ¿tenía que casarme con un hombre? Era una broma macabra, como si el mismísimo diablo se estuviera riendo en mi cara.

Aunque...

Una chispa de lucidez atravesó mi mente.

El testamento no especificaba que debiera casarme con un hombre, ¿verdad? Aquel pensamiento me devolvió, por un instante, una sensación de control. Tal vez podría cumplir esa cláusula a mi manera, desafiando —una vez más— las rígidas imposiciones de mi padre, rompiendo con el molde que, a priori, se esperaba de mí.

—Francesc... —dije, manteniendo un tono de voz lo más neutro posible— ¿podrías darme una copia del testamento, por favor? Quisiera revisarlo con mi abogado.

—Por supuesto, Julia —respondió sin inmutarse—. Lo tenía previsto. Pídesela a mi secretaria cuando salgas.

No dijimos mucho más. Me levanté y me despedí de mis hermanos con una frialdad que no me molesté en disimular. Ni un beso, ni una sonrisa. Solo un leve asentimiento de cabeza. Marc seguía con esa mueca de odio cosida al rostro, ardiendo por dentro de puro rencor. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

En cuanto puse un pie en la calle, aspiré el aire con fuerza, como si acabaran de liberarme de una prisión invisible. El cielo de Barcelona estaba algo encapotado, y una brisa húmeda me golpeó el rostro. Lo agradecí. Caminé un par de manzanas hasta llegar a un banco de piedra al borde de la acera, me senté y abrí el sobre que me había entregado la secretaria de Francesc.

Lo leí todo con suma atención hasta llegar a aquella estúpida cláusula sobre mi posible matrimonio. No decía "hombre". No decía "género". Solo hablaba de un "matrimonio auténtico".

Sonreí.

¿El deseo de mi padre era que me casara? Muy bien. Lo haría. Solo tenía que encontrar a la persona adecuada, a la *mujer* adecuada,

una que aceptara un matrimonio de conveniencia a cambio de una suma generosa de dinero, por supuesto.

Lo importante era que *Oceana Catalana* me pertenecía. ¡Por fin!

Poder en estado puro.

CAPÍTULO 2.

SOFÍA.

Aquella tarde había quedado con mis amigas, como casi todos los viernes, en la cafetería de siempre, situada frente al Port Olímpic. Era un lugar modesto, con sillas de metal desgastadas por el salitre a juego con las mesas, pero tenía algo acogedor, auténtico. Los camareros ya nos conocían por nuestros nombres, sabían qué café pedía cada una y que nunca decíamos que no a una copa de vino blanco si la conversación lo merecía, que era casi siempre. Para nosotras, aquel rincón era más que una simple terraza frente al mar; era nuestro refugio, el lugar al que acudíamos a respirar después de semanas intensas, reuniones agotadoras, madrugones sin sentido y jefes —o jefas— capaces de sacar lo peor de nosotras.

Nos habíamos conocido en la universidad, en las aulas de la Facultad de Económicas, cuando aún creíamos que la vida laboral sería una sucesión ordenada de ascensos, ideas brillantes y sueldos motivadores. ¡Qué ingenuas! La realidad nos había empujado por caminos muy distintos, algunos más amables que otros, pero seguíamos allí, cada una con sus historias, sus dramas, sus éxitos y fracasos, compartiéndolo todo entre risas, copas y confidencias.

Mireia, la más formal del grupo —al menos en apariencia—, estaba en plena narración de una historia absolutamente delirante sobre su último ligue: un holandés altísimo que había conocido en una cena empresarial de *networking*. Según contaba, el tipo hablaba seis idiomas, pero era incapaz de manejarse con un mínimo de desenvoltura en la cama.

—Ya os digo… ¡un auténtico desastre! —remató, llevándose la copa a los labios con una sonrisa contenida.

Paula, que trabajaba en una editorial independiente y hablaba con la velocidad de una ametralladora, se inclinó hacia ella con cara de fascinación.

—¿Lo has mandado a paseo ya…?

—Obviamente que sí —respondió Mireia en tono teatral, encogiéndose de hombros con aire cómico.

Las tres estallamos en una risa contagiosa. Lara, como siempre, estaba reclinada en su silla, con esa media sonrisa suya que decía mucho más de lo que solía expresar en voz alta. Observaba la escena con los ojos entrecerrados, divertida y tranquila. Ella era mi mejor amiga, mi cómplice de siempre. Compartíamos confidencias, secretos y salidas nocturnas de lo más variopintas.

—Cambiando de tema —dijo Paula de pronto, girándose hacia mí con una expresión traviesa—. ¿Qué tal con tu jefa? ¿Sigue practicando la tortura psicológica o se ha pasado al exorcismo?

Entrecerré los ojos con un bufido.

—Sigue tan odiosa como siempre… —contesté mientras efectuaba un gesto con la mano como si apartara una nube espesa ubicada frente a mí—. Ayer tuve una reunión con ella y, Dios mío… cada vez que se dirige a mí, parece que me está perdonando la vida. Bueno, a mí y a todos los demás. Es como si el demonio de Wall Street se hubiera reencarnado en una mujer vestida con traje a medida. La gente en la empresa le tiene pánico…

—Bueno, al menos está buena —intervino Lara con sorna, mientras desbloqueaba su móvil—. Mirad esto…

Tecleó algo con agilidad y giró el teléfono hacia el centro de la mesa. En la pantalla apareció una imagen de Julia Rocafort, impecable en una entrevista publicada en una revista económica: traje beige entallado y cabello oscuro recogido en un moño con precisión milimétrica. La mirada, sin embargo, era lo que más imponía. Fría, elegante y cortante como una cuchilla de afeitar.

Me removí ligeramente en mi asiento, incómoda.

—Será guapa, sí, pero te aseguro que es una especie de demonio. De esas personas que caminan por la vida creyéndose por encima del bien y del mal —sentencié, antes de dar un trago largo a mi copa —. Os juro que el mundo sería un lugar mucho mejor sin gente como ella. Solo espero que, algún día, el karma la ponga en su lugar…

—Eso lo dicen todas las que están secretamente enamoradas de su jefa —saltó Mireia con una carcajada, propinándome un codazo cómplice por debajo de la mesa.

—No es mi caso —repliqué, bufando, ligeramente ofendida por el comentario.

—Pues yo te la cambiaba por mi jefe, que encima de ser idiota, es espantoso —dijo Lara con un gesto pícaro—. Al menos tú tienes buenas vistas en las reuniones.

Solté una carcajada. Lara, desde que se había declarado abiertamente bisexual, no se cortaba un ápice a la hora de efectuar comentarios de este tipo.

—Eres una degenerada, ¿lo sabías…?

Ella también rio antes de responder:

—Por supuesto. ¿Acaso esperabas otra cosa de mí?

Afuera, el cielo del puerto se iba tiñendo de tonos oscuros. Las luces de los barcos parpadeaban en la distancia y la conversación siguió su curso; hablamos de antiguas compañeras de universidad, de planes para el fin de semana, de chismes laborales. Reímos, brindamos, nos quejamos del mundo, pero yo pensaba de vez en cuando en la imagen de Julia Rocafort en aquella foto, con esa mirada afilada y esos labios firmes, creados para dictar órdenes.

Y me odié un poco por dedicarle uno solo de mis pensamientos, aunque fuese negativo, a alguien así.

CAPÍTULO 3.

JULIA.

Me detuve frente al ancho ventanal de mi despacho, ese muro de cristal desde el que podía ver, sin ser vista, la geometría impasible del edificio de enfrente. Siempre encontraba cierta tranquilidad en esa rutina: quedarme quieta y dejar que el vaivén de la ciudad al otro lado del vidrio me acompañara en silencio mientras pensaba. Era una forma de calmarme, de poner en pausa el ruido interior. Y aquella mañana lo necesitaba; debía tomar una decisión trascendental.

Llevaba una semana dándole vueltas a la misma cuestión: ¿quién sería la mujer adecuada para cumplir con aquella maldita cláusula? Porque si había algo que tenía meridianamente claro, era que debía ser una mujer. No solo por una cuestión de comodidad o afinidad, ni como un gesto silencioso, pero firme, de rebeldía. Había también en mí una necesidad más profunda, casi visceral, de dejar de esconder lo que durante tanto tiempo había permanecido bajo siete llaves, y si tenía que acatar esa absurda condición del testamento para quedarme con lo que ya consideraba mío por derecho, al menos lo haría bajo mis propias reglas, riéndome de los pensamientos decimonónicos de mi padre y provocando, de paso, un pequeño escándalo en mi entorno.

Descartaba la idea de casarme por amor, por supuesto. Aquello no tenía nada que ver con los sentimientos, sino con pura táctica. Lo que necesitaba era dar con la persona adecuada: una mujer discreta, de confianza, con la capacidad de mantener una mentira sin fisuras, con educación y excelente presencia física, alguien que no solo encajara en el papel, sino que supiera interpretarlo con naturalidad.

Mis antiguos ligues estaban fuera de toda consideración. Cualquier implicación con ellas podría volverse en mi contra más adelante, pues no eran, en absoluto, de fiar. Tampoco tenía amigas lo suficientemente cercanas como para confiarles algo así, y acudir a una *profesional* me parecía demasiado arriesgado.

Había repasado cuidadosamente todas las alternativas, una por una, hasta que, casi por accidente, se me ocurrió el nombre de una posible candidata que reunía todos los requisitos. Se trataba de una mujer inteligente, reservada y dueña de una belleza serena pero indiscutible. Y, si mi intuición no me fallaba, también compartía mi inclinación por las mujeres, lo que haría la historia aún más convincente; un detalle nada menor, teniendo en cuenta que daba por hecho que Marc contrataría a alguien para husmear en el asunto, buscando cualquier excusa para alegar fraude de ley en el cumplimiento de aquella absurda cláusula condicional que me vinculaba a la herencia. No podía arriesgarme a algo así, pues con el tiempo había aprendido que la ley se puede retorcer al antojo de quien la interpreta, y que las sentencias de los jueces pueden ser imprevisibles.

Debía andarme con pies de plomo, acatar al pie de la letra las condiciones impuestas por mi padre y construir, ante los ojos del mundo, un matrimonio creíble.

Comencé a recorrer el despacho de un extremo a otro, una y otra vez, con las manos entrelazadas a la espalda. El sonido sordo de mis tacones sobre el parqué era lo único que rompía el denso silencio que llenaba la estancia. Finalmente, tomé el teléfono y marqué un número. Al otro lado contestó una voz profunda y masculina.

—¿Julia?

—Hola, Martí —respondí—. Necesito que hagas un encargo para mí.

Martí Bosch era el jefe de seguridad de la empresa, un hombre reservado, meticuloso y, sobre todo, leal a mí. Llevaba años trabajando para la compañía y conocía los límites —y las zonas grises— de su cargo mejor que nadie. A veces, su trabajo iba más allá de protocolos y cámaras de vigilancia: investigaciones discretas sobre empresas, políticos o individuos —fuesen empleados o no— formaban parte de sus funciones extraoficiales. Sabía que no había nadie más adecuado para encargarse de algo así. Con Martí, la información siempre llegaba limpia, precisa y, lo más importante, sin dejar rastro.

—Por supuesto. Dime de qué se trata...

—Quiero un informe exhaustivo sobre una de mis empleadas —dije, deteniéndome un instante para elegir con cuidado las palabras—. Necesito saberlo todo de ella: situación financiera, entorno familiar, posibles deudas, hábitos, aficiones, vida sentimental y datos sobre su círculo más cercano. Quiero un retrato completo, sin lagunas.

—De acuerdo —respondió Martí sin vacilar—. ¿Tienes algún plazo en mente…?

Miré el reloj de mi escritorio. El tiempo corría en mi contra, pues si aquello no salía bien, necesitaría encontrar otra candidata cuanto antes.

—Tienes una semana, como mucho —dije con voz calmada—. Es urgente.

—Me pondré a ello cuanto antes. ¿Cuál es su nombre?

Inspiré hondo, tal vez en un último intento de reconsiderarlo. Después se lo dije con voz firme y, sin añadir nada más, colgué el teléfono.

Odiaba esperar, pero no me quedaba otra.

CAPÍTULO 4.

JULIA.

—Julia, acaba de llegar Martí Bosch. ¿Quieres que le haga pasar?

La voz de mi secretario, con ese tono cantarín que le era tan característico, me arrancó de golpe de la lectura del informe que tenía delante: un extenso documento sobre los costes de reparación de uno de los buques mercantes de la compañía.

—Hazlo pasar —respondí de inmediato, dejando el informe a un lado.

Apenas habían transcurrido seis días desde que le había hecho aquel encargo, y que estuviera ya allí solo confirmaba lo que siempre había sabido de él: Martí era un profesional meticuloso, rápido y, sobre todo, de absoluta confianza.

Escuché dos golpecitos secos en la puerta antes de que la figura del jefe de seguridad apareciera en el umbral con su habitual sobriedad. Lo saludé con un leve gesto de la mano.

—Pasa, Martí, por favor —dije con cordialidad, señalando la silla frente a mi escritorio.

Martí Bosch era un hombre de mediana edad, delgado hasta el extremo, con rostro neutro y esa clase de presencia que no llama la atención, pero que sabe estar en todos los lugares importantes sin ser visto. Su aspecto anodino era su mejor disfraz, y yo sabía bien que, tras esa fachada discreta, se escondía una mente analítica y perspicaz.

Se sentó con la eficiencia de quien sabe que el tiempo es un recurso valioso, sin entretenerse en cortesías superfluas. En la mano traía una carpeta de cartón corriente, del tipo que podría confundirse con cualquier otra en una oficina, aunque yo sabía bien que contenía justo lo que había estado esperando.

La depositó frente a mí con una única frase:

—Aquí lo tienes. Es todo lo que he podido encontrar sobre Sofía Serra.

Alargué la mano y abrí la carpeta con calma, como si no llevara casi una semana esperando ese momento.

—¿Está todo? —pregunté sin levantar la vista del papel.

—Todo lo que se puede conseguir sin vulnerar demasiadas leyes… —respondió con una sombra de sonrisa que nunca llegaba a los ojos.

Asentí lentamente, pasando la primera hoja.

—Luego me lo leeré con calma —dije, dejando caer la mano sobre la carpeta—. Pero hazme tú un resumen de lo más relevante.

Martí asintió con precisión.

—Nacida en Cambrils, hace treinta años. Hija única. Su madre era profesora de piano; su padre, abogado. Ambos están retirados y continúan viviendo en la casa familiar, en Cambrils.

—¿Qué tipo de abogado era el padre? —interrumpí, alzando una ceja, más por deformación profesional que por verdadero interés.

—Laboralista. Trabajó durante la mayor parte de su vida laboral en Comisiones Obreras.

—Un sindicalista… —murmuré, frunciendo levemente el ceño. Una de las pocas cosas en las que coincidía con mi padre era en la animadversión hacia los sindicatos y sus ramificaciones ideológicas —. Continúa.

—Buena estudiante. Se licenció en Económicas con una media de 8,2. También tiene un máster en análisis financiero y…

—Eso ya lo miraré luego —lo corté con un gesto de la mano—. Háblame de su vida personal.

Martí asintió, como si hubiese previsto mi interés en ese aspecto.

—Es homosexual, abiertamente, aunque muy discreta en el entorno laboral. Ha tenido alguna pareja estable. La última relación terminó hace aproximadamente un año y medio. Desde entonces, está soltera.

No pude evitar soltar un leve suspiro, de esos que una libera sin pensar. Así que mi intuición era correcta: le iban las mujeres. Eso facilitaba las cosas y lo haría todo infinitamente más creíble. Y lo de estar soltera, por supuesto, era imprescindible.

—Continúa, por favor.

—Tiene un pequeño círculo de amigas que conserva desde la universidad. También las investigué: nada relevante. No tiene deudas, no hay movimientos bancarios sospechosos, vive de alquiler

en un piso de unos 70 metros, cerca de la Sagrada Familia. Asiste regularmente a un gimnasio cerca de casa y los fines de semana colabora como voluntaria en un albergue de animales.

Vaya, vaya… si al final iba a ser una santa, pensé con sorna, cruzándome de brazos. Aunque mejor eso que lo contrario.

Martí continuó hablando.

—Ah, y actualmente vive con tres perros adoptados, o acogidos, no sé en qué circunstancia estarán.

—Dios santo… —murmuré, frunciendo de nuevo el ceño de forma inconsciente. ¿Quién en su sano juicio podía convivir con tres perros en un piso? Suspiré con resignación. Ya encontraría la forma de manejar ese pequeño inconveniente.

—Te he dejado una copia detallada de sus movimientos bancarios de los últimos dos años, además de su expediente académico, datos financieros de sus padres y una recopilación de toda su actividad en redes sociales desde que las abrió, aunque ya te adelanto que no las utiliza demasiado.

—Perfecto. Buen trabajo, Martí. Como siempre, confío plenamente en tu discreción.

—Por supuesto, Julia.

—Otra cosa… a partir de ahora quiero que mantengas a mi hermano en permanente vigilancia. Quiero saber con quién se reúne, adónde va. Necesito un informe semanal al respecto.

No me fiaba ni un pelo de mi querido hermanito. Más me valía mantenerlo bajo control.

—Entendido. Pondré a alguien a ello hoy mismo.

Mi mirada fue suficiente para hacerle entender que la reunión había terminado. Él lo captó al instante, se levantó con sobriedad, se despidió con una leve inclinación de cabeza y salió del despacho sin hacer ruido.

Después, me tomé mi tiempo para leer con atención el dossier que tenía frente a mí. Cada página reforzaba la idea de que había hecho la elección correcta. Solo cuando estuve segura, me incliné hacia el teléfono de mi escritorio y marqué la extensión de Bernat. No hizo falta esperar mucho: a los dos tonos, su voz ya resonaba al otro lado de la línea, puntual y ligera como siempre.

—Dime, Julia.
—Bernat, llama a Sofía Serra. Quiero que venga a mi despacho.
—¿Ahora? —preguntó, un tanto sorprendido, quizá.
—Sí. Ahora.
—¿Quieres que venga con Oriol?
—No —respondí con firmeza—. Solo ella.
—Entendido. La localizo de inmediato.
—Gracias.
Colgué sin añadir nada más, mientras mi mirada volvía a posarse sobre la carpeta que Martí había dejado sobre la mesa.
La partida acababa de empezar.

SOFÍA.
Llevaba más de media hora revisando las mismas cifras, línea por línea, convencida de que había un error dentro de aquellos datos, aunque aún no sabía exactamente dónde se escondía. Algo no cuadraba.
Me froté las sienes, frustrada, y volví a repasar los movimientos del último mes cuando el teléfono de mi escritorio sonó.
—¿Sí? —contesté con rapidez, irritada por aquella interrupción.
—Sofía, soy Bernat, la señora Rocafort quiere verte en su despacho. ¿Puedes venir ahora?
—¿Ahora...? —pregunté, sorprendida.
—Sí, ahora; la señora Rocafort está esperándote —insistió con tono un tanto cansino. Aquel tipo me daba cien patadas.
—¿Debo ir sola…?
—Exacto, ven sola. No te demores.
—De acuerdo… ahora mismo voy —respondí tras una breve pausa, intentando que mi voz no delatara la punzada de inquietud que me atravesaba el estómago.
Era la primera vez que Julia Rocafort solicitaba verme a solas. ¿Por qué? No era una mujer que hiciera las cosas por capricho. ¿Habría metido la pata en algo? ¿Se habría detectado algún error en el último informe financiero que entregué? Pero, si fuese así, lo lógico es que me pidiese explicaciones Oriol, no *ella*.

Parpadeé un par de veces frente a la pantalla, tomé aire, me alisé la blusa casi por inercia y me puse en pie, intentando mantener la compostura.

Atravesé la oficina como si caminara por un campo minado. Todo seguía en su sitio —el murmullo de teclas, las risas contenidas junto a la máquina de café, los teléfonos sonando a intervalos regulares—, pero yo ya no escuchaba nada. Iba demasiado concentrada en el golpeteo acelerado de mi propio corazón.

Tomé uno de los ascensores y pulsé el botón con el dedo helado, fruto de puros nervios. La idea de que Julia Rocafort me hubiera llamado a su despacho, sola, sin Oriol, sin contexto, me sonaba a sentencia condenatoria, a despido humillante.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron con un leve suspiro metálico, antes de salir hice algo que no hacía desde que era niña: me santigüé. Lo hice con discreción, casi avergonzada de mi propio impulso. Después inspiré hondo, levanté la barbilla y eché a andar por el pasillo.

El despacho de Julia estaba al fondo, tras una puerta de madera oscura que ahora parecía más grande y siniestra que nunca.

—Ah, ya estás aquí —dijo su secretario en cuanto me acerqué, con esa sonrisa falsa que me repateaba—. Entra, por favor, la señora Rocafort te está esperando…

Lo miré un segundo, intentando leer algo más allá de esa máscara de corrección extrema. Por dentro pensé: *de buena gana os daba a ti y a la señora Rocafort una patada en toda la boca*. Pero, claro, en vez de eso, sonreí con educación, como quien se traga veneno con un poco de azúcar.

—De acuerdo —musité, y me dirigí a la puerta sin más.

Me detuve frente a ella, tomé aire y di dos golpes sobre el marco con los nudillos. Al no escuchar respuesta, empujé con suavidad y entré.

Era la primera vez que pisaba aquel despacho y, por un segundo, me sentí fuera de lugar. El sitio imponía. Todo era amplio, moderno y pulido hasta el extremo. Las paredes estaban decoradas con arte abstracto en tonos neutros. Una estantería minimalista de madera clara albergaba libros de economía y derecho corporativo, junto a

algunas esculturas discretas. En uno de los laterales, una enorme cristalera dejaba entrar la luz de la tarde y regalaba vistas imponentes de los edificios del centro.

Al fondo, tras un escritorio majestuoso de madera oscura —probablemente nogal o algo igual de caro—, estaba Julia Rocafort. Con la espalda erguida, impasible, y las manos cruzadas sobre una carpeta de cartón, me miraba con una expresión imposible de descifrar.

—Hola, Sofía. Te esperaba —dijo al fin, con su voz medida, elegante, ligeramente grave—. Siéntate, por favor.

Me indicó con un gesto la silla ubicada frente a ella, una pieza de diseño tapizada en cuero marfil. Caminé hasta allí sintiendo mis pasos demasiado ruidosos sobre el suelo de madera pulida, como si todo el lujo del lugar me estuviera evaluando, juzgando.

Me senté y crucé las piernas, intentando parecer más segura de lo que me sentía.

No tenía ni idea de por qué estaba allí, pero algo en su tono de voz, en la forma en que me observaba, me decía que no era por un error en un informe. No, se trataba de otra cosa, pero… ¿el qué?

Julia me dedicó una sonrisa breve —la clase de sonrisa que no daba pistas sobre si anticipaba una buena noticia o una espantosa— y se recostó ligeramente sobre el respaldo de su asiento.

—Sofía, quería decirte que estás haciendo un muy buen trabajo en la empresa —dijo con voz suave pero firme, como si cada palabra estuviera calculada al milímetro.

Le devolví una sonrisa educada, sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Gracias —respondí con cordialidad, a la espera de que añadiera algo más.

Ella permaneció unos instantes en silencio, observándome con la atención meticulosa de quien examina una pieza singular, antes de volver a hablar.

—Oriol me ha dado muy buenos informes sobre ti.

—Me alegro… aunque imagino que no me ha hecho venir hasta aquí solo para felicitarme, ¿verdad?

No supe por qué me expresé con tanta franqueza; tal vez fue cosa de los nervios.

Julia sostuvo mi mirada con intensidad y, tras unos segundos, asintió lentamente.

—Quiero proponerte algo, pero antes necesito tu palabra de que todo lo que hablemos aquí quedará entre nosotras. Que no saldrá de este despacho en ninguna circunstancia.

Sentí cómo los músculos de mis hombros se tensaban, casi de forma instintiva, y asentí con firmeza, sin permitir que la inquietud se reflejara en mi rostro.

—Claro, tiene mi palabra.

Julia tomó aire despacio, como quien se dispone a cruzar un camino del que ya no hay vuelta atrás.

—Imagino que has oído rumores… sobre la lectura del testamento de mi padre.

—Sí —admití—, se comentan cosas por los pasillos, pero nada demasiado concreto.

Por supuesto que había oído hablar del asunto. Llevaba semanas siendo la comidilla de la empresa, aunque resultaba imposible distinguir qué había de cierto y qué no entre la maraña de versiones contradictorias que circulaban.

—Mi padre me ha nombrado única heredera respecto a todas sus acciones de la compañía —aclaró al fin, con tono seco, tras unos segundos de silencio que me parecieron deliberadamente teatrales.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de escuchar. *¿Todas las acciones?* Aquello la convertía, sin ninguna duda, en la mujer más poderosa —y probablemente más rica— de Cataluña.

—Bien… me alegro por usted —mentí con cortesía automática, sin saber muy bien qué se suponía que debía decir en una situación así.

Ella no pareció notar mi apatía ante semejante noticia, o tal vez sí, y simplemente lo ignoró.

—Pero mi padre era un hombre… digamos que complicado, y su testamento incluye una condición que debo cumplir —añadió con expresión enigmática.

—¿Y cuál es esa condición? —pregunté, intrigada.

Julia Rocafort me sostuvo la mirada con una expresión inescrutable, evaluando cada una de mis reacciones antes de hablar. Y entonces, sin previo aviso, como quien lanza una bomba con guantes de seda, declaró:

—Tengo que casarme en menos de seis meses… y mantener el matrimonio durante al menos un año. Un matrimonio que debe ser, o al menos parecer a los ojos de los demás, auténtico.

¿Por qué demonios me estaba contando eso a mí? Era de lo más desconcertante.

—Qué cláusula más extraña… —murmuré, confundida—. Aunque, si no es indiscreción… ¿por qué me cuenta esto *a mí*?

Julia no se inmutó.

—Quiero casarme contigo, Sofía.

Me tomó un par de segundos entender lo que acababa de decir, como si las palabras hubieran rebotado en mis oídos sin llegar a penetrar del todo en mi cerebro. Cuando por fin lo hicieron, me quedé paralizada.

—¿Cómo dice? —musité con un hilo de voz.

—Que quiero casarme contigo —repitió, con la misma calma imperturbable—. Creo que podrías representar muy bien ese papel.

No supe qué decir. Me quedé mirándola con expresión idiotizada.

—¿Yo…? ¿Pero… por qué yo?

—Eres educada, discreta —dijo, como quien enumera puntos en un informe— e intuyo que te gustan más las mujeres que los hombres, lo que haría la historia veraz. Además, tienes buena presencia, y lo más importante: sé que eres ambiciosa. Tu ascenso meteórico en el departamento financiero desde que entraste en la empresa lo confirma.

—¿Y cómo sabe lo de… las mujeres? —pregunté, aún en estado de *shock.*

¿Aquello era real o solo un sueño especialmente extraño?

—Digamos que la pulsera que llevabas el otro día me dio la pista.

—Podría ser solo un adorno…

—Podría —concedió—, pero no es solo eso —replicó con una seguridad aplastante.

—¿Me ha investigado? —pregunté, comprendiendo que esa era la explicación más probable.

—Por supuesto —respondió sin el menor atisbo de pudor—. ¿De verdad crees que alguien como yo haría una propuesta así sin saber exactamente a qué se enfrenta?

Lo dijo con una desfachatez pasmosa, como si investigar a una subordinada antes de proponerle un matrimonio falso fuese lo más natural del mundo.

—No lo entiendo… —murmuré, todavía tratando de asimilar sus palabras.

—Recibirías una compensación económica acorde al compromiso, por supuesto —añadió, imperturbable.

—¿Una… remuneración económica? —repetí.

—Exacto. Sería una especie de transacción comercial muy bien pagada.

—¿De cuánta remuneración estamos hablando?

Julia me observó en silencio durante unos segundos antes de contestar. En sus ojos vi algo parecido a una chispa traviesa, como si algo en todo aquello le causara cierta diversión.

—Dos millones de euros.

Casi me desmayo, lo admito.

—¿¡Cómo!?

—Dos millones de euros —repitió con tranquilidad—. Un millón lo abonaría el mismo día de la boda. El segundo, al finalizar el matrimonio, tras un año exacto. El impuesto de donaciones correspondiente correría a mi cargo.

Me quedé en silencio, completamente aturdida. Una parte de mí gritaba que aquello era una absoluta locura… pero otra no podía evitar hacer cálculos mentales con una velocidad vertiginosa. Dos millones de euros. La cifra giraba como un torbellino en mi cabeza, amenazando con hacerla estallar.

Abrí la boca para decir que necesitaba tiempo, que debía pensarlo con calma… aunque, en el fondo, la decisión ya estaba tomada. Lo sabía desde el mismo instante en que escuché la cifra. ¿Quién, en su sano juicio, rechazaría una oferta así? Sin embargo, una vocecita —astuta, ambiciosa, tal vez temeraria— susurró algo en mi oído, y

antes siquiera de detenerme a reflexionar con calma, decidí dar un giro de tuerca a aquella tentadora proposición.

—Cinco millones —pronuncié con calma, como si llevara horas pensando en ello. En realidad, acababa de improvisar, pero sonó como una declaración inapelable.

Julia alzó las cejas, visiblemente sorprendida. Luego, para mi asombro, dejó escapar una carcajada baja, seca, cargada de ironía más que de humor.

—¿Ves? Lo sabía. Eres ambiciosa, Sofía… Por eso estoy segura de que representarás tu papel a la perfección. Por la cuenta que te trae, más que nada.

Me mantuvo la mirada unos segundos más. Al final asintió con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Cinco millones. Un millón el día de la boda. Los otros cuatro, inmediatamente después del divorcio —dijo, mientras extendía la mano, como quien ofrece un arma cargada con una sonrisa en los labios.

Tragué saliva, aún intentando asimilar todo lo que acababa de suceder, mientras mi mano se encontraba con la suya, sintiéndome como Fausto en el instante en que estrecha la mano de Mefistófeles. Era la primera vez que la tocaba, y el contacto —firme, frío, sorprendentemente eléctrico— me recorrió la espalda como un latigazo silencioso.

—Una pregunta… ¿por qué no has elegido a un hombre…? —dije, pasando al tuteo. De pronto me parecía absurdo seguir llamándola de usted.

—Digamos que es mi último acto de rebeldía contra mi familia —respondió con una sonrisa cargada de ironía—. Y, siendo sincera, me sentiré más cómoda conviviendo con una mujer que con un hombre, aunque todo sea solo de cara al exterior.

—Pero… ejem… —balbuceé, invadida por una repentina timidez—. ¿Tu orientación sexual… cuál es exactamente?

¿De verdad le estaba preguntando a la todopoderosa Julia Rocafort si le gustaban las mujeres?

Ella me observó durante unos segundos, con una expresión divertida, antes de responder:

—Puedes interpretar lo que te parezca al respecto.

Jamás habría imaginado que a Julia le gustaran las mujeres, aunque, siendo honesta, tampoco lograba imaginarla junto a un hombre.

—Ya… —murmuré, con una voz que apenas reconocí, pensando en lo que significaría convivir con aquella mujer y sabiendo, en lo más hondo, que acababa de sellar —sin necesidad de firmas ni tinta— el contrato más insólito y, quizá, el más peligroso de toda mi vida.

—Bien —dijo entonces Julia, entrelazando las manos sobre la mesa —. Hablemos ahora de los detalles del acuerdo, ¿te parece?

—Me parece —asentí, aparentando una calma que no sentía.

—Para empezar, jamás podrás contarle a nadie lo que realmente hay entre nosotras. Ni ahora, ni después del divorcio. Ni a tu familia ni a tus amigos, ni a nadie. Jamás. Bajo ningún concepto. ¿Lo entiendes?

Maldije por lo bajo. Eso sí que iba a ser complicado. Sobre todo, teniendo en cuenta que había puesto a aquella arpía de vuelta y media más de una vez delante de mis amigas. Tendría que inventarme algo convincente, una historia que encajara, y rápido.

—Sí, lo entiendo… aunque… —hice una pausa, intentando medir mis palabras—. ¿No crees que la gente entendería un matrimonio de conveniencia en un caso como este?

—Tal vez, pero no me interesa que nadie lo entienda. Especialmente mi hermano. Estoy convencida de que, si llegase a reunir pruebas de que el matrimonio es una farsa, iniciaría acciones legales para impugnar el testamento. Y no pienso arriesgarme a eso.

—Entiendo —murmuré, pensando que el hermano debía de ser otra joyita.

—Además —continuó—, que se desvelase nuestro acuerdo no nos dejaría en buen lugar ni a ti ni a mí. Es mejor fingir que todo es auténtico. Al fin y al cabo, solo será por un año… ¿Algún problema con eso?

—Ningún problema, tranquila —respondí, forzando una sonrisa mientras le sostenía la mirada—. ¿Qué esperas exactamente de mí? Quiero decir, ¿qué tengo que hacer?

—Para empezar, necesito que presentes tu dimisión en la empresa cuanto antes. No sería apropiado que, supuestamente, empezara una relación con una de mis empleadas. Cuando la noticia salga a la luz, no deberías seguir trabajando aquí.

—Está bien —asentí, aunque esa parte del trato me dolió más de lo que esperaba—. Buscaré trabajo en otro sitio, entonces.

—Como prefieras. Aunque había pensado que podrías tomarte un año sabático. Aprovechar para terminar tu doctorado, por ejemplo…

—¿Cómo sabes que estoy haciendo un doctorado?

—Lo mencionas en tu currículum —respondió con un tono ligeramente irónico.

—Claro… —murmuré, un poco incómoda, recordando que aquella mujer sabría muchas más cosas de mí que las que desvelaba mi currículum.

—Otra cuestión: durante el tiempo que dure el acuerdo, no podrás mantener relaciones con terceras personas, ni íntimas ni románticas.

—Entendido, tranquila. No las mantendré —respondí, un tanto cortada. ¿Un año de abstinencia absoluta? Me parecía un precio razonable por lo que iba a recibir a cambio.

—También he pensado que podríamos casarnos dentro de unos meses, justo antes de la Semana Santa. Así aprovecharíamos las vacaciones para la… luna de miel —continuó entonces con su habitual compostura impecable, como si estuviera proponiendo una reunión más en su agenda—. Después, te vendrás a vivir a mi casa. ¿Te parece?

—Claro… me parece bien —murmuré, aunque la idea de convivir con esa mujer me parecía más intimidante que todo el trato en sí.

—Recuerda que tendremos que parecer una pareja auténtica —añadió con voz neutra, observándome con atención.

Tragué saliva. Necesitaba entender exactamente qué implicaba eso.

—¿Auténtica en qué sentido? —pregunté, intentando sonar natural.

—Solo en las apariencias, tranquila. No pretendo que te enamores de mí —contestó entrecerrando los ojos y utilizando un tono mordaz que me ofendió.

«Imbécil», pensé con rabia contenida.

—Perfecto. Lo tendré en cuenta —respondí con frialdad.

Julia asintió, satisfecha. Después dijo:

—Si quieres, puedo redactar un contrato con todo esto —ofreció en tono sereno, casi profesional—, pero prefiero que lo dejemos en un acuerdo verbal. Un pacto basado en la confianza mutua.

—Me parece bien —respondí, y para mi propia sorpresa, lo dije con total convicción. Algo en ella me hacía pensar que, al menos en eso, era de fiar.

—Por cierto —dije entonces, intentando sonar natural—, tengo tres perros… y, bueno, vendrían conmigo, por supuesto.

Ella me miró en silencio durante un instante; no parecía sorprendida por la información.

—Ningún inconveniente —respondió—, aunque hubo un leve matiz en su voz, casi imperceptible, que me hizo pensar que, en el fondo, sí lo era—. Pero se tendrán que comportar… de lo contrario, tendrías que dejarlos en algún lugar hasta que termine nuestro acuerdo.

Después continuó, con la misma calma calculada:

—Si te parece, podríamos empezar a vernos de vez en cuando… conocernos mejor, construir cierta química… de lo contrario, podría resultar extraño de cara a los demás.

—Sí, sería extraño —admití, incómoda, aunque nada de aquella conversación tenía algo de normal.

—Una cosa más —dijo entonces, apoyando los dedos con suavidad sobre el escritorio, con una precisión casi calculada. Tenía manos elegantes, proporcionadas, con una manicura perfecta de uñas cortas pintadas de brillo —. Esto es un pacto de confianza. Pero si, por alguna razón, rompes tu parte del trato, si cometes una indiscreción, lo consideraré una traición. Y créeme… no soy de las que olvidan fácilmente una traición.

No hizo falta que añadiera nada más: acababa de amenazarme. Su advertencia no me sorprendió; aquella mujer no se andaba con rodeos.

—Entendido —murmuré, mirándola a los ojos.

Durante unos segundos permanecimos en silencio, midiéndonos como dos jugadores de ajedrez que estudian al oponente. Ella con expresión imperturbable, yo con un atisbo de muda rebeldía.

Finalmente, se levantó, caminó hasta la puerta y la abrió con ese aire contenido y elegante que formaba parte de su ADN.

—Estaremos en contacto —dijo simplemente, en tono neutro, como si acabara de cerrar un trato cualquiera.

Asentí, salí del despacho sin mirar atrás y me dirigí a los ascensores con la sensación de haber vendido mi alma, no al diablo… sino a alguien aún peor.

CAPÍTULO 5.

5 MESES y 10 DÍAS DESPUÉS.

JULIA.

El sol del atardecer se derramaba sobre las cristaleras curvas del Hotel W de Barcelona —el Vela, como lo llamaban todos—, tiñendo de oro los contornos de la ciudad mientras celebrábamos la segunda parte de aquella boda meticulosamente orquestada.

El lugar no podía ser más simbólico: moderno, lujoso, de una estética casi futurista que hablaba de éxito y de poder, exactamente como yo había imaginado. Había reservado una planta entera, asegurándome la imponente Great Room, con sus ventanales de suelo a techo que ofrecían una vista hipnótica del Mediterráneo. El mar, calmo y profundo, parecía observarnos en silencio desde el otro lado del cristal, como un testigo inmóvil de aquel extraño enlace.

Sonreí.

Todo estaba saliendo según lo planeado.

La ceremonia legal, discreta y eficiente, sin sentimentalismos innecesarios, había tenido lugar esa misma mañana ante notario. Nada de vestidos con colas ridículas ni ramos lanzados al azar. Solo habían asistido mis hermanas —Cíntia y Àngels— como testigos por mi parte, y los padres de Sofía por la suya.

La celebración posterior, sin embargo, tenía un tono bastante más festivo. Había unos ciento cincuenta invitados: el número justo para evitar sospechas de frialdad, pero lo bastante contenido como para seguir considerándola una boda "discreta". En realidad, estaba todo medido al milímetro.

Entre mis invitados, sospechaba que más de uno se había quedado boquiabierto desde el momento en que recibió la invitación. La idea de que yo me casara con una mujer había causado un auténtico revuelo. Podía sentir las miradas inquisitivas recorriendo mi cuerpo, los murmullos disfrazados de sonrisas corteses, la incredulidad latiendo bajo cada brindis. Para la mayoría, aquello era tan inesperado como extravagante.

Solo mis dos amigas más cercanas —Mariana y Carolina, las únicas supervivientes de mi época universitaria— sabían que, en realidad, no era tan sorprendente como parecía, aunque tampoco conocían todos los detalles. El resto… bueno, que siguieran especulando todo lo que quisieran. Que se quedaran con la boca seca entre el champán y la curiosidad.

En el fondo, esa mezcla de asombro y desconcierto me divertía. Disfrutaba viendo cómo oscilaban entre la incredulidad y la intriga, como si cada uno de mis movimientos fuera una provocación sutilmente planeada.

Sabía que Marc —siempre dispuesto a arrastrarse entre rumores como una serpiente— había filtrado la existencia de la cláusula testamentaria, insinuando en más de un círculo que aquel matrimonio era una farsa, una burla final a nuestro difunto padre y a la empresa familiar, pero Sofía estaba desempeñando su papel con tal naturalidad, con una gracia casi instintiva, que incluso yo debía recordarme de vez en cuando que todo aquello no era más que un acuerdo, un contrato puramente comercial.

La manera en que me tomaba del brazo, en cómo me miraba cuando nos sacaban fotografías, en cómo interactuaba con los invitados provocaba más de una ceja alzada, sí, pero también generaba dudas genuinas. ¿Y si el matrimonio no era fingido? ¿Y si, en efecto, estábamos enamoradas? Las semillas de la confusión estaban sembradas, y eso me bastaba.

—¡Julia! —la voz aguda y risueña de Mariana me arrancó de mis pensamientos—. ¡Vente a hacer una foto con nosotras!

Me giré y vi a mis antiguas compañeras de universidad, todas riendo con una copa en la mano, perfectamente peinadas, maquilladas y dispuestas a llenar sus redes sociales con imágenes cuidadosamente seleccionadas. Esbocé mi mejor sonrisa —esa que reservo para los eventos sociales: automática, serena, casi amable— y me dirigí hacia ellas con paso seguro mientras las mellizas, acompañadas por sus maridos, me saludaban desde el otro lado de la sala con un gesto de complicidad. Intuía que, en el fondo, mis hermanas lamentaban haberse dejado manipular por Marc con el asunto del testamento. Y ahora, conscientes de que no les convenía

tenerme como enemiga, se habían apresurado a colaborar en una boda que, por más elegante y cuidada que fuese, imaginaban que tenía más de estrategia que de verdad.

Durante unos minutos, me dejé llevar por toda una marea de flashes mientras posaba con mis amigas hasta que Carolina se acercó a mí para susurrarme al oído:

—Bien calladito que te lo tenías, ¿eh, Julia? Lo de Sofía, digo… Mucho te has debido enamorar para casarte tan rápido, sobre todo tú, que siempre decías que el matrimonio era un error institucionalizado.

Yo mantuve la sonrisa sin alterarla ni un milímetro.

—Bueno… —dije con todo mi cinismo—. Solo ella podía hacerme cambiar de idea.

Carolina soltó una risita encantada. Mariana, que había escuchado la conversación, se inclinó hacia mí con una copa de cava en la mano.

—Lo que no termino de entender —dijo con una sonrisa pícara— es por qué no os vais de viaje a algún sitio exótico. ¡Es lo mejor de cualquier boda!

—Ya os comenté que de momento preferimos hacer un viaje tranquilo a Begur —respondí con calma—. Ya tendremos tiempo para hacer viajes lejanos…

En realidad, la sola idea de viajar al extranjero con Sofía me incomodaba, y podía intuir que ella compartía esa sensación. Ir a mi casa de Begur, en la Costa Brava, durante unos días parecía, sin duda, una opción más manejable.

—Bueno, Julia tiene razón, ya lo harán más adelante; tienen todo el tiempo del mundo… —intervino Carolina, con tono comprensivo. Luego me lanzó una sonrisa traviesa—. Cambiando de tema, he de reconocer que tienes buen gusto. Sofía es un encanto y, además, esta noche está espectacular —añadió en un susurro cómplice.

—Gracias —respondí con un leve asentimiento, mientras mi mirada buscaba a Sofía casi sin proponérmelo.

Enseguida la localicé, rodeada de varios de sus amigos.

Mariana tenía razón: Sofía estaba espectacular. Vestía un diseño moderno, elegante y sin artificios: un vestido de corte recto en

blanco roto, con caída fluida, firmado por Cortana. Sin pedrería, sin encajes, sin volúmenes absurdos. Solo una silueta limpia que abrazaba su atlética figura con delicadeza y la hacía parecer aún más etérea. Llevaba el cabello suelto, cayéndole en ondas suaves por los hombros, como si no hubiera querido esforzarse demasiado a la hora de peinarlo, y esbozaba esa sonrisa suya —abierta, espontánea— que tenía el don de atraer miradas sin buscarlo. Sus ojos, de un marrón claro casi dorado, brillaban bajo las luces cálidas del techo; las pestañas, espesas y largas, enmarcaban la mirada con una delicadeza casi cinematográfica. La nariz, ligeramente arqueada, no rompía la armonía de su rostro, sino que lo completaba, otorgándole un carácter único. Era bellísima, debía reconocerlo, y el hecho de que, al menos sobre el papel, fuese mi mujer, me provocaba un sentimiento difícil de clasificar.

Sí, había elegido bien. No solo por su apariencia —elegante, serena — ni por su educación impecable, sino porque Sofía había comprendido con exactitud desde el primer instante el papel que debía interpretar. Y lo hacía con una naturalidad tan convincente que a veces incluso me sorprendía. Su desenvoltura cuando estábamos en público, su intuición para decir lo justo, para estar en el lugar exacto, para sonreír sin sobreactuar era prácticamente perfecta.

Por un instante, solo por un instante, me pregunté quién de las dos estaba fingiendo mejor.

Durante los meses previos a la boda, Sofía había cumplido con cada parte del acuerdo con total profesionalidad. Nos habíamos dejado ver lo justo: una cena en casa de Mariana, una exposición en el MACBA, un almuerzo con mis hermanas, discretas publicaciones en redes sociales… Lo suficiente para generar rumores, alimentar la historia, construir una versión pública creíble. Quería que la conocieran, pero no que intimaran. A cambio, yo había conocido a sus padres y a sus amigas más cercanas, introduciéndome en su círculo con precisión quirúrgica.

Las reuniones a solas habían tenido más de comité logístico que de intimidad compartida. Frías, casi impersonales. Nuestras conversaciones —siempre cordiales— rara vez habían traspasado la

línea de lo puramente práctico. Y en cierto modo, lo prefería así. Era más seguro, más limpio.

Pero a partir de esa noche, todo iba a cambiar. Sofía se mudaba a mi casa, a mi refugio más íntimo. Y aunque había sido yo quien marcara las reglas del juego, no pude evitar una punzada de inquietud. Compartir mi hogar —mi territorio— con alguien que, en esencia, seguía siendo una desconocida no terminaba de resultarme cómodo. Solo me consolaba pensar que no sería más que un año.

Y un año, después de todo, podía pasar en un suspiro.

SOFÍA.

Llevaba ya un buen rato entre mis amigos, copa en mano, riéndome con ellos de alguna anécdota absurda del pasado —esas que, con el tiempo, se vuelven casi míticas— cuando sentí una mano cálida envolver la mía con suavidad. Me giré y me encontré con el rostro sonriente de mi padre, tan familiar y entrañable como siempre.

—Sofi, ven un momento —me pidió en voz baja, tirando de mí con suavidad—. Quiero que saludes al tío Fernando.

—Papá, ya lo he saludado antes —respondí con paciencia, esbozando una sonrisa.

—Lo sé, pero ha venido expresamente desde Canarias y me gustaría que le prestaras un poco más de atención, hija —insistió, con ese tono amable pero firme que sabía usar tan bien.

Solté un suspiro resignado.

—Está bien, papá —cedí al fin, dedicando una sonrisa de disculpa a mis amigos antes de dejar la conversación y marcharme con él, agarrada a su brazo.

Mientras caminábamos entre las mesas, aún me costaba creer lo bien que habían encajado mis padres toda esa historia. A pesar de lo precipitado de la boda, se habían tragado por completo la versión de que llevaba un año y medio saliendo con Julia, en secreto, porque era la dueña de la compañía. Al principio se enfadaron —me cayeron sendas regañinas por haber ocultado algo así—, pero luego, al conocerla en persona, se relajaron e incluso acabaron por darnos su bendición.

Era extraño. Julia seguía siendo la mujer altiva, soberbia y controladora de siempre. Y, sin embargo, tenía ese don inquietante de saber adaptarse al resto de interlocutores cuando se lo proponía. Con mis padres se mostraba atenta, encantadora, incluso entrañable en ciertos momentos. No sabía que era capaz de fingir así… y, sinceramente, me desconcertaba.

Había conseguido incluso engañar a mis amigas. Les vendió con una sonrisa serena la historia de un idilio fugaz pero intenso, de una relación secreta nacida del amor a fuego lento que culminó con una pedida de matrimonio privada y romántica. La creyeron.

Todas menos Lara.

Lara me conocía bien, y tenía sus dudas.

—¿Cómo es posible que te hayas enamorado tan rápido de alguien que hace unos meses no soportabas? —me preguntó cuando le comenté lo de la boda—. ¿Y que te cases así, de golpe, tan rápido…? No sé, Sofía, no pareces tú.

Estuve tentada de contarle la verdad. Pero no podía. Sabía lo que estaba en juego. Había dado mi palabra y debía cumplirla hasta el final. Todavía tenía fresca en la memoria la advertencia de Julia. Detrás de su elegancia impecable y su sonrisa de diplomática experimentada, sabía que había una mujer implacable. La sangre de su padre corría por sus venas, y si se me ocurriese romper el trato o causar cualquier escándalo que pudiera poner en peligro su herencia, no tendría el menor reparo en destruirme.

Así que ahí estaba yo, con un vestido blanco roto de líneas sencillas y elegantes, fingiendo que aquella era la boda de mi vida… mientras me dejaba llevar por mi padre para saludar, una vez más, al dichoso tío Fernando.

Un año. Solo un año, me repetí.

Y después, la libertad. Y cinco millones de euros.

Me mareaba solo de pensarlo, más aún desde que, aquella misma mañana, al revisar mi cuenta bancaria, había encontrado un ingreso de un millón de euros. Así, sin más. Real. Tangible.

Por primera vez en mi vida, no tendría que preocuparme por el alquiler, ni por hipotecarme hasta las cejas, ni por necesitar un aumento de sueldo. Esas cuestiones se habían desvanecido de

golpe, como si alguien hubiera borrado de un plumazo toda una página de angustias cotidianas.

Y no solo se trataba de mí. Con ese dinero podría por fin comprarles a mis padres aquel terreno junto a su casa, ese que llevaban años mirando con ilusión para plantar árboles frutales y construir un pequeño huerto familiar. Se lo merecían más que nadie. También podría cubrir muchos de los gastos de la protectora de animales con la que colaboraba, siempre al borde de lo imposible, sobreviviendo entre urgencias veterinarias, facturas atrasadas y donaciones escasas.

Durante los minutos siguientes estuve atrapada en un pequeño círculo familiar, junto al tío Fernando, dos de mis primos y mis padres. El tío Fernando, entusiasta como siempre, se lanzó a contar una historia larguísima sobre la venta de su casa, repleta de detalles minuciosos y digresiones innecesarias que me hicieron perder el hilo al poco rato. Mientras asentía con una sonrisa educada, alcé la mirada y saludé con un gesto distraído a Oriol, mi exjefe, y a su mujer, que conversaban en el otro extremo de la sala, ajenos —afortunados ellos— a aquella retahíla interminable.

Por suerte, al poco rato apareció Julia y, como siempre, su sola presencia transformó el ambiente. Aún no me acostumbraba del todo al efecto que causaba en los demás: su elegancia serena, la seguridad con la que caminaba, la forma en que parecía dominar cada rincón del espacio que le rodeaba sin apenas esfuerzo. Tenía esa clase de carisma que no se aprende, se nace con él. Esa noche, además, estaba espectacular. Llevaba el pelo recogido en un moño alto que enmarcaba sus facciones con una precisión casi ofensiva, y vestía un diseño de Loewe en un tono suave, perfectamente coordinado con el mío. Había sido ella quien eligió ambos vestidos —y también quien los pagó, por supuesto—, y debía reconocer que había acertado por completo. Extrañamente, intuía que, a simple vista, formábamos una buena pareja. Al fin y al cabo, lo superficial a veces engaña, pues nadie sabía que, en el fondo, éramos auténticas extrañas.

Se acercó al grupo, saludó con una sonrisa medida y encantadora, y tras intercambiar unas palabras corteses con los demás, colocó

suavemente una mano sobre mi espalda.

—Disculpadme —dijo con esa mezcla de educación y determinación que le era tan propia—, os la robo un momento. Quiero presentársela a alguien.

Y entonces, sin previo aviso, me tomó de la mano con un gesto natural, tirando suavemente de mí. El contacto fue eléctrico, y aunque esa noche nos habíamos tomado de la mano un par de veces, interpretando con naturalidad el papel de recién casadas, aún no me acostumbraba a esa sensación. Julia Rocafort me seguía imponiendo demasiado.

Nos alejamos mientras me susurraba al oído con voz calmada:

—¿Todo bien?

Asentí, respondiendo con sinceridad:

—Sí, todo bien.

Ella me apretó la mano con suavidad, transmitiéndome calma:

—Tranquila, ya queda poco.

Después me llevó hasta un pequeño grupo de hombres de traje oscuro y sonrisa medida. Eran todos mayores que ella —algunos bastante más—, pero la trataban con un respeto casi reverencial. Me los presentó uno a uno como viejos conocidos del mundo empresarial, socios, inversores, figuras clave de su universo financiero. Yo asentía, saludaba con cortesía y sonreía en el momento adecuado, consciente de que ese era también parte del papel que debía interpretar.

Mientras los escuchaba hablar sobre mercados, fusiones y oportunidades de negocio en Asia, no pude evitar pensar que, en el fondo, Julia disfrutaba escandalizando sutilmente a algunos de ellos. Casarse con una mujer, y hacerlo con semejante despliegue, tenía un trasfondo provocador que parecía divertirle. Era su forma de marcar territorio.

El resto de la velada transcurrió como tantas otras bodas… aunque con el sello indiscutible de Julia Rocafort, por supuesto. Nada de *DJs* gritones ni coreografías grupales. En lugar de eso, había un cuarteto de cuerda tocando música clásica en directo, centros de mesa minimalistas con flores blancas y velas, y un ambiente pausado,

elegante, casi íntimo. Las conversaciones fluían, las copas circulaban y yo, al menos durante un rato, logré relajarme.

Pero ya entrada la madrugada, cuando los invitados de más edad empezaron a despedirse y quedaban solo los más jóvenes, el ambiente cambió. La música se volvió más animada —aún elegante, pero con un toque más moderno—, el volumen subió un poco y el alcohol empezó a hacer su efecto. Había carcajadas más sonoras, pasos de baile algo torpes y algún que otro zapato de tacón olvidado bajo una mesa.

Yo estaba agotada. Los tacones me estaban matando, me ardían los pies y sentía el vestido más ajustado que nunca. En un momento dado, mientras me recolocaba discretamente una de las mangas de mi vestido, Julia se acercó a mí. Tenía el moño ligeramente suelto, como si también ella acusara el cansancio, pero aún mantenía su porte impecable.

—¿Qué tal si nos vamos a la francesa? —me dijo en voz baja, casi confidencial—. Estoy cansadísima.

—¿Sin despedirnos? —pregunté, algo sorprendida.

Julia arqueó una ceja.

—La gente importante ya se ha ido, tus padres incluidos. Creo que podemos dejar a los demás solos, ¿no crees?

No pude evitar sonreír. Era, sin duda, la mejor propuesta que me habían hecho en toda la noche.

Dirigí una última mirada a mis amigas, que seguían bailando entre risas y copas medio vacías, y supe que lo entenderían. Asentí.

—Venga —dije—. Vámonos.

—Perfecto. Voy a avisar al chófer. Nos vemos en la puerta trasera en cinco minutos —añadió, y desapareció entre la gente con paso decidido, ignorando a los que pretendían detenerla por cualquier motivo.

Y así fue como, sin una sola despedida, nos escabullimos discretamente hacia la madrugada barcelonesa. Estábamos agotadas. Cuando, ya en el espléndido Bentley que nos llevaba a casa de Julia, posé la cabeza contra el respaldo de cuero del asiento trasero, caí en la cuenta de lo insólita que era la situación: iba

camino a lo que, durante el próximo año, sería oficialmente mi hogar, a pesar de que aún no había puesto un solo pie en él.

Todo lo había organizado Julia, por supuesto. Eficiente hasta la médula, había enviado a su chófer a mi piso aquella misma tarde para recoger todas mis maletas y trasladarlas directamente a su casa —nuestra casa, se suponía— sin que yo tuviera que preocuparme por nada. Solo quedaba un asunto pendiente: recoger a mis perros de la residencia donde los había dejado el día anterior y llevármelos conmigo, cosa que resolvería al día siguiente.

Pensar en ellos me reconfortaba. Al menos habría una parte de mi mundo que me resultaría familiar en medio de tanto territorio desconocido. Cerré los ojos por un instante, intentando imaginar cómo sería convivir con Julia bajo el mismo techo, compartir espacios, rutinas… silencios. Aquel pensamiento me resultaba tan fascinante como inquietante.

El chófer, un hombre de mediana edad, cabello canoso y aire discreto, condujo durante un buen trecho antes de deslizar el coche con suavidad en el garaje subterráneo de un edificio residencial en Pedralbes, una de esas zonas exclusivas de Barcelona donde las calles se ensanchan, los portales contaban con conserje y los jardines interiores parecen sacados de una revista de arquitectura.

Detuvo el vehículo en una plaza reservada, justo frente a una puerta que conducía directamente al interior del edificio. Sin mediar palabra, descendió, nos abrió una de las puertas traseras con gesto preciso y, como si obedeciera a un protocolo cuidadosamente ensayado, se retiró en silencio tras una leve inclinación de cabeza, dejándonos a solas.

Julia y yo subimos al ascensor en silencio, todavía vestidas con nuestros vestidos de boda. Ella presionó el botón del último piso y, mientras la cabina comenzaba a ascender, sentí cómo mi respiración se volvía más superficial, como si el aire de aquel cubículo de acero tuviese menos oxígeno de la cuenta. Nos miramos de reojo, con una mezcla de pudor y desconcierto. La situación era tan surrealista que rozaba lo cómico. Acabábamos de casarnos —al menos oficialmente — y nos dirigíamos a una casa que para mí era aún desconocida. Me pareció todo tan absurdo que se me escapó una risa. Julia me

observó con curiosidad hasta que, instante después, rio también. Su rostro, habitualmente contenido, se suavizó de pronto, y por un instante dejó de lado su habitual altivez para mostrar una expresión cálida, casi cercana. Ninguna comentó nada. Creo que fue la primera vez que nos entendimos sin palabras.

Cuando el ascensor se detuvo al fin, las puertas se abrieron con un susurro mecánico, revelando un descansillo amplio y silencioso, pulcro hasta el exceso. Julia, con la calma de quien pisa terreno conocido, hurgó en su pequeño bolso de mano y extrajo un llavero con formas geométricas irregulares y brillos metálicos que reflejaban la luz del pasillo como un caleidoscopio. Con gesto seguro, escogió una de las llaves, la insertó en la cerradura y giró con suavidad hasta que el mecanismo cedió con un clic firme, casi ceremonioso.

—Bienvenida a casa… —dijo con un tono educado, pero ligeramente socarrón.

Después, cruzamos el umbral.

Julia se quitó los zapatos nada más entrar; sus tacones quedaron en la alfombra como reliquias de una noche anterior. La imité y me quité los míos también, sintiendo el alivio inmediato en los pies. La casa estaba en completo silencio.

—Ven, sígueme —me indicó Julia con suavidad—. Te enseñaré el piso.

El dúplex respiraba modernidad y lujo. El suelo de madera oscura reflejaba la luz como un espejo y los techos altos daban una sensación de espacio infinito. Al fondo de la planta baja se abría un salón de proporciones majestuosas, con ventanales de suelo a techo que se asomaban al jardín. La cocina, concebida casi como un estudio industrial y presidida por una imponente isla central, ocultaba los electrodomésticos tras paneles perfectamente integrados.

Completaba la planta un cuarto de plancha, un dormitorio de servicio y una habitación de invitados, además de dos baños distribuidos con una precisión impecable.

Una escalera moderna ascendía hasta la planta superior. Allí había tres dormitorios más, cada uno con baño en suite, y una sala de estar gigante contigua a una terraza inmensa con vistas al jardín y a

la calle. El espacio me resultó abrumador: nunca había estado en un piso tan impresionante. ¿Cómo sería vivir sola en un piso de semejante tamaño?

Por un instante bajé la mirada hacia mis pies descalzos, apenas cubiertos por unas medias finas, y luego al suelo inmaculado. Pensé en mis perros. Todo allí resultaba tan limpio, tan pulcro, que me costaba imaginar cómo encajaría la irrupción de aquellos tres torbellinos de pelo.

Aún no sabía con certeza si a Julia le gustaban los animales o si, por el contrario, le eran indiferentes, incluso molestos. Tal vez debería haber indagado más en ese asunto, pero Julia no era alguien a quien se pudiera interrogar con facilidad: sus respuestas, cuando las daba, solían deslizarse por caminos deliberadamente evasivos.

—Este será tu dormitorio —anunció con voz firme al abrir la puerta que daba al cuarto contiguo al suyo—. He ordenado que dejen aquí todas tus cosas.

La habitación era amplia y estaba decorada en tonos cálidos, con muebles modernos, cuarto de baño en suite y unas ventanas anchas que prometían llenar el espacio de luz natural durante el día.

—Todas las mañanas, de lunes a viernes, vienen Joana, la cocinera, y Antonia, la mujer de la limpieza. Se suelen ir después de comer. Puedes pedirles lo que necesites, y si quieres algo especial para comer, ellas lo prepararán —informó en ese tono ligeramente autoritario que utilizaba cuando nos quedábamos a solas, como si yo continuara siendo una de sus empleadas. Admito que en aquel momento la detesté más que nunca. No pensaba que llegásemos a ser amigas, pero sí que en algún momento dejaría de tratarme como si estuviese aún bajo sus órdenes.

—De acuerdo —asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Bien… estarás agotada, igual que yo —dijo, esbozando una sonrisa fría antes de girarse hacia el pasillo—. Te dejo que te instales, pero recuerda que mañana saldremos temprano para Begur.

—Sí, tranquila. Tengo la maleta preparada y me levantaré pronto para recoger a los perros.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondí, observando cómo se alejaba por el pasillo hasta desaparecer tras la puerta de su dormitorio. Curiosamente, la única habitación de toda la casa que no me había enseñado.

Me quedé sola, observando lo que, durante un año, sería mi habitación y cerré la puerta con cuidado. Permanecí un momento inmóvil, de pie, dejando que mis ojos se acostumbraran al nuevo entorno. Todo era pulcro, armonioso, casi demasiado perfecto; el silencio era tan absoluto que parecía que la casa entera estuviera conteniendo el aliento ante mi presencia.

Después suspiré, abrí una de mis maletas y saqué el pijama. Me desvestí en silencio, entré al baño, me desmaquillé rápidamente y volví al dormitorio con los pies descalzos hundiéndose en la alfombra.

La cama me recibió como si hubiese estado esperándome largo rato. Era amplia, mullida, acogedora. El colchón tenía ese punto exacto de firmeza que parecía diseñado para envolver el cuerpo en una promesa de descanso. Me tapé hasta los hombros y dejé que el peso de las sábanas —ligero, pero suficiente— me anclara a ese nuevo lugar, como quien amarra una cuerda a un puerto desconocido.

Siempre me costaba dormir en camas ajenas, pero esa noche, el cansancio me venció con una rapidez casi infantil.

Me dormí en minutos.

CAPÍTULO 6.

JULIA.

Me encontraba en ese punto extraño y brumoso en el que una ya no duerme, pero tampoco está del todo despierta. Sentía el cuerpo aún pesado, los ojos cerrados y la mente flotando en un lugar sin coordenadas precisas. Soñaba —o creía hacerlo— con una sucesión de imágenes borrosas: rostros conocidos, copas alzadas, un murmullo elegante de conversación y risas. La figura esbelta de Sofía emergía en medio de toda esa escena, con el cabello suelto cayendo en ondas sobre los hombros y una sonrisa deslumbrante.

Y, de pronto, escuché ladridos.

Primero lejanos, apagados, como si formaran parte de ese mismo sueño... pero luego se fueron volviendo más claros, más insistentes. Nerviosos. Inexorables. Abrí los ojos de golpe.

Y lo recordé todo.

La boda. La ceremonia. La huida a la francesa. El ascensor. El cansancio brutal al llegar a casa y la conciencia ineludible de que, a partir de ese momento, compartía mi hogar con alguien que, aunque públicamente fuese mi mujer, en lo privado seguía siendo poco más que una desconocida.

Y los ladridos continuaban ahí.

Solté un suspiro entre dientes, aún somnolienta. Me senté en el borde de la cama, me calcé las zapatillas con desgana y salí al pasillo. Apenas había dado unos pasos cuando me encontré con un perro negro, de tamaño considerable, mezcla de perro de presa con algo más difícil de definir. Me observó desde el umbral de la escalera con su único ojo —el otro lo tenía completamente cerrado— con un aire entre curioso y desconfiado. Se detuvo en seco, y yo también.

No es que me dieran miedo los perros, en absoluto, pero aquel tenía una presencia intensa, imponente, y su mirada, aunque no agresiva, no tenía nada de amable.

Me quedé inmóvil, conteniendo el aliento, tratando de no mover ni un solo músculo.

—¡Brutus! —. La voz de Sofía, tensa y entrecortada, se escuchó mientras terminaba de subir la escalera casi a la carrera—. ¡Ven aquí, ahora mismo!

El animal giró la cabeza y, de inmediato, trotó hacia ella, obedeciendo sin rechistar. Sofía se acercó hasta mí con el rostro ligeramente sonrojado.

—Lo siento —dijo—. Le estaba enseñando la casa y se me escapó escaleras arriba antes de que pudiera detenerlo.

La miré unos segundos, aún algo aturdida por el sobresalto.

—Tranquila. No pasa nada —respondí—. ¿Se llama Brutus?

—Sí…

—Le pega el nombre, desde luego —comenté sin dejar de observar al perro, que ahora esperaba pacientemente al pie de la escalera, sentado como si nada hubiera pasado—. ¿Qué le ha pasado en el ojo?

Sofía frunció el ceño y, por un instante, su expresión cambió. Había algo doloroso en esa arruga de su frente.

—Bueno… —dijo, bajando un poco la voz—. Es una historia desagradable…

—Siempre he pensado que los maltratadores de animales son pura escoria —declaré con convencimiento, intuyendo la respuesta a mi pregunta.

Sofía me miró entonces con un destello de sorpresa en los ojos, como si, por un instante, la imagen que tenía de mí se resquebrajara ligeramente y descubriera algo que no esperaba encontrar.

Luego, se giró hacia las escaleras, silbó levemente, y Brutus la siguió sin rechistar.

—Voy a bajar a darle de comer —dijo—. Los otros dos están en la cocina… ¿quieres conocerlos?

—Claro —respondí, con un leve matiz irónico en la voz, mientras en mi cabeza ya imaginaba la escena: tres perros desbocados, deslizándose por el mármol de mi cocina como si fuese una pista de patinaje, dejando tras de sí una estela de babas, pelos y caos. Maravilloso.

Bajé las escaleras despacio, analizando disimuladamente el atuendo de Sofía. Llevaba unos vaqueros ajustados que delineaban su figura

con naturalidad y una camisa sencilla, de algodón suave, con las mangas remangadas a la altura de los codos. Informal pero elegante, pensé.

En la cocina había dos perros más devorando con entusiasmo el contenido de sendos comederos. Uno de ellos era una perrita mezcla de cocker spaniel color canela, de orejas largas y mirada vivaz, a la que —para mi asombro— le faltaba una de las patas traseras. El otro era difícil de describir. Se trataba de una criatura de tamaño pequeño, probablemente mezcla de caniche y ratón. El pelo le crecía en mechones desordenados y sus ojitos vidriosos parpadeaban con una lentitud casi mística. Tenía el aspecto de haber vivido al menos dos guerras y media reencarnación.

—Dios santo —murmuré sin poder evitarlo—. ¿Qué es esto? ¿La patrulla canina de los lisiados?

Sofía soltó una risita, divertida.

—Ese es Toby —señaló al pequeño prehistórico—. Y esta otra se llama Lúa… Son todos adoptados del refugio donde colaboro.

—Encantadores… —murmuré con un deje de sorna, mientras observaba al caniche momificado tambalearse entre la mezcla de cocker coja y el perro tuerto. No cabía duda: mi casa acababa de convertirse oficialmente en una residencia canina de cuidados paliativos.

—En realidad, lo son.

—¿Y nunca te has planteado adoptar, no sé… al menos uno que fuese *normal*? —pregunté, ladeando la cabeza con fingida inocencia —. Ya sabes, uno con todas sus extremidades, los dos ojos… algo mínimamente funcional.

—Son los que nadie quiere —respondió ella con una seriedad inesperada y sin asomo de sonrisa—. Pero tranquila… procuraré que no te molesten.

Comprendí al instante que mis palabras le habían molestado y, por alguna razón difícil de explicar, me hizo sentir un poco una idiota. Y eso, en mí, era casi inédito.

Suspiré.

—No te preocupes, no me importa que estén aquí —mentí con diplomacia, mientras en mi mente ya redactaba el primer mensaje a

Antonia para que fuese preparando la aspiradora en modo combate —. ¿Has desayunado ya? —pregunté a continuación en tono amable, con la intención de cambiar de tema.

— Aún no… me he despertado y he ido directamente a recoger a estos de la residencia.

—Puedes prepararte lo que quieras —ofrecí, abriendo la nevera y enumerando algunas de las cosas que había en su interior—. Aquí tienes leche, huevos, fruta, quesos, yogures ecológicos… En fin, un poco de todo.

—Perfecto, gracias.

No era, desde luego, el despertar que habría imaginado para la mañana siguiente a mi boda. Aunque, pensándolo bien, tampoco es que me hubiese detenido a imaginar nada en particular.

—¿Puedo coger un poco de jamón? —preguntó Sofía con aire apurado, mirando la nevera con timidez—. Es para la medicación de Toby.

—Claro, puedes coger lo que quieras, estás en tu casa —contesté sacando un sobre de jamón ibérico *Cinco Jotas*, el único que había —. ¿Qué le pasa exactamente?

—Está mal de los riñones —respondió mirando el sobre con gesto dubitativo—. ¿No tienes otro... más normalito?

—Usa ese, sin problema —dije, mientras imaginaba al pequeño Toby, probablemente incontinente, saboreando aquel manjar.

Sofía cumplía con su papel a la perfección, eso no se lo podía negar. Pero con esos tres a cuestas —el tuerto, la coja y el vejestorio — me había tocado la lotería. Sin reintegro.

—Bueno, me voy a vestir —anuncié, al darme cuenta, no sin cierto pudor, de que seguía en pijama delante de ella—. Puedes usar la cocina como quieras, y la casa también —añadí, intentando sonar casual mientras acompañaba las palabras con un gesto amplio, casi ceremonial, como si le ofreciera acceso a un pequeño reino que aún no sentía del todo compartido—. ¿Te parece si salimos en una hora?

—Claro, en una hora —respondió ella, algo cortada. Se esforzaba por parecer natural, pero su voz tenía ese matiz tenso de quien aún no sabe muy bien cuál es su lugar.

Subí las escaleras hacia mi dormitorio a paso ligero, casi con urgencia. Aquello iba a ser bastante incómodo, al menos al principio. Dos desconocidas de luna de miel con un pacto silencioso de por medio.

Lo reconfortante era pensar que, en una semana, todo regresaría a una relativa normalidad. Yo volvería al trabajo y apenas me relacionaría con Sofía, más allá de los inevitables encuentros domésticos y alguna cena o aparición cuidadosamente calculada para sostener la farsa.

Pero antes quedaba superar aquella semana inicial, en la que tendríamos que convivir bajo el peso de una intimidad impostada.

Lo más sensato sería aprovechar esos días de descanso para controlar el estrés, que ya se había vuelto crónico en mí; disfrutar de mi velero, del mar, y simplemente dejar que el tiempo pasara.

Sí. Esa sería mi estrategia. Sofía podía ocuparse de sus perros tullidos, de ir a la playa o hacer lo que le diera la gana.

SOFÍA.

Una hora después, ya estaba en la puerta del dúplex, preparada para partir. Sujetaba con firmeza las correas de los tres perros, que se movían sin parar, inquietos, contagiados por el trajín de las maletas y con ese instinto certero que les anunciaba un viaje. Sonreí. Al menos ellos lo pasarían bien: una semana entera corriendo libres por la playa, disfrutando de la naturaleza, sin preocuparse por nada.

Yo no podía decir lo mismo.

¿Cómo se supone que debe sentirse alguien que está a punto de embarcarse en una luna de miel con una persona que apenas conoce? ¿Nerviosa? ¿Intranquila? ¿Ambas cosas al mismo tiempo?

No lo sabía. Solo sabía que ese viaje era tan real como lo era la alianza de oro en mi dedo anular y el nudo que me apretaba el estómago.

Me removí, incómoda, y aparté con el pie mi maleta, como si me estorbara. La había preparado con esmero, seleccionando ropa ligera: shorts, camisas de lino, un par de vestidos para las noches cálidas y algo de abrigo por si refrescaba. También había incluido un

conjunto más arreglado, por si Julia quisiese cenar fuera algún día… aunque, siendo sincera, no tenía ni idea de lo que íbamos a hacer. Apenas me había dado detalles sobre aquel viaje. Solo mencionó que iríamos a su casa en Begur, en la Costa Brava, a pasar lo que —al menos sobre el papel— sería nuestra luna de miel.

Sospechaba que a ella le apetecía tan poco como a mí, pero era un peaje inevitable para que todo "encajara", para que la historia que habíamos construido juntas —o más bien, que ella había trazado y yo había seguido escrupulosamente— no empezara con un gesto de indiferencia demasiado evidente. Si por ella fuera, probablemente habría vuelto al trabajo al día siguiente de la boda, como si nada. Pero claro, eso habría resultado extraño. Sospechoso, incluso. Y no podía permitirse eso.

Había que mantener una cierta apariencia de normalidad. Fingir que todo tenía sentido, que nuestro matrimonio no había sido precipitado, ni ambiguo, ni tan meticulosamente orquestado como para despertar sospechas incluso entre los más ingenuos.

Un ruido a mi espalda me hizo girar la cabeza con brusquedad. Era Julia. Avanzaba por el pasillo arrastrando una maleta de tamaño medio, con esa calma suya que parecía calculada. Vestía de *sport*, aunque en ella incluso lo informal tenía un aire de refinamiento silencioso. Llevaba unos pantalones beige de algodón, impecablemente planchados, un polo blanco de tejido suave que caía con naturalidad sobre su figura y unas Adidas Samba a juego con el pantalón. En su muñeca izquierda, un Rolex deportivo de acero con la esfera verde capturaba la luz en destellos breves pero precisos, como si también el tiempo se doblegara a su ritmo.

Me miró y esbozó una sonrisa leve, con esa expresión condescendiente que ya conocía demasiado bien. No era hostil, ni siquiera desagradable, pero había algo en la forma en que entornaba los ojos o ladeaba apenas la cabeza que dejaba patente que, para ella, yo seguía estando un peldaño por debajo en una jerarquía que parecía tener muy clara. En el fondo sabía que, bajo esa capa de cortesía, seguía latiendo el mismo desdén sutil con el que me trataba cuando yo no era más que una empleada de su empresa. Esa Julia que apenas levantaba la vista del portátil en las reuniones,

que respondía con monosílabos y sonrisas medidas, que no se molestaba en llamarte por tu nombre si no era estrictamente necesario.

La detestaba, lo admito. La detestaba por lo que era, por lo que representaba y por el mundo al que pertenecía: ese universo de privilegios heredados, de refinamientos vacíos y certezas inamovibles. Pero, sobre todo —y esto me costaba aceptarlo incluso en mis pensamientos más sinceros—, la odiaba porque, de algún modo, había conseguido que traicionara mis principios. Aquellos valores casi sagrados que durante años creí intocables se habían desmoronado ante la promesa de una seguridad económica insultantemente cómoda.

Sí, me había casado con ella por dinero. Y sí, lo volvería a hacer. Pero no por ello me sentía orgullosa.

A veces me preguntaba qué pensarían mis padres, tan rectos, tan absurdamente honestos, si supieran que su hija se había casado por conveniencia, que había fingido una boda, inventado un amor, mintiendo —sin temblarle el pulso— a amigos y familiares. Nada bueno, eso seguro.

—Bien, ¿estás lista? —preguntó Julia con un tono casual, casi indiferente, como si casarse por conveniencia y salir de luna de miel unos días a la costa fuera parte de una rutina perfectamente normal.

—Claro —respondí, imitando su tono lo mejor que pude mientras sujetaba con fuerza las correas de los perros, cada vez más nerviosos.

—Perfecto. Pues vamos allá.

Bajamos directamente en ascensor hasta el garaje subterráneo. Sabía que Julia tenía varios coches, ¿cómo no?, y enseguida se dirigió a un Porsche Cayenne plateado, reluciente, con matrícula reciente.

Metimos el equipaje en el maletero con una eficiencia casi coreografiada. Después abrí la puerta trasera para acomodar a los perros, pero antes de que el primero tocara el asiento, Julia desplegó una manta gris sobre el cuero impoluto con un gesto rápido. No dijo nada, pero el leve fruncimiento de su ceño hablaba

por sí solo. Empezaba a sospechar que era una maniática de la limpieza y del orden.

Una vez todos acomodados en sus respectivos sitios, salimos del garaje y tomamos la carretera en dirección a la Costa Brava. Atravesamos Barcelona por la B-23 y luego enlazamos con la AP-7 en dirección norte, rumbo a Begur, en la provincia de Gerona.

Al principio intercambiamos algunas frases corteses, casi automáticas: comentarios sobre el tráfico, sobre el tiempo, sobre las obras de la ciudad. Pequeños fragmentos de conversación que no llevaban a ningún sitio, pero que mantenían el silencio a raya.

Después, como anticipando que aquello no daría para mucho más, Julia conectó su teléfono y puso algo de música de fondo. Indie suave, del tipo que una elige cuando no quiere hablar, pero tampoco parecer descortés.

Lo agradecí en silencio. Había algo casi reconfortante en no tener que esforzarse por llenar el aire con palabras vacías. Los perros, por suerte, se habían quedado dormidos en la parte de atrás, tranquilos y entregados a un sueño profundo que me permitió relajarme un poco más. Gracias a Dios.

Julia conducía con rapidez, pero con una precisión impecable que en ningún momento resultaba temeraria. De vez en cuando superaba los límites de velocidad, pero lo hacía con una seguridad tan natural que costaba percibirlo como imprudencia. Siempre me había inquietado viajar por carretera con conductores que apenas conocía, donde un pequeño error puede llevar al desastre, pero con ella, ese temor habitual se disipó con una facilidad que me sorprendió.

De vez en cuando la miraba de reojo mientras la música continuaba fluyendo en el ambiente. Su perfil era bello, casi escultórico: la línea suave de su mandíbula, la curva delicada de su cuello, el brillo oscuro y ordenado de su cabello recogido. Había algo en su expresión, serena y concentrada, que me atraía de forma inexplicable. De nuevo me pregunté si a Julia realmente le gustaban las mujeres, si habría tenido historias amorosas al respecto o si el hecho de casarse con alguien de su mismo sexo no era más que un acto de rebeldía contra la sombra omnipresente de su padre

fallecido. Quizás, en algún momento de ese viaje, encontraría el valor para indagar al respecto, aunque, en el fondo, ¿a mí qué me importaba?

El trayecto duraba un poco más de dos horas, pero a mí me empezaba a parecer eterno. Nunca había pasado tanto tiempo a solas con Julia, y aunque de vez en cuando cruzábamos algunas frases corteses, el silencio entre nosotras tenía un peso extraño. Cerré los ojos un rato, no sé si para descansar o simplemente para fingir que dormía. Fuera lo que fuera, no logré disipar del todo esa sensación leve, pero persistente, de incomodidad.

Cuando por fin dejamos atrás la carretera nacional y empezamos a ascender por las colinas que conducían al municipio de Begur, una extraña mezcla de expectación y desconcierto se apoderó de mí. Apenas conocía la zona más allá de lo que había oído o leído sobre ella, pero todo lo que veía desde mi ventanilla no hacía más que confirmar la idea que tenía al respecto: calles pulcras, silenciosas, bordeadas por casas de líneas modernas y jardines diseñados al milímetro. Cada curva nos elevaba un poco más, no solo en altitud, sino también en esa escala invisible —pero evidente— de privilegio.

Pasamos por una pequeña rotonda flanqueada de pinos mediterráneos, y poco después giramos hacia una urbanización cerrada cuyo nombre leí fugazmente en un letrero de piedra tallada: *AquaMar Residencial*. Todo allí estaba diseñado para huir de la ostentación y, aun así, transmitir con claridad que aquel lugar no estaba al alcance de cualquiera.

Avanzamos unos minutos más por una calle flanqueada de cipreses, hasta que el coche se detuvo frente a una valla de lamas verticales en acero mate, alta y perfectamente alineada, como si formara parte de una escultura elegante. Julia extendió el brazo y apuntó el mando hacia una discreta caja metálica empotrada en un pilar de hormigón. Un instante después, la verja negra se deslizó hacia un lado con un movimiento suave, silencioso, casi ceremonioso. Entramos a la propiedad por un camino de grava blanca perfectamente compactada. Al poco, un hombre de mediana edad, vestido con un polo verde oliva y un sombrero de ala ancha, se volvió al oírnos.

Detuvo brevemente su trabajo de poda y saludó a Julia con una leve inclinación de cabeza.

—Señora Julia —dijo con respeto—. Bienvenida.

Ella asintió con una sonrisa casi imperceptible y siguió conduciendo.

La casa apareció al final del sendero, imponente. Era una construcción moderna, angulosa, de hormigón visto y cristal, con una geometría rotunda, minimalista. Dos niveles rectangulares que parecían flotar uno sobre otro, conectados por paneles de vidrio que reflejaban el mar que se extendía más allá, infinito. Era como una escultura habitable, una de esas casas que aparecen en revistas de arquitectura con nombres de diseñadores nórdicos.

A su alrededor, el jardín se abría como una alfombra perfecta de césped, salpicado de distintos tipos de árboles que emergían discretamente entre plantas autóctonas: lavandas, romeros, agaves. En el centro, una piscina rectangular de borde infinito se fundía con el horizonte marino. A un lado del jardín, una zona de tumbonas blancas y muebles bajos de diseño daba el toque final a una postal casi irreal.

Lo admito: era la casa más impresionante que había visto en los días de mi vida.

Julia detuvo el coche junto a un toldo automático, en una zona pavimentada con grandes losas de piedra gris, junto a un Jeep Wrangler color rojo. Apagó el motor y por fin se giró hacia mí.

—Llegamos —dijo simplemente.

Apenas abrimos las puertas, los perros saltaron del coche como si hubieran estado esperando ese momento toda su vida. Empezaron a correr por el césped, olfateando cada rincón, explorando con una felicidad contagiosa.

—Está todo bien cerrado, ¿verdad? —pregunté, siguiéndolos con la vista—. Brutus tiene alma de escapista profesional.

Julia alzó una ceja, divertida.

—Son una joyita, tus perros, ¿eh? —dijo con ese tono irónico que no sabía aún si me molestaba o me divertía.

Luego añadió, más amable:

—Sí, está todo cerrado. Imposible que se escapen de aquí…

Enseguida bajamos las maletas del maletero en silencio. Julia tomó la suya y me ayudó educadamente con la mía, mientras yo sacaba también una bolsa con las cosas de los perros. Caminamos juntas por un sendero de losas oscuras que atravesaba el jardín, en dirección a la entrada principal. Mientras avanzábamos, Julia comenzó a explicarme, con ese tono práctico casi profesional que le salía sin esfuerzo, la logística doméstica de la casa.

—He pedido que vengan a limpiarla cada dos días. Suelen venir dos chicas del pueblo, muy discretas —dijo, sin detenerse—. También he hecho que llenen la despensa, aunque, si lo prefieres, puedes pedir comida a domicilio de varios restaurantes de la zona. Algunos son bastante decentes.

Asentí en silencio, sin mucho que añadir, mientras mis ojos seguían absorbiendo cada rincón del paisaje con una mezcla de admiración y extrañeza.

El diseño del jardín era impecable, planificado con meticulosidad. Cada planta, cada piedra, cada línea de sombra parecía colocada con un propósito. Había algo obsesivamente ordenado en todo aquello, como si alguien hubiese trazado el espacio con compás y paciencia infinita. A lo lejos, el mar rugía con suavidad; tuve la impresión de que, desde su infinita distancia, nos daba la bienvenida.

—Es preciosa —dije, sin poder disimular la admiración mientras recorría la propiedad con la mirada.

—Se la compré a un ruso bastante estrafalario hace poco menos de tres años —respondió Julia, con un leve matiz de orgullo en la voz—. En cuanto la vi, supe que tenía que ser mía…

Cuando llegamos a la puerta, de madera clara y sin tirador visible, Julia pulsó un pequeño botón oculto en el marco. Se oyó un clic suave, y la puerta se abrió silenciosamente ante nosotras. Al entrar, el interior confirmó mis expectativas: todo era moderno, elegante, sin una pizca de ostentación, pero lleno de detalles cuidadosamente seleccionados.

El vestíbulo era amplio, bañado por la luz natural que se colaba a través de grandes ventanales, con líneas rectas y paredes en tonos neutros que daban sensación de calma y amplitud. Presidiendo el espacio, una gran alfombra persa de tonos cálidos y dibujo

intrincado parecía abrazar el suelo, contrastando con la pulcritud minimalista del resto. Su textura invitaba a caminar descalza, a dejarse llevar por su suavidad.

—Ven, te enseñaré la casa —dijo Julia, cerrando la puerta tras de sí con un gesto calculado, probablemente para mantener a los perros en el jardín y evitar que entraran, al menos por ahora, en aquel templo de pulcritud.

Luego empezó a mostrarme cada rincón, tal como había hecho el día anterior con su dúplex en Barcelona. Se notaba que ambas propiedades pertenecían a la misma dueña: mobiliario lujoso, suelos de madera pulida y una atmósfera de impecable orden y diseño.

Recorrimos los dos pisos que conformaban la construcción, y finalmente me condujo hasta mi habitación, que resultó ser aún más espaciosa que la que me había asignado en el dúplex.

—Bien, espero que estés cómoda —me dijo al fin—. Hay un sendero que baja directamente a la cala Sa Tuna, a apenas quince minutos caminando. Si quieres acercarte al pueblo o moverte por la zona, puedes utilizar el Jeep. Las llaves están en una caja en la entrada. También tienes ahí una copia de las llaves de la casa.

—De acuerdo, gracias —respondí, con cierto alivio. Parecía evidente que aquellos días no iba a verla mucho y, para ser sincera, la idea no me desagradaba en absoluto. Prefería hacer mi vida. Además, ya que estaba allí, quería aprovechar al máximo; al fin y al cabo, tanto la casa como el entorno eran realmente maravillosos. Mis perros serían compañía más que suficiente.

—Yo me voy al puerto —anunció entonces—. Tengo un pequeño velero que quiero sacar un rato.

Claro, imaginaba que alguien como ella tendría unos cuantos juguetitos con los que entretenerse. La miré en silencio, sintiendo esa distancia entre nosotras que parecía ya tan habitual.

—No te preocupes por mí —respondí, intentando sonar despreocupada—. Sé arreglármelas sola. Disfruta del mar y pásalo bien.

Ella asintió con una leve sonrisa, como si aceptara la despedida sin necesidad de más palabras, y se giró para ir a su habitación,

dejando tras de sí un silencio que, por primera vez en mucho tiempo, me pareció cómodo.

Respiré aliviada al quedarme finalmente sola. Por fin podría relajarme un poco, lejos de su presencia. Rápidamente deshice el equipaje para ponerme el bikini, unos shorts y una camiseta. El tiempo, a mediados de abril, era relativamente cálido y me moría de ganas por acercarme al mar cuanto antes.

Veinte minutos después, tras dejar preparados en el jardín los comederos y bebederos de los perros y comprobar que estos se quedaban tranquilos, me dirigí hacia el portón de entrada con una toalla doblada bajo el brazo. El Porsche de Julia no estaba, así que supuse que ya se habría ido.

Salí a la calle y seguí las indicaciones del navegador del móvil en dirección a la cala. El sendero se abría paso entre pinos retorcidos y rocas irregulares, dibujando un paisaje agreste, pero de una belleza serena. El aire olía a mar y a tierra caliente, y el silencio solo se rompía por el canto lejano de los pájaros o el crujir de mis pasos sobre la grava.

Tardé menos de quince minutos en llegar a la cala. El lugar era tal como lo había imaginado: un rincón casi escondido, de aguas cristalinas y calmas, bordeado por pequeñas casas blancas de pescadores y algunas embarcaciones amarradas a lo lejos. Había pocas personas, dispersas sobre las rocas y la arena, lo que le daba un aire de quietud casi irreal. Las aguas, de un azul profundo, brillaban bajo el sol como si fueran de vidrio líquido.

Sin pensarlo mucho, me adentré en el agua. El frío inicial me sorprendió, pero pronto me acostumbré y empecé a nadar con tranquilidad. Siempre me había gustado el mar; su inmensidad y su calma me daban paz. Después de un rato, salí y me tendí sobre las rocas cálidas, dejando que el sol secara mi piel.

No pude evitar pensar en Julia. Había algo en ella que me desconcertaba, un velo constante de misterio que parecía envolverla incluso en los gestos más cotidianos. Me intrigaba profundamente y, en el fondo, deseaba conocerla más allá de su fachada impecable, descubrir qué se escondía tras esa mirada hermética. ¿Quién era, en realidad, Julia Rocafort? ¿Era solo esa mujer fría, calculadora y

precisa que imponía con su sola presencia, o había otra capa más humana y vulnerable bajo esa apariencia? Imposible saberlo.

Cuando el sol terminó de secarme por completo, sentí que mi estómago rugía de hambre. Recogí mis cosas y emprendí el camino de vuelta. Al llegar, los perros me recibieron como si hubiera regresado de la guerra, brincando y meneando la cola con tal entusiasmo que no tuve corazón para dejarlos fuera. Les abrí la puerta y los dejé entrar en la casa. Al fin y al cabo, Julia me había dicho que hiciera uso de ella con libertad, ¿no?

La despensa estaba perfectamente surtida; alguien había hecho la compra con minuciosidad. Aun así, no me apetecía cocinar, así que me preparé unas tostadas con pan de payés —sorprendentemente bueno, crujiente por fuera y tierno por dentro—, las acompañé con jamón y queso y rematé aquella comida improvisada con algo de fruta.

Después, subí a darme una ducha mientras los perros olisqueaban todos los rincones de la planta baja con la precisión de un escuadrón antidrogas.

Una vez limpia de sal y arena, bajé con la intención de pasar la tarde leyendo en el jardín. Cogí el libro de la maleta, pero justo al cruzar el vestíbulo, algo captó mi atención. Había una mancha, no muy grande, pero destacaba como una alarma roja en medio de aquella magnífica alfombra persa que ya me había impresionado al llegar.

Me acerqué con el corazón encogido. No había duda: era una declaración líquida, reciente y perfectamente fuera de lugar. Con toda probabilidad, del pequeño Toby, que de vez en cuando sufría ataques de masculinidad mal gestionada y decidía marcar territorio. Y no había elegido una baldosa cualquiera o una maceta, no. Tenía que ser la soberbia, carísima y probablemente irreemplazable alfombra persa del recibidor.

Un sudor frío me recorrió la espalda. ¿Qué diría Julia si se enterara? Mejor no averiguarlo. Aquella víbora encorsetada, fanática de la limpieza, era capaz de matarme.

Tardé casi veinte minutos en dar con algo que pareciera mínimamente adecuado para remediar aquel desastre. Antes

descarté un limpiador específico para mármol italiano y otro con alarmantes advertencias en francés sobre materiales *«delicadísimos»* —sin la menor idea de a cuáles se refería—, hasta que finalmente encontré un limpia tapicerías, con un aroma inequívoco a limón. Froté como si me fuera la vida en ello, con una mezcla de desesperación y culpa que rozaba lo religioso.

Al final, la mancha casi desapareció. O al menos quedó lo bastante disimulada como para que nadie lo notara a simple vista. Eso sí: vigilaría de cerca a Toby. No estaba dispuesta a despertar la ira de aquella especie de bruja odiosa por culpa de un semi caniche algo meón.

CAPÍTULO 7.

JULIA.

El casco de la embarcación cortaba el agua con un suave murmullo a medida que me adentraba en la bahía de Fornells-Begur. Sentía el viento en la cara, jugando con mi cabello, cargado de sal y de libertad. El sol de abril, todavía clemente, pintaba de dorado las olas. Era una sensación indescriptible: yo, el cielo, el mar y el instinto de avanzar. Pensé en mi padre, de quien había heredado aquella afición; lo imaginé observándome desde el más allá con un ligero gesto de reproche.

—¿Qué pasa…? ¿No te gusta tu nuera, *Papi…*? Sé que hubieses preferido un yerno, pero no deberías haberme puesto en esta tesitura, ¿no crees? —musité frunciendo el ceño de forma inconsciente.

El velero, al cual había bautizado con el nombre de *Thalassa* en honor a la deidad que representaba el mar en la mitología griega, se inclinó ligeramente con la brisa, trazando una curva perfecta, como si hubiese reaccionado, burlón, a mis palabras.

Se trataba de un Tofinou 9.7, fabricado por el astillero francés Latitude 46, una pieza casi artesanal en un mundo de embarcaciones en serie. No era grande, ni pretendía serlo. Tenía apenas diez metros de eslora, pero cada centímetro hablaba de belleza, de equilibrio y de libertad. Lo había elegido, entre otras cosas, porque todas las maniobras estaban al alcance de una única persona. Podía salir al mar cuando quisiera, sin pedir ayuda, sin depender de nadie. Solo él y yo.

La cubierta, de teca pulida, se mantenía siempre tibia bajo el sol, y contaba con detalles de acero que relucían como joyas discretas. La bañera era sobria, despejada, con una rueda de timón de carbono que giraba con apenas un gesto. Por dentro, el camarote era íntimo y cálido, forrado en roble claro, con una pequeña cocina, un baño marino y una cama doble que ocupaba buena parte del espacio, pero que invitaba al descanso. Algunas veces me había quedado allí

dentro leyendo mientras la marea acunaba el casco como si lo arrullara.

No era solo un velero. Era mi refugio particular.

Me coloqué al timón para corregir brevemente el rumbo y fue entonces, ya mar adentro, cuando volví a pensar en Sofía.

Desde que habíamos llegado a Begur, llevábamos tres días compartiendo techo sin apenas cruzar más que unas cuantas palabras, pues yo me solía ir a primera hora a navegar y no volvía hasta bien entrada la tarde. Nos habíamos visto, sí, pero sin apenas interactuar. Intuía lo que hacía Sofía durante el día: la imaginaba tumbada en una hamaca junto a la piscina, leyendo sin prisa, sacando a los perros por el sendero del bosque, quizá acercándose a alguna playa escondida. Me alegraba que fuese así de autónoma. No necesitaba —ni quería— que dependiera de mí. Lo prefería así: todo cortés, sí, pero aséptico, frío incluso.

Nos quedaban doce meses de convivencia en calma, bajo el mismo techo, fingiendo ante el mundo lo que no éramos. No quería correr riesgos, ni enfrentarme a una demanda judicial por fraude. Debíamos seguir el plan acordado de forma meticulosa.

Y si lo hacíamos bien —sin errores de cálculo— todo saldría como estaba previsto.

La noche anterior habíamos coincidido brevemente en la cocina. Ella calentaba algo sencillo en una cazuela, mientras yo me preparaba un sándwich. Intercambiamos banalidades —el tiempo, los perros, un comentario vago sobre la novela que estaba leyendo— y poco después nos retiramos, cada una a un rincón de la casa, que era lo bastante amplia como para evitar cualquier roce innecesario. Ella también buscaba su espacio. Mejor así.

Se comportaba con una corrección impecable, medida, casi diplomática, pero en ocasiones me observaba con una expresión fugaz que se deslizaba entre su distancia y su compostura, como una grieta apenas visible en su autocontrol.

¿Qué pensaría realmente de mí?

Me lo preguntaba con la misma regularidad con la que controlaba el rumbo del velero. Tal vez me veía como a una persona fría, calculadora, despiadada incluso. Y, en cierto sentido, tenía razón, era

todas esas cosas. Había aprendido a no dar más de lo necesario, a protegerme con una capa de control y distancia. Aunque, pensándolo bien, ¿qué me importaba lo que opinase de mí? Ella simplemente era una pieza más del ajedrez de mi vida, un simple peón.

El velero se inclinó levemente con una racha repentina, y corregí el timón con un gesto firme. El viento me arrancó un mechón de cabello del rostro, y sonreí sin querer. Estar en el mar tenía ese efecto: volvía lo complejo en algo tremendamente simple, al menos por un rato.

Allí no había estrategias, ni pactos tácitos, ni preguntas sin respuesta.

Solo el viento, las velas y la certeza —consoladora, brutal— de que el rumbo lo marcaba yo.

SOFÍA.

Me desperté temprano y di un par de vueltas en la cama, remoloneando, pero cuando comprendí que ya no me iba a dormir más, me levanté con la intención de sacar a los perros un rato por el jardín.

Era el cuarto día que pasaba en aquella casa, y apenas había intercambiado con Julia unas cuantas frases vacías a la hora de cenar. Al principio me había parecido perfecto: libertad, espacio, independencia. El acuerdo funcionaba. Yo me adaptaba rápido a todo. Pero de pronto, algo empezaba a molestarme.

Quizá era la manera tan natural en la que esa imbécil parecía prescindir completamente de mí, como si ni siquiera necesitara fingir que existía. Su indiferencia no era cruel, pero sí minuciosa, medida, casi elegante. Y eso, en el fondo, me irritaba.

No esperaba, ni mucho menos, forjar una amistad ni tener confidencias nocturnas al borde de la piscina. No era tan ingenua. Sabía perfectamente en qué me había metido. Pero sí había imaginado que pasaríamos algún rato juntas, aunque fuera por cortesía, por curiosidad o simplemente porque era lo lógico, dadas las circunstancias.

Pero nada de eso. Ahí estaba yo: sacando a los perros sola, desayunando sola, leyendo al sol como si fuera una viuda rica y aburrida, mientras Julia desaparecía en cuanto amanecía para irse al puerto con su estúpido velero. Ni una nota. Ni una mirada. Ni una maldita pregunta.

¡Estúpida engreída!

Me vestí rápidamente con unos shorts y una camiseta mientras los perros me esperaban para salir. Abrí la puerta del dormitorio, lista para liberar a las bestias, pero justo cuando cruzaba el umbral decidí llevar el móvil. Volví a buscarlo a la mesita de noche y, al regresar, Lúa ya no estaba.

—Lúa... —la llamé en voz baja, tratando de no despertar a Julia, por si seguía en la casa.

Un segundo después, la perrita apareció correteando feliz, con algo colgando de la boca.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté, amoscada, mientras me acercaba a ella con el brazo extendido. Lúa, por supuesto, decidió que aquello era un juego y dio tres vueltas antes de dejarse atrapar.

Tardé un rato en abrirle la boca, hasta que finalmente lo conseguí. Se trataba de un retenedor de dientes, convenientemente humedecido por las babas de Lúa, que continuaba mirando el objeto con ojos de deseo. Lo bueno es que parecía milagrosamente intacto.

—Dios bendito… ¡Esto tiene que ser de Julia! —murmuré, mientras la idea de la escena del crimen se formaba con claridad en mi mente: Lúa, la pequeña ladronzuela, colándose en la habitación de Julia, localizando su presa dental y huyendo del lugar con sigilo —. ¡Lúa, serás idiota! Si se entera, nos va a matar…

Corrí hacia la habitación de Julia, que tenía la puerta entreabierta. Espié brevemente en su interior sin llegar a localizar a mi anfitriona y escuché la ducha del cuarto de baño encendida. Calculé que tenía un margen de maniobra mínimo, pero suficiente.

Me dirigí con rapidez al cuarto de baño de mi dormitorio y allí lavé el retenedor con abundante agua y jabón. Después lo sequé y regresé al lugar del crimen rezando por lo bajo para que Julia no me pillara en plena operación de encubrimiento.

Entré de puntillas, sin hacer ruido, casi sin respirar. La ducha ya no se escuchaba, pero con suerte aún tenía tiempo. La habitación se parecía mucho a la mía, pero estaba completamente ordenada; la poca ropa a la vista estaba doblada y todo en su lugar. Había un pequeño pañuelo en la mesita de noche, extendido con minucioso cuidado. Deduje que era la zona de almacenamiento temporal del retenedor.

Lo deposité con sumo cuidado, como si fuera un diamante, y me giré lentamente hacia la puerta. Ya casi lo había conseguido cuando la puerta del baño se abrió de golpe y apareció Julia. El vapor aún escapaba en volutas tibias a su alrededor. Llevaba una toalla blanca enrollada al torso, apenas cubriéndole hasta la mitad del muslo. Otra toalla, también blanca, le sujetaba el cabello mojado en un turbante improvisado. Se detuvo al verme, y ambas nos quedamos congeladas en un instante incómodo y, a la vez, cargado de algo que no supe nombrar de inmediato.

La expresión de sorpresa de su rostro era un poema, con las cejas alzadas, los labios entreabiertos y esa mirada intensa que parecía atravesarme. Quise hablar, inventar una excusa cualquiera que justificara mi presencia allí —todo menos decir la verdad, por Dios—, pero no me salía una sola palabra. Tenía la boca seca y la mente revuelta.

Y mientras trataba de pensar, la miré.

No como solía mirarla hasta entonces, como a la jefa implacable y autoritaria que todos temían y algunos admiraban en silencio. No. La miré simplemente como la mujer bellísima que era.

Y me impactó.

Era majestuosa. Tenía los hombros marcados, definidos, y sus brazos estaban tonificados, fuertes sin perder la elegancia. Las piernas largas, firmes, sostenían su presencia imponente incluso en esa desnudez parcial.

—¿Qué haces aquí…? —preguntó al fin, con un tono que no denotaba enfado, sino una curiosidad genuina.

Pensé en mil excusas. Que me había perdido, que escuché un ruido raro, que necesitaba una aspirina. Incluso valoré fingir un

sonambulismo repentino, pero no tenía ni la dignidad ni el talento actoral para sostener algo así. Así que opté por decir:

—Bueno… pensé que quizá te apetecería jugar un partido de tenis conmigo.

Solo deseaba que no creyera que me había infiltrado en su dormitorio a husmear como una psicópata sin autocontrol.

—He visto que hay una cancha en la parte trasera… —añadí, como si eso le diera solidez a mi propuesta.

Julia me observó en silencio durante unos segundos. Su expresión era una mezcla entre intriga y diversión, como si no terminara de creerse la historia, pero le entretuviera.

Y entonces, para mi desconcierto, me dedicó una sonrisa perversa.

—Bueno, ¿por qué no?, ¿quedamos en media hora en la pista?

—Sí… sí, claro, en media hora —repetí, con una sonrisa forzada. Y luego, desesperada, añadí—: Lo único… no tengo raqueta.

Con suerte, solo tenía una y no podríamos jugar.

—Tranquila, tengo unas cuantas para que elijas —contestó ella, imperturbable.

¡Cómo no! Lo normal es que tuviese *"unas cuantas"* raquetas de tenis como quien tiene cucharas en un cajón.

Asentí.

—Nos vemos en la cancha, entonces.

Enseguida me dirigí a mi dormitorio murmurando improperios por lo bajo.

—¡Señor! ¿No se me podía haber ocurrido otra excusa? Sí, claro que sí. *¿Pero cuál?*

La verdad era inconfesable. Imaginé a Julia pidiendo una consulta urgente con el dentista solo para hacerse otro retenedor, muerta del asco. Era capaz de hacer un ritual satánico con Lúa, o algo peor.

No. Más me valía llevarme el secreto a la tumba.

Entré en mi cuarto y empecé a vestirme con lo más deportivo que encontré, lo cual no era mucho. Tenis. ¡Tenis! No había tocado una raqueta desde la universidad y, siendo sincera, ni entonces era buena. Mi técnica consistía básicamente en "darle con fuerza y esperar lo mejor".

—Lúa, eres una imbécil, ¿lo sabías? —le dije a la perra, que esperaba en silencio junto a los otros dos en la puerta—. Hoy no te pienso dar nada de carne, que lo sepas. Solo pienso.

Tenis. A las nueve y media de la mañana. Con Julia Rocafort.

Un infierno…

JULIA.

Mientras me vestía con indumentaria deportiva, pensaba en lo que acababa de ocurrir.

¿Qué demonios hacía Sofía en mi dormitorio?

La imagen de ella, inmóvil junto a la puerta, con esa expresión de susto mal disimulado, no dejaba de rondar por mi cabeza. Parecía una ladrona sorprendida en plena faena… aunque, por alguna razón, no me encajaba del todo en ese papel. Husmear no era algo que yo asociara con ella. No por lo que había visto hasta entonces.

Terminé de atarme las zapatillas, admitiendo para mis adentros que aquella chica, por alguna razón, despertaba en mí una curiosidad persistente; se trataba de una especie de fascinación leve, pero constante, como cuando hojeas un libro que no tienes intención de leer, pero de pronto te sorprendes pasando páginas.

La propuesta de jugar al tenis me parecía una excusa improvisada, tan espontánea como torpe. Pero también me hizo gracia. Y, para ser sincera, me intrigó. Tenía planeado ir directamente al puerto deportivo con mi amado *Thalassa,* pero bien podía posponer el plan un par de horas.

Me recogí el pelo en una coleta alta y bajé a la cocina a tomar algo rápido. Un café solo y un plátano me bastaron. Después me lavé los dientes, agarré tres raquetas del armario —una Babolat, una Wilson y una Yonex, todas prácticamente nuevas— y salí rumbo a la cancha de tenis. La había mandado construir hacía un par de años, convencida de que la usaría más a menudo, pero la mayoría de las veces terminaba jugando en un club deportivo cercano.

Sofía me esperaba ya en la pista, calentando con algunos estiramientos poco convincentes.

Llevaba unos shorts oscuros y una camiseta clara que se ajustaba a su silueta sin exagerarla. Tenía un cuerpo evidentemente atlético,

proporcionado, con una elegancia funcional. El pelo lo llevaba también recogido en una coleta, y su rostro reflejaba una expresión inescrutable.

Me acerqué con las raquetas.

—Te he traído dos para que elijas —le dije, sin rodeos, mostrándole la Wilson y la Babolat.

Ella las examinó con una rapidez que delataba su falta de interés técnico. Eligió la Babolat casi al azar.

Después nos colocamos en lados opuestos de la pista y comenzamos a pelotear sin demasiada intensidad. Al principio, pensé que tal vez estaba subestimándola. Su forma de moverse era fluida, ligera; tenía reflejos y un buen control del cuerpo, pero bastaron unos minutos para darme cuenta de que no era rival para mí. Sus golpes eran poco firmes, su colocación mejorable y su saque, directamente, inofensivo.

Aun así, jugamos.

El primer set se resolvió rápido, con seis-uno a mi favor. Cedí ese juego más por compasión que por mérito de ella, pero en el segundo, no tuve piedad. Me dediqué a barrer su lado de la pista con pelotazos cruzados y dejadas inesperadas; Sofía parecía más concentrada en sobrevivir al partido que en ganarlo. El último punto fue rápido, con un revés cruzado, limpio, que no consiguió alcanzar. Se detuvo en seco, con una mueca de frustración apenas disimulada. El marcador final, con un rotundo seis-cero también a mi favor, no dejaba espacio para interpretaciones.

Caminé hacia la red con ritmo tranquilo, interesada en observar su reacción.

Sofía se acercó desde el otro lado de la pista con los labios apretados y los ojos brillantes de algo que no era sudor. Había furia en su mirada, aunque intentaba esconderla bajo una sonrisa tensa.

No le gusta perder, y mucho menos así, pensé yo, divertida.

—Bien jugado —dijo, con voz medida, mientras extendía deportivamente la diestra—. Me temo que hacía mucho que no jugaba.

—No pasa nada —respondí—. Ha sido divertido.

Y era cierto. Me había divertido. Tal vez más de lo que esperaba. Verla correr de un lado a otro, frustrada, empeñada en alcanzar pelotas imposibles, había tenido algo de espectáculo, sí… pero también de encanto. Había en su forma de competir una mezcla de terquedad y dignidad que me resultaba, inexplicablemente, atractiva.

Apreté su mano con firmeza. El contacto fue breve, casi simbólico, apenas un roce de un par de segundos, pero el chispazo fue tremendo. Sentí una quemazón leve en los dedos, como si la electricidad estática hubiera decidido manifestarse justo entre su piel y la mía.

La pista se quedó en silencio, con solo el canto lejano de los pájaros y nuestras respiraciones entrecortadas llenando el aire.

¿Qué había sido eso?

Retiré la mano, aún un tanto aturdida, y empecé a recoger las pelotas dispersas alrededor de la red. Ella hizo lo mismo, en silencio, sin mirarme, pero con esa concentración casi excesiva que delata cuando alguien intenta mitigar un momento un tanto violento.

¡Curioso!

SOFÍA.

Terminé de recoger las pelotas en silencio, una a una, mientras intentaba calmar la mezcla de rabia y desconcierto que hervía bajo mi piel. Aquella estúpida —sí, estúpida— se había pasado la última media hora haciéndome correr como una posesa por toda la pista. No fallaba un golpe, no perdía el aliento, y lo hacía todo con esa media sonrisa que no sabía si era amabilidad o burla encubierta.

Tenía la clara impresión de que se estaba divirtiendo a mi costa. Por un segundo, fantaseé con el sonido crujiente que haría mi raqueta si impactaba de lleno en su cara perfecta. No es que fuera un pensamiento muy civilizado, pero me pareció gratificante.

No obstante, lo que más me desconcertaba no era la humillación del marcador, ni el orgullo herido. Era ese maldito apretón de manos. Breve. Inofensivo, en teoría, pero… raro, como si… ¿cómo si qué?

Más tarde pensaría en ello, quizá.

Cuando terminamos de meter las bolas en su funda, caminamos de regreso a la casa mientras yo me devanaba los sesos buscando algo ocurrente que decir.

Pero no hizo falta.

—¿Te apetece venir conmigo a navegar? —preguntó ella de pronto, con una naturalidad sorprendente.

—¿Eh...?, ¿a navegar? —repetí, más para ganar tiempo que por falta de comprensión. Llevábamos tres días casi sin cruzar palabra, me acababa de dejar casi seca a pelotazos, y de repente me invitaba a pasar el día con ella en su velero como si nada.

—Sí. Tranquila, prometo no dejar que caigas por la borda —dijo con una sonrisa burlona—. Aún te necesito un año más.

—Muy graciosa... —murmuré, notando cómo me subía el color a las mejillas, como si tuviera quince años y acabaran de pillarme mirando donde no debía.

—Bien, entonces… ¿te vienes? Podríamos aprovechar para hacernos algunas fotos, ya sabes, en plan parejita feliz —insistió, adoptando ese tono autoritario y profesional que solía usar en el trabajo y que tan bien conocía yo.

—De acuerdo… —cedí, con aire digno, aunque en el fondo, me apetecía el plan. Siempre me habían gustado los barcos, pero rara vez había tenido oportunidad de subir a uno que no fuese un ferry con olor a gasoil y niños gritando.

—Perfecto. Si te parece, salimos en un rato —dijo, echando un vistazo a su reloj de pulsera—. ¿Quedamos en veinte minutos, en la puerta?

—Por mí sí.

Después entró en la casa y se alejó, tan segura de sí como siempre, mientras yo la observaba desaparecer escaleras arriba, preguntándome en qué momento había pasado de querer golpearla con la raqueta a acceder a una cita con ella en alta mar.

Aunque claro, aquello no era una cita. Era solo una estrategia para mantener el teatro en pie.

Veinte minutos después, me encontré con Julia en el jardín.

Ambas nos habíamos cambiado de ropa, aunque ella parecía haber salido directamente de la portada de una revista de navegación de

lujo, de esas que muestran veleros blancos en aguas cristalinas y mujeres perfectamente peinadas por la brisa. Llevaba un short beige que dejaba al descubierto sus piernas ya bronceadas y firmes, una camiseta de rayas blancas y azul marino —clásica, impecable, náutica en el mejor sentido—, y unos náuticos azules que completaban el conjunto con naturalidad.

—¿Lista? —preguntó, ajustándose las gafas de sol con gesto despreocupado.

—Lista —respondí, con gesto resuelto y encaminándome hacia el *Cayenne*, que brillaba bajo el sol como si acabara de salir del concesionario. Era evidente que alguien lo había lavado a conciencia, probablemente el jardinero. No tenía una mancha, ni una mota de polvo.

—Chicos, quedaos aquí y sed buenos —susurré a los perros, que nos rodeaban con aire expectante, moviendo las colas como aspas.

—De paso, diles que dejen de hacer hoyos en el jardín… —comentó Julia en tono irónico, clavando la mirada en un cráter reciente junto al seto, cortesía de Brutus. Yo me pasaba las mañanas tapando esas pequeñas excavaciones arqueológicas, pero ese en particular se me había escapado.

—Vaya… perdón. Luego lo tapo.

—No pasa nada. Si el animalito se divierte así… —respondió, con una sonrisa que no supe interpretar del todo. Imposible saber si le molestaba de verdad o si, simplemente, disfrutaba haciéndome dudar. Empezaba a tener claro que Julia Rocafort era impredecible, escurridiza como el humo entre los dedos. Una mujer difícil de leer, incluso cuando parecía estar bromeando.

Entramos al coche y cerré la puerta justo cuando el potente motor comenzaba a rugir. Ella aceleró como hacía todo en la vida: con una seguridad serena, sin apuros ni dudas, como si el mundo le perteneciera por derecho natural y no tuviera que demostrarle nada a nadie.

Tomamos la carretera hacia el puerto deportivo y, para mi sorpresa, conseguimos mantener una conversación no del todo forzada. Hablamos de la costa, de barcos, de cosas que no importaban en

absoluto, pero que servían como puente frágil sobre ese abismo de silencios incómodos que aún nos separaba.

Mientras contemplaba por la ventana cómo el paisaje desfilaba en destellos de luz y mar, me pregunté si alguna vez lograría sentirme realmente cómoda en presencia de aquella mujer, si llegaría el día en el que no tendría que medir cada palabra, cada gesto.

Lo dudaba, pues había algo en ella que me hacía mantener siempre la espalda recta, los hombros tensos, como si estuviera siendo evaluada constantemente por un jurado invisible.

Aparcamos el coche junto al puerto deportivo y bajamos en silencio. El aire tenía ese aroma salino tan característico del mar: una mezcla de sal, algas y combustible de barco que, por alguna razón, me pareció reconfortante. El sol brillaba con fuerza, pero una brisa suave lo compensaba y agitaba las banderas de los mástiles, que tintineaban suavemente como campanillas.

Caminamos por el muelle entre hileras de veleros, cada uno con su carácter: unos algo descuidados, con la pintura gastada y defensas colgando de forma caótica, otros bastante más lujosos.

Entonces lo vi.

No era el más grande de todos, ni mucho menos, pero sí el más impecable. El casco relucía como recién pulido, los cabos aparecían enrollados con precisión casi quirúrgica, y los herrajes brillaban al sol sin una pizca de óxido. Todo en él hablaba de orden, elegancia y buen gusto. El nombre que estaba pintado en el casco, en letras azul marino, era *Thalassa.*

Instintivamente supe que era el suyo.

—Es este —confirmó Julia, deteniéndose justo frente al moderno velero, señalándolo con la mano. En su rostro había algo parecido al orgullo, pero sin arrogancia. Como si no solo presentara un objeto, sino una parte de sí misma.

—Es muy bonito… —murmuré, de forma casi automática. Y lo era. Tenía un aura que lo hacía destacar entre los demás. Un equilibrio perfecto entre funcionalidad y estética.

—Lo es —admitió ella, con una leve sonrisa. Se notaba que el *Thalassa* no era simplemente un barco para ella, o esa fue la impresión que me dio.

Subimos a bordo con cuidado, aunque para Julia no parecía requerir ningún esfuerzo. Se movía por cubierta con la soltura de quien lo ha hecho decenas de veces, con pasos precisos y manos firmes. Mientras yo me acostumbraba al ligero vaivén del barco bajo mis pies, ella soltó las amarras, revisó los cabos y comprobó con un vistazo rápido que todo estuviera en su sitio.

La ayudé como pude, imitando sus gestos, sintiéndome torpe, aunque ella no comentó nada. En cuestión de minutos, zarpamos del muelle con el motor encendido, suave pero potente, y el *Thalassa* comenzó a moverse, alejándose lentamente del puerto.

Me apoyé en la barandilla de popa mientras el muelle se hacía más pequeño y las otras embarcaciones quedaban atrás. El agua se abría en pequeñas ondas a nuestro paso, y la brisa, ahora más constante, me azotaba la cara con olor a sal y libertad.

Julia estaba al timón, firme, serena, concentrada. La imagen de ella, con el sol dándole en el rostro y el mar abierto por delante, era completamente hipnótica.

El viento era suave, pero constante. Lo suficiente para desplegar las velas y dejar que el *Thalassa* deslizara su elegante silueta por el mar como un cisne silencioso.

Julia se encargó de todo. Izó las velas con precisión, manejando cabos y poleas como si formaran parte de su cuerpo. Yo me limité a mirar, fascinada, mientras el velero se inclinaba levemente y cobraba vida. No era solo un barco: era una criatura marina respondiendo al tacto de su capitana.

Navegamos un buen rato en silencio, dejando atrás la costa, que se recortaba a lo lejos en formas rocosas y acantilados dorados. El agua tenía ese color imposible entre el azul profundo y el verde esmeralda, y el sol brillaba en la superficie como si alguien hubiese derramado cristales.

Julia se mantenía al timón, relajada, con una mano en la rueda y la mirada puesta en el horizonte. Durante largos minutos no dijimos nada, pero por primera vez, el silencio entre nosotras no era incómodo.

Al cabo de un tiempo, ella giró ligeramente el timón y se dirigió hacia una pequeña cala rocosa. El agua allí era cristalina, casi

transparente. Se podía ver el fondo, incluso desde la cubierta.

—Aquí está bien —dijo, mientras echaba el ancla con la facilidad de quien lo ha hecho cientos de veces.

Después, se giró hacia mí con una expresión despreocupada.

—¿Te apetece bucear un rato?

—Claro —respondí casi sin pensar.

Ella desapareció por la escotilla y regresó al cabo de unos segundos con dos juegos de gafas con tubo y aletas.

—Si quieres cambiarte, puedes usar el baño de abajo.

Asentí y bajé al camarote. El interior era tan impecable como el exterior. Compacto, funcional, pero con ese toque elegante y cuidado que parecía definir todo lo que tenía que ver con su dueña. Me puse el bañador en silencio, mirándome en el pequeño espejo del lavabo. El reflejo me devolvía la imagen de alguien que, pese a todo, se sentía un poco más libre que hacía unas horas.

Cuando subí de nuevo a cubierta, ella se había cambiado también y estaba en bikini.

Lo reconozco: no estaba del todo preparada para *eso*.

Se había recogido el pelo en un moño improvisado y tenía la piel ligeramente dorada por el sol. Su cuerpo era sencillamente impresionante. No en el sentido artificial o recargado, sino con esa perfección que solo da la disciplina bien llevada: proporciones exactas, músculos definidos con una finura casi escultórica, sin un gramo de grasa. Era pura armonía en movimiento.

Aparté la mirada de inmediato, sintiéndome como una adolescente atrapada espiando por la rendija del vestuario. Pero, como si mis ojos tuvieran voluntad propia, volvieron a ella.

—Vamos allá —dijo de pronto, interrumpiendo mis pensamientos. Después se acercó al borde de la embarcación, sacó una escalerilla plegable, la encajó con precisión en la cubierta de popa y, sin más ceremonia, se lanzó al agua de cabeza llevando las gafas de buceo y las aletas.

Fue un salto perfecto. Como si lo hubiese ensayado toda su vida.

Desde el agua, emergió pasándose las manos por el rostro.

—¡Venga, tírate! ¡Está buenísima!

Por un instante, la poderosa, casi intimidante Julia Rocafort desapareció, y en su lugar había una joven vibrante, despreocupada, sonriendo bajo el sol como si el mundo fuera suyo y el mar, su patio de juegos.

Era extraño.

Me puse las aletas con torpeza, me ajusté las gafas de buceo sobre la cara y, tras tomar aire profundamente, me lancé al mar de cabeza, intentando conservar un mínimo de estilo en el salto.

El impacto con el agua fue brutal.

—¡Diosssss! —grité al salir, temblando—. ¡Está helada!

Julia soltó una carcajada que rebotó en las paredes de roca cercanas.

—En dos minutos no sentirás el frío, te lo aseguro —dijo, ajustándose las gafas y el tubo con un gesto rápido—. Sígueme.

Después se sumergió sin más. La seguí, algo torpe al principio con las aletas, pero pronto encontré el ritmo adecuado. El agua era tan clara que el fondo se distinguía como si lo miráramos a través de un cristal. Bancos de peces nadaban en formación, ajenos a nuestra presencia. Algunos brillaban con tonos plateados, otros azulados, y me pareció ver incluso una estrella de mar anaranjada posada sobre una piedra.

Julia tenía razón: al poco tiempo, el frío desapareció. Nadábamos entre burbujas, flotando en un silencio submarino tan absoluto que, por un momento, sentí que el mundo real —con sus tensiones y dudas— había quedado atrás.

Estuvimos casi una hora explorando. Nadábamos despacio, dejándonos llevar por la corriente suave, sumergiéndonos de vez en cuando para ver más de cerca los corales, las piedras cubiertas de algas, las pequeñas criaturas que se escondían entre las grietas. Julia iba unos metros por delante, moviéndose con una soltura que me impresionaba. A veces se giraba para asegurarse de que la seguía, y yo asentía con la cabeza, con una sonrisa detrás del tubo.

El tiempo se me pasó volando.

Cuando finalmente decidimos volver al velero, salí del agua con cierta reticencia. Me sentía tan a gusto que casi me daba pena terminar. En cuanto puse un pie en cubierta, el aire me golpeó con

fuerza. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y no pude evitar temblar. Julia se movió rápido y, sin decir nada, bajó al camarote y volvió al instante con dos toallas grandes. Me ofreció una y se sentó a mi lado en la cubierta, aun goteando, envuelta en la suya.

Durante un rato nos quedamos allí, secándonos al sol, intercambiando algún comentario sobre los peces, sobre lo increíble que se veía todo bajo el agua. Había una tranquilidad en el ambiente que me sorprendía. Era la primera vez que no sentía que tenía que protegerme de ella, y me encontraba relativamente cómoda en su presencia.

—¿Tienes hambre? —preguntó de pronto, mirándome de reojo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que me moría de hambre, el tipo de hambre que no te das cuenta de que tienes hasta que alguien lo menciona.

—Sí —admití—. Mucha.

Julia no dijo nada más. Se levantó, bajó al camarote y volvió con la mochila con la que había salido de casa. Se sentó de nuevo a mi lado, la abrió y sacó un par de bocadillos envueltos en papel, fruta cortada en un recipiente, un poco de queso y dos botellas de agua.

—Son de jamón, queso y tomate. Espero que te gusten… —dijo, tendiéndome uno.

—En este momento, me gustaría casi cualquier cosa —respondí, con una sonrisa sincera.

Comimos mirando el mar. Las olas golpeaban suavemente el casco del velero, y el sol empezaba a bajar, pintando todo con una luz dorada. Había algo en ese momento —la comida, la compañía, el cansancio agradable después del *snorkel*— que me resultaba casi íntimo; parecía que compartiésemos algo más que un bocadillo. No hablábamos mucho, pero tampoco hacía falta. Estábamos bien así.

Dejé que la brisa me secara los últimos restos de agua en la piel, y por un instante, simplemente respiré. Pero el silencio tenía algo de traicionero, como si su calma me invitara —casi me obligara— a hablar.

Y entonces, sin planearlo, sin medir las consecuencias, la pregunta salió sola. Esa que me había planteado una y otra vez desde que todo comenzó.

—¿Por qué pensaste en mí para… para hacer esto? —dije, sin atreverme a mirarla directamente—. Para casarte, ya sabes.

La cuestión flotó en el aire unos segundos. Julia me miró con el ceño apenas fruncido, sorprendida, tal vez. O quizá no. Quizá la esperase desde hacía tiempo.

—Ya te lo dije —respondió, finalmente—. Me pareciste una persona seria. Digna de confianza para el papel que se espera de ti.

—Sí, ya sé que dijiste eso… —insistí—. Pero seguro que tenías más opciones. Amigas, conocidas… No sé.

—Fui descartando candidatas —respondió con calma—. Preferí a alguien que no fuera cercano, pero que conociera. Alguien con quien no tuviese lazos personales que complicaran las cosas. Tú me pareciste la opción más razonable.

Me costó tragar saliva. Hubiera preferido otra respuesta, algo un poco más emocional, pero eso no hubiese sido propio de Julia Rocafort.

—¿Crees que tus hermanos, tu entorno… se lo han creído? —pregunté entonces, girando apenas el rostro hacia ella.

—Supongo que algunos sí, otros no —respondió, encogiéndose de hombros—. Me da igual. El caso es que, sobre el papel, se cumpla la voluntad de mi padre. Ni más, ni menos.

Al cabo de unos segundos, continué con mi particular interrogatorio.

—¿Cómo era tu padre? Quiero decir… ¿cómo era de verdad?

Ella pareció meditar la respuesta, mirando fijamente al horizonte. Tardó en responder, y cuando lo hizo, su tono fue neutro, casi clínico:

—Cruel. Tirano. Despiadado. Pero también brillante. Inteligente. Imaginativo.

Me quedé unos instantes en silencio, tratando de encajar esa mezcla de adjetivos.

—No me queda claro si hablas de él con rencor… o con admiración —dije finalmente.

—Supongo que las dos cosas —admitió con un suspiro.

—¿Lo querías?

Volvió a quedarse callada, pensativa. La pregunta parecía haberla golpeado en algún lugar antiguo y olvidado. La observé de reojo: su perfil perfectamente delineado, la curva de su labio inferior, ligeramente más pronunciado que el superior. El mentón firme, la sombra de sus pestañas sobre las mejillas. Por un segundo, tuve el impulso de alzar la mano y tocarle la cara, solo para comprobar si su piel era tan suave como parecía. Pero, por supuesto, no lo hice. Hubiera estado fuera de lugar.

—No lo sé —admitió—. Pero si lo quería, era en la misma medida en que lo detestaba.

—¿Y… a tu madre?, ¿la querías? —inquirí, esta vez con un hilo de voz. Empezaba a temer estar yendo demasiado lejos con mis preguntas.

Julia suspiró de nuevo, sin apartar la mirada del agua.

—A ella… ni la quería ni la odiaba. Era una especie de presencia decorativa en mi vida. Una madre ausente, centrada en sus cócteles, sus cenas, sus amigas y su reflejo en el espejo.

Pensé en mi madre al instante: en su calidez envolvente, en esa sonrisa suya que parecía no tener fin. También pensé en mi padre, en su torpeza entrañable a la hora de expresar afecto, pero también en su constancia, en la forma silenciosa y firme con la que siempre estaba ahí para mí. Fue entonces cuando lo entendí con absoluta claridad: Julia Rocafort no había conocido el amor en su casa.

—Vaya… lo siento.

—¿El qué? —preguntó ella de inmediato, ladeando el rostro hacia mí. Su voz había cambiado; volvía a tener ese tono altivo, ligeramente desdeñoso.

—Pues… lo de tus padres —murmuré, sintiéndome, de pronto, un poco ridícula.

Ella rio, con una risa corta y seca.

—¿De verdad crees que alguien como yo necesita algún tipo de compasión por tu parte…?

Ahí estaba de nuevo: el recordatorio de que ella jugaba en otra liga, en otro mundo muy superior al mío. Que yo no era más que una pieza funcional en su tablero.

—Solo trataba de ser amable —repliqué en tono agrio, con dureza —. Pero tranquila, que no te compadezco de nada.

Ella me miró, visiblemente sorprendida. Sus ojos reflejaban cierta irritación, pero también —de forma sutil, casi imperceptible— una chispa de diversión.

—Creo que ha llegado el momento de volver a casa —dijo simplemente.

Después se incorporó y empezó a levantar el ancla, como si aquella conversación jamás hubiera ocurrido.

Durante el trayecto de regreso, apenas cruzamos palabra. Habíamos vuelto, sin darnos cuenta, a esa fría cordialidad que definía nuestra relación desde el principio, como si aquella breve tregua —el *snorkel*, el bocadillo compartido, las confesiones— no hubiera sido más que un desliz.

El sol descendía lentamente hacia el horizonte, tiñendo el cielo de tonos ámbar y malva, cuando el velero llegó por fin al puerto, empujado con delicadeza por la brisa templada del Levante mediterráneo.

CAPÍTULO 8.

JULIA.

Aquel día llegué a casa al atardecer. Aparqué el coche con movimientos mecánicos, casi sin pensar, como si el cuerpo supiera lo que tenía que hacer mientras mi mente estaba en otro lugar.

Había pasado el día completo en el *Thalassa*, igual que el anterior, navegando sin rumbo fijo, dejándome llevar por el viento y la costumbre, por esa sensación de control absoluto que el mar me daba desde que era una niña. Solo que esa vez, al regresar, no sentía esa paz tan característica que siempre me dejaban las horas de navegación en solitario. Al contrario. Había un leve zumbido en el fondo de mi pecho, una inquietud que no sabía explicar.

Dos días habían pasado desde que Sofía se presentó en mi dormitorio a primera hora de la mañana, retándome a un partido de tenis con una mezcla torpe de decisión y nerviosismo. Aún la recordaba, de pie en el umbral, con el pelo algo revuelto y los ojos aún marcados por el sueño. Fue aquel un día peculiar, sin duda. Jugamos, sudamos y, finalmente, pasamos el día juntas en el *Thalassa*. Incluso conseguimos relacionarnos con cierta soltura, sin parecer dos piezas incompatibles forzadas a encajar, como si fuésemos viejas colegas que se encuentran de nuevo después de años de distancia.

Pero al final, no sé qué demonios pasó. Cuando me preguntó por mis padres, ¿por qué le mostré esa parte de mí que suelo enterrar bajo toneladas de orgullo y distancia? ¿Y por qué, cuando ella reaccionó con una amabilidad sencilla, casi infantil, la rechacé de forma tan brusca? "No necesito la compasión de nadie." Qué frase más innecesaria. Más vacía. Y, sin embargo, me salió sin pensar, dejando a mi interlocutora cortada.

Quizá me inquietaba la posibilidad —remota, improbable— de estar bajando la guardia con ella. Debía recordar que Sofía no dejaba de ser casi una desconocida, una mujer que elegí por razones prácticas, con la frialdad de quien cierra un acuerdo empresarial. Y, sin embargo, por un instante sentí que ella me veía, no como "la

heredera Rocafort", ni como la figura inalcanzable que todos daban por sentada, sino como alguien real, con debilidades, con grietas.

Y eso me desconcertó.

Me disgustaba reconocer que me arrepentía de mi exabrupto y que, en el fondo, me apetecía su compañía. No era que me importase la soledad, por el contrario, había llegado a disfrutarla, pero llevaba dos días en los que ese aislamiento tenía un matiz distinto. Más denso. Más punzante.

Quizá debería proponerle hacer algo juntas. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía hacer aquel teatro si nos limitamos a existir en paralelo, como dos desconocidas que comparten techo, pero no palabras?

De pronto, la situación me pareció un poco ridícula.

Apagué el motor del coche y me quedé unos minutos sentada, en silencio, dejando que el calor del habitáculo se disipara mientras organizaba mis pensamientos. Finalmente salí, cerré la puerta con un leve golpe y atravesé el jardín en dirección a la piscina.

Imaginaba que Sofía estaría allí, probablemente leyendo, como de costumbre. Y no me equivoqué. Estaba tumbada en una de las hamacas, acompañada —cómo no— por esa troupe canina que parecía haber encontrado en mi jardín su parque temático personal. Aquellos tres no perdían oportunidad de arrasar con todo a su paso; desde que llegamos, mi césped tenía hoyos por todos lados, y mi carísima alfombra persa —traída directamente de Isfahán— lucía una mancha de lo más sospechosa. Una mancha frotada, eso sí, a conciencia, imaginaba que por la propia Sofía.

Paciencia, señor.

Me acerqué con paso tranquilo. Al notar mi presencia, ella se incorporó ligeramente sobre un codo, saludándome con ese gesto educado que siempre me dedicaba. Llevaba una camiseta blanca, holgada, con el número 70 estampado en azul desvaído, y unos shorts sencillos. Vestía, como siempre, con esa naturalidad despreocupada de quien no necesita esforzarse para llamar la atención, pues poseía ese tipo de belleza discreta, sin artificios, que no busca imponerse pero que, sin proponérselo, destaca.

Pensé que, probablemente, no fuera del todo consciente del efecto que provocaba en los demás con aquella expresión serena, casi de niña buena. Su sonrisa, suave y sin artificios, tenía algo desarmante; y sus ojos —de un tono ámbar cálido bajo la luz del atardecer— brillaban con una mezcla de curiosidad y calma, realzados por unas pestañas absurdamente largas que le daban al rostro una delicadeza inesperada.

Era bella, sí. Casi demasiado.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió, cerrando el libro con suavidad y dejándolo a un lado.

—¿Qué lees? —pregunté, más por romper el silencio que por verdadera curiosidad, mientras me dejaba caer en la hamaca de enfrente, esquivando como podía a la perrita cojitranca que, por motivos que escapaban a la lógica, parecía tener una devoción inexplicable por mí.

—*Tuareg*, de Alberto Vázquez-Figueroa.

—Todo un clásico —comenté, acomodándome con un suspiro.

—¿Lo has leído? —preguntó, ladeando un poco la cabeza, con gesto de interés.

—Sí. Me encantó. Me gusta el autor —admití, rindiéndome al asedio afectivo de la perrita, que insistía en colocar su hocico bajo mi mano. Empecé a acariciarla distraídamente. ¿Sería ella la artífice del atentado más reciente contra mi alfombra persa? Probablemente. Aunque el pequeño caniche tampoco debía de ser del todo inocente.

—Lúa, ven aquí, no seas pesada —dijo Sofía con dulzura, pero la aludida ignoró por completo la orden, entregada en cuerpo y alma a su misión de conquistar mi regazo.

Hubo una pausa breve, tranquila, interrumpida solo por el zumbido lejano de una chicharra. El día aún retenía algo de calor, y el cielo empezaba a teñirse de cobre.

—He pensado que podríamos ir a cenar a algún sitio —propuse entonces, con tono casual, casi despreocupado—. ¿Te apetece?

Sofía me observó durante un instante con gesto sereno, como si pensara la propuesta con cuidado, y luego asintió.

—Claro.

—Bien. ¿Te parece si salimos en una hora?

—Perfecto. ¿Tengo que arreglarme mucho?

—Lo normal. A tu aire… —respondí evasivamente, levantándome con naturalidad y dando por concluida la conversación.

El salitre empezaba a secarse sobre mi piel y sentía el cuerpo pegajoso. No deseaba otra cosa que una ducha larga y el agua caliente recorriéndome la espalda.

Me dirigí a la casa, cruzando el jardín en silencio, pero a mis espaldas, sentí la mirada de Sofía clavada en mí. Intuí que no era hostil, ni inquisitiva. Solo atenta.

Y, por algún motivo, eso me hizo sonreír.

SOFÍA.

Llevaba casi media hora frente al armario, probándome todo lo que había traído, hasta que me decidí por un vestido de Massimo Dutti que había comprado justo antes de la boda y que no había estrenado aún.

Era sencillo, de un color verde oliva muy suave, con tirantes finos y un escote sutil en forma de V. El tejido era ligero, de esos que se adaptan al cuerpo sin marcar, y caía con elegancia hasta justo por debajo de la rodilla. Ni demasiado corto ni demasiado largo. Discreto, pero femenino. Me miré en el espejo y decidí que me quedaba bien.

"Arréglate *normal*", había dicho Julia. ¿Qué demonios significaba eso viniendo de ella? ¿Normal tipo ir de *sport* o normal tipo cóctel en yate con inversores italianos? Imposible saberlo, aunque prefería pecar de exceso antes que quedarme corta.

Me peiné con cuidado, alisando mi melena con la plancha, dejando que cayese sobre mis hombros con una naturalidad cuidadosamente estudiada. Después me maquillé con moderación, pero poniendo atención a los detalles: un toque de rímel para destacar las pestañas, corrector bajo los ojos, un poco de colorete en las mejillas y un brillo de labios apenas rosado. Me miré de nuevo en el espejo y me gustó lo que vi. No solía arreglarme tanto, al menos no sin una razón concreta, pero esa noche quería —aunque me costara admitirlo incluso ante mí misma— gustar, impresionar a Julia. Al fin y

al cabo, una de las razones por las que me eligió era mi físico, no me engañaba. Necesitaba a alguien que pudiera representar bien el papel de esposa discreta, con cierta presencia. Bien, pues esa noche quería ofrecerle precisamente eso: una buena imagen.

Además, en el fondo, me apetecía salir con ella. Solo Dios sabría por qué. Quizá porque su compañía me empezaba a resultar estimulante. Me intrigaba la forma en que me miraba a veces, como si estuviera intentando descifrarme, evaluando en silencio algo que aún no sabía si aprobaba o no.

Me atraía. Me confundía. Me mantenía alerta.

Inspiré hondo y terminé por coger un pequeño bolso de mano, metiendo lo justo: el móvil, un peine y el pintalabios.

Estaba lista.

Bajé despacio hasta el recibidor, sintiendo ese leve cosquilleo en el estómago que aparece cuando sabes que algo está a punto de pasar, aunque no tengas del todo claro qué. Allí me dispuse a esperar la llegada de Julia, pero no pasó ni medio minuto cuando escuché el suave crujido de los escalones a mis espaldas.

Era ella.

Bajaba con una cadencia de movimientos que parecían desafiar las leyes de la gravedad, como si sus pies apenas rozaran los escalones. Llevaba un pantalón de tela fluida color marfil, cuya caída perfecta y corte impecable delataban su procedencia de alta costura. Lo acompañaba con una blusa blanca de seda, minimalista y sublime, ligeramente desabotonada en el escote, lo justo para insinuar sin rozar la provocación. Su melena oscura caía suelta sobre los hombros, brillante, perfectamente peinada con un aire de descuido estudiado.

Cuando se acercó, advertí que también se había maquillado; apenas lo necesario, pero con precisión; lo suficiente para acentuar sus pómulos altos, su mirada afilada y esos labios que parecía haber delineado con un trazo seguro y firme.

Por un instante, me quedé sin palabras. Literalmente.

Había salido con chicas vistosas antes, pero Julia era harina de otro costal. No solo por aquel físico majestuoso, sino por la manera en que se movía, imponiendo su presencia con una naturalidad que

obligaba al mundo a rendirse a su paso, aunque, bien pensado, tampoco es que estuviese *saliendo* con ella, precisamente.

Cuando nuestras miradas se encontraron, ella esbozó una pequeña sonrisa, apenas una línea torcida en los labios, como si sospechara el efecto que estaba causando en mí.

¡Creída!, pensé, tragando saliva y devolviéndole la sonrisa con frialdad.

—Ya veo que estás preparada. ¿Nos vamos? —preguntó.

Asentí en silencio, recogí el pequeño bolso de mano y salimos juntas al jardín, esquivando, no sin dificultad, a los perros que parecían convencidos de que también estaban invitados a la cena, especialmente Lúa, que intentaba colarse entre nuestras piernas con una tozudez admirable.

—Chicos, sed buenos… —murmuré, apartándolos con cuidado antes de subir al Cayenne, que nos esperaba junto a la entrada, reluciente incluso bajo la luz tenue del anochecer.

El trayecto fue corto, apenas unos quince minutos de curvas suaves, bosques de pinos y ráfagas de mar entre los árboles. Julia conducía con esa soltura que parecía heredada, como si hubiese nacido con la habilidad de dominar cualquier cosa que tuviera ruedas, velas o alas. Yo, por mi parte, observaba el paisaje con atención distraída, sin atreverme a hablar demasiado. No por incomodidad, sino porque el silencio entre nosotras empezaba a tener un matiz algo distinto, con menos tensión y más expectación, quizá.

Llegamos a El Mirador de Sa Calma, un restaurante encaramado sobre un pequeño acantilado en las afueras de Begur, uno de esos lugares que no aparecen en las guías turísticas, pero que todo el mundo con cierto apellido conoce. La fachada era discreta, revestida de piedra clara y enredaderas cuidadas al milímetro. Desde fuera, no parecía más que una casa tradicional empordanesa, pero al cruzar la puerta de hierro forjado, todo cambiaba.

El interior era íntimo, con luces cálidas colgando desde vigas de madera, mesas vestidas con lino blanco impecable y una atmósfera que olía a calma, a vino caro y a cenas sin prisa. Las cristaleras daban paso a una terraza colgada literalmente sobre el mar, desde

donde se podía ver la costa recortándose a lo lejos, bañada por la luna recién salida. La brisa era suave. El murmullo de las olas, constante. Había pocas mesas ocupadas —todas espaciadas con gusto— y en el ambiente flotaba una sensación de lujo silencioso.

El *maître*, un hombre de mediana edad, impecablemente vestido y con una sonrisa pulida por años de oficio, apareció apenas cruzamos el umbral.

—Señorita Rocafort —dijo, inclinando ligeramente la cabeza, casi con reverencia—. Tengo lista su mesa.

Julia asintió con cortesía, y el hombre nos condujo por el interior del restaurante. Nos instaló en una mesa junto al ventanal, con vistas privilegiadas al mar, y se retiró con una discreción exquisita.

Me senté en silencio, deslizándome en la silla mientras alisaba con esmero el vestido sobre las piernas, esforzándome por parecer natural, aunque sentía las miradas del resto de los comensales fijas en nosotras. Supuse que era inevitable. Algunos debieron reconocer a Julia de inmediato: su rostro, bello como el de una estatua griega, era imposible de confundir. Otros, quizá, simplemente no podían apartar la vista de la imagen que proyectábamos juntas. Vanidad aparte, lo cierto es que resultábamos una pareja difícil de ignorar.

Durante unos segundos, estudiamos la carta en silencio. Julia eligió una ensalada con flores comestibles y queso de cabra. Yo me decanté por algo igual de ligero: un tartar de aguacate y langostinos con un toque de lima. Pedimos agua con gas para acompañar la cena, declinando amablemente el vino que nos sugirió el *maître* con esa sonrisa entrenada que parecía formar parte del menú.

La conversación comenzó con cierta rigidez, ambas midiendo cada palabra, buscando el tono adecuado, ese punto exacto entre el interés y la cortesía. Pero, como ya había ocurrido días atrás en el barco, al cabo de un tiempo la tensión se disolvió y la charla comenzó a fluir con naturalidad. Julia era, sin duda, una conversadora brillante. No solo por lo que decía, sino por la forma en que lo decía. Había algo en su manera de expresarse —el ritmo, la entonación, las pausas medidas— que resultaba magnético.

La cena transcurrió con normalidad, como si estuviéramos retomando una conversación pausada, no iniciando una desde cero.

Las palabras fluían sin esfuerzo, hasta que, casi sin darnos cuenta, la charla viró hacia terrenos más delicados. Todo comenzó con un comentario sobre la situación económica del país y, de ahí, la conversación nos llevó a temas como el salario mínimo interprofesional y el derecho a indemnización en caso de despido.

—Creo que el sistema norteamericano es más honesto —sentenció Julia, mientras dejaba los cubiertos sobre el plato con una precisión casi ceremonial—. Te pagan lo que vales. Si funcionas, te quedas. Si no, te vas. Así de simple.

—¿Honesto para quién? —repliqué, esforzándome por mantener un tono ligero, aunque algo irritada por aquella visión tan *empresarial* del asunto—. Lo que tú llamas honestidad, para muchos no es más que explotación. Además, no estoy segura de que opinases lo mismo si hubieras tenido que abrirte camino desde abajo, ¿no crees?

Julia soltó una risa suave, como si todo aquello le resultara un juego entretenido más que una conversación seria.

—Creo que pensaría lo mismo…

—Ajá. Pues me encantaría saber qué habrías hecho si hubieras nacido en una familia normal, trabajadora…

—No sé… quizá habría intentado casarme por dinero —respondió, ladeando la cabeza y guiñándome un ojo con descaro, intentando provocarme, quizá.

Durante un segundo no supe si enfadarme o echarme a reír. Me quedé suspendida entre ambas reacciones, atrapada en un cruce emocional tan repentino como desconcertante. Al final, opté por lo segundo. Me reí con una risa breve, pero sincera.

Ella río también, y fue en ese preciso momento, mientras la observaba, cuando me descubrí admirando la curva de sus labios al reír, la forma en que sus ojos se entrecerraban y la gracia natural con la que inclinaba ligeramente la cabeza.

Entonces lo supe.

Lo supe con una claridad súbita, casi violenta: Julia Rocafort me atraía. Me atraía de una forma que no había experimentado nunca, con una intensidad inesperada y peligrosa. Fue como si, de pronto, se abriera dentro de mí una puerta cuya existencia desconocía, dejando entrar una corriente de aire tan fresco como amenazante.

Un leve sudor frío me recorrió la nuca. Sabía —de forma instintiva, casi animal— que aquella cautivadora mujer no me convenía. No era solo por su aparente frialdad, ni por esa capacidad que parecía poseer de rozar la crueldad sin perder la sonrisa. No, era por algo un poco más sutil, más inquietante, que no sabía identificar. Además, tenía claro que, para ella, yo no era más que un objeto, un bien precioso y caro que se había visto obligada a adquirir, pero un objeto al fin y al cabo del que, llegado el momento, se desprendería sin mirar atrás.

No, definitivamente, no me convenía.

JULIA.

La cena llegó a su fin más rápido de lo que esperaba, y me sorprendí a mí misma admitiendo —aunque solo para mis adentros— que lo había pasado bien. Más que bien, incluso. Sofía no solo era físicamente deslumbrante, sino que también poseía una inteligencia aguda y un sentido del humor preciso, con esa rara habilidad de moverse con soltura entre la ironía y la gracia sin perder nunca el equilibrio.

Estuve tentada de iniciar un flirteo sutil, un experimento silencioso, casi deportivo, como quien lanza una piedra al agua solo para ver cuántas veces rebota. Pero recordé las palabras de mi padre con la nitidez de una advertencia grabada en mármol: *nunca mezcles los negocios con el placer*. Era una de sus reglas sagradas, una que yo había seguido a rajatabla desde siempre. Y no me convenía romperla. Por más que la noche fuera agradable y que la presencia de Sofía me resultara estimulante, no debía olvidar que lo nuestro no era más que un acuerdo, un mero negocio. Un pacto secreto con cláusulas no escritas, que exigía discreción, distancia y, sobre todo, límites. Y los límites no se deben cruzar cuando sabes que al otro lado no hay más que un terreno inestable.

Además, los negocios, cuando se contaminan con afectos —o peor aún, con deseos—, acaban desmoronándose como castillos de naipes, y yo necesitaba que mi relación con Sofía fuese controlada, sin emociones, lo más aséptica posible y, sobre todo, que transcurriera sin incidentes.

Regresamos a casa con las ventanillas entreabiertas, dejando que la brisa nocturna, cálida y levemente húmeda, se deslizara hacia el interior del coche. Afuera, la luna llena colgaba sobre la carretera como un faro silencioso, derramando su luz plateada sobre el asfalto y las copas de los árboles.

Al cruzar la verja de la finca, las sombras veloces de los tres perros aparecieron corriendo desde algún rincón del jardín. Ladraban con esa alegría salvaje de los animales que reconocen a los suyos. Detuve el coche mientras rodeaban el vehículo, golpeando ansiosamente las puertas con las patas.

—Calma, chicos —intervino Sofía en cuanto puso un pie fuera del coche.

Caminamos hacia la casa entre ladridos, colas agitadas y algún que otro lametón furtivo, y justo antes de entrar, nos detuvimos, como si una voz invisible nos susurrara que aún no era momento de cruzar ese umbral. Me giré lentamente y la miré de reojo. Para mi sorpresa, ella también me estaba observando, con una mirada serena que me intrigó.

La luz de la luna, alta y plena, la bañaba con una claridad casi irreal, resaltando cada contorno de su rostro.

—Me lo he pasado bien —murmuró—. Gracias por la invitación.

—Yo también —respondí, con voz serena—. Gracias a ti por venir.

Entonces, algo en el aire cambió, y durante unos segundos sentí el ambiente cargado de pura electricidad.

Debe de ser la luna, pensé, buscando una excusa al extraño fenómeno. La maldita luna y su influjo.

Tragué saliva y me obligué a reaccionar.

—Buenas noches —dije—. Que duermas bien.

—Buenas noches —respondió ella sin moverse, desviando la atención hacia los perros, que husmeaban por el jardín a pocos metros de distancia.

Me quedé unos segundos más, observándola desde la puerta. Después subí a mi habitación, me puse el pijama y me acosté pensando en que, en un par de días, estaríamos de nuevo en Barcelona y yo volvería al trabajo, a la rutina, al ruido familiar de la ciudad. A la normalidad.

No habría más lunas llenas.
Y todo volvería a estar bajo control.

CAPÍTULO 9.

SOFÍA.

—Bueno, entonces… ¿qué tal la luna de miel? —preguntó Lara con su voz cantarina, esperando, quizá, jugosos detalles.

Yo sonreí, aunque ella no podía verme. Llevábamos ya media hora al teléfono y sabía perfectamente que su paciencia tenía un límite: había llegado el momento de rendir cuentas.

—¿Cómo que qué tal? Si te he contado un montón de cosas… —respondí, sabiendo que esa excusa no iba a bastar.

—Sí, ya —dijo con una risita escéptica—. Pero no me has contado casi nada romántico. Y mucho menos *sexual*…

Solté un suspiro. Mentirle a Lara era, sin duda, la parte más difícil de toda esa farsa, pero me había comprometido a guardar el secreto. Además, ¿cómo decirle que mi "matrimonio" con Julia no era más que un contrato? Que no había luna de miel, ni noche de bodas, ni pasión contenida entre miradas robadas, solo un acuerdo bien remunerado.

—Lara, te tengo que dejar. Es la hora de bajar a los perros —mentí, con voz dulce—. Ya sabes cómo se ponen si me retraso. ¿Te parece si quedamos este fin de semana y te cuento más con calma?

Así tendría tiempo de inventarme unas cuantas chorradas que sonaran creíbles.

—Bueno… vale —dijo, con resignación fingida, pero sin perder el buen humor—. Pero esta vez quiero detalles de los buenos… aunque, mejor aún, ¿por qué no te vienes a casa con Julia y así la conozco mejor? Podría invitar también a Mireia y a Paula, pasaríamos una tarde de chicas…

—Bueno, se lo comento y te digo… — contesté sin querer comprometerme. No me apetecía demasiado reunir a Julia con mis amigas. Ya lo había hecho un par de veces, antes de la boda, y aunque los encuentros habían sido cordiales, me habían resultado bastante incomodos. Además, ni siquiera sabía los planes que Julia tenía para el fin de semana.

—Oh, ¡venga ya!, no se hable más, que os espero el domingo por la tarde en casa…

—Está bien, está bien —me vi obligada a decir, antes de colgar el teléfono con una mezcla de culpa y alivio.

Me quedé un momento mirando la pantalla del móvil antes de levantarme y dirigirme al piso de abajo a por un vaso de agua. Había pasado tres días en esa casa, desde que volvimos de Begur, y todavía no me hacía del todo a la idea de que tuviese que vivir allí durante el próximo año. Un año entero. Con Julia. Aunque, para ser justas, no tanto *con* Julia como *en la misma casa que* Julia.

Apenas la veía. Era educada y correcta conmigo, pero también distante, como una actriz que no salía nunca de su papel. Solía esfumarse temprano rumbo a su despacho en Oceana Catalana, donde —imaginaba— pasaba el día orquestando estrategias para hacer aún más próspera su ya próspera empresa.

Eso me dejaba, con suerte, un par de horas diarias de convivencia cuidadosamente civilizada. El resto del tiempo, la casa era toda mía. Lo cual, en teoría, era una bendición. Pero en la práctica, me hacía sentir como una invitada que se había quedado más de la cuenta.

En cualquier caso, al menos podría avanzar con tranquilidad en mi tesis; había decidido dedicarme ese año de *casada*, al menos oficialmente, a terminarla de una vez por todas.

Bajé a la cocina, pero me detuve en seco al ver que no estaba vacía. Joana, la cocinera, estaba en plena preparación de la cena. Olía a ajo y a cebolla pochada, a comida casera que reconforta incluso sin probarla.

—¿Quiere que le prepare algo especial, señora? —me preguntó la amable mujer con una sonrisa—. Estoy terminando esto por si quieren cenar aquí, aunque la señora Julia me advirtió que hoy volvería más tarde.

—No, no, tranquila —me apresuré a responder—. Solo vengo a por un vaso de agua.

Ella me preparó el vaso antes de que yo alcanzara siquiera el grifo. Le di las gracias y salí de la cocina casi de puntillas, sin querer molestar más, aunque enseguida me di la vuelta para preguntar:

—Joana, he notado que hoy han desaparecido todas las alfombras de la casa. ¿Sabe si ha sido por… algo en particular?

Ella levantó la vista de la encimera con su expresión habitual de cordialidad.

—La señora Julia nos pidió ayer que las guardáramos en el trastero hasta nueva orden —respondió con una sonrisa amable, casi resignada—. Es por los perros —añadió, echando una mirada fugaz a Lúa, que estaba tumbada a sus pies con la esperanza de que algún trozo de comida acabara en el suelo.

—Ah… —murmuré, sin saber muy bien qué decir.

—Pero no se preocupe —se apresuró a añadir—, sus perritos son adorables. Es solo que la señora Julia es muy… cuidadosa con el tema de la limpieza. Bueno, ya la conoce usted…

Había algo en su tono —o en lo que evitaba decir, quizá— que sonaba a crítica discreta, disfrazada de elogio.

—Gracias, Joana —respondí, correspondiendo a su sonrisa.

Casi mejor, pensé. Así no tendría que pasarme el día vigilando al pequeño Toby y su curiosa manía de marcar cualquier alfombra —especialmente las que parecían caras— que se cruzase en su camino.

Subí las escaleras con Brutus pisándome los talones, y me senté frente al portátil, aún con el vaso de agua en la mano, intentando volver a centrarme en el texto que tenía abierto. Si lograba mantener el ritmo —y no distraerme demasiado— en seis meses podría tener listo el primer borrador.

Trabajé durante un buen rato, concentrada, encadenando párrafos con más disciplina de la que esperaba de mí misma, pero cuando empecé a sentir el ya familiar escozor en los ojos —esa mezcla entre fatiga visual y hartazgo existencial— decidí que, al menos por ese día, ya era suficiente. Cerré el portátil y me encaminé nuevamente al piso de abajo.

La casa estaba en silencio absoluto. Joana y Antonia, la mujer que se dedicaba a la limpieza de la casa, habían terminado sus tareas hacía rato y se habían desvanecido con su habitual discreción.

Decidí cenar en la cocina, con una porción del guiso que Joana había dejado preparado antes de marcharse. Estaba delicioso, con

ese punto casero que parecía resistirse a la frialdad de la casa. Comí despacio, en silencio, bajo la atenta mirada de mis tres compañeros de piso, que no me quitaban ojo mientras se relamían el hocico con teatral desesperación.

—No os puedo dar de esto —murmuré, excusándome—. Luego os ponéis malos y lo dejáis todo perdido…

Me imaginé el suelo de madera convertido en una galería de manchas indeseables, y supe que no estaba dispuesta a correr el riesgo.

Después, aprovechando que —según había dicho la cocinera— Julia llegaría tarde aquella noche, me dirigí al salón, ese espacio impoluto y enorme que apenas había usado hasta el momento. Todo en él parecía sacado de una revista de diseño: los sofás inmaculados, la iluminación perfectamente calculada, las estanterías decoradas con libros colocados por orden alfabético. Era evidente que su dueña era una obsesa del orden.

Encendí la televisión y comencé a explorar la interminable colección de plataformas que Julia tenía contratadas en busca de algo que me hiciese pasar el rato sin demasiadas complicaciones. Al principio me acomodé con cierta rigidez, cuidando inconscientemente que mi trasero no se hundiera demasiado en el carísimo sofá, temiendo, quizá, dejar una marca permanente en la tapicería, pero veinte minutos después ya tenía los pies apoyados en la mesa de centro —otra pieza de diseño probablemente imposible de sustituir— y un vaso de Coca-Cola light en la mano. Había encontrado una serie mediocre sobre crímenes en un pueblo nórdico donde todos parecían sufrir de depresión climática, pero era justo lo que necesitaba.

—¡Brutus, abajo! —ordené, señalando el suelo con un dedo firme, esperando que obedeciera a la primera.

Brutus me devolvió la mirada con su único ojo, fingiendo sordera con la desfachatez de quien sabe que, con suerte, acabará saliéndose con la suya. El problema era que aquellos tres estaban bastante mal acostumbrados. En mi antiguo piso se subían al sofá cuando querían y hacían lo que les daba la gana. Allí, en cambio, tendría que defender la tapicería de aquellos sofás con mi vida.

—Brutus, abajo —repetí, ya sin mucha convicción, señalando el suelo con el mismo dedo autoritario de antes.

Me miró, bostezó sin el menor esfuerzo por disimular y, en lugar de obedecer, se acomodó aún más, hundiendo el lomo en el sofá. Por si me quedaba alguna duda de que la batalla estaba perdida, Toby decidió subirse también, dando un pequeño salto y acomodándose a su lado con naturalidad.

Suspiré. Ya lo revisaría todo después. Un par de pelos no iban a acabar con el equilibrio del universo. Además, Julia me había dicho que me comportara como si estuviera en mi propia casa, ¿no? Pues eso estaba haciendo. O al menos, eso me repetí para tranquilizar mi conciencia.

Me centré de nuevo en la serie y volví a colocar los pies sobre la mesa; por primera vez en días, empezaba a sentirme cómoda en aquella casa.

JULIA.

La cerradura giró con un clic seco y enseguida escuché los ladridos histéricos de aquellos tres chuchos infernales, que acudieron a recibirme como si no me hubiesen visto en años.

—Ya, ya… —murmuré, intentando apaciguarlos mientras esquivaba patas, hocicos y colas agitadas a ritmo de tambor. Lúa, la más insistente del trío —y probablemente la más inteligente también— giraba en círculos a mi alrededor hasta que le di una palmada en el lomo a modo de saludo protocolario. No es que me encantaran aquellos tres, pero empezaban a hacerme cierta gracia a pesar de los esfuerzos de Sofía por disimular sus fechorías, pues no pasaba un solo día sin que hicieran alguna de las suyas: un cojín fuera de sitio, una mancha de origen dudoso en el suelo o un zapato sospechosamente mordido.

Caminé por el vestíbulo mientras me quitaba la chaqueta, aún pensando en la interminable lista de asuntos pendientes que me esperaban en mi despacho. Volver de mi supuesta “luna de miel” y enfrentar el caos que se había acumulado en Oceana Catalana estaba siendo, como poco, agotador.

Me pregunté dónde estaría Sofía hasta que vi una luz encendida en el salón.

Vaya, por fin ha salido de su guarida, pensé, sonriendo de forma inconsciente.

En el fondo me divertía su actitud discreta, con ese aire de invitada que no quiere molestar, aunque, de vez en cuando, asomaba a sus ojos una chispa de rebeldía de lo más interesante, breve, pero inconfundible, como una advertencia de que debajo de esa cortesía había pólvora.

Entré en el salón y allí estaba: sentada en uno de los sofás con una postura un tanto envarada, como si se acabara de recolocar. Llevaba un pantalón corto que dejaba ver sus piernas largas y una camiseta de rugby horrenda que parecía tener valor únicamente sentimental. Me pregunté si dormiría así o si sería su uniforme oficial de estar por casa.

—Hola —saludé, acercándome con paso tranquilo, observando que había un vaso de Coca-Cola sobre la mesita de centro sin el correspondiente posavasos, detalle que me irritó.

—Hola —respondió, incorporándose ligeramente.

Unos pocos pelos negros sobre el sofá beige llamaron enseguida mi atención y automáticamente fruncí el ceño, con lentitud calculada.

—¿Se han subido los perros al sofá?

Ella me miró un par de segundos, valorando, probablemente, si mentirme o no.

—Solo un momento —admitió por fin, encogiéndose de hombros con fingida inocencia—, pero enseguida los he bajado.

La observé en silencio. A veces, el silencio mortifica más que una frase afilada. Y debo reconocer que me divertía verla en ese incómodo limbo entre la disculpa y las ganas de mandarme al infierno.

—Procura que no lo hagan, por favor. Ya sabes que tienen que comportarse...

—Sí, sí, claro, descuida —contestó con un tono tan neutro que casi parecía diplomático. Pero la tensión en su mandíbula la delató: ahí estaba, otra vez esa rabia envuelta en modales.

No pude evitar pensar que, en algún rincón de su mente, probablemente me odiaba un poco, y eso hacía aquella relación mucho más interesante.

—¿Quieres que te deje el salón? Puedo seguir viendo la tele en mi cuarto, sin problema…

—No, tranquila. Vengo agotada. Voy a cenar algo rápido y me voy a dormir —respondí, abriendo el aparador para sacar un posavasos de mármol, que coloqué con ceremoniosa calma bajo el vaso de Coca-Cola que había dejado directamente sobre la mesa.

—De acuerdo —murmuró, mirando alternativamente al posavasos y a mí como si acabara de insultar a su madre, lo que me hizo sonreír.

—Por cierto —añadí—, el jueves que viene tengo una cena con Henrik Weiss, el director general de una multinacional alemana que está buscando socios estratégicos en el Mediterráneo. Viene acompañado de su esposa, así que he pensado que podrías venir tú también, ¿te parece?

—Sí, claro… —respondió Sofía en tono comedido.

—¿Tienes algún vestido de cóctel?

—Bueno… tengo alguna cosa. Si quieres, te los enseño antes.

—Mejor vamos de compras —sentencié con una sonrisa leve—. No vistes mal, pero necesitarás un buen guardarropa si vas a acompañarme a ciertos eventos.

—Si crees que es necesario, de acuerdo —respondió finalmente con aire un tanto resignado. Estaba claro que le irritaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

—Perfecto. Entonces quedamos mañana por la tarde, cuando salga del despacho. Te veo en el Passeig de Gràcia. Tengo fichadas un par de tiendas que son justo tu estilo… o el que podría llegar a ser, con un poco de ayuda: alta costura, cortes limpios, cero camisetas de rugby…

La miré de reojo, con gesto inocente, mientras ella se tragaba el comentario con el mismo entusiasmo con el que se tragaría una cucharada de jarabe amargo. No respondió. Solo me dedicó esa mirada silenciosa que, en otra vida, habría encendido una revolución.

Me di media vuelta y caminé hacia la cocina, con Lúa siguiéndome con su habitual entusiasmo, obviando la voz imperativa de su dueña, que la llamaba con cierta irritación. ¿Qué demonios le había dado a esa perrita conmigo?

Mientras cruzaba el pasillo, pensé que, al final, aquella convivencia iba a ser de todo, menos aburrida.

CAPÍTULO 10.

SOFÍA.

El Passeig de Gràcia hervía de gente que paseaba con gafas de sol caras y aires de no tener ninguna prisa, turistas con bolsas de tiendas de lujo, algún ejecutivo acelerado y señoras mayores con la peluquería recién hecha y perros minúsculos.

Miré mi reloj con inquietud. Julia me había citado a las cinco en punto frente a aquella boutique exclusiva, cuyo nombre, grabado en letras doradas sobre el cristal, destacaba con arrogancia frente al resto de comercios. Comprobé que eran casi las cinco y cuarto, y aún no había ni rastro de aquella idiota. Solté un suspiro cargado de impaciencia.

Nunca me había entusiasmado la idea de ir de compras. Para mí, elegir ropa era un trámite simple que solía solventar con rapidez. Por eso, aquella cita me resultaba extraña y un tanto incómoda. Además, presentía que mi opinión importaría poco a la hora de decidir qué debía vestir para cumplir con el papel de "acompañante oficial" en unos eventos sociales que, si por mí fuera, se reducirían al mínimo indispensable.

Dos minutos después, un taxi negro se detuvo junto al bordillo con la elegancia coreografiada de un anuncio de perfumes. De él se bajó Julia, impecable como siempre. Llevaba un traje de chaqueta hecho a medida, perfectamente entallado, y unos tacones de marca que probablemente costaban lo mismo que el alquiler de mi antiguo piso. El cabello, peinado con una precisión milimétrica que solo ella era capaz de lograr, completaba el conjunto con una elegancia casi ofensiva.

Se acercó con paso firme, esbozando una sonrisa de estrella de cine. Cada uno de sus gestos parecía calculado para impresionar y, como siempre, lo lograba.

—Veo que ya estás aquí. ¿Entramos? —dijo, sin disculparse por el retraso.

Asentí en silencio y la seguí al interior de aquel santuario del capitalismo textil. La tienda era un templo de mármol claro, espejos

impecables y un silencio reverencial, como el de una biblioteca privada. Olía a flores blancas, cuero recién curtido y a esa mezcla indefinible —y costosa— que solo habita en lugares donde todo lo que se vende está fuera del alcance del común de los mortales.

Nada más cruzar la puerta, se acercaron dos dependientas —delgadas, repeinadas, silenciosas— y saludaron a Julia con esa mezcla de servilismo y familiaridad que se reserva a las clientas VIP.

—Necesito un par de vestidos de cóctel para ella —dijo Julia, señalándome con la misma naturalidad con la que uno señala una silla vacía—. Y quizá un par de trajes largos de noche también. Ah, y algo más casual pero que no parezca casual, ya sabéis a lo que me refiero…

Ellas me observaron fijamente antes de que una de ellas murmurara casi para sí misma:

—Talla 36-38…

Después, nos guiaron al fondo de la tienda, a una sala privada donde comenzaban a aparecer perchas como si fueran ofrendas en un altar. Uno tras otro, desfilaron vestidos largos y cortos, de seda o crepé, en tonos joya, con espaldas imposibles y cortes que rozaban el vértigo, con zapatos a juego. Algunos eran tan espectaculares que, pese a mi escepticismo, no pude evitar admirarlos. Me miraba en el espejo y apenas me reconocía. O tal vez sí... era yo, pero en una versión mucho más sofisticada, casi irreal.

Julia conversaba con las dependientas como si yo fuera poco más que una muñeca de escaparate que necesitaba renovar su vestuario para la temporada primavera-verano. Ni un simple: "¿Te gusta este, Sofía?", o siquiera un "¿Qué te parece este otro?" Todo se decidía sin mi aprobación expresa, como si mi opinión fuese irrelevante.

La miraba con incredulidad, bufando en silencio, sintiéndome a ratos ridícula, a ratos invisible. Y lo peor era que empezaba a sospechar que lo hacía a propósito. ¿Intentaba provocarme? ¿Quería medir mi aguante, ponerme a prueba? Era difícil saberlo. Con Julia, nunca se podía estar del todo segura.

Desde su asiento, me observaba con aire distraído, las piernas cruzadas con impecable elegancia, una ceja apenas levantada y ese gesto de ejecutiva aburrida que podría fundir el acero. Era imposible

saber qué pensaba realmente, pero algo en su mirada —tal vez una chispa de diversión mal disimulada— me decía que, en su cabeza, aquello era una especie de juego.

—Este le queda perfecto —dijo una de las dependientas en un momento dado, con una sonrisa satisfecha; parecía que acabase de completar con éxito una obra de arte.

—No está nada mal —admitió Julia, sin apartar los ojos de mí —. ¿Te gusta? —preguntó al fin, como si apenas recordara que yo también tenía voz. Era la primera vez que me pedía opinión desde que habíamos entrado en la tienda.

—No está mal —repetí sus palabras, imitando su tono con una desgana calculada.

Ella sonrió, divertida, observándome por un momento tan detenidamente que tuve la incómoda sensación de que su mirada me atravesaba la piel, diseccionándome por dentro. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Aunque quizá otro color resaltaría más su piel —añadió, girándose hacia la dependienta con la misma naturalidad con la que alguien pide otro café—. Probemos con ese azul petróleo. El corte es parecido.

Suspiré. Otra vez a cambiarme.

Definitivamente, aquella mujer podía llegar a ser exasperante.

Cuando, más de una hora después —y tras cargar todo lo seleccionado a la Visa Oro de Julia— cruzamos la puerta de otra boutique igual de lujosa, también ubicada en la misma calle, yo ya estaba agotada. Y harta. Harta de tanto mármol pulido, de los espejos implacables, de las sonrisas ensayadas de las dependientas y de sentirme como una actriz secundaria en una obra que no había elegido protagonizar.

Julia, en cambio, parecía disfrutar cada minuto. Caminaba entre percheros con la misma facilidad con la que respiraba. Ni un gesto de cansancio, ni una pizca de duda. Solo esa expresión suya, ligeramente divertida, como si mi incomodidad fuera un pequeño espectáculo privado diseñado para su entretenimiento.

Comprendí, con una punzada amarga, que aquellos breves momentos de camaradería que habíamos compartido durante

nuestra "luna de miel" no habían sido más que meros espejismos.

La realidad era que Julia seguía siendo tan odiosa como siempre. Arrogante e incapaz de ceder un solo milímetro en su necesidad de tenerlo todo bajo dominio, incluyéndome a mí. Y, aun así… ¡maldita fuese!, me atraía. No lo podía evitar.

Sí, sentía por Julia Rocafort una atracción tan poderosa como el rechazo que me provocaba. Una dualidad que no lograba resolver, por más que lo intentara. Parecía obra del mismísimo demonio.

CAPÍTULO 11.

JULIA.

—Pues creo que con esto hemos terminado, Julia —dijo Francesc Roca, cerrando ceremoniosamente la carpeta con sus anchas manazas y recostando su voluminoso cuerpo en el respaldo de la silla, que crujió levemente bajo su peso.

Asentí en silencio, entrelazando los dedos sobre la mesa de nogal pulido. Francesc llevaba más de una hora revisando conmigo los últimos flecos del testamento y supervisando el traspaso formal de poderes de Oceana Catalana hacia mi persona. Su tono había sido, como siempre, meticuloso y profesional.

—Las acciones preferentes y los activos principales ya están formalmente a tu nombre. Eres la presidenta ejecutiva de pleno derecho de la empresa. Tu padre lo dejó todo muy bien atado… como siempre —añadió, con una sonrisa afectuosa.

—Sí, como siempre... —repetí con un matiz irónico, apenas perceptible, pero suficiente para que se notara.

Pensaba, por supuesto, en el matrimonio al que mi difunto padre me había empujado mediante aquella maldita cláusula testamentaria. Una última jugada, perfectamente calculada por su parte, ejecutada con una frialdad pasmosa.

Con un poco de suerte, su alma estaría rondando por algún tipo de limbo conservador, atragantada de indignación al enterarse de mi elección conyugal.

—¿Y qué tal tu... matrimonio? —preguntó entonces Francesc, con cierta timidez, tocándose el nudo de la corbata.

—Bien… —respondí con neutralidad—. Francamente bien.

—Me alegro —murmuró, aunque el tono de su voz se tensó, incómodo, como si lamentara haber sacado el tema. Hizo una breve pausa antes de añadir—: Sé que Marc ha estado hablando con varios abogados sobre la posibilidad de impugnar el testamento…

—Ya lo imagino —dije con calma, esperando a que continuara hablando.

—No podrá hacer gran cosa —aclaró, retomando el tono más técnico de su oficio—, salvo que, de algún modo, lograra acreditar que el matrimonio es un fraude.

Comprendí, entonces, que Francesc, astuto como un zorro y gran observador, no tenía la menor duda de que lo mío con Sofía era un acuerdo estratégico, y que, con esa frase, me estaba lanzando una muda advertencia.

—Tranquilo —dije sin inmutarme—. Eso jamás podrá demostrarlo.

Permanecimos un instante en silencio mientras el abogado me observaba, calibrando si podía o debía ir un paso más allá.

—¿Confías plenamente en Sofía? —preguntó finalmente, directo, sin rodeos.

No respondí de inmediato. Me tomé unos segundos para pensar mi respuesta. Era una pregunta que ya me había hecho a mí misma cientos de veces. Al fin y al cabo, solo el testimonio de Sofía podría hacer que una impugnación del testamento prosperase. Todo, en última instancia, dependía de su lealtad, de su palabra, aunque confiaba plenamente en ella. Era demasiado honesta y correcta como para hacerme una jugarreta. Además, a ella tampoco le convenía que aquel acuerdo se revelara.

—Sí —respondí, mirándolo a los ojos—. Confío en ella.

Francesc asintió, visiblemente más tranquilo.

—Estupendo, entonces —dijo, con un deje de alivio mal disimulado. Sabía que, más allá del afecto personal, Francesc reconocía en mí la determinación y el temple necesarios para sostener el legado que mi padre había construido con mano de hierro.

Después, se incorporó con cierta dificultad, alisándose la americana azul marino sobre su abdomen prominente. Recogió sus papeles con eficiencia, se colocó las gafas y se dirigió hacia la puerta tras despedirse de mí con un afectuoso beso en la mejilla.

Me quedé sola en el despacho y, antes de volver al trabajo, me permití una breve pausa para contemplar la ciudad a través del ventanal. Desde allí, Barcelona parecía un tablero de juego: ordenado, previsible, ajeno. El Mediterráneo, lejano y sereno en el horizonte, atrapaba mi mirada con una calma hipnótica. Por unos segundos, dejé que mi vista se perdiera en esa línea azul indefinida

donde la ciudad se deshacía, y con ella, mis pensamientos volaron inevitablemente hacia Sofía.

¿Dónde estaría en ese momento? Probablemente encerrada en su habitación, tecleando furiosamente en su portátil para avanzar con su tesis, o paseando por algún parque con esos chuchos horrendos que tanto adoraba.

Sonreí apenas, casi sin darme cuenta.

Lo cierto es que estaba desempeñando su papel de forma impecable. Recordé la cena con el matrimonio alemán de la semana anterior: Sofía había estado fantástica. Medida en sus palabras, encantadora sin exceso, hablando inglés con un acento británico pulido y elegante. Mantuvo entretenida a la mujer del magnate con toda naturalidad, mientras yo cerraba un acuerdo altamente beneficioso para Oceana Catalana con su marido.

Sí, no me había equivocado al elegirla.

Además —admitámoslo—, la chica me divertía. Me divertía esa mezcla sutil de dignidad herida y enfado contenido que le afloraba cada vez que tomaba decisiones sin consultarle, como cuando renové por completo su vestuario sin siquiera preguntarle, o cada vez que me refería a sus perros con tono despectivo, y ella fruncía el ceño con esa expresión suya, mitad ofensa, mitad resignación, como si tuviera que recordarse a sí misma que no le convenía del todo estrangularme.

En verdad había algo magnético en su forma de resistirse. Una terquedad sutil, una necesidad de marcar su propio territorio incluso dentro del teatro de apariencias que habíamos construido. No se doblegaba del todo a mí, y esa pequeña rebeldía que parecía proteger a toda costa me resultaba curiosa.

Luego estaban esas miradas que a veces me lanzaba de forma disimulada y que se le escapaban, quizá, sin querer. Había en ellas algo que no terminaba de identificar, una mezcla desconcertante entre fascinación y desdén, como si me admirara en la misma medida en que me detestaba. Un contraste tan sutil como inquietante.

Sofía era, en muchos sentidos, un enigma.

CAPÍTULO 12.

SOFÍA.

—¿Estás lista? —pregunté a Julia, girándome ligeramente hacia ella justo antes de pulsar el timbre.

—Por supuesto —respondió la aludida con una calma impecable, pasándose una mano por el cabello en un gesto que me pareció meticulosamente lento.

Nos encontrábamos frente a la puerta del piso de Lara, en la tercera planta de un edificio rehabilitado del Eixample, de esos con el portal cubierto de mármol antiguo y un aroma persistente a ambientador caro.

Sabía que a Julia le apetecía tan poco como a mí aquella reunión con mis amigas, aunque se había guardado mucho de demostrarlo. En verdad, no habíamos tenido escapatoria. Cuando a Lara se le metía algo en la cabeza, era como un perro de presa: no soltaba hasta haber conseguido lo que quería. Y siendo justas, no podía culparla. Era mi mejor amiga, y si yo me había casado —aparentemente por amor— con mi exjefa, una mujer a la que, por muy atractiva e inteligente que fuera, antaño solía criticar sin piedad, lo lógico era que quisiera conocerla un poco mejor. Además, más allá de una comida fugaz semanas antes de la boda, de un café a media tarde y del propio día del enlace, mis amigas apenas habían coincidido con Julia e imaginaba que querrían más detalles de nuestra historia.

¡Dios! Eso era, sin duda, lo peor de todo aquel acuerdo: tener que mentir. Pero si íbamos a hacerlo, más nos valía hacerlo bien. A esas alturas de la película, a ninguna de las dos nos convenía que aquella farsa saltara por los aires.

Cambié el peso de un pie al otro con inquietud, esperando que la puerta se abriera. Estaba nerviosa, consciente de ser la protagonista de una telenovela improvisada, actuando sobre un guion que se escribía en tiempo real, sin la menor idea de cómo acabaría el próximo capítulo.

Julia, en cambio, permanecía imperturbable. Si estaba nerviosa, lo disimulaba con la misma elegancia con la que llevaba aquel conjunto azul que parecía sacado de un catálogo de ejecutivas de alto nivel. La miré de reojo y sentí una punzada de envidia: llevábamos media hora repasando posibles preguntas y respuestas, y ella seguía tan tranquila, como si fuera a una reunión de la junta directiva, no a un encuentro con tres mujeres capaces de oler una mentira a kilómetros de distancia.

La puerta finalmente se abrió y Lara apareció en el umbral, sonriendo mientras sostenía una copa de vino en la mano.

—¡Por fin! —exclamó con un entusiasmo medido que dejaba entrever un interrogatorio a punto de comenzar.

Detrás de ella asomaron Mireia y Paula, ambas más contenidas, pero también con un gesto de curiosidad en el rostro.

—Julia, teníamos muchas ganas de verte de nuevo —dijo Paula, adelantándose para besarla dos veces en la mejilla con amabilidad.

—Y yo a vosotras —mintió Julia con descaro, esbozando una sonrisa impecable. Sin duda, era una profesional consumada en el arte de la simulación.

Nos adentramos en el salón, bañado por la luz cálida de velas aromáticas que perfumaban el ambiente. Sobre la mesa de centro reposaba una bandeja cuidadosamente preparada con quesos selectos y una botella de vino decantado, lista para ser servida.

Lara me ofreció una copa, que acepté con gratitud a modo de sedante. Julia, sin embargo, declinó el vino con una sonrisa ligera y pidió agua.

Comenzamos a charlar mientras mis amigas la miraban con una curiosidad aguda, como si trataran de descifrar un enigma, aunque Julia sabía interpretar su papel con la misma gracia y seguridad con la que hacía todo en su vida. Respondía con cortesía impecable, devolvía las preguntas con inteligencia y soltaba una sonrisa en los momentos justos, como una experta bailando al ritmo de un juego que conocía de sobra. Se desenvolvía mejor que yo, que me esforzaba en aparentar tranquilidad, en reír cuando tocaba, en ocultar el torbellino de nervios y culpabilidad que sentía bajo la piel.

En medio de todo aquel vaivén de sonrisas medidas y frases correctas, capté una mirada rápida de Lara, dirigida solo a mí. Era una de esas miradas llenas de preguntas que no necesitan pronunciarse para hacerse entender. *¿Estás bien? ¿La quieres? ¿Ella te quiere?,* aunque no logré descifrar cuál de todas quería plantearme exactamente. Quizá fuesen todas, aunque casi mejor no saberlo.

Continuamos un rato hablando de todo y de nada —el trabajo de Lara, los planes de Paula para su próximo viaje, las reformas infinitas en casa de Mireia—, cuando, como quien no quiere la cosa, Lara volvió al ataque.

—Entonces, Julia… cuéntanos cómo surgió lo vuestro. Porque Sofía es bastante discreta con el tema, ¡como siempre es tan reservada!

En el fondo, me lo estaba esperando.

—Eso no es verdad —repliqué enseguida, más rápido, quizá, de lo que habría querido —. ¡Si ya os lo he contado varias veces!

—Pero muy por encima y con pocos detalles…

Julia soltó una risa baja, divertida, y nos miró alternativamente a Lara y a mí, como si estuviera valorando qué debía hacer. Luego, con aire de reina magnánima que reparte favores por puro entretenimiento, declaró:

—Está bien… Os voy a dar una versión más detallada del asunto.

Todas callamos, incluida yo, mientras ella efectuaba una pausa breve, casi teatral; parecía estar recordando algo lejano, aunque perfectamente claro en su memoria.

—Sofía llevaba ya un par de años en la empresa —empezó a decir con tono sereno, captando la atención de las demás sin esfuerzo—. Durante mucho tiempo, apenas nos dirigíamos la palabra, es cierto. Pero era imposible no fijarse en ella.

Se hizo un silencio natural, como si incluso el aire estuviera pendiente de lo que vendría a continuación.

—Era tan... *endemoniadamente* guapa, tan correcta, tan precisa cada vez que intervenía en una reunión… —continuó con una sonrisa casi imperceptible—. Y no era solo lo que decía, sino cómo lo decía, la forma en que se sentaba, en cómo movía las manos y bajaba la

mirada justo antes de cerrar una frase. Había algo en ella que me imponía y, al mismo tiempo, desconcertaba.

"Endemoniadamente guapa"

"Había algo en ella que me imponía"

¿Había escuchado bien? ¿Julia Rocafort —la imperturbable ejecutiva de acero— acababa de decir *eso* de mí?

Tragué saliva con disimulo.

—Yo la observaba en silencio, a distancia —siguió contando su relato, con naturalidad—. Hasta que un día, en medio de una reunión un tanto anodina, nuestras miradas se cruzaron. No fue más que un segundo, pero suficiente para saber que algo estaba ocurriendo, que algo había cambiado entre nosotras, aunque no pudiera ponerle nombre, ni forma, ni encontrarle lógica.

Durante unos segundos, nadie dijo una palabra. Mireia tenía la copa de vino suspendida a medio camino de la boca. Paula apenas parpadeaba, absorta en el relato. Lara, sentada con las piernas cruzadas, la espalda recta y las cejas levemente alzadas, parecía estar diseccionando cada palabra. Y yo me sentía como una espectadora más, escuchando una historia que no había vivido a pesar de ser una de las protagonistas.

Había algo tan convincente en la forma en que Julia lo contaba, tan real, tan lleno de matices no ensayados, que por un instante —absurdo y fugaz— deseé que hubiese ocurrido de verdad. Era un pensamiento extraño, inesperado… pero demasiado nítido como para ignorarlo.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Lara, con un brillo indisimulado de curiosidad iluminando su rostro.

Julia ladeó la cabeza apenas un poco y sonrió con una calma casi cinematográfica.

—Bueno… Un día me armé de valor y la invité a cenar. Así, sin rodeos, sin excusas de trabajo ni pretextos sociales. A cara descubierta.

Hizo una breve pausa, suficiente para que todas en la sala contuviéramos el aliento sin darnos cuenta.

—Sofía me miró sin entender del todo lo que acababa de oír —dijo, girando ligeramente la cabeza hacia mí con una sonrisa leve, como si

recordara algo que aún le resultaba entrañable—. Parecía sorprendida… incluso un poco escéptica. Pero aceptó.

Entonces, mi mente me jugó de nuevo una mala pasada y de pronto pude verme a mí misma aceptando aquella cena en esa otra realidad paralela donde todo eso hubiera sido cierto.

Perfecto, Sofía, pensé. *En plena función, y ya confundiendo el guion con la vida real.*

—Y el resto… —añadió Julia, soltando el aire con una suavidad medida— es historia.

Definitivamente, Julia Rocafort era una actriz de primera. Hollywood se había perdido una gran estrella.

—¡Qué romántico! —susurró Paula, más para sí misma que para nosotras. De las tres, siempre había sido la más emotiva, la que creía en señales del universo y finales felices.

—¿Ves como nos lo tenía que contar Julia, Sofi? —añadió Mireia, sonriendo, aunque con un matiz de reproche en la voz, como si le hubiese querido escamotear, sin querer, una parte importante de mi propia historia.

Lara, en cambio, no dijo nada. Se limitó a observarme con esa expresión suya entre reticente y protectora, empezando finalmente a entender algo que hasta entonces le había resultado incoherente: que yo hubiese acabado casada, y además en tiempo récord, con la misma mujer a la que no hacía tanto criticaba sin filtro, con un entusiasmo casi deportivo.

La conversación derivó hacia otros temas algo más banales. La atmósfera se había relajado, y el tiempo, como suele pasar cuando se está en buena compañía, comenzó a deslizarse con rapidez engañosa.

En un momento dado, me levanté para ir al baño y al regresar vi que mi lugar en el sofá estaba ocupado por Mireia, que había estirado las piernas cómodamente, adueñándose de dos plazas con la confianza de quien está en terreno conocido. Dudé un segundo, sin saber bien cómo recolocarme, hasta que, sin previo aviso, Julia extendió una mano hacia mí y, con una naturalidad pasmosa, me agarró de la muñeca. No fue un gesto brusco, ni teatral; por el contrario, fue suave, pero directo. Tiró suavemente de mí hasta

hacerme caer, con una fluidez inesperada, justo entre sus piernas. Mi espalda se apoyó automáticamente en su pecho mientras sus muslos me cercaban por los lados.

A ojos de cualquiera, se trataba de un gesto natural entre dos personas que son pareja. Pero para mí, que apenas había rozado su piel en toda mi vida, aquello fue como recibir de golpe una descarga de alto voltaje.

Creo que mi cuerpo reaccionó antes que mi mente: se tensó por reflejo, rígido como un gato mojado. Julia, que evidentemente lo notó, deslizó uno de sus brazos alrededor de mi cintura y me sostuvo así, con suavidad, tratando quizá de tranquilizarme, recordándome el papel que estábamos interpretando.

Pero dentro de mí, las líneas del guion empezaban a difuminarse peligrosamente.

Intenté seguir el hilo de la conversación. Hablaban de una serie que, por lo visto, todo el mundo veía menos yo. Lara decía algo sobre el final de la segunda temporada, Paula la contradecía con entusiasmo, y Mireia asentía entre sorbos de vino, aportando comentarios sueltos con tono de experta.

Yo, mientras tanto, no escuchaba nada.

Las voces me llegaban desde lejos, distorsionadas, como si hablaran bajo el agua, y las palabras me parecían huecas, sin peso, sin forma. Mi atención estaba en otra parte, concretamente en el cuerpo de Julia, en su respiración marcando un ritmo constante en mi nuca, en el brazo que mantenía alrededor de mi cintura con una firmeza suave pero imposible de ignorar, en la presión de sus pechos contra mi espalda. Era una posición tan íntima, tan falsa y al mismo tiempo tan real, que me desorientaba.

El corazón me latía con fuerza, y mi piel, tan próxima a la suya, reaccionaba con una sensibilidad que no recordaba haber experimentado antes en presencia de nadie, y mucho menos de alguien a quien, en teoría, solo debía considerar una cómplice temporal.

Y entonces, me asusté un poco.

Porque yo no quería sentir aquello de forma tan real.

Porque no estaba en el guion.

Y porque, para colmo, parte de mí deseaba quedarse así un rato más.

Cuando, tiempo después, Lara empezó a bostezar sin disimulo y Mireia anunció que ya era tarde, aproveché el momento para incorporarme y separarme de Julia, aunque enseguida noté una extraña mezcla de alivio y decepción que no supe del todo cómo gestionar.

Nos despedimos de mis amigas entre besos, abrazos y promesas vagas de repetir pronto. Todo en un tono amable y festivo, como si no hubiese ocurrido nada especialmente relevante esa noche y yo no hubiese pasado una hora entera envuelta en un contacto físico que me había dejado emocionalmente alborotada y, sospechaba, con una huella tibia y húmeda en cierta parte de mi anatomía.

Durante el trayecto de vuelta a casa, la conversación fue bastante superficial. Julia hablaba con su habitual soltura, comentando alguna anécdota trivial de la velada, preguntando por la calle en la que vivía Paula o haciendo observaciones sobre la casa de Lara.

La miré de reojo mientras conducía. Parecía tan impecable, tan serena, que me pregunté —como ya lo había hecho otras veces— si de verdad podría ser tan fría como aparentaba, si el roce de mi cuerpo contra el suyo no le había provocado absolutamente nada, y si era una experta en fingir o si, simplemente, no tenía nada que fingir.

Y entonces regresó esa idea estúpida y terca, empeñada en aparecer justo cuando menos la necesitaba: ¿Cómo era posible que me atrajera tanto alguien a quien, por momentos, aborrecía?

Era un misterio. Uno que, para mi desgracia, cada vez entendía menos.

Aquella noche, al llegar a casa, Julia se dirigió directamente a su habitación, con un escueto “bona nit” murmurado entre bostezos.

Yo, en cambio, saqué a los perros a dar un paseo breve bajo la humedad espesa que envolvía las calles a esas horas de la madrugada.

Al regresar, me dejé caer en el sofá del salón y encendí la televisión sin demasiada convicción. Dejé que una serie de crímenes reales me

hiciera compañía, aunque no era lo más idóneo para ver antes de irse a la cama, pensé con ironía.

Cuando el reloj se acercaba a las dos y media de la madrugada, apagué la televisión y me arrastré hasta el dormitorio con la resignación silenciosa de quien sabe, con amarga certeza, que el sueño tardará en llegar. Mi mente seguía anclada en la velada transcurrida en casa de Lara.

En cuanto crucé el umbral de mi habitación, noté algo raro. ¿Dónde estaba Lúa? Normalmente no se despegaba de mí ni para dormir, y ahora que lo pensaba, hacía ya un buen rato que no la veía.

La llamé en voz baja, miré debajo de la cama y busqué por toda la casa. Nada. Solo quedaba por revisar el cuarto de Julia. Probablemente se habría dejado la puerta entreabierta y esa pequeña entrometida de Lúa habría aprovechado para colarse dentro.

Me acerqué en silencio por el pasillo, conteniendo la respiración sin darme cuenta. La puerta del dormitorio de Julia, como sospechaba, estaba entreabierta. Apoyé los dedos con suavidad sobre la madera y empujé. La hoja cedió con un leve crujido, apenas un susurro. La penumbra de la habitación se iluminó con un hilo de luz cálida proveniente del pasillo, suficiente para que todo se revelara ante mí con claridad.

Julia dormía plácidamente y Lúa descansaba a los pies de su cama perfectamente acomodada; tenía el lomo recogido y el hocico apoyado sobre las patas delanteras. Al verme, alzó la cabeza y meneó la cola con ese aire cómplice y ligeramente desafiante que siempre lograba enternecerme.

—Lúa… —susurré con suavidad—. Vamos, sal de ahí.

La perrita me observó ladeando la cabeza, pero no hizo amago de moverse, la muy testaruda.

Avancé un par de pasos dentro de la habitación, con cautela, tratando de no hacer ni el más mínimo ruido. Pero entonces mis ojos se detuvieron en Julia.

Dormía boca arriba, con una sábana blanca cubriéndole el cuerpo hasta el pecho y la cabeza ligeramente ladeada hacia un lado. Su respiración era profunda, rítmica, como un oleaje tranquilo. La

expresión de su rostro era insólitamente serena, despojada de toda la tensión que solía marcarle la mandíbula durante el día. Parecía más joven, más vulnerable y, para mi desconcierto, aún más guapa de lo que debería permitirme pensar. Pero no era solo su belleza evidente —los pómulos definidos, la curva exacta de sus labios, el cuello largo y elegante— lo que me mantenía ahí, inmóvil, mirándola. Se trataba de otra cosa, de algo más tenue, más íntimo. Verla dormir era como asomarse a una versión oculta de Julia, sin armadura ni reservas, una que, estoy segura, no dejaba ver demasiado.

No sabría decir cuánto tiempo me quedé allí, en silencio, simplemente observándola dormir. Quizá fueron solo unos segundos. O tal vez minutos. El tiempo, en esa quietud tibia, parecía diluirse por completo mientras Julia continuaba durmiendo profundamente, ajena a mi presencia, con esa expresión de abandono tranquilo que me resultaba tan desconocida en ella.

Me obligué a recordar el motivo por el que estaba allí y me acerqué a la cama de puntillas para agarrar a Lúa y sacarla de allí.

Pero entonces ocurrió. No sé qué fuerza absurda —acaso el mismísimo Satanás disfrazado de impulso romántico— me empujó a inclinarme sobre Julia y depositar un beso fugaz sobre sus labios. Fue apenas un roce que ni siquiera llegó a un segundo, pero bastó para que toda mi piel se erizara y una oleada de calor ascendiera desde el estómago hasta mis mejillas.

Me incorporé de inmediato, recuperando la lucidez, agarré a Lúa con torpeza y salí disparada de la habitación con el corazón en la garganta, tratando de alejarme cuanto antes del escenario del crimen.

¡Dios santo!

¿Desde cuándo me dedicaba a robar besos a una persona dormida? Empezaba a sentirme como una ladrona emocional, como una especie de acosadora con ínfulas románticas.

Llegué a mi habitación con la cara completamente encendida, casi ardiendo. Cerré la puerta tras de mí con un gesto apresurado y me dejé caer sobre la cama, de bruces, enterrando la cara en la almohada.

¿Qué demonios acababa de hacer?

¿Y si Julia se hubiese despertado justo en ese instante? ¿Y si me hubiera visto inclinándome sobre ella como una adolescente descontrolada? ¿Qué habría pensado? ¿Qué imagen absurda y patética habría dado?

La sola idea me hizo gemir en voz baja, sofocando el sonido contra la almohada. Me moría de vergüenza, literalmente.

Me giré sobre la cama, con la mirada fija en el techo, incapaz de calmar los latidos del corazón.

Una vez más, maldije en silencio por sentirme atraída, precisamente, por alguien sin moral, sin escrúpulos, alguien que nunca me vería como algo más que una pieza pasajera y prescindible en su vida, y con quien, para colmo de males, tendría que compartir techo durante todo un año. Además, lo más probable era que Julia no estuviera interesada en mí *en ese sentido*. Pensándolo bien, ni siquiera sabía con seguridad cuáles eran sus gustos en el terreno íntimo o romántico.

Aquello constituía una paradoja diabólica, un cruel juego del destino que parecía especialmente diseñado para torturarme.

Por un instante, casi llegué a pensar que, efectivamente, el propio Satanás estaba detrás de todo aquello, sonriendo malévolo mientras tejía esa red invisible en la que me había quedado atrapada, y que aquello no era más que un castigo merecido por jugar con fuego, por haber aceptado casarme solo por pura avaricia.

Quizá, solo quizá, me lo merecía, aunque lo más terrible de todo fue darme cuenta de que no me arrepentía del todo del beso, solo del hecho de haber querido darle uno más...

JULIA.

Aquella mañana de lunes, mi despacho tenía ese olor familiar a café recién hecho y papel impreso, una combinación que solía asociar con el arranque eficiente de una semana cualquiera. Afuera, la ciudad seguía su curso con un murmullo apagado, apenas un eco distante entremezclado con el zumbido monótono del tráfico.

Frente a mi escritorio, mi secretario repasaba la agenda con la concentración de quien maneja un artefacto delicado. Tenía el

cuaderno abierto y el bolígrafo en alto mientras organizaba llamadas con inversores, reuniones con distintos departamentos y un almuerzo con ejecutivos de una empresa extranjera.

Cambié la hora de una junta, moví un par de citas para otro día y revisé unos documentos que necesitaban mi firma, pero todo lo hice con aire ausente, sin prestar verdadera atención.

Mi secretario, que no solía meterse en nada que no fuese estrictamente profesional, levantó por fin la vista con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Te encuentras bien, Julia? —preguntó, algo desconcertado por mi actitud.

—Sí, sí… —respondí tras parpadear un par de veces—. Es solo que he dormido poco. ¿Te parece si lo retomamos después de comer?

—Por supuesto —respondió el chico de inmediato, recogiendo su carpeta con discreción y abandonando el despacho tras cerrar la puerta con un leve *clic*.

Me quedé inmóvil en el sillón, dejando que el silencio del despacho me envolviera, mientras mis dedos jugueteaban de forma distraída con el abrecartas de plata que descansaba sobre la mesa, un regalo de mi padre con forma de pequeño puñal. La hoja fría giraba entre mis manos, casi con la misma insistencia con la que mi mente volvía, una vez más, a aquel extraño sueño de la noche anterior.

Me había despertado de madrugada, desorientada, con la sensación, casi física, de que alguien se había inclinado sobre mí para besarme en los labios. Pero todo estaba en mi mente, por supuesto, pues cuando abrí los ojos instantes después, aún somnolienta, pero con la piel erizada, allí no había nadie, solo la penumbra de mi habitación.

Y, sin embargo, la sensación había permanecido. Como un calor invisible posado sobre la piel.

Era absurdo. No había sido más que un simple sueño, uno sin sentido, como tantos otros que se evaporan al amanecer. ¿Por qué seguía pensando en él?

Y, sobre todo, ¿por qué, en mi imaginación —porque eso era, al final, pura imaginación—, había sido Sofía quien me besaba? ¿Por

qué ella? ¿Qué parte de mi inconsciente había decidido adjudicarle ese gesto?

No tenía lógica. Ninguna. Pero por algún motivo que no alcanzaba a entender —ni quería explorar demasiado—, esa escena tan fugaz como improbable no dejaba de repetirse en mi cabeza con una claridad molesta, casi táctil.

Y luego estaba *lo otro*. Ese momento en casa de Lara en el que, sin pensarlo demasiado, tomé la mano de Sofía, la atraje hacia mí y la senté entre mis piernas. No fue un gesto planeado, sino algo impulsivo, instintivo, propio del papel que debía representar, aunque lo que no había previsto —ni supe anticipar— fue lo que ocurrió después: la forma en que su espalda encajó contra mi pecho, el leve aroma a jabón que desprendía su cabello, la manera en que su cuerpo permanecía tenso, y aun así no se apartaba de mí.

Me atrevería a decir que fue algo un poco… ¿erótico?

Y eso sí que no entraba en el guion.

Quizá solo necesitaba intimar con una mujer. Tal vez la simple convivencia con alguien tan atractiva como Sofía dentro de una etapa de abstinencia sexual demasiado prolongada me estaba afectando más de lo que quería admitir. ¿Podría ser tan simple como eso?

Una parte de mí quería creerlo. Bastaría con abrir la agenda y hacer un par de llamadas para distraer el cuerpo, calmar la mente y dejarme de tanta tontería. Pero lo cierto es que, en el fondo, sabía que no era una cuestión tan simple.

Me levanté del sillón y caminé hacia la ventana, como si la ciudad, extendida bajo mis pies, pudiera ofrecerme alguna respuesta. Apoyé la frente contra el cristal, intentando aclarar mis pensamientos.

Nunca había sido una mujer especialmente sentimental. Las relaciones amorosas habían tenido un papel secundario en mi vida. Jamás dejé que nadie se acercara demasiado a mí, y no por miedo, sino porque no me pareció necesario.

Entonces, ¿por qué le dedicaba tanto espacio mental a alguien con quien no compartía más que un contrato frío, rentable y temporal? ¿Por qué, con todos los proyectos que tenía en marcha en la empresa, me dejaba distraer por una chiflada de los perros que

parecía juzgarme constantemente en silencio con aquellas miradas, intensas y penetrantes, que me dirigía?

Siempre había tenido claro mi objetivo en la vida: demostrarle a mi padre que era digna sucesora suya y, tras su accidente, demostrármelo a mí misma. Había luchado hasta la extenuación por tener el control absoluto de la empresa, y ahora que lo tenía, allí estaba yo, rodeada de éxito y pensando en la imagen difusa de un beso que jamás existió.

Patético.

Me esforcé en buscar dentro de mí esa frialdad que tan bien me había servido en el pasado, esa capacidad quirúrgica de aislar lo emocional de lo funcional, pero no la encontré. Al menos, no con la nitidez de siempre.

Me aparté de la ventana, molesta conmigo misma por siquiera darle espacio a ese tipo de pensamientos.

No podía permitirme distracciones absurdas.

Y menos aún con alguien con quien no me convenía confundir las cosas.

No, definitivamente, no me convenía.

CAPÍTULO 13.

SOFÍA.

La mesa en la que estaba instalada era la habitual, situada al fondo de la sala principal de la biblioteca municipal, junto al ventanal que daba al jardín interior. Frente a mí, como siempre, tenía un par de volúmenes abiertos —uno de teoría económica y otro de economía del comportamiento semiótica— y mi portátil. Estiré la espalda con lentitud, buscando unos minutos de respiro antes de continuar, y dejé que mi cuerpo se relajara, que los hombros se soltaran un poco, permitiendo que mi mente vagara libremente, flotando entre pensamientos dispersos.

Habían pasado ya un par de meses desde la boda, y si algo había conseguido, era imponerme una rutina diaria planificada casi al milímetro. Por las mañanas, trabajaba en la tesis —desde casa o desde la biblioteca, según lo que tuviese que consultar— y por las tardes alternaba entre el gimnasio, largos paseos con los perros o alguna quedada puntual con mis amigas. Con Julia apenas coincidía unos minutos al final del día. A veces, la veía cruzar la puerta como una aparición fugaz, envuelta en ese silencio denso que solo arrastran quienes han encadenado demasiadas reuniones en un mismo día. Otras, llegaba vestida con ropa de deporte y las mejillas enrojecidas tras una maratoniana sesión con su entrenador personal. Nos saludábamos con cortesía, nos preguntábamos cómo había ido la jornada, y luego cada una desaparecía en su propio universo.

Los fines de semana, sin embargo, eran más difíciles de afrontar sin que la farsa se resquebrajara por alguna costura. Salir siempre por separado resultaría sospechoso, así que procurábamos mantener una convivencia civilizada, sin roces, sin complicaciones. Julia, con su compostura habitual, y yo intentando no dejarme llevar por el impulso de acercarme más a ella.

Demasiado kafkiano, pensé cuando la vibración de mi teléfono móvil me devolvió de nuevo al planeta Tierra. Se trataba de otro mensaje de mi madre.

Entonces, os esperamos el sábado, ¿verdad, cariño?

Solté un suspiro breve, casi resignado. Otra vez el maldito "os esperamos", en plural. Entendía que, para mis padres, lo lógico era que su hija acudiera de vez en cuando a visitar a sus padres acompañada de su…*mujer*. Pero la realidad era muy distinta: ni siquiera había hablado aún con Julia sobre el tema, y mucho menos le había preguntado si querría acompañarme a esa pequeña reunión familiar que implicaba —detalle importante— pasar la noche en casa de mis padres. Solo de pensarlo, me sentía fatal. No por Julia —que probablemente lo gestionaría todo con elegante frialdad— sino por mí, por el nudo de culpa que, seguramente, se instalaría en mi garganta durante el encuentro. Una cosa era mentir a mis amigas, y otra, bien distinta, a mis padres. Ellos eran tan honestos, tan transparentes, que jamás entenderían que su hija hubiese accedido a protagonizar un paripé de semejante envergadura por dinero.

Se avergonzarían de mí.

Deslicé el dedo por la pantalla y bloqueé el móvil sin contestar. Tendría que hablar con Julia de aquello cuanto antes. Imaginaba que la sola idea de pasar un fin de semana con unos suegros postizos, en una casa plagada de fotos de mi infancia y con la expectativa de sobremesas eternas, le resultaría poco menos que un suplicio. Pero, al fin y al cabo, esas eran sus reglas. Fue ella quien insistió en que debíamos fingir, que nuestra relación tenía que parecer completamente auténtica ante los demás. Bien, pues ese guion incluía también a mis padres. No podía borrarlos del mapa solo porque le resultaran incómodos.

Me incliné hacia atrás en la silla, entrecerrando ligeramente los ojos. Después suspiré y volví a sumergirme en diagramas, citas académicas y densas teorías económicas sobre flujos de capital.

O al menos lo intenté.

CAPÍTULO 14.

JULIA.

Conducía en silencio, con la mandíbula tensa y los nudillos apretados contra el volante, mientras, una vez más, maldecía en silencio a mi padre. Aun desde la tumba, seguía obligándome a jugar aquel maldito juego, a cumplir con un papel que no había elegido, pero que necesitaba interpretar a la perfección.

¡Casi un fin de semana entero con los padres de Sofía! No era que me cayeran mal —de hecho, en las escasas ocasiones en que los había tratado, me habían parecido personas amables y educadas—, pero de ahí a pasar casi dos días completos bajo su techo, compartiendo desayunos, sobremesas y probablemente alguna que otra conversación incómoda sobre el futuro, eso ya me parecía una forma particularmente refinada de tortura.

En verdad, no tenía demasiadas opciones, pues si el imbécil de Marc, con su ambición disfrazada de indignación moral, encontrara una grieta con la que pudiese demostrar que mi matrimonio no era más que un acuerdo comercial, movería cielo y tierra para impugnar el testamento mediante el correspondiente proceso judicial. No pensaba correr ese riesgo. Además, nunca se sabe quién podría acabar testificando en un juzgado si las cosas se torcían. La línea entre la verdad y la sospecha es más frágil de lo que parece, y cualquier detalle podría volverse en mi contra.

—Es por allí —dijo Sofía, señalando un cruce a la izquierda, poco después de tomar la desviación hacia Cambrils.

Obedecí en silencio y giré el volante. La carretera se estrechó un poco mientras nos adentrábamos en una zona residencial que parecía sacada de un catálogo de veraneo con encanto, con casas unifamiliares en hilera, fachadas encaladas, tejados de terracota, enmarcadas por buganvillas desbordantes y setos perfectamente recortados. Los jardines eran pequeños, pero cuidados con mimo, y aquí y allá se alzaba alguna palmera solitaria, como si vigilaran en silencio el apacible vecindario.

El aire tenía ese olor limpio y salino tan propio de la costa, y por un instante sentí que la tensión que arrastraba desde Barcelona se disipaba un poco.

—La segunda a la derecha… —indicó de nuevo Sofía tras tranquilizar a los perros que, nerviosos, se removían en el asiento trasero.

Giré de nuevo el volante y el coche se deslizó calle abajo hasta que, por fin, unos metros más adelante, Sofía señaló con la cabeza:

—Es ahí…

Aparqué despacio junto a la entrada de la edificación, deteniendo el coche frente a una verja de hierro forjado pintada de blanco. La casa de los padres de Sofía era una villa unifamiliar típica de la zona, con muros de estuco claro, tejas envejecidas y una entrada de piedra con jardín y sendero adoquinado. Todo era impecable, pulcro, acogedor.

Sofía no esperó ni un segundo: en cuanto el motor se apagó, abrió la puerta trasera para dejar salir a los perros, que se lanzaron al exterior reconociendo el lugar al instante, olfateando cada rincón, tropezando entre sí y lanzando ladridos cortos de pura emoción.

Yo salí del coche ensayando una sonrisa un tanto forzada, como una actriz a punto de salir a escena que intenta disimular una pereza infinita por el papel que debe protagonizar.

Sofía me miró de reojo mientras caminábamos hacia la entrada, imaginando, probablemente, mi estado de ánimo.

—Intenta no hablar de política y todo irá bien —susurró con un tono entre pícaro y cómplice, justo antes de abrir la puerta del jardín.

—Trataré de recordarlo —respondí en el mismo tono. Imaginaba que sus padres, militantes del Partido Socialista, y yo estaríamos en las antípodas en cuanto a ideología política.

Después, me cedió el paso con un gesto casi ceremonial, como si estuviera invitándome a un campo de batalla disimulado tras hortensias y buganvillas. Su cortesía deliberadamente exagerada, casi teatral, me pareció un poco burlona.

Entramos en la casa y, casi al instante, aparecieron los padres de Sofía en la escena como si hubieran estado esperando justo detrás

del decorado. Su padre, un hombre de cuerpo recio y algo barrigón —aunque todavía con buena planta, todo sea dicho— se adelantó con paso decidido. La madre, siempre tan sonriente, le siguió con los brazos ya extendidos.

Ambos envolvieron a su hija en un abrazo cálido, efusivo, casi cinematográfico, mientras yo me detenía un paso detrás.

Cuando por fin me tocó a mí formar parte del acto, se giraron hacia mí con amable cortesía y se acercaron para saludarme con dos besos en las mejillas.

—¡Julia, querida! ¿Qué tal estás? Qué bien que hayas podido venir…

El tono que utilizaban era cálido y sus sonrisas verdaderas, pero algo en sus ojos delataba que aún procesaban la idea de que su hija, tan racional y juiciosa, se hubiese casado de manera fulminante con alguien como yo, la heredera de un magnate de temible reputación.

En realidad, los entendía. En su lugar, yo tampoco me hubiese fiado de mí.

—Os acompaño a tu cuarto, Sofi —dijo segundos después Nuria, la madre de Sofía, en tono amable pero autoritario—. Os he puesto la cama de invitados allí, la de matrimonio, para que estéis más cómodas.

"Estéis." Plural. ¿Dormir en la misma cama que Sofía…? Eso no estaba previsto.

—No hacía falta molestarse, mamá; podríamos haber dormido perfectamente en las dos camas —replicó Sofía, lanzándome una mirada de soslayo, visiblemente incómoda.

—No ha sido ninguna molestia. Además, ha sido tu padre quien se ha encargado de moverlas de un sitio a otro —respondió ella con tono práctico, zanjando el asunto.

Enseguida la seguimos por un pasillo decorado con una colección perfectamente orquestada de fotos familiares —todas enmarcadas en orden cronológico— y un par de cuadros con frases tipo "La felicidad está en las pequeñas cosas".

Me entraron ganas de añadir uno que dijera: "Y el teatro también se representa aquí".

Todo olía a colonia fresca, a suavizante de lavanda y a ese tipo de limpieza que se consigue con ventilación cruzada. Nuria caminaba delante con la misma energía diligente que tendría una directora de hotel boutique, apartando con cuidado a los perros de los pies como si fuesen peluches mal colocados. Yo iba detrás pensando en la cama de matrimonio, esa que parecía haberse convertido, de pronto, en un personaje más de aquel sainete doméstico.

Era absurdo, por supuesto, pero había algo en la idea de dormir con Sofía en la misma cama que me retrotraía a mis años de adolescencia. Recordaba ese vértigo leve, casi dulce, de compartir espacio con alguien que te hace sentir cosas que no entiendes del todo, como si de pronto volviera a tener dieciséis años, y me encontrara de nuevo en aquella excursión escolar al Pirineo Aragonés, compartiendo colchón con esa chica tan mona de mi clase, fingiendo que no me importaba que respirara tan cerca de mí. Pero ahora tenía unos cuantos años más que dieciséis y sabía perfectamente que ya no podía esconderme detrás de la ingenuidad de entonces.

El cuarto de Sofía no defraudó mis expectativas: amplio, bien iluminado, con un baño en suite moderno, armarios empotrados perfectamente integrados en la pared y decoración neutra pero acogedora. Sobre una cómoda había fotografías de ella cuando era niña —una en la playa con una pala roja, otra vestida de bailarina con gesto de pocos amigos—, y sobre la pared principal, un póster enmarcado de Tintín y Milú, con letras cursivas y el fondo rojo. Aunque lo que más me llamó la atención fue la cama, por supuesto; su tamaño, de 1,35, me pareció ridículamente pequeño. ¿Cómo íbamos a dormir las dos ahí?

—Os dejo, que voy a terminar de preparar la comida. Imagino que vendréis con hambre… —comentó Nuria, sonriente y feliz de tener a su hija en casa, antes de desaparecer por el pasillo con los perros y cerrar la puerta con suavidad.

Sofía y yo nos miramos de reojo con incomodidad silenciosa. Ninguna dijo nada al principio. Supongo que ambas estábamos ocupadas calculando, mentalmente, los centímetros disponibles que

tendríamos entre nuestros cuerpos y la orilla del colchón, aunque ella fue la primera en romper el silencio.

—Si te quieres cambiar, puedes ir al baño —dijo mientras abría su bolsa de viaje y sacaba un neceser rosa chicle.

—De momento no, gracias —respondí, sacando mi propio neceser y el cargador del móvil.

—Espero que estés cómoda… —añadió, en tono neutro—. Es solo una noche.

—Tranquila —dije, alzando una ceja—. Aunque me intriga saber qué tienen tus padres en contra de las camas de matrimonio de 1.60. ¿Una cruzada personal contra el espacio vital?

Ella soltó una risa baja, cómplice, y se dejó caer sentada sobre la colcha de la cama.

—Te recuerdo que es tu fiesta —me dijo, cruzando los brazos con fingida solemnidad—. Tú quisiste que fuese así.

—Lo sé, lo sé —admití con resignación, mientras me acercaba a la foto en la que aparecía una Sofía de unos 6 años enfundada en un tutú rosa y con cara de encontrarse al borde del motín.

—¿Qué te pasaba aquí? —pregunté, señalando la imagen.

—Era mi primer día de *ballet* —dijo ella, desde la cama—, pero yo no quería ir… Prefería quedarme a la salida del cole jugando con mis amigas.

—¿Qué querías ser de mayor? —inquirí, genuinamente intrigada por la versión infantil de aquella mujer con la que compartía fachada matrimonial.

—Mmm… en esa época quería ser aviadora o detective privado —respondió con una media sonrisa—. Una vez hice una lista de sospechosos porque alguien se había comido mis galletas en el recreo.

—¡Un proyecto muy ambicioso! —bromeé—. ¿Y lo resolviste?

—No… la lista era demasiado amplia.

Reí en voz alta mientras enchufaba el cargador del móvil y lo depositaba sobre la mesita de noche.

—¿Y tú qué querías ser cuando fueses mayor? —preguntó entonces con aire intrigado.

—Rica y poderosa —admití sin pestañear, encogiéndome de hombros.

Ella me observó arqueando una ceja, divertida.

—¿Tan claro lo tenías ya?

—Siempre he creído saber lo que quiero.

Ella meneó la cabeza, sonriendo en silencio, como si aquella parte de mí —esa ambición impúdica— le hiciera una gracia que no quería admitir del todo.

Continuamos hablando un rato sobre anécdotas de la infancia, profesiones frustradas y pequeños traumas escolares. Últimamente me sorprendía lo fácil que resultaba conversar con ella cuando olvidaba, por un momento, que estábamos fingiendo ser lo que no éramos.

La tregua se rompió cuando sonó un suave golpe en la puerta.

—¡Chicas! —exclamó Carlos, el padre de Sofía, desde el otro lado—, la comida está lista.

—Vamos —dijo Sofía de inmediato, incorporándose de la cama y cediéndome el paso para salir de la habitación.

Bajamos las escaleras con la luz del mediodía colándose por las ventanas, cálida y suave, como si la casa estuviese diseñada para acoger. A través del ventanal del salón vi que la mesa estaba puesta fuera, en el jardín trasero, bajo la sombra de una parra; el sol se filtraba entre las hojas, dibujando manchas doradas sobre el mantel.

La madre de Sofía nos esperaba allí, sonriendo con aire hospitalario, mientras que los perros rondaban la mesa con paciencia, atentos a cualquier gesto que pudiera traducirse en comida.

El menú consistía en una gran fuente de fideuà, con trozos generosos de calamar y langostinos, todo perfectamente dispuesto sobre la mesa, con ese olor inconfundible de sofrito bien hecho. Junto a ella había un all i oli casero en un cuenco de cerámica, espeso, casi sólido, y un pan de coca tostado con tomate que emitía un aroma intenso y evocador.

Me pareció una escena casi de postal.

—Venga, chicas, sentaos, que tendréis hambre.

—La verdad es que sí —admití con sinceridad, tomando asiento justo enfrente de Sofía.

La comida comenzó con comentarios amables y previsibles: que si aquel año el jardín estaba especialmente verde gracias a las lluvias de primavera, que si el limonero por fin estaba dando frutos, que si el árbol de la vecina —una higuera enorme— había cedido con el último vendaval, llevándose por delante parte de su verja.

Yo asentía, sonreía, decía alguna cosa de vez en cuando; me sentía como una pieza prestada en un puzle que ya estaba completo, encajada a la fuerza en un hueco que no me correspondía. Pero algo fue cambiando poco a poco, y la conversación empezó a fluir con más ligereza, despegándose de lo superficial. Hablamos de cine, de libros, de viajes frustrados por culpa de la ya lejana pandemia. Sofía, al igual que su padre, hablaba por los codos. Parecía feliz. De vez en cuando lanzaba a los perros un trocito de pan o de calamar, bajo la mesa, como si fuera un ritual establecido de antemano.

Cuando llegó la sobremesa, Nuria se levantó y volvió con una bandeja de cafés servidos en unas tazas desparejadas, pero con encanto.

Carlos, el padre, empezó entonces a contar anécdotas de cuando Sofía era pequeña, como aquella vez que se llevó al gato del vecino para vestirle con los trajes de sus muñecas. Sofía protestaba, fingiendo indignación, y su madre añadía detalles entre risas.

Comprendí que, contra todo pronóstico, me sentía cómoda con ellos. Verdaderamente cómoda.

Pensé en mis propios padres. En aquellas comidas silenciosas, en las conversaciones que siempre parecían interrogatorios, en la frialdad constante que se extendía por la mesa como un mantel invisible y, quizá por primera vez en mi vida, eché de menos algo que nunca tuve: una mesa como aquella, una madre afectuosa, un padre que cuenta anécdotas de la infancia y un jardín con perros que esperan su parte del festín.

Me encontraba inmersa en mis propios pensamientos cuando, de pronto, Carlos decidió cambiar de tema con la sutileza de un tren de mercancías. Me miró directamente a los ojos, con ese aire de quien

se ha guardado una carta bajo la manga durante toda la comida y decide soltarla justo cuando lo considera apropiado.

—Bueno, y... ¿tenéis pensado tener hijos en el futuro? —preguntó con gesto inquisitivo—. Porque Sofía es nuestra única hija, y yo quiero ser abuelo en algún momento…

—¡Carlos, por favor! —exclamó Nuria al instante, con tono de madre que ya ha pasado por eso demasiadas veces—. No seas tan indiscreto.

—¡Papá! —protestó Sofía a su vez, enrojeciendo levemente mientras lo fulminaba con la mirada.

Yo, por mi parte, casi me atraganto con el agua. Literalmente. Tuve que darme un par de golpecitos discretos en el pecho para recomponerme. Si hubiera tenido algo en la boca más sólido, probablemente habría acabado con alguien intentando hacerme la maniobra de Heimlich.

—Bueno... —empecé a decir, apoyando el vaso sobre el mantel con calma fingida—, admito que la maternidad no era algo que entrara en mis planes, pero Sofía me ha hecho cambiar de opinión —mentí con total descaro, buscando con la mirada la reacción del patriarca de la familia. Puestos a fingir, más me valía hacerlo bien y dejarlo tranquilo, al menos por el momento.

El hombre sonrió como si acabara de decirle que el Barça había ganado la Champions. Se repantigó en su silla con el aire satisfecho de un emperador después de haber arreglado la línea sucesoria de su imperio.

—Me alegra oírte decir eso —dijo, feliz, mientras Sofía seguía lanzándole dagas visuales desde su lado de la mesa.

Yo me reí, divertida, aunque, en algún rincón absurdo y traicionero de mi cerebro, apareció de pronto la imagen de un niño con el rostro de Sofía, un niño apellidado Rocafort Serra. Me pareció aquella una combinación poderosa, casi aristocrática.

Dios santo. ¿Qué estupideces estaba pensando?

Por suerte, Nuria, como buena anfitriona, cambió de tema con una habilidad digna de una diplomática suiza.

—¿Queréis que les demos los restos de la fideuà a los perros? —preguntó, mirando a los tres canes con mirada cómplice, sabiendo

perfectamente que llevaban toda la comida esperando su momento de gloria.

—Sí, pero ya lo hago yo, mamá —saltó Sofía enseguida, agradecida por el cambio de tema—. A Toby hay que darle muy poco, que si no le sienta fatal.

—Tendrá doscientos años, pero sigue teniendo un apetito a prueba de bomba —comentó Carlos mientras tomaba un trozo de calamar y se lo ofrecía al caniche, que lo engulló de un bocado, sin molestarse en masticar.

Todos rieron, incluso Sofía, que había pasado los últimos minutos con el ceño fruncido, todavía molesta por la intromisión de su padre. El ambiente se distendió, por fin, y la conversación volvió a fluir con normalidad.

Más tarde, cuando la brisa fresca del atardecer comenzó a colarse entre los árboles, acompañé a Sofía a sacar a los perros hasta la playa. La casa quedaba lo bastante cerca como para ir andando, así que caminamos unos veinte minutos por un sendero de arena fina que se abría paso entre pinos, casas bajas encaladas y muros cubiertos de buganvillas. El aire olía a sal, a resina y a esa mezcla inconfundible de vegetación mediterránea que daba la sensación de vacaciones.

Lúa y Brutus corrían delante de nosotras, exultantes, absortos en olores y rastros invisibles. Mientras tanto, Toby viajaba en una mochila a la espalda de Sofía, con la cabeza asomando como un turista veterano, aspirando el aire marino con expresión de felicidad.

Realizamos el trayecto hablando de cosas sin importancia: de las travesuras de los perros, de los turistas que se perdían buscando la playa, de una heladería local que, según ella, hacía el mejor helado de pistacho del mundo. Había algo en aquel paseo que me resultaba sorprendentemente agradable, como si hubiéramos conseguido salirnos por unas horas del guion que arrastrábamos desde hacía semanas.

Cuando llegamos a la playa, el mar estaba en calma. Nos sentamos sobre la arena húmeda, no demasiado cerca del agua, pero lo suficientemente alejadas de la gente como para evitar que se quejaran por la presencia de los canes. Pasamos allí un buen rato,

hasta que finalmente decidimos encaminarnos hacia el paseo marítimo, que, flanqueado por palmeras altas y bien espaciadas, se extendía junto al mar como una línea tranquila y luminosa.

Dimos un paseo sin rumbo fijo y finalmente nos detuvimos a probar el célebre helado de pistacho. Su textura era cremosa, y el sabor, sutil pero intenso, justificaba con creces la fama que lo precedía. Lo saboreamos en silencio, compartiendo miradas cómplices bajo la luz dorada de la tarde, antes de emprender el camino de regreso a casa.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí una paz auténtica, silenciosa, sin fisuras. No pensaba en la empresa, ni en los correos acumulados, ni en las reuniones que me aguardaban de vuelta a Barcelona. El mundo que solía mantenerme en tensión constante parecía estar, por fin, a una distancia segura, por lo que me limité a dejar que las horas transcurrieran sin prisa, sin presión, como si el tiempo ya no tuviera dominio sobre mí.

Al llegar a la casa, los padres de Sofía nos esperaban ya con la mesa del jardín nuevamente dispuesta y vestida con un mantel de lino oscuro, sobrio y elegantemente sencillo. Pequeñas velas encendidas salpicaban la superficie con destellos suaves, mientras unos farolillos colgaban de la parra, proyectando una luz cálida y temblorosa sobre la escena.

La noche había traído un leve descenso de temperatura, apenas lo justo para justificar una chaqueta ligera sobre los hombros. Aun así, se estaba bien al aire libre, envueltos por el murmullo constante de los grillos y el olor fresco del césped recién regado.

La cena fue más ligera que la comida: ensalada de higos con jamón y queso de cabra, pan de pueblo, algo de truita de patatas y vino tinto suave. Comimos sin prisa, charlando sobre distintos temas. Me sorprendí a mí misma relatando una historia tonta de mi adolescencia, y todos rieron divertidos, esperando, quizá, que me animara a contar más cosas.

Cerca ya de la medianoche, el primero en rendirse fue Carlos. Bostezó sin disimulo, se frotó los ojos con gesto cansado y anunció:

—Bueno, yo me voy a la cama, chicas. Me caigo de sueño...

Nuria lo siguió poco después, besando a Sofía en la frente y deseándonos buenas noches con dulzura. Durante un instante, no pude evitar preguntarme cómo debía de ser tener una madre así, que te despidiera cada noche con un beso, que te quisiera de verdad. Raro. Debía de ser rarísimo.

—¿Recogemos? —preguntó Sofía, tras lanzarme una mirada fugaz, cargada de una leve incomodidad.

—Claro —respondí, incorporándome casi por inercia.

Lo hicimos en silencio, con movimientos automáticos y precisos, como si estuviéramos desmontando el escenario de una obra recién terminada. Llevamos los platos a la cocina y pusimos el lavavajillas en marcha, mientras los perros nos observaban desde un rincón, ya somnolientos, envueltos en la quietud del final del día.

Cuando terminamos, subimos al dormitorio casi sin hablarnos. El pasillo, iluminado por luces tenues, parecía más largo que por la mañana, y al cruzar la puerta de la habitación, noté que algo había cambiado, aunque no sabría decir qué exactamente. Quizá era el silencio de la casa dormida, o esa intimidad inevitable que impone la noche. Sea como fuere, la cercanía con Sofía había dejado de ser cómoda. Existía entre nosotras una tensión nueva, delicada pero palpable, como si la ausencia de los padres nos hubiera dejado expuestas en una escena que no conocíamos, sin guion ni ensayo previo.

Sofía se descalzó en silencio, cogió su pijama y se dirigió al cuarto de baño, cerrando la puerta con una suavidad que parecía calculada. Me quedé sola unos minutos, lo justo para cambiarme rápidamente. Cuando volvió, llevaba uno de esos atuendos imposibles que solía usar para dormir: unos bóxers masculinos y una vieja camiseta de rugby de algodón.

—¿Siempre duermes así? —pregunté, más por romper el hielo y distraerme de lo absurdamente sexy que le quedaba ese conjunto, que por otra razón.

—¿Y tú? ¿Siempre duermes así? —replicó ella, levantando una ceja y señalando con un gesto de la barbilla mi impecable pijama de seda blanco.

Solté una pequeña risa, casi inaudible, pero no respondí. Me metí en el cuarto de baño, me lavé la cara, los dientes, y salí con la firme intención de meterme en la cama cuanto antes, cerrar los ojos e intentar dormir.

Sofía ya estaba acostada en el lado izquierdo de la cama, tan cerca del borde que parecía dispuesta a dormir sin ocupar más espacio del estrictamente necesario. Lúa la observaba desde abajo con mirada suplicante, mientras Brutus y Toby ya se habían apropiado de un enorme cojín en el suelo y dormían a pata suelta, con Brutus roncando como un motor diésel a medio gas.

Encantador.

—¿Tienen que dormir *los tres* aquí? —pregunté frunciendo el ceño de forma inconsciente. Nunca había soportado los ronquidos ajenos.

—Sí. Es que, si no, se pasan la noche llorando —explicó Sofía encogiendo los hombros con resignación.

—Estupendo… —murmuré, acomodándome en el lado derecho de la cama, también al borde, como si la cama tuviera un campo magnético en el centro que nos empujara hacia los extremos —. Los tienes bien educados, ¿eh? —añadí con sorna justo antes de que Lúa, demostrando que su cojera no le quitaba ni un gramo de agilidad, se impulsara de un salto para aterrizar con precisión felina sobre el colchón.

—Tranquila, Lúa ni se mueve en toda la noche. No te molestará…

—Seguro que no… —respondí en tono socarrón mientras me tapaba con la sábana hasta el cuello.

Sofía apagó entonces la lámpara de su mesilla, y la habitación se sumió en una oscuridad serena, apenas interrumpida por la luz pálida de la luna, que se filtraba, tímida, entre las rendijas de la persiana. A los pocos segundos, Lúa ya se había acomodado enroscada entre mis tobillos, Brutus reanudaba sus ronquidos con renovado entusiasmo, y yo empecé a preguntarme si sería capaz de dormir algo aquella noche, pues la proximidad de Sofía era una presencia silenciosa pero abrumadora, demasiado intensa para la escasa distancia y la aún más escasa ropa con la que dormíamos.

SOFÍA.

Me parecía increíble estar allí, en la habitación de mi infancia, compartiendo una cama con una mujer con la que me había casado, pero a la que ni siquiera había besado jamás. Una auténtica locura.

No me atrevía ni a moverme. El simple hecho de tener a Julia a unos centímetros de distancia, de saber que podía alcanzarla con solo estirar un poco el brazo, me producía un nerviosismo que no sabía cómo manejar.

Cerré los ojos un instante, tratando de calmar el torrente de pensamientos que me revoloteaban en la cabeza, sintiendo cómo la oscuridad se espesaba a mi alrededor, rota solo por los ronquidos constantes de Brutus y la respiración pausada y regular de Lúa, acurrucada a los pies de la cama.

Julia no se movía ni un ápice, ni siquiera la oía respirar. ¿Se habría dormido ya? ¿Estaría tan incómoda como yo?

Por un instante, rememoré los acontecimientos del día. Todo había sido casi perfecto. Julia había estado amable y ocurrente con mis padres, contribuyendo a crear una atmósfera cordial y distendida. El único problema era ese maldito encanto que, muy a mi pesar, poseía, capaz de despertar en mí deseos repentinos y casi absurdos, como acercarme con disimulo para rozar su piel o hacerla reír con un comentario ingenioso. Por si fuera poco, cada uno de sus gestos parecía tener la capacidad de desarmarme por completo, y no dejaba de preguntarme qué clase de magia oscura practicaba para tener semejante efecto en mí.

Maldita fuese.

Continué dando rienda suelta a mis pensamientos hasta que, harta de no conseguir conciliar el sueño, me rendí a la absurda vigilia en la que me encontraba y decidí romper el silencio en un susurro casi tembloroso.

—Julia, ¿te has dormido?

—No, estoy despierta —contestó enseguida, dándose media vuelta hacia mí.

Sonreí para mis adentros. No estaba sola en esa batalla contra el sueño.

—¿Tienes sueño?

—No mucho —respondió ella mientras yo giraba el cuerpo hasta colocarme frente a ella, aunque manteniendo la distancia.

Mis ojos, ya acostumbrados a la penumbra, lograron distinguir el contorno de su rostro, bello y sereno.

—¿Te molesta Lúa?

—No. En todo caso, Brutus y sus ronquidos… —hizo una pequeña pausa antes de añadir, con una media sonrisa que alcancé a intuir más que a ver—. ¿Cómo puedes dormir todos los días en la misma habitación que él?

—Me he acostumbrado —admití, divertida—. A veces incluso me duermo *mejor* si ronca.

Julia soltó una pequeña carcajada, contenida pero sincera, y ese simple sonido me provocó un calor inexplicable en el pecho. La distancia entre nosotras seguía ahí, pero parecía menos incómoda, más como una línea dibujada a lápiz en lugar de con tinta permanente.

—¿Alguna vez has tenido un perro? —pregunté, tratando de alargar la conversación.

—No —negó enseguida —. De pequeña quería uno, pero mis padres jamás me dejaron. Y cuando crecí, supongo que ya no tenía tiempo para eso...

Permanecimos en silencio unos segundos, hasta que ella añadió:

—Una vez tuve un gato.

Algo en el tono de su voz indicaba que no se trataba de una simple anécdota. Había algo más allí, un recuerdo con cicatrices, un dolor antiguo aún latente, como una herida que arde al rozarla.

Me giré un poco más para mirarla mejor. La penumbra recortaba sus rasgos, pero dejaba ver la curva de su mandíbula y el perfil de su nariz. La cama crujió apenas; fuera, el silencio del jardín era absoluto tras la ventana entreabierta.

—¿Cuándo? —pregunté, curiosa.

Julia tardó un instante en responder. Cuando finalmente lo hizo, habló con voz baja, casi íntima.

—Tenía doce años cuando, durante un paseo en bici, me lo encontré —dijo, haciendo una pausa mientras se pasaba la mano por el pelo, como si aquel recuerdo aún le pesara—. Estaba

acurrucado junto al muro de una casa, temblando y hambriento… No tardé mucho en decidir meterlo en mi mochila y llevarlo a casa, escondiéndolo en mi dormitorio.

Me imaginé la escena, con una Julia de niña, escondiendo al pequeño gato en su habitación. No pude evitar sonreír por un momento, como si aquel recuerdo inocente abriera una grieta en la mujer que tenía frente a mí. Pero no dije nada. Dejé que siguiera hablando.

—Durante varios días lo cuidé en secreto; la señora de la limpieza, cómplice en silencio, me ayudaba a darle de comer para que nadie se enterara, y todo fue bien hasta que mi hermano lo descubrió… —continuó diciendo.

—¿Y qué ocurrió entonces? —pregunté, aunque una parte de mí ya intuía que nada bueno.

—Marc lo atrapó, lo llevó hasta la piscina... e intentó ahogarlo —dijo, sin adornos, casi sin inflexión en la voz.

Aspiré hondo, con una mezcla de asombro y repulsión. En la oscuridad, bajo el débil resplandor de la luna, vi cómo el rostro de Julia se tensaba sutilmente, reflejando una rabia antigua, enquistada, atrapada en algún rincón de su memoria.

—Tranquila —dijo entonces, como si adivinara mi reacción—. Llegué a tiempo para salvarlo.

Hizo una pausa breve, recordando, quizá, los detalles del desagradable episodio, antes de continuar.

—Me lancé sobre Marc sin pensar. Grité y pateé hasta que Francisco, el jardinero, me socorrió. Fue él quien, al ver al pobre animal empapado y aterrado, decidió quedárselo y ponerlo a salvo.

El silencio que vino a continuación fue denso, casi pesado. Julia continuaba con la vista clavada en el techo, como si aún temiera que el eco de aquella escena pudiera alcanzarla, incluso tantos años después.

Yo no sabía qué decir. Había algo brutal en la simpleza con la que lo había contado y, al mismo tiempo, una ternura feroz, esa que solo poseen quienes han aprendido demasiado pronto que la crueldad a veces vive en tu propia casa.

—¿Tus padres se enteraron? —pregunté, deseando saber qué ocurrió a continuación.

—Sí —admitió—, pero no castigaron a Marc.

—¿Cómo es posible? —pregunté, incrédula.

—Mi madre no solía regañarlo para nada; era su favorito. Además, odiaba a los gatos. Y respecto a mi padre, él creía que la vida era dura y que las peleas entre nosotros nos fortalecían, así que se lavó las manos y dijo que resolviéramos nuestros propios conflictos.

—Y tú, ¿qué hiciste? —inquirí, segura de que la Julia que conocía no se habría quedado de brazos cruzados frente a su hermano mayor, aunque solo tuviera doce años.

Ella giró el rostro hacia mí, con una chispa de desafío ardiendo en los ojos.

—Seguí las indicaciones de mi padre y saldé mis propias cuentas. Durante la cena, ese mismo día, me levanté, cogí uno de los palos de golf de mi padre y se lo estampé en la cara a Marc.

—¿Cómo dices…? —pregunté, sin poder ocultar mi asombro.

—Le rompí la nariz —continuó, narrando la escena con una frialdad que helaba la sangre—. Aún recuerdo el mantel teñido de rojo, los gritos de Marc y de mi madre, el pánico de las mellizas…

—Dios santo… ¿y tu padre qué hizo?

—Enseguida envió a Marc con mi madre y el chófer al hospital, y después volvió a sentarse para terminar la cena.

—¿No te castigó?

—Sí, pero solo por usar uno de sus palos de golf —dijo con una sonrisa tenue y amarga que me recorrió como un escalofrío—. Creo que, a partir de ese día, empezó a mirarme de otra manera, con una mezcla extraña de… orgullo.

—¿Y tu hermano? —pregunté—, ¿qué pasó después?

—No tuvo tiempo de vengarse de mí, pues mi padre, en un momento de sensatez, lo envió casi de inmediato a un internado en Suiza. Para mis hermanas y para mí fue una liberación…

En la oscuridad, nuestras respiraciones se acompasaron por un instante, como dos olas que rompen al mismo tiempo antes de volver, cada una, a su propio ritmo.

Me quedé en silencio unos segundos, absorbiendo la historia. No sabría decir por qué, pero tenía la certeza de que Julia nunca le había contado a nadie aquel episodio tan siniestro.

Sabía que su familia distaba mucho de ser ejemplar, pero no imaginaba que el nivel de frialdad, o de crueldad, llegara tan lejos. Me pregunté cómo habría sido Julia si hubiera crecido en otro entorno, en una casa con amor, con un mínimo de protección.

¿Habría sido una mujer distinta? Sin duda. ¿Menos fría? ¿Más abierta? ¿Más empática? Seguramente. Y, sin embargo, me sorprendí formulando otra pregunta, más íntima, más difícil de responder: ¿me seguiría atrayendo tanto *esa otra* Julia?

No lo sabía.

Y quizá no quería saberlo.

Ninguna de las dos dijo nada más, y el silencio se instaló de nuevo entre nosotras como una tercera presencia.

Julia giró el cuerpo hasta darme de nuevo la espalda. Su respiración se fue haciendo más lenta, más profunda, hasta que, finalmente, creo que se durmió.

Yo, en cambio, tardé mucho en dormirme. Y cuando por fin lo hice, el sueño me recibió con violencia.

Soñé con una piscina.

El agua brillaba con un azul imposible, casi irreal. En la superficie, una niña gritaba, pidiendo ayuda. Tenía el pelo enredado, los ojos desorbitados. Estaba al borde del agua, temblando, empapada, gritando mi nombre —no sé cómo, pero supe que lo hacía—. Corrí hacia ella. Sentía en el pecho esa urgencia propia de las pesadillas, esa angustia sin forma que obliga a moverse, a actuar.

Cuando me acerqué, la figura infantil se transformó ante mí en una mujer imponente, como una ilusión óptica que se repliega. Alta, de rasgos afilados, con una melena negra que parecía flotar en el aire como humo. Me miró fijamente con sus ojos color gris acerado, fríos como el metal. Su expresión era desdeñosa.

Se trataba de Julia, por supuesto.

Intenté hablar, explicarme, extender una mano, pero las palabras no salían de mi boca. Ella giró lentamente el rostro, y entonces me di cuenta de que ya no estábamos en la piscina.

Desperté en la penumbra de mi dormitorio, con el sonido suave de la respiración de Julia llenando el silencio.

JULIA.

Sentí algo cálido y húmedo sobre el rostro antes siquiera de abrir los ojos. Parpadeé con lentitud, aún atrapada por el sueño, y me encontré con el hocico de Lúa prácticamente pegado a mi nariz.

—¡Lúa! —exclamé sobresaltada, apartándome de golpe mientras murmuraba una maldición por lo bajo. La perra, encantada con mi reacción, dio un saltito hacia atrás moviendo la cola.

Durante unos segundos, me quedé inmóvil, desorientada, observando aquellas sábanas de tacto suave pero desconocido, aunque enseguida recordé donde estaba: en el dormitorio de Sofía, en casa de sus padres.

Instintivamente, giré la cabeza hacia el otro lado de la cama, pero estaba vacío. No había rastro de Sofía ni de los otros perros. Me levanté con algo de desgana y crucé el dormitorio hasta el cuarto de baño, caminando descalza sobre la madera crujiente. El agua caliente de la ducha, al caer sobre mi espalda, me despejó más de lo que esperaba, arrastrando los últimos vestigios de somnolencia.

Me vestí rápidamente con unos vaqueros desgastados, un polo blanco y mis nuevas Adidas Spezial grises. Después bajé por las escaleras con Lúa pegada a los talones como una sombra dorada y peluda, moviendo la cola con una fidelidad desconcertante. ¿Qué le había dado a aquella perra conmigo?

Al acercarme a la cocina, enseguida me llegó el olor a tortitas recién hechas, huevos revueltos y *bacon* frito. Una combinación irresistible que parecía arrastrarme de la mano.

Sofía estaba sentada a la mesa junto a sus padres. Charlaban con naturalidad, riendo por algo que no llegué a escuchar bien

—¡Buenos días! —me saludaron al unísono apenas crucé la puerta.

—Buenos días —respondí, algo cortada.

—Siéntate, anda —dijo el padre de Sofía, sonriendo, señalando una silla vacía frente a él—. ¿Qué quieres? ¿Te sirvo un poco de todo?

—Sí, gracias, un poco de todo… —respondí tras observar la mesa plagada de tortitas doradas, mantequilla, mermelada casera, huevos,

bacon crujiente y pan recién cortado.

Sofía sonrió mientras se servía más café.

—No te creas que desayunan así todos los días —aclaró en tono medio burlón—. Todo este despliegue es en tu honor.

—Pues claro que sí —admitió su padre—. En cualquier caso, estáis demasiado delgadas, así que comed —añadió mientras me servía una ración generosa de tortitas coronadas con bacon crujiente.

Yo sonreí, divertida. No solía desayunar más que un café y un yogur, pero no tuve el valor de rechazarlo. Aquel hombre era demasiado amable, casi entrañable, y el aroma de la mantequilla derretida, junto al crujiente *bacon* recién hecho, era atrayente.

Desayunamos con calma, sin prisas. Sofía, a mi lado, parecía relajada. Llevaba puesto un pantalón de chándal y una camiseta sencilla, con el pelo recogido en una coleta alta. Se notaba que estaba en su ambiente, en su refugio. Encajaba allí con la misma facilidad con la que el sol entraba por las ventanas.

Al terminar, charlamos un rato hasta que la conversación derivó en recetas que ninguna de las dos tenía intención de aprender. Fue entonces cuando Sofía se levantó despacio y anunció el final de la función.

—Bueno… nosotras tenemos que volver a Barcelona. Esta tarde tenemos un compromiso ineludible —mintió en un tono suave pero que no admitía réplica.

Los padres asintieron con una mezcla de resignación y cariño, y todos nos pusimos en pie.

Al despedirnos, y una vez subidas las pequeñas maletas en el portaequipajes del coche, el padre de Sofía me dio una palmada firme en la espalda, de esas que pretenden ser afectuosas, pero que te tambalean un poco, y murmuró con tono cómplice, casi paternal:

—Cuídamela, ¿eh?

Asentí con una sonrisa tensa, sin saber bien qué responder. De inmediato fue la madre quien me rodeó con los brazos, mucho más delicadamente, con una ternura que no esperaba. Y justo antes de separarse, se inclinó ligeramente hacia mí y me susurró al oído:

—Nos ha encantado vuestra visita. Y nos encanta que Sofía esté contigo.

Contesté con un "gracias" que se me atragantó en la garganta, sintiéndome como una impostora. ¿Qué pensarían aquellos señores encantadores, con su hospitalidad sincera y sus gestos llenos de cariño cuando, tiempo después, recibieran la noticia de nuestra separación?

Durante el viaje de vuelta a Barcelona, conduje un poco distraída, con la mirada perdida en la carretera. El paisaje se deslizaba por las ventanillas como una película en bucle: campos amarillentos, casas solitarias, árboles resistiendo el calor de principios de junio.

Sofía iba sentada a mi lado, con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en el respaldo. Hablábamos de vez en cuando, sin esfuerzo, de cosas triviales: un cartel absurdo en la carretera, los ronquidos de Brutus desde el asiento trasero o la *playlist* que sonaba en el coche. Ninguna de las dos parecía tener la necesidad de llenar el silencio y, aun así, cada palabra que flotaba en el aire tenía una ligereza cómoda, casi familiar.

Por primera vez, sentía que Sofía no era una completa desconocida para mí.

Era un pensamiento extraño.

Muy extraño.

CAPÍTULO 15.

SOFÍA.

El sonido de la puerta principal al abrirse bastó para desatar el caos. Los perros salieron del salón en estampida, ladrando con esa mezcla inconfundible de entusiasmo y ansiedad que solo reservaban para ella. Lúa, siempre la primera, resbaló ligeramente al tomar la curva con demasiada velocidad; Brutus tiró un cojín al suelo sin siquiera notarlo, y Toby, el más solemne de los tres, avanzó el último, con paso lento pero decidido.

Julia había llegado a casa.

Sonreí sin poder evitarlo. Sabía que tenía apenas unos segundos antes de que cruzara el umbral del salón, así que me incorporé con rapidez, me peiné con los dedos a toda prisa, estiré la camiseta arrugada que llevaba puesta y pasé la mano por el sofá, intentando borrar los pelos que Lúa había dejado repartidos sobre la tapicería.

No quería parecer que la había estado esperando, aunque, en realidad, sí lo hacía. ¿Para qué negarlo? Últimamente, me descubría buscando excusas para coincidir con ella por la casa, solo para cruzar unas palabras.

Julia apareció intentando apartar a los perros de su camino, como cada día. Llevaba puesta una blusa blanca impecable y unos pantalones rectos color gris.

—¿Qué tal? —preguntó al entrar, dejando la puerta entornada tras de sí.

—Muy bien —respondí, pausando con el mando a distancia la serie que estaba viendo en Netflix—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

—Cansado —dijo, dejando el bolso sobre la mesa de centro con un leve suspiro y tomando asiento en uno de los dos Eames Lounge Chair de cuero negro y madera curvada que presidían el salón. El sillón crujió con un sonido suave, casi cómplice, acogiendo su cuerpo con la familiaridad de quien regresa a un lugar que conoce bien —. Estamos teniendo problemas con un buque mercante que se ha quedado varado en mitad del Atlántico…

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, genuinamente interesada. Últimamente, tenía la sensación, una que no me atrevía a confirmar del todo, de que Julia se estaba volviendo más accesible, al menos conmigo. ¿Sería real o solo una ilusión fabricada por mis propias ansias de que fuese así?

Ella me miró en silencio durante unos segundos antes de asentir apenas con la cabeza y comenzar a explicarme los detalles: la ruta bloqueada, las demoras logísticas, el capitán que no atendía las recomendaciones del equipo en tierra. Relataba los hechos con una frialdad impecable mientras yo la escuchaba, observándola con disimulo. El cabello oscuro y liso le caía sobre un hombro con un descuido que sospeché calculado. Su rostro, de una simetría serena, invitaba a mirarlo sin prisa, aunque mis ojos acababan siempre en el mismo lugar: sus labios.

Dios. Siempre esos labios.

Voluptuosos, definidos, con esa expresión permanente de ironía suave que me desconcertaba y atraía a partes iguales.

No se trataba aquella de una contemplación torpe o adolescente, sino de esa forma inevitable en la que una mira cuando le fascina lo que tiene delante, pues había algo en Julia que parecía inalcanzable y, sin embargo, irresistible.

Quería acercarme a ella, pero no sabía cómo hacerlo sin exponerme demasiado ni romper el frágil equilibrio que se había tejido entre nosotras. Porque si algo tenía claro era que con Julia Rocafort no podía permitirme un paso en falso. Prefería mil veces quedarme en el terreno de la incertidumbre antes que enfrentarme a un humillante rechazo por su parte.

Y entonces, se me ocurrió una idea.

Esperé a que terminara su relato sobre el buque y, como quien cambia de tema sin darle demasiada importancia, pregunté:

—Por cierto, Julia, ¿te gusta Eli Kramer[1]?

Ella frunció apenas el ceño, sorprendida, tardando un par de segundos en responder.

—Sí. Me gusta. Tiene algunas canciones que están muy bien… ¿Por qué?

—Tengo dos entradas para su concierto de este sábado, en el Estadi Olímpic —comenté, apoyándome en el respaldo del sofá con fingida naturalidad—. Iba a ir con Lara, pero al final le ha surgido un compromiso y no podrá venir, así que, tal vez, te apetezca acompañarme.

Julia no respondió al instante. Ladeó ligeramente la cabeza, decidiendo quizá si aceptar mi propuesta. Finalmente dijo:

—Claro. ¿A qué hora empieza?

—A las nueve. Pero hay que ir con tiempo; ya imaginas el follón que habrá…

Asintió con un gesto leve, casi imperceptible, mientras yo respiraba con alivio, pues hasta ese momento no había sido consciente de haber estado conteniendo la respiración.

Después, se puso de pie con un movimiento fluido, recogiendo el bolso.

—Voy a darme una ducha —anunció—. Estoy reventada…

No era una frase para continuar la conversación. Era su forma de terminarla.

La iba conociendo.

La observé alejarse con ese andar tan característico, preciso, casi felino.

Suspiré en silencio.

Ya sabía lo que vendría después. La ducha. El cambio de ropa a algún conjunto cómodo y caro. Luego bajaría a la cocina a cenar algo de lo que Joana habría dejado preparado antes de marcharse, uno de esos platos sanísimos que Julia parecía comer sin esfuerzo, como si jamás le apeteciera una pizza grasienta.

Era curioso cómo había empezado a reconocer sus rutinas, a anticipar sus ritmos.

Yo me quedé en el salón retomando la serie de Netflix, fingiendo prestar atención a la pantalla, pero el argumento había perdido todo su interés.

En mi cabeza solo resonaba una frase: *"Claro. ¿A qué hora empieza?".*

Con Julia Rocafort, ese "claro" constituía todo un acontecimiento.

CAPÍTULO 16.

JULIA.

Bajamos del taxi justo frente al Estadi Olímpic Lluís Companys y, durante unos segundos, me arrepentí de estar allí. No por Sofía, sino por todo lo demás: la multitud, el ruido creciente, las luces artificiales que teñían la noche de rosa eléctrico, azul cobalto y fucsia.

El estadio, una mole abierta de piedra y hormigón, se alzaba imponente contra el cielo encapotado. Desde fuera, las gradas iluminadas parecían latir al igual que un corazón inmenso. La gente ya empezaba a agolparse en los accesos, enloquecida, vibrante, como si aquello fuera más que música, como si se tratara de una especie de peregrinaje emocional.

Carteles gigantes con el bellísimo rostro de Eli Kramer colgaban por doquier. En todos, la misma sonrisa ladeada, ese magnetismo que parecía fabricado para las pantallas y que constituía, en parte, la clave de su éxito.

Me removí incómoda, consciente de que llevaba más de diez años sin ir a un concierto. ¿Qué hacía yo allí? La última vez había jurado no volver a pasar por semejante calvario y, sin embargo, allí estaba, acompañando a Sofía, dejándome arrastrar —literalmente— a uno de mis pequeños infiernos personales con una docilidad que aún no entendía del todo.

Sofía pareció captar algo de mi reticencia, porque se giró hacia mí con una sonrisa casi burlona, como si pudiera leerme el pensamiento.

—Tranquila —dijo en voz baja, casi divertida—. No tenemos que hacer esa cola ni tendrás que juntarte con *la plebe*…

Me empezaba a conocer bien, estaba claro.

La seguí con el ceño ligeramente fruncido mientras ella se apartaba del flujo de gente y caminaba con paso firme hacia una entrada lateral, más discreta, con un cartel que decía "VIP ACCESS / INVITADOS"**.** Allí no había cola ni fans enfervorecidas, solo un par de guardias de seguridad y una mujer con una *tablet* colgada del cuello.

Sofía sacó las entradas del bolso y se las mostró sin decir una palabra.

Nos dejaron pasar de inmediato, sin esperas, sin empujones, sin ese sudor ajeno invadiendo mi espacio vital que tanto detestaba.

El pasillo por el que accedimos al estadio era amplio e iluminado con una luz tenue. Caminábamos sobre una alfombra gris y había pantallas con imágenes en directo del escenario desde distintos ángulos. Todo estaba impecablemente orquestado.

—Así que… ¿entradas VIP? —pregunté, sabiendo que no eran precisamente fáciles de conseguir. Ni baratas, aunque Sofía no debía estar precisamente en números rojos desde el día de la boda.

—Tengo un buen contacto —respondió mientras me dirigía una sonrisa ladeada.

Subimos un tramo de escaleras y atravesamos una cortina negra que nos condujo a una zona apartada, al borde del escenario. Se trataba de una plataforma elevada con sofás bajos, mesas de cóctel y servicio de *catering*. Desde allí, teníamos una panorámica directa de todo el estadio y del escenario, que ya resplandecía con luces programadas y columnas de humo artificial.

Nos sentamos en uno de los sofás, tapizado en terciopelo oscuro, y un camarero elegante, vestido de negro, se acercó con una bandeja y nos ofreció refrescos: yo pedí una tónica con un toque de lima; Sofía, algo más dulce, una bebida de frutas tropicales con hielo.

Mientras apurábamos nuestras copas, las luces del estadio bajaron ligeramente y un murmullo expectante recorrió el aire como una descarga eléctrica contenida. Anunciaban a la telonera.

Subió al escenario una joven de voz aterciopelada, acompañada por una guitarra. Comenzó su actuación con una melodía suave, íntima, como si susurrara a cada rincón del estadio. Después, continuó con una segunda canción más enérgica y el ritmo fue calando entre la multitud. En la pista, los cuerpos empezaron a moverse: primero con timidez, luego con una entrega más decidida. Voces sueltas coreaban el estribillo y algunas manos alzadas marcaban el compás.

Fue una transición casi imperceptible, pero efectiva. El ambiente se transformó en algo palpitante, una especie de latido colectivo que crecía en intensidad.

Cuando la telonera terminó, se apagaron algunas luces durante unos minutos de silencio expectante. Y fue entonces cuando ocurrió.

Eli Kramer apareció por una esquina de la zona VIP, caminando directamente hacia nosotras. Llevaba un vestido plateado de lentejuelas que le caía sobre las curvas como una segunda piel, a juego con unas botas altas de tacón. Al natural era aún más imponente que en fotografía.

Se dirigió a Sofía y la abrazó con calidez.

—¡Qué bien que hayas venido! —exclamó en tono alegre.

—No me lo podía perder —contestó Sofía con una sonrisa cómplice, abrazándola también.

Yo observaba la escena, desconcertada, mientras aquel abrazo se alargaba un segundo más de lo habitual. Había algo en la manera en que se tocaban, en esa naturalidad ensayada, que delataba un pasado compartido y probablemente íntimo.

Intuí, sin necesidad de certezas, que entre ellas había existido algo más que amistad.

Recordé vagamente haber leído en algún sitio que Eli Kramer salía con una abogada, aunque no tenía claro si era cierto, y la pregunta que me rondó en aquel momento, densa como una espina, era si su historia con Sofía, fuera la que fuese, había quedado definitivamente atrás.

Cuando por fin se despegaron un poco, Sofía me presentó:

—Te presento a Julia…

La cantante se volvió hacia mí con una simpatía amplia y franca, y se acercó para darme dos besos afectuosos en las mejillas.

—¡Tenía muchas ganas de conocerte! —exclamó—. Siento no haber podido ir a vuestra boda, pero ya sabes que me pilló de gira… —agregó, encogiéndose de hombros.

—Sí, sí, ya lo sé —atiné a decir, aún desconcertada, mientras lanzaba una mirada de reojo a Sofía, que me observaba con una sonrisa divertida dibujada en los labios. ¿Por qué demonios no me había dicho que era amiga de Eli Kramer?

—Bueno, chicas, os dejo… tengo que empezar. Espero que os guste el concierto —dijo Eli, pasándole una mano por el hombro a Sofía

con familiaridad—. Pero luego quedamos en mi hotel y cenamos juntas, ¿vale?

—Claro —respondió Sofía, sin consultarme, como si hablar por las dos fuera lo más natural del mundo.

Y, sin más, la cantante dio media vuelta y desapareció por donde había venido, envuelta en una estela de lentejuelas y confianza.

—¿Se puede saber por qué no me habías contado que la conocías? —pregunté en cuanto se hubo marchado, incapaz de disimular mi perplejidad.

—Era una sorpresa… —respondió Sofía sonriendo con aire travieso.

"Ya", pensé yo. Nunca me habían gustado las sorpresas.

—¿Y de qué la conoces, exactamente? —insistí, arrastrada por la curiosidad.

Sofía me miró durante un par de segundos, sopesando, quizá, qué decir y cómo decirlo.

—Eli veraneaba en Cambrils cuando era adolescente —respondió por fin—. Y nos hicimos amigas.

Hubo algo en la forma en que pronunció la palabra "amigas" que confirmó mis sospechas.

—¿Y después seguisteis siendo… *amigas*? —remarqué la palabra, bajando ligeramente la voz.

Sofía sonrió con un matiz entre enigmático y resignado.

—Supongo que la vida nos separó. Ella se fue a Madrid a perseguir sus sueños y yo tomé otro camino… pero siempre hemos mantenido el contacto.

Enseguida mi mente tradujo sus palabras: compartieron un romance en su juventud más temprana, tal vez incluso su primer amor. Luego, la vida las arrastró por caminos distintos, pero supieron mantenerse cerca, reconvertidas en "buenas amigas".

De pronto, mi imaginación me jugó una mala pasada, y en mi mente apareció Sofía besando apasionadamente a la cantante mientras acariciaba su melena dorada. La imagen fue tan nítida que me sorprendió, logrando que sintiese una especie de malestar difuso, inesperado, confuso.

Qué estupidez. No tenía derecho, ni necesidad, de sentir… ¿celos?

Sofía me miró con un brillo burlón en los ojos, como si de alguna manera intuyera algo de lo que me pasaba por la cabeza, y eso me irritó aún más.

—Mira, ¡ya sale! —anunció de pronto, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

Me giré hacia el escenario justo a tiempo para ver cómo Eli Kramer emergía entre las luces y una cortina de humo, rodeada por un grupo de bailarines perfectamente coordinados. La música explotó en décimas de segundo y el público estalló en un grito colectivo.

La actuación comenzó con potencia: coreografías elaboradas, juegos de luces y pantallas gigantes proyectando su imagen. Las fans en pista saltaban, cantaban, lloraban, levantaban carteles con su nombre. Era una fuerza de energía que te arrastraba sin darte cuenta, y me dejé llevar por la música, por las luces, por todo aquel estruendo que mezclaba lo íntimo con lo colectivo. Casi conseguí olvidarme de mi estómago retorcido. Casi.

De vez en cuando, giraba apenas el rostro para observar a Sofía, procurando disimular el gesto bajo la excusa de mirar al escenario o al público. Ella tarareaba las canciones con una sonrisa tranquila, como quien recita una oración aprendida de memoria. Se las sabía todas, eso era evidente.

En ciertos momentos, sentí —o creí sentir— que también ella me lanzaba alguna mirada fugaz, pero intensa. ¿Era real o solo un reflejo de mi imaginación? Imposible saberlo, pero empezaba a tomar conciencia —quizá por primera vez— del instinto de posesión que me generaba aquella mujer.

¿Por qué sentía eso? ¿De dónde venía esa necesidad absurda de sentir como mío lo que, en realidad, no me pertenecía? Sofía no era mi novia. Tampoco era mi mujer, en verdad.

Y sin embargo...

Sacudí la cabeza, intentando apartar aquellos pensamientos. No me gustaba la idea de verme atrapada en ese tipo de emociones. Era irracional. Impropio de mí. Debía dejar de pensar cosas raras.

Cuando el concierto llegó a su fin, no lo hizo con un apagón repentino, sino con un clímax cuidadosamente orquestado: una explosión de fuegos artificiales iluminó el cielo sobre el estadio,

mientras una lluvia de confeti plateado caía en cámara lenta sobre la multitud extasiada. La última nota se sostuvo en el aire, vibrando como si se negara a morir del todo, antes de desvanecerse en medio de los aplausos atronadores.

Eli Kramer permaneció unos segundos más bajo los focos, empapada de luz y energía, recibiendo de pie la ovación de un estadio completamente rendido. Después, desapareció tras el escenario.

—Vámonos antes de que esta marabunta inunde la calle —dijo Sofía, inclinándose hacia mi oído. Su voz era suave, casi íntima, y traía consigo el rastro de un perfume fresco, cítrico, que me hizo desear —aunque fuera por un instante— acercarme un poco más para aspirarlo mejor. Pero no lo hice.

Salimos de la zona VIP por la misma puerta lateral por la que habíamos entrado, evitando el torrente humano que aún vibraba dentro del estadio.

—Espero que no te importe que vayamos al hotel de Eli —dijo Sofía al poco de alejarnos—. Hace tiempo que no nos vemos y me gustaría que la conocieses un poco más…

—No, tranquila, me parece bien —contesté, aunque en el fondo no estaba segura de si realmente quería ir.

Tardamos varios minutos en dar con un taxi libre, pero al final logramos detener uno tras apurar el paso hasta la esquina. Sofía abrió la puerta trasera con un gesto ágil y me cedió el paso primero. Subí al vehículo en silencio, agradeciendo el gesto con una leve inclinación de cabeza.

—Al Mandarin Oriental, por favor —indicó Sofía al conductor, con tono claro.

El motor rugió suavemente al arrancar, y el taxi se puso en marcha, alejándose poco a poco del Estadi Olímpic, que se iba desdibujando tras el cristal trasero como un recuerdo reciente, aún vibrante.

SOFÍA.

Reconocí el hotel al instante. La entrada seguía siendo tan imponente como la recordaba: grandes puertas de vidrio

enmarcadas en metal oscuro, flanqueadas por muros sobrios y elegantes que exhalaban discreto lujo.

Había estado allí el año anterior, invitada a la boda de una antigua compañera de universidad. Aún guardaba en la memoria la cena en una de sus terrazas elevadas, con unas vistas a un iluminado Passeig de Gràcia impresionantes.

Julia y yo atravesamos el vestíbulo en dirección al bar del hotel, bajo la mirada amable —y perfectamente medida— de los recepcionistas, impecables en sus trajes oscuros. Todo en aquel lugar parecía funcionar con la precisión silenciosa de un reloj suizo: con discreción, elegancia y una cortesía que no resultaba invasiva.

El bar nos acogió envuelto en un murmullo sutil de voces cruzadas, risas apenas contenidas y una melodía suave que flotaba, casi etérea, entre las sombras y la luz tenue. Se trataba de un espacio amplio, con techos altos y mesas bajas distribuidas entre butacas de terciopelo en tonos verde botella, azul noche y algún burdeos apagado.

Nos acomodamos junto a uno de los ventanales, en un rincón tranquilo y ligeramente apartado, esperando a que Eli llegase a su habitación y nos avisara para subir a su suite a cenar con ella.

Pedimos un par de cócteles y comenzamos a hablar del concierto, de la puesta en escena, del magnetismo de Eli sobre el escenario, de gustos musicales.

Había algo en aquel momento que me resultaba cómodo, casi íntimo. Tal vez era la luz tenue del bar, tamizada por las lámparas bajas, o la confortabilidad envolvente de aquellas butacas, que invitaban a no moverse durante horas. O quizás se trataba del tono de voz de Julia —pausado, sereno—, que incitaba a escucharla durante horas, aunque, siendo sincera, lo más probable es que fuera su presencia magnética, sus labios voluptuosos o aquella mirada sesgada, de un color gris profundo, lo que me subyugaba hasta el punto de hacerme olvidar por completo dónde nos encontrábamos.

Cuando finalmente recibí la llamada de Eli invitándonos a subir a su habitación, no pude evitar sentir una punzada de fastidio. Me habría quedado allí con Julia un rato más, con aquella sensación embriagadora de que algo estaba a punto de ocurrir.

Apenas diez minutos después, entrábamos en la suite 127. La habitación era amplia y elegante, decorada con una sobriedad lujosa, con muebles de líneas limpias, colores neutros y un par de sofás amplios y mullidos. Desde los ventanales, la ciudad titilaba a lo lejos, como un tablero de luces en miniatura.

Eli se había cambiado y vestía un pantalón ancho de algodón y una camiseta sencilla. Me abrazó de nuevo al recibirnos, cálida como siempre.

—Entrad, chicas, os estábamos esperando —dijo, girando apenas la cabeza hacia una chica de rostro agraciado y melena rizada que reconocí al instante.

—¡Sara! —exclamé, acercándome con una sonrisa sincera—. Tenía ganas de verte —añadí, saludándola con dos besos.

—Y yo a ti —respondió la atractiva abogada con una calidez que agradecí.

Había coincidido con la novia de Eli un par de veces, y aunque mi pasado con la cantante flotaba inevitablemente en el ambiente, mi relación con Sara era sorprendentemente natural, sin rastro de fricción ni segundas intenciones.

—Ella es Julia —anuncié entonces, señalando a la susodicha. No fui capaz de añadir *mi mujer*, pues creo que hubiese sonado demasiado impostado.

—Encantada de conocerte —dijo Julia, saludando a la abogada con dos besos corteses. Justo antes, me había lanzado una mirada de soslayo, cargada de una ligera extrañeza. Tal vez porque, durante todo el tiempo que habíamos pasado en el bar, no le había mencionado ni una sola vez a Sara.

Me complacía, por una vez, ser yo quien lograra descolocarla un poco.

—¿Qué tal si nos sentamos a cenar, chicas? —intervino Eli, dirigiéndose hacia una mesita impecablemente dispuesta para la ocasión. Había un par de ensaladas frescas, una fuente de espaguetis a la carbonara, una tabla de quesos artesanales con frutos secos, pan recién horneado y una botella de vino esperando a ser descorchada—. Me muero de hambre…

—Claro —respondí enseguida. Sabía que Eli solía perder un par de kilos tras cada concierto; su cuerpo necesitaba reponerse cuanto antes.

Nos sentamos sin más ceremonia y comenzamos a cenar, charlando de todo un poco.

El ambiente se volvió acogedor casi de inmediato. Incluso Julia parecía relajada, desenvolviéndose con total naturalidad. Al principio, la conversación orbitó en torno al concierto y a un par de anécdotas curiosas entre bastidores, pero pronto fue derivando hacia terrenos más cotidianos: viajes, películas, libros, comida… temas que se desplegaban sobre la mesa en lo que parecía una reunión entre amigas de toda la vida.

Cuando terminamos de cenar y nos trasladamos a los sofás con las copas de vino en la mano, Eli empezó a contar historias de nuestros veranos en Cambrils mientras Sara y Julia reían con ganas.

Era curioso ver reír a Julia, pues, increíblemente, su belleza se duplicaba cuando lo hacía.

De vez en cuando, sentía su mirada posarse sobre mí. Lo hacía con una naturalidad absoluta, pero cada vez conseguía que una corriente tibia, casi eléctrica, recorriera mi piel sin piedad. Yo me esforzaba por disimular, por fingir que no lo notaba, mientras continuaba hablando de cosas triviales, reía con las demás y me llevaba el vino a los labios como si no pasara nada. Pero era inútil.

Había algo en su presencia aquella noche que me mantenía en un estado de alerta constante: una atracción silenciosa, contenida, y esa inquietud sutil de saberse al borde de lo desconocido.

En un momento dado, tras soltar una broma con tono despreocupado, Eli se inclinó hacia Sara y le besó fugazmente los labios. Fue un gesto sencillo, espontáneo, pero consiguió agitar algo en el aire, o al menos así lo viví yo, pues Julia me miró a los ojos durante un segundo con expresión misteriosa, como si algo la inquietara por dentro. Luego desvió la mirada con aparente indiferencia, y todo volvió a su cauce. Al menos en apariencia.

¿Estaba viendo lo que quería ver? ¿O era posible que, por una vez, Julia dejara entrever hacia mí un interés real, algo que desbordaba los márgenes del acuerdo que nos mantenía unidas?

No tenía ni idea.

Tiempo después, cuando Eli comenzó a pestañear, muerta de sueño, comprendí que era el momento de marcharnos. Nos despedimos de nuestras anfitrionas con promesas de un pronto reencuentro —promesas que a menudo suenan más a ritual que a certeza— pero que, en aquel instante, supe con convicción que cumpliríamos.

Durante el trayecto en taxi de regreso a casa, reinó un silencio absoluto. Ni Julia ni yo dijimos una palabra, pues estábamos atrapadas en nuestros pensamientos, como si, al quedarnos nuevamente a solas, de pronto no supiéramos muy bien cómo comportarnos.

Cuando finalmente llegamos a nuestro destino, enseguida recogí las correas de los perros para bajarlos a la calle antes de dormir. En el fondo, me habría encantado que Julia se ofreciera a acompañarme, aunque fuera solo por cortesía, pero no lo hizo. Se limitó a desearme buenas noches con voz neutra, algo distante, y se encaminó hacia las escaleras sin mirar atrás, dando por terminada la velada.

Juro que, en ese momento, la odié.

Odié su belleza serena, su porte arrogante y, sobre todo, esa manera insoportable de moverse por el mundo como si nada —ni nadie— pudiera afectarle lo más mínimo.

Bajé a la calle con los perros y les di una vuelta a la manzana mientras una rabia espesa y muda ascendía por mi garganta. En el fondo no era por ella, lo sabía. El enfado era más conmigo misma: siempre me había considerado una persona sensata, prudente, y detestaba haberme encaprichado de una mujer que, en realidad, no me convenía, de alguien que, por mucho que a veces me hiciera sentir especial, no parecía interesada en nada más que en aquella especie de juego ambiguo que, probablemente, le encantaba controlar.

Debía recuperar el equilibrio, el control de mis emociones. Y hacerlo cuanto antes.

Regresé a casa con los perros pisándome los talones, maldiciendo por lo bajo a Julia Rocafort y a todo lo que ella me provocaba.

Podía marcharse al infierno con sus gestos elegantes, con esa altivez que le servía de escudo y con esos labios —esos malditos labios— que empezaba a desear borrar de mi memoria para siempre.

Entré sin encender las luces, atravesando el vestíbulo en medio de la penumbra, todavía murmurando para mí.

—Al diablo con ella...

—¿Al diablo con quién? —escuché la voz de Julia, desde algún punto de las escaleras.

Me giré de golpe, con el corazón retumbando en el pecho, desbocado. Tardé apenas un segundo en localizarla: estaba sentada en un peldaño, a mitad del tramo, bañada por la luz anaranjada que se filtraba desde la calle a través de los ventanales. Llevaba un pijama de raso azul clarito que brillaba incluso en aquella penumbra. El tejido se le pegaba al cuerpo como si fuera parte de su piel, delineando cada curva con una audacia que podía ser accidental… o quizás deliberada. La expresión de su rostro era enigmática, una mezcla sutil de diversión y gravedad que desafiaba a todo aquel que se atreviera a descifrar sus intenciones.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, con la respiración suspendida en la garganta, mientras los perros, ajenos a todo, subían por las escaleras y desaparecían en dirección a mi dormitorio.

—¿Al diablo con quién? —repitió Julia, con voz suave pero inquisitiva.

Tragué saliva. Me sentía como una alumna a quien la profesora ha sorprendido en plena travesura.

—Esto… ejem… con nadie —balbuceé, buscando una salida medianamente digna a la situación—. Era solo un pensamiento absurdo… no tiene nada que ver contigo.

Ella rio por lo bajo antes de alzar una ceja con lentitud estudiada, como si leyera sin esfuerzo la atracción que despertaba en mí y los conflictos internos que me provocaba.

—¿Seguro que no?

—Seguro —me obligué a decir con voz firme.

Julia no dijo una palabra más. Se puso de pie con una calma inquietante, desafiando deliberadamente la tensión que flotaba en el

ambiente. Fue un gesto silencioso, pero cargado de intención, casi insolente en su serenidad. Después descendió los escalones con tranquilidad hasta detenerse frente a mí, a menos de un metro de distancia.

Había en sus ojos algo que no había visto antes, una determinación tranquila, profunda, envuelta en una intensidad electrizante. Me sostuvo la mirada durante un segundo que pareció dilatarse más allá del tiempo. Después, en un movimiento lento, casi imperceptible, dejó que su atención descendiera hasta mi boca en lo que me pareció una caricia sin contacto, una promesa hecha solo de intención.

Todo mi cuerpo respondió al instante, en una oleada súbita de conciencia. Era como si hasta entonces hubiese estado viviendo bajo el agua, y de pronto respirara por primera vez. El calor ascendió por mi cuello en una oleada de puro fuego, extendiéndose hasta mis mejillas, mientras el corazón retumbaba en mi pecho, desbocado. Entonces, una humedad inesperada, íntima y urgente, nació en lo más profundo de mi entrepierna.

¿Qué estaba ocurriendo?

Dos pensamientos atravesaron mi mente a la velocidad del rayo, brillantes y afilados en su claridad. El primero, que Julia Rocafort —la altiva, la inalcanzable, la ultrapoderosa Julia Rocafort— me deseaba. El segundo, que jamás nadie me había hecho sentir así, y menos aún con una simple mirada, sin decir una palabra, sin siquiera tocarme.

Lo confieso: sentí miedo, pues intuí —con esa lucidez cruel que a veces acompaña al deseo— que, si seguía adelante, esa mujer terminaría haciéndome daño. Y, aun así, no tenía opción. Algo más fuerte que yo me empujaba hacia ella: una fuerza primitiva, ciega, inevitable.

¡Que Dios me asistiera!, pensé, con una súplica muda, casi irónica, porque era inútil resistirme.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche…? —preguntó entonces con una voz baja, increíblemente sexy, cargada de promesas no dichas.

—¿Cómo… dices? —respondí, más por reflejo que por verdadera confusión. La había oído perfectamente, pero necesitaba escucharla

de nuevo, saborear esas palabras al brotar otra vez de sus labios, como un hechizo al que todavía no estaba dispuesta a poner fin.

Ella esbozó una sonrisa lenta, torcida, deliciosamente peligrosa. En sus ojos brillaba algo perverso, casi cruel, y durante un segundo me pareció una criatura de otro mundo: un demonio bellísimo disfrazado de mujer.

—Que si quieres dormir conmigo esta noche —repitió, esta vez un poco más alto, divertida, quizá, por mi desconcierto.

Durante unos segundos que me parecieron eternos, no fui capaz de decir nada. Mi pecho subía y bajaba con esfuerzo. La respuesta estaba ahí, latiéndome dentro, pero no encontraba el camino hacia fuera por mucho que lo intentara.

—Sí —susurré al fin, tratando de recomponerme. ¿En qué momento había empezado a comportarme como una colegiala en su primera cita?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza, dio media vuelta con soltura y comenzó a subir las escaleras, sin prisa, como si hubiera anticipado mi respuesta a la perfección. En algún rincón recóndito de mi mente me incomodó tanta seguridad, pero no dije nada. Me limité a seguirla mientras la casa entera parecía contener el aliento, expectante por lo que pudiera pasar a continuación.

Cada sonido se volvió nítido, insoportablemente preciso: el leve roce del tejido de su pijama acariciando su cuerpo con cada paso, el crujido sutil de la madera bajo sus pies descalzos. Incluso su respiración —tranquila, medida, pausada— llegaba hasta mis oídos amplificada, como si todo mi cuerpo se hubiera sintonizado exclusivamente con ella.

Hubo algo casi ceremonial en aquella ascensión; no parecía que estuviéramos subiendo una simple escalera, sino atravesando un umbral que hasta el momento parecía inaccesible. O al menos, así lo viví yo.

Cuando por fin llegamos a su dormitorio, Julia me cedió el paso con un gesto cortés, deliberado, casi burlón, consiguiendo de esa forma romper un poco la solemnidad del momento, cosa que agradecí.

Entré con paso contenido, casi reverente. Solo había estado allí una vez con anterioridad, cuando Lúa había escapado con el retenedor

de Julia en la boca. El recuerdo me arrancó una sonrisa involuntaria.

—¿De qué te sonríes? —preguntó Julia con aire intrigado mientras cerraba la puerta tras de sí.

—De nada —respondí esforzándome por mantener el rostro serio. Más me valía llevarme aquel secreto a la tumba.

Después se acercó a mí con una lentitud medida, casi coreografiada, pero no intentó tocarme. Aun así, su sola cercanía era una forma de contacto: sutil, envolvente, ineludible.

Durante unos segundos, contuve el aliento. O tal vez simplemente me olvidé de respirar con normalidad, aunque no sabría decir cuánto tiempo permanecimos así, suspendidas en esa quietud feroz, sin avanzar, pero sin retroceder.

Comprendí que estaba a punto de hacer realidad mis fantasías más descabelladas, esas que me habían acompañado durante los últimos meses, o, si me atrevía a ser del todo honesta conmigo misma, desde hacía dos años y pico, desde aquel primer instante en que me presentaron a Julia como la megapresidenta de Oceana Catalana, para ser exacta.

Ahora, por fin, descubriría si su piel era tan suave como parecía o el sabor de su boca tan dulce como imaginaba.

—¿Estás segura de que quieres dormir conmigo… o prefieres no dormir en absoluto? —preguntó de pronto con una expresión traviesa, pero tan increíblemente sexy que me desarmó.

—Creo que hoy prefiero no dormir demasiado —admití con sorna, preguntándome si para ella aquello no sería más que un juego, una forma de control, una diversión pasajera.

¡Qué más daba! En aquel momento, solo deseaba tenerla entre mis brazos. El resto de las consideraciones podían esperar.

Ella soltó una risa suave, divertida, antes de extender la mano hasta que sus dedos rozaron mi mejilla, descendiendo para detenerse en mi labio inferior. Lo acarició con una lentitud reverente, como si quisiera memorizar su forma, grabarla en la yema de sus dedos.

En ese momento quise alzar las manos, tocarla, enredar los dedos en su cabello, seguir el contorno de su espalda, acercarla más… pero

no pude. Parecía que mi cuerpo se hubiese rendido al momento, inmóvil ante la intensidad de su cercanía.

La distancia entre nosotras se desvaneció poco a poco, hasta que sentí su rostro junto al mío. Me rozó primero con la nariz, en una aproximación cuidadosamente medida, y luego sus labios buscaron los míos con determinación. Cerré los ojos y respondí sin pensar, como si, al besarla, algo dentro de mí —algo que llevaba mucho tiempo esperando— encajara en su sitio, por fin.

Fue un primer beso contenido y suave, pero tan lleno de intención, que el aire parecía vibrar entre nosotras. Sentía su cuerpo muy cerca, lo suficiente para que el calor traspasara la tela que nos separaba, convirtiendo cada roce en toda una experiencia. Nos entregamos al momento en un silencio profundo, como si el tiempo mismo se hubiera detenido solo para nosotras.

Cuando sus dedos rozaron mi nuca, una corriente de pura electricidad me recorrió desde el interior. No se trataba solo de una reacción física; era algo más profundo, difícil de identificar.

Después, nuestras frentes se apoyaron una contra otra, con la respiración aún entrecortada, hasta que ella, una vez más, tomó la iniciativa. Extendió la mano hacia mí, abierta, sin exigencias, pero con una determinación tranquila que me erizó la piel. La tomé sin dudar.

Me condujo con suavidad por la habitación, descalza, deslizándose en silencio sobre la madera. El pijama azul de raso atrapaba la luz tenue de la penumbra, dibujando destellos suaves a cada movimiento.

Nos detuvimos junto al borde de la cama, y ella se volvió hacia mí, tan cerca que podía sentir el roce apenas perceptible del raso contra mi piel. Después, deslizó los dedos bajo el dobladillo de mi camiseta y tiró con suavidad hacia arriba. Yo levanté los brazos sin pensarlo, y la tela se desprendió de mi cuerpo con lentitud. Acto seguido, sus manos descendieron por mis costados hasta encontrar el botón de mis vaqueros. Lo desabrochó con calma, sin apartar los ojos de los míos, mientras yo me quitaba las zapatillas con torpeza, tropezando ligeramente al intentarlo. Julia sonrió, pero no dijo nada.

Me ayudó a bajar el pantalón y las braguitas, que cedieron bajo su suave insistencia hasta quedar libres, y me desabrochó el sujetador con habilidad, liberando mis curvas con una precisión casi quirúrgica. Después permaneció unos segundos contemplándome con la intensidad con la que un artista admira su obra maestra.

Me quedé quieta, aguantando el escrutinio con cierto pudor, aunque aquel momento fue, sin lugar a duda, el más erótico que había vivido en toda mi existencia.

Después, sin decir una palabra, se sentó en la cama y tiró suavemente de mi mano, invitándome a acompañarla. Me dejé llevar, dejándome caer a su lado con el corazón desbocado y un vértigo dulce, casi embriagador, latiendo en lo más profundo de mi estómago.

Mis dedos temblaron cuando empecé a desabrochar la camisa de su pijama, botón por botón. Aquella inseguridad era nueva para mí, y traté de camuflarla con la mayor naturalidad posible. Terminé de desabrochar la prenda y la dejé caer con suavidad, descubriendo la curva de sus senos.

¡Dios! Por un instante, me quedé paralizada. Tener a Julia Rocafort semidesnuda ante mí imponía, para qué negarlo.

Me obligué a reaccionar y me puse de pie frente a ella, con el pulso acelerado. Con decisión, le propiné un suave pero firme empujón en los hombros hasta conseguir que quedara tumbada boca arriba sobre el colchón.

Julia sonrió, sorprendida tal vez por mi gesto, y apoyó las manos suavemente bajo la cabeza, entregándose al momento. Yo deslicé las yemas de los dedos por las perneras de sus pantalones del pijama, sintiendo cómo la tela cedía a mi toque, deslizándose con delicadeza mientras se desprendía poco a poco, dejando al descubierto la piel cálida y expectante de debajo.

Me incliné sobre ella, hasta quedar completamente recostada sobre su cuerpo, piel contra piel. Por un instante creí estar soñando, pues había en todo aquello algo tan irreal que dudé de mis propios sentidos. Pero si era un sueño, era inquietantemente real: sentía el aliento fresco de su respiración rozar mi mejilla, y el calor de su piel

se fundía con la mía como una brasa suave, envolvente, imposible de ignorar.

Incliné la cabeza y busqué sus labios en un beso lento, titubeante al principio, que pronto se volvió más profundo mientras ella me acariciaba la espalda, trazando con las manos un camino que descendió hasta mis glúteos. Mi cuerpo respondió al contacto de inmediato y, casi sin pensar, deslicé una pierna entre las suyas, buscando inconscientemente algo de alivio en una zona que parecía pedir a gritos una atención personalizada.

El tiempo pareció detenerse. Cada beso era una ráfaga de calor, un incendio suave pero persistente que consumía cualquier pensamiento. Incluso el aire tenía sabor a fuego, y me dejé arrastrar por esa corriente, deseando que no se apagara jamás, girándome hasta quedar frente a frente con ella. Fue entonces cuando comenzó la verdadera exploración: lenta, curiosa, reverente, como si nuestros cuerpos descubrieran un lenguaje recién inventado que aprendíamos juntas, palabra a palabra, piel a piel.

Acaricié sus pechos, llenos y firmes, estudiando cada contorno con una mezcla de placer y deseo contenido. Descendí lentamente hacia su vientre plano, sintiendo cómo toda una sinfonía de sensaciones me estremecía por dentro, mientras su mano se deslizaba delicadamente hasta mi entrepierna para comenzar a acariciar con destreza la parte más sensible de mi anatomía. Una exclamación ahogada escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo. Dios santo, ¿qué magia era aquella…? Aquella mujer parecía saber con exactitud dónde tocar y cuándo detenerse.

Movida por un impulso irresistible, bajé también la mano hacia su pubis, imitando su exploración. Una sonrisa fugaz se dibujó en mis labios al comprobar que ella estaba tan entregada como yo, pues un calor húmedo, cálido y vibrante me recibió, dándome la bienvenida. Con suavidad, introduje el dedo corazón en su interior, al principio tímidamente, pero pronto con una firmeza que creció al compás de mi excitación. A partir de ese momento, cada movimiento se volvió más seguro, más decidido, mientras un torrente de puro placer atravesaba mi cuerpo de punta a punta.

Un fugaz pensamiento cruzó entonces por mi mente: no era capaz de recordar ninguna experiencia pasada que pudiera compararse a aquella. Esa certeza me abrumó por un instante, pero pronto deseché cualquier reflexión inútil. No era momento para pensar, solo para sentir, para perderme en el increíble cuerpo de Julia Rocafort.

Permanecimos así durante un tiempo indefinido, perdidas entre besos ardientes y caricias estremecedoras. Sus gemidos, suaves y cálidos, rozaban mi oído como un susurro encendido, avivando aún más mi deseo. Cuando sentí que me acercaba peligrosamente al borde del éxtasis, me sorprendí a mí misma: nunca había alcanzado un orgasmo en una *primera vez*, ni siquiera en las *primeras veces*.

Siempre había necesitado que la confianza y el afecto crearan un refugio seguro donde pudiera abandonarme por completo y dejarme llevar sin reservas.

Al poco, sentí el estremecimiento de Julia contra mi mano en forma de un temblor sutil que se extendió como una corriente eléctrica por todo mi cuerpo, y mientras nuestras lenguas se enredaban de nuevo en un beso ardiente, un poderoso y desbordante orgasmo explotó en mi cerebro con la potencia de una bomba devastadora. Fue un estallido de sensaciones que me envolvió por completo, elevándome a una cumbre donde el tiempo se distorsionaba y solo importaba la intensidad del momento.

Quedamos entrelazadas, todavía besándonos, pero ahora con una lentitud delicada, casi reverente, mientras las vibraciones finales de aquel placer compartido se desvanecían lentamente, como el calor que queda en el aire después de una tormenta de verano.

Cuando por fin separamos nuestros labios, una expresión traviesa iluminaba su rostro.

—¿En qué estás pensando…? —pregunté, consciente de que no habíamos intercambiado palabra desde hacía largo rato.

—En que estoy segura de que, el día que nos conocimos en la sala de reuniones de la empresa, jamás imaginaste que terminaríamos haciendo *esto* —respondió con una sonrisa divertida, como si la idea le pareciera especialmente graciosa.

—Cierto. Pero menos aún pensé que, antes de llegar a *esto*, me casaría contigo... —repliqué, soltando una leve risa.

Ella rio también, se inclinó hacia mí y me besó la punta de la nariz en un gesto inesperadamente tierno, casi fuera de lugar en alguien como ella. Y en ese instante lo supe: aún me quedaba mucho por descubrir de Julia Rocafort.

—Me gustaría saber qué pensaste de mí aquel día —murmuró ella de pronto, acomodando su cabeza en la almohada mientras sus dedos dibujaban círculos lentos y distraídos sobre la piel desnuda de mi hombro.

—No pienso hablar de eso sin la presencia de mi abogado —respondí con tono exageradamente serio, arqueando las cejas como si fuera parte de un interrogatorio formal.

Ella rio por lo bajo.

—Bien pensado... casi prefiero que no me saques de dudas.

—Tus deseos son órdenes…

—¿Qué tipo de relación tuviste exactamente con Eli Kramer? —preguntó entonces, con los ojos fijos en mí, cargados de curiosidad. El giro repentino en la conversación fue tan brusco que no pude evitar pensar que, probablemente, llevaba toda la noche con esa pregunta rondándole en la cabeza, esperando el momento justo para formularla.

Me giré hacia ella, tomando aire antes de contestar.

—Bueno… —empecé a decir, jugando con un mechón de su pelo entre mis dedos—. Digamos que fue la primera chica con la que me acosté… y también la primera de la que me enamoré.

Hablar con Julia sobre mi historia con Eli, sobre esa parte tan íntima de mi vida, no me resultaba del todo cómodo. Aunque estuviera desnuda en su cama, con el calor de su cuerpo todavía envolviendo el mío, entre nosotras aún no existía esa confianza silenciosa que solo se construye con el tiempo.

—¿Y por qué… os separasteis? —insistió ella, apoyando la mano sobre mi vientre y ejerciendo una presión muy leve, casi imperceptible.

—Éramos solo dos adolescentes de diecisiete años —respondí, encogiéndome ligeramente de hombros, como si eso lo explicara todo—. A esa edad… casi nada tiene futuro.

—Entiendo… —murmuró ella, y por un momento se quedó en silencio, como si estuviera calibrando sus próximas palabras. Luego agregó—: ¿Cuántas veces te has enamorado?

Vaya, vaya. Julia Rocafort interesándose genuinamente por mi vida sentimental. Esa sí que no me la esperaba.

—Solo una vez más —confesé, sin necesidad de adornarlo—. Fue de una compañera de la universidad. Estuvimos juntas tres años, pero… al final no funcionó. Le gustaban demasiado las mujeres como para quedarse con una sola. Y yo no estaba dispuesta a convertirme en una más en su lista.

—Ya… —dijo con una voz un poco más grave, más baja. Como si ese "ya" significara más de lo que decía.

Me giré, clavando mis ojos en los suyos.

—¿Y tú? ¿Te has enamorado alguna vez? —pregunté, devolviéndole la pelota con curiosidad. Siempre me había intrigado la vida sentimental de Julia Rocafort, pero hasta ese preciso instante no había tenido ni el valor ni la oportunidad de preguntarle al respecto.

—No —respondió ella sin dudar, sin matices. Fue tan tajante que, por un momento, creí no haber escuchado bien.

—¿No…? ¿Nunca?

—Nunca —repitió, sin asomo de duda—. Veo que te sorprende…

—Un poco sí —admití—. Pero… habrás tenido relaciones, ¿no? Con otras mujeres, quiero decir.

—Claro que sí —dijo, soltando una risita sarcástica, como si mi pregunta le resultara un tanto ingenua—. Pero nunca me ha ocurrido… *eso*. Es más, si no me ha pasado hasta ahora, dudo que me vaya a pasar.

No supe muy bien por qué, pero sentí que sus palabras se deslizaban como una ráfaga de aire frío entre las sábanas. Tal vez fue decepción. O quizá solo una punzada silenciosa de orgullo herido. El caso es que me sentí un poco idiota, lo admito. ¿Qué esperaba? ¿Que por el simple hecho de que Julia Rocafort se acostara conmigo iba a caer rendida a mis pies?

Menuda estupidez más grande, pensé. Y, aun así, casi sin darme cuenta, removí el cuerpo, buscando un poco más de espacio entre las dos, hasta que mi piel dejó de rozar la suya.

Julia lo notó, por supuesto, pero no dijo nada. Solo se inclinó hacia mí con lentitud para besarme, en un gesto que, quizá, era su forma de cerrar la conversación.

Juro que quise resistirme, y durante un segundo exacto, casi lo logré. Pero mi cuerpo, que instantes antes había buscado distancia, volvió a encenderse como si el deseo hubiera estado agazapado, en silencio, esperando la ocasión para irrumpir de nuevo.

Los labios de Julia se abrieron paso sobre los míos con una urgencia contenida, y sus manos comenzaron a recorrer mi espalda con una lentitud tan medida que se volvió peligrosa. Mis dedos la buscaron casi por instinto: su cintura, su cadera, el hueco preciso de su cuello…

No dijimos nada más.

No hizo falta.

Porque cuando los cuerpos hablan tan claro, las palabras estorban.

JULIA.

Me desperté a las ocho en punto, como siempre, sin necesidad de alarma. Mi cuerpo tenía ese reloj interno caprichoso e infalible que no entendía de sábados, domingos o días festivos, y aunque hubiese querido seguir durmiendo, sabía que no podría hacerlo.

Sofía seguía dormida, de espaldas, con una pierna enredada en la sábana y el pelo cayéndole en ondas desordenadas sobre la almohada. Era una imagen tan perfecta que me quedé un rato observándola en silencio, recreándome en cada detalle, deseando por un instante que aquel momento no terminara nunca. Sin embargo, no hice ni el más mínimo gesto por tocarla. No sabría decir por qué. Tal vez necesitaba procesar lo ocurrido, poner en orden mis pensamientos antes de decidir cómo actuar a continuación.

Me levanté con cuidado, procurando no despertarla. Me puse el pijama en silencio y salí descalza del dormitorio. Toby fue el único que salió del cuarto de Sofía a recibirme, probablemente atraído por la esperanza de su ración matutina de jamón ibérico que, tanto él como los otros dos perros, habían aprendido a recibir religiosamente cada mañana de mi propia mano.

—¿Qué? ¿Quieres tu jamón, eh, pequeño Matusalén? —susurré mientras comenzaba a bajar por las escaleras.

Toby meneó la cola como única respuesta y me siguió hasta la cocina con ese andar renqueante que le daba un aire un tanto cómico. Abrí la nevera, saqué una loncha de jamón, la troceé y se la ofrecí, agachándome un poco.

—Toma… seguro que esto te va mejor para la artrosis que todas esas pastillas que te da tu dueña.

El pequeño no se hizo de rogar. Devoró el jamón con rapidez, quizá temiendo que sus hermanos aparecieran de improvisto a disputarle su ración. Aquel perro tendría mil años, pero conservaba el apetito de un san bernardo en plena juventud.

—Anda, vamos al salón —dije después, mientras él se relamía el hocico con un gesto de pura satisfacción.

Me dirigí directamente al sofá. Toby me miró con ojos suplicantes, implorando en silencio que lo subiera conmigo. Solté un suspiro resignado y lo ayudé a trepar hasta mi regazo, donde se acurrucó de inmediato con un suspiro satisfecho. Le acaricié el lomo distraídamente mientras me acomodaba con la vista clavada en el exterior a través del ancho ventanal que ocupaba casi toda la pared. Las casas señoriales de Pedralbes, con sus jardines milimétricamente cuidados, brillaban bajo el sol matutino. Más allá, las copas de los árboles ondulaban apenas con una brisa suave, y al fondo, el perfil de la ciudad se adivinaba entre la bruma cálida de la mañana.

Siempre me había gustado madrugar. Me daba la sensación de tener ventaja sobre el resto del mundo, como si el día me perteneciera antes de que los demás lo reclamaran. Y, sin embargo, aquella mañana de domingo no tenía demasiado que hacer, solo un partido de dobles de tenis a las once en el club, con Clara, Berta y una socia nueva de la que no recordaba el nombre. Luego, como casi siempre, comería con ellas en la terraza del excelente restaurante con que contaba el club y que tanto solía frecuentar, pero por primera vez en mucho tiempo, me tentó la idea de no ir, de escribir un mensaje inventando una excusa y quedarme en casa con Sofía.

Sofía.

Había traspasado una línea con ella, una que no me convenía cruzar, y no tenía ni la más mínima idea de cómo manejar la situación a continuación.

Por un lado, había sido el mejor encuentro sexual de mi vida, sin exagerar. Su cuerpo había encajado conmigo con la misma facilidad que una pieza de puzle largamente buscada, y la forma en que se abandonó a mis brazos había encendido en mí un fuego que no recordaba haber sentido con anterioridad, como si su piel susurrara un lenguaje que llevaba toda la vida esperando entender.

Y, por otro lado, estaba *el problema*. Uno enorme.

Sofía no era como yo. Ella creía en esa cosa absurda que llaman amor romántico, en las relaciones convencionales, en la fidelidad, en la idea de que hay una persona ahí fuera que es "la adecuada", y que, si la encuentras, puedes construir tu vida entera a su alrededor.

Dios… ¡cuánto daño habían hecho esas malditas películas románticas de Hollywood!

¿Por qué la gente seguía creyendo semejantes patrañas?

Yo había comprendido, hacía tiempo, que la vida no funcionaba así, que el deseo no se puede encerrar en una sola piel, que el amor no garantiza nada y que la fidelidad es un invento social, una jaula disfrazada de promesas.

¿Cómo se supone que vas a estar con la misma persona toda tu vida solo porque, un día, sentiste una especie de *clic*? ¿Esa era la famosa media naranja? ¿El final feliz?

Tonterías.

Yo tenía otras ambiciones. Soñaba con ampliar el legado de mi padre y construir un imperio que resonara en los cinco continentes, con alcanzar el Poder, así, con mayúsculas. Sabía que podía lograrlo. Tenía lo necesario: visión, instinto y coraje; solo necesitaba ir a por ello sin mirar atrás, y no estaba dispuesta a distraerme con romances innecesarios ni promesas imposibles de cumplir, a pesar de que, en ese mismo instante, me moría de ganas por volver a la cama y despertar a Sofía con un beso profundo, hambriento. Deseaba sentir su cuerpo de nuevo junto al mío y escucharla reír entre susurros medio dormidos, pero intuía que no me convenía

ceder a mis impulsos sin marcar previamente unos límites bien definidos.

¿Encuentros esporádicos? Todos los que ella quisiera.

¿Compromiso? Ninguno. Jamás.

Además, no podía olvidar que implicarme emocionalmente con ella equivalía a jugar con fuego. Si en algún momento llegara a sentirse desengañada, traicionada o herida, podría —quizá sin querer, quizá a propósito— comprometer nuestro acuerdo. Y eso podía arrastrarme al desastre. Así de simple.

Confiaba en ella, sí. Pero confiar no era lo mismo que bajar la guardia. Y en mi mundo, bajar la guardia podía salir muy caro. No había llegado tan lejos para asumir riesgos innecesarios, por muy suaves que fueran sus labios o por muy adictivo que resultara el tacto de su piel.

Un ruido a mis espaldas me hizo ponerme en alerta, y enseguida Brutus y Lúa cruzaron el salón con paso decidido hasta plantarse frente a mí, esperando, seguramente, su trozo de jamón. Los acaricié con distraída familiaridad justo cuando Sofía aparecía en el umbral con gesto somnoliento pero sonriente.

Llevaba puesta una de sus camisetas horrendas de rugby, dos tallas más grandes de lo necesario, y unos bóxers que le caían con descuido sobre las caderas. Su pelo estaba revuelto, enredado en ondas desordenadas que le caían por los hombros y, aun así, estaba increíblemente guapa.

La respiración se me aceleró sin que pudiera evitarlo; el recuerdo de su boca, de su piel, seguía demasiado presente, aún palpitando bajo la superficie de mi aparente serenidad.

—Buenos días —saludé, obligándome a reaccionar.

Ella asintió con una leve inclinación de cabeza y se acercó a mí con una mezcla incierta de timidez y atrevimiento, como si caminara a tientas por un terreno que aún no sabía cómo pisar.

—¡Ya podía yo buscarlo…! —exclamó, señalando al medio caniche, que seguía tumbado en mi regazo, indiferente a la llegada de sus hermanos—. Veo que les has levantado el veto de subirse al sofá —agregó a continuación, alzando cómicamente una ceja.

—No te hagas ilusiones. Solo a este, que es el más pequeño. A esos dos monstruos, ni hablar… —repliqué señalando a Brutus y a Lúa.

Ella rio en voz baja mientras se sentaba a mi lado, pero sin acercarse demasiado. De pronto parecíamos dos colegialas en su primera cita, rodeadas de perros y silencios incómodos que ninguna se atrevía del todo a romper. Era extraño, íntimo y torpe a la vez.

La idea me hizo sonreír.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó entonces con un aire casual que me sonó claramente impostado.

Ahí estaba la primera decisión que debía adoptar. Durante un instante estuve a punto de dejarme llevar, de acortar la invisible distancia que nos separaba, besarla sin decir palabra, arrastrarla de vuelta a la cama y no salir de ahí en todo el día, salvo para comer y poco más. Pero mi sentido común se impuso.

—Tengo un partido de tenis a las once. Después comeré en el club, como siempre. Probablemente me quede allí parte de la tarde —respondí, recurriendo al plan que seguía casi religiosamente cada domingo —. ¿Y tú…?

Ella me observó en silencio durante un par de segundos con gesto desconcertado, como si estuviera procesando una pequeña decepción que no quería mostrar del todo.

—De momento voy a bajar a estos a la calle —dijo por fin, refiriéndose a los perros, antes de esbozar una sonrisa forzada y comenzar a levantarse.

—Espera —dije, sujetándole la mano y obligándola con suavidad a sentarse de nuevo.

—¿Qué…?

—Quiero hablar de lo de ayer… de nosotras.

Siempre había creído en ese refrán que decía: "*Más vale la cara colorada una vez que ciento amarilla".*

—Tú dirás… —respondió ella, con el rostro algo endurecido, muy lejos de la calidez con la que me había sonreído minutos antes, o del abandono con el que se había entregado a mí la noche anterior.

—Lo de ayer fue increíble… —empecé a decir, buscando con cuidado las palabras adecuadas para lo que quería expresar.

—Peeeeero… —se adelantó ella, entonando esa palabra como una bofetada envuelta en celofán.

—Pero no quiero llevar a nadie a engaño, y mucho menos a ti. No estoy buscando una relación seria —aclaré, enfatizando la última frase—. Es más, ni siquiera creo en ellas…

—Tranquila —replicó enseguida con un deje ácido en la voz—. No suelo jurar amor eterno la primera vez que me acuesto con alguien, ¿sabías? Y tampoco espero que me lo juren a mí…

Sus palabras me provocaron una punzada sorda en algún lugar impreciso, pero peligrosamente cercano al corazón. La entendía perfectamente. A nadie le gusta que, después de una noche increíble, le salgan con "peros", con fronteras, con límites que no estaban ahí cuando la piel hablaba más alto que las palabras.

—Lo sé. No me refería a eso. Solo… solo quiero ser honesta contigo. Que seas consciente de cómo veo la vida, de lo que busco… y lo que no.

—No hace falta que me des tantas explicaciones…—declaró con voz firme, incorporándose de nuevo—. Nuestro pacto sigue en pie, puedes estar tranquila. Lo cumpliré a rajatabla, si eso es lo que te preocupa.

—Lo sé… confío en ti —respondí, un tanto incómoda. ¿Por qué demonios me estaba resultando tan difícil aquella conversación? Detestaba dar explicaciones. Y, sin embargo, ahí estaba, justificándome por algo que no sabía ni cómo nombrar.

—¡Aclarado está! —sentenció entonces, antes de dedicarme una sonrisa tan gélida que habría bastado para congelar el mismísimo infierno.

—¿Quieres desayunar conmigo luego…? —propuse, intentando reconducir la situación y restarle hierro a la conversación.

—Creo que hoy voy a practicar ayuno intermitente —contestó ella con un matiz de sorna en el tono de voz, chasqueando los dedos en dirección a los perros. Brutus, Lúa y Toby obedecieron de inmediato, siguiéndola en silencio hacia las escaleras —. Pásalo bien en tu club —añadió sin volver la vista atrás.

Me quedé un buen rato allí, sentada, con la mirada perdida a través del ventanal, absorta en pensamientos que no lograba ordenar.

Quizá debería haber sido más directa y proponer, sin rodeos, que fuéramos simplemente amantes, sin ningún tipo de implicación emocional. Pero intuía que eso solo habría empeorado las cosas, que, tal vez, la habría ofendido aún más.

Comprendí que había tomado la decisión más inteligente y, aun así, no entendí por qué me sentía tan jodidamente mal.

SOFÍA.

Corría deprisa. Mis piernas, que en cualquier otra ocasión ya habrían pedido un descanso, seguían funcionando como máquinas perfectamente engrasadas. Apenas veía a la gente con la que me cruzaba. Eran solo un borrón de formas y colores que se deshacían en los bordes de mi visión mientras el sol me daba de lleno en la cara, fuerte, aplastante, como una mano enorme que me empujaba hacia adelante, sin tregua.

Ascendí por la ladera de Collserola casi sin darme cuenta, respirando a bocanadas, con la garganta seca y el corazón desbocado. Cuando por fin llegué al mirador que coronaba el punto más alto, me apoyé en la barandilla de madera y levanté la vista.

Barcelona, a mis pies, se extendía como una maqueta bañada por la luz dorada de la mañana. Inspiré varias veces con fuerza, hasta recuperar el pulso normal de las pulsaciones.

"No estoy buscando una relación seria; es más, ni siquiera creo en ellas".

La voz de Julia aún resonaba en mis oídos, limpia, elegante, envuelta en esa cortesía tan suya. En el fondo, lo que había querido decir —con calculada delicadeza— era que lo ocurrido la noche anterior no había sido más que un polvo. No pronunció esa palabra, por supuesto; ella jamás la usaría, pero yo no era estúpida.

En realidad, no entendía nada. La noche había sido mágica, casi irreal. La manera en que Julia me había tocado, como si quisiera memorizar cada rincón de mi cuerpo, y la forma en la que me había abrazado después, apretándose contra mí hasta quedarse completamente dormida. Me había hecho sentir especial para luego, al día siguiente, soltarme aquella *lindeza* de que no buscaba nada "serio" y que se iba a jugar un partido de tenis. Así, como quien

habla del tiempo, como si lo ocurrido entre nosotras no hubiese significado nada para ella.

No, algo no encajaba. Era difícil creer que la mujer de la noche anterior, tan apasionada y sensual, fuera la misma que esa mañana se mostraba distante, fría, casi ajena. ¿Qué es lo que pasaba?

Estiré la musculatura de mis maltrechos cuádriceps mientras sentía la sangre hervir de pura indignación. Nunca me había acostado con alguien para quien yo no significara más que un polvo. Y que fuese precisamente Julia Rocafort quien me viera así, reducida a un instante, a un desahogo puntual, me encendía por dentro. De un puntapié furioso aparté una pequeña piedra del suelo, tratando inútilmente de sacudirme de encima la ira que me invadía.

En el fondo —muy en el fondo— lo que más rabia me daba era algo que ni siquiera quería considerar. Una idea que se me había ocurrido ya varias veces, como una sombra al acecho, pero que yo había preferido empujar al rincón más oscuro de mi mente, porque admitirlo era casi obsceno. Y, sin embargo, ahí estaba, golpeando con fuerza desde dentro, reclamando su espacio.

Tal vez había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Al menos conmigo misma.

Estaba enamorada de Julia Rocafort.

Dios santo. *Enamorada.*

Siempre había creído que una elegía de quién enamorarse, que era cuestión de voluntad, de sentido común, pero en ese momento comprendí que no era así. A veces, el amor te cae encima como una maceta mal colocada, sin aviso y sin piedad.

¿En qué maldito momento se me había ocurrido semejante disparate? Enamorarme, nada menos, de una mujer con el corazón tan frío como una encimera de mármol. Una esclava de su ambición, incapaz de mirar más allá de su adorada empresa, como si todo lo demás —yo incluida— fueran distracciones prescindibles.

Por un instante sentí el impulso casi irrefrenable de marcar el número de Lara y contárselo todo. Desde la sorprendente propuesta de matrimonio de Julia hasta lo ocurrido la noche anterior. Necesitaba hablar con alguien, desahogarme, escuchar una voz

amiga que me ayudara a ordenar el caos de mi cabeza; quizá incluso recibir un consejo, por muy obvio o inútil que fuera.

Pero no podía.

Lo había prometido, y siempre me había considerado alguien que cumple sus promesas. No iba a romper la confidencialidad de mi acuerdo con Julia. Tendría que gestionar aquello yo sola. Aunque, ¿qué se supone que debía hacer? ¿Amortiguar lo que sentía, arrancarlo todo de raíz, como si los sentimientos fueran malas hierbas que una puede extirpar sin que duela? ¿Engañarme? ¿Negarlo todo y seguir adelante como si nada hubiera pasado?

No tenía ni idea.

Y lo peor de todo era que una parte de mí no quería dejar de sentir *aquello*. Era la primera vez que me acostaba con alguien estando ya, de entrada, enamorada, y lo que había sentido era demasiado intenso, demasiado real, como para pretender olvidarlo sin más. Además, algo dentro de mí —una corazonada, un sexto sentido, tal vez— me decía que detrás de la frialdad calculada de Julia quedaba una grieta, una duda que ni ella misma podía esconder del todo. ¿Estaba equivocada en mi percepción? Tal vez sí.

O tal vez no…

De pronto me sentí como en medio de una partida de naipes, con las cartas aún ocultas y el corazón golpeando contra la mesa. No sabía qué tenía entre los dedos —si una mano ganadora o un simple farol—, pero aun así supe que quería jugar, que *necesitaba* jugar, aunque sabía que, si me equivocaba, la caída sería dura.

Volví a casa algo más tranquila. *¿A casa?* Me detuve un segundo. ¿Desde cuándo llamaba "casa" al dúplex de Julia…?

Sonreí ante la idea mientras seguía corriendo, ya sin prisa, dejando que el paso más lento me ayudara a trazar una estrategia.

Porque tenía claro que solo una buena estrategia lograría que Julia Rocafort se despojara de su armadura frente a mí.

JULIA.

Entré en casa con cierta cautela, como si pisara terreno ajeno. Era curioso: se trataba de mi propia casa y, aun así, últimamente la

sentía algo distinta, invadida por una energía que no era del todo mía.

Había pasado más tiempo del habitual en el club, fingiendo concentración durante los partidos, prolongando charlas vacías en la cafetería, aferrándome a cualquier excusa que me permitiera retrasar mi vuelta a casa. Aún tenía demasiado presente la conversación de aquella mañana con Sofía, tan tensa como necesaria, o al menos eso me había repetido varias veces a lo largo del día.

Quizá no debí ser tan sincera. Podría haber dejado que las cosas siguieran su curso, sin etiquetas ni explicaciones, aunque lo más sensato, lo sabía bien, habría sido resistirme desde el principio y conservar la relación cordial y sencilla que teníamos.

De pronto no tenía ni idea de cómo íbamos a convivir bajo el mismo techo. No sabía si Sofía estaría enfadada, distante o —peor aún— dolida. Y las dudas me irritaban.

Detestaba no tener el control de la situación, sobre todo de una tan delicada.

Nada más cruzar la puerta, los tres perros vinieron corriendo a recibirme, moviendo el rabo con entusiasmo desbordante, y supe al instante que Sofía estaba en casa.

Vaya por Dios.

Había albergado la esperanza de tener un poco más de tiempo antes de encontrarme con ella, de enfrentarme a su mirada. A su silencio, incluso.

Cerré la puerta con cuidado y crucé el vestíbulo. La luz del atardecer se filtraba por los ventanales, tiñendo las paredes de un tono anaranjado que hacía la casa parecer más cálida de lo habitual. Subí un par de escalones, decidida a refugiarme un rato en mi habitación antes de cualquier conversación incómoda, pero entonces la vi salir de la cocina. Llevaba el pelo recogido en una coleta, ropa de estar por casa y una sonrisa tan amable que me descolocó por completo.

—¡Hola! —saludó con naturalidad.

—Hola —contesté, cautelosa.

—¿Qué tal tu día? —preguntó, sin dejar de sonreír—. ¿Has ganado?

—¿Cómo...? —balbuceé, sin entender.

—Tu partido de tenis —aclaró, con gesto inocente.

—Ah… sí, sí —mentí. La verdad era que había jugado dos partidos y había perdido los dos, el individual y el de dobles. Un desastre completo. Pero no estaba de humor para hablar de derrotas.

—¿Quieres que te prepare un bocadillo? —ofreció señalando hacia la cocina—. Me estaba haciendo uno para mí. Pensaba tomarlo viendo una peli en el salón.

—De acuerdo, gracias —acepté tras un instante de duda. De pronto era consciente de tener un hambre feroz. Había pasado el día saltando de pista en pista, sobreviviendo con un entrecot y una ensalada algo insulsa—. Voy a ducharme y bajo enseguida…

Quince minutos después entraba en el salón, recién duchada y con el pelo aún un poco húmedo. Había cambiado el traje de tenis por un pantalón de chándal cómodo y una camiseta de algodón. No era lo más elegante, pero así estaba acorde con el atuendo de Sofía.

Ella estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y el mando del televisor en la mano, zapeando entre películas. En la mesita de centro había dos bocadillos de pan integral con un aspecto sorprendentemente apetitoso y dos vasos de agua con hielo. Nunca me había gustado comer en el sofá —siempre me pareció una costumbre un poco ordinaria—, pero por una vez decidí hacer una excepción.

—¿Qué peli te apetece ver? —preguntó Sofía, sin apartar la vista de la pantalla y pasando de una opción a otra con el mando, indecisa.

—¿Cuál propones tú? —respondí, sentándome a su lado, pero guardando una prudente distancia.

—No sé, voy a seguir mirando…

Asentí, intentando no mirarla demasiado. Habíamos compartido cenas en restaurantes, reuniones con familiares y amistades, incluso la noche anterior mantenido un encuentro sexual… pero nunca habíamos hecho algo tan sencillo como aquello: cenar bocadillos frente a una película.

—¿Qué te parece la última de *Misión imposible*? —propuso Sofía unos segundos después, mientras yo cogía uno de los bocadillos y le

daba un mordisco. Era de ibérico con queso fundido, con el pan todavía templado. Estaba delicioso.

—Me parece bien —dije, tapándome la boca con la mano. En realidad, la película me daba un poco igual. Solo quería disfrutar del momento, de aquella tranquilidad inesperada compartida con Sofía.

Cenamos mientras la película arrancaba y los perros se sentaban en semicírculo frente a nosotras, como tres jueces atentos, observando cada movimiento de nuestros bocadillos. Aguanté su escrutinio durante un rato, pero al final me rendí. Les repartí el último trozo del mío en tres pedazos iguales.

—Ahora entiendo por qué les gustas… —murmuró Sofía con una sonrisa divertida, como si no se esperara, para nada, aquel gesto por mi parte. La luz del televisor, intermitente, se proyectaba sobre su rostro, dejando brillar fugazmente los reflejos dorados de su piel. Siempre me había parecido una mujer muy guapa; de hecho, fue uno de los motivos por los que la elegí. Pero últimamente había algo distinto en ella, algo que la hacía todavía más atractiva.

—La culpa es tuya —repuse—. ¿Les das bien de comer? Porque siempre parecen muertos de hambre… —añadí con sorna, sabiendo perfectamente que cada día se zampaban su ración de pienso premium con guiso de pollo, preparado con devoción casi litúrgica por Joana, la cocinera.

Los minutos pasaron mientras en la pantalla, un Tom Cruise algo talludo, continuaba empeñado en salvar el mundo a base de saltos imposibles. Yo seguía el argumento con relativo interés, aunque el aire se había vuelto denso, cargado de una tensión silenciosa, como si algo invisible palpitara entre nosotras. A veces sentía la mirada de Sofía fija en mí —breve, furtiva, disimulada—, y cada vez que ocurría, el corazón me daba un pequeño e involuntario vuelco. Estuve a punto de acercarme a ella, tender la mano y agarrar la suya. Pero me contuve. Después de la conversación de aquella mañana, entendía que no debía ser yo quien tomara la iniciativa. Además, si algo más llegaba a suceder entre nosotras, tendría que ser bajo mis propias reglas, esas que había dejado entrever horas antes. Sin compromisos. Sin promesas.

Cuando la película por fin terminó, se hizo un silencio un poco incómodo. Los créditos se deslizaron por la pantalla hasta que Sofía tomó el mando, apagó el televisor y se giró hacia mí con expresión inescrutable.

Durante unos segundos, se limitó a mirarme. Había algo en sus ojos —una duda, una chispa, una invitación, quizá— que me hizo contener la respiración. Después, se inclinó un poco hacia mí, y lo supe al instante: iba a besarme. Pude sentirlo en el aire, en el leve temblor que precede a algo inevitable. Yo también empecé a acercarme, dejándome llevar por el momento, pero entonces ella se agachó y depositó un beso en la cabeza de Toby, que dormía tranquilo entre nosotras, ajeno a todo lo demás.

Me quedé desconcertada, lo admito. Traté de disimular, alisándome el cabello con un gesto distraído, como si nada hubiese ocurrido, aunque por dentro comenzaba a hervir en mí una ligera —o no tan ligera— irritación.

—Buenas noches —dijo entonces, guiñándome un ojo con gesto travieso y levantándose del sofá con una seguridad que me molestó aún más—. Que duermas bien…

Y sin más, se alejó hacia el pasillo, con Brutus y Lúa siguiéndola de cerca con aire somnoliento.

Permanecí unos minutos inmóvil, mirando la pantalla apagada del televisor. ¿Estaba jugando conmigo, o eran imaginaciones mías?

Me levanté de un salto, apagué las luces del salón y subí las escaleras casi a ciegas. El pulso me golpeaba las sienes con fuerza, consecuencia inevitable de la mezcla de enfado y desconcierto que se enredaban dentro de mí, impidiéndome pensar con claridad.

Empezaba a entender que aquella idiota se había burlado de mí.

CAPÍTULO 17.

SOFÍA.

El día había amanecido despejado, con un aire cálido y transparente que me envolvía mientras regresaba a casa tras el paseo matutino con los perros. Me gustaba caminar a esas horas por aquel barrio donde la mayoría aún dormía, salvo unos pocos madrugadores, y donde el silencio rozaba lo absoluto; solo se oían mis pasos y el leve tintineo de las correas.

Al llegar a casa, empujé la puerta con cuidado. El eco del cierre resonó más fuerte de lo que esperaba y avancé despacio, procurando no hacer ruido. No quería despertar a Julia, aunque sabía que los sábados solía levantarse temprano para ir al club a jugar al tenis o dedicarse a algún otro plan misterioso del que nunca hablaba.

Crucé el vestíbulo con los perros trotando detrás de mí y me dirigí a la cocina con la intención de servirles el desayuno, pero, para mi sorpresa, al entrar encontré a Julia sentada frente a la mesa, con una taza de café entre las manos. Ya estaba vestida, y el cabello, todavía húmedo por la ducha, le caía sobre los hombros perfectamente peinado.

—Buenos días —saludó en tono excesivamente cortés.

—Buenos días —respondí yo con gesto pretendidamente desenvuelto.

Durante unos segundos, el único sonido que se escuchó fue el golpeteo de las uñas de los perros contra el suelo y el zumbido del refrigerador. Julia bebió un sorbo de café sin apartar la vista de la ventana mientras yo fingía ocuparme de los cuencos de los perros, aunque notaba la tensión flotando en el aire.

Llevábamos toda la semana así, con saludos educados y comentarios banales, una tregua disfrazada de convivencia. Tenía la sensación de que éramos dos ejércitos atrincherados, observándonos desde la distancia, esperando a que el otro realizara el primer movimiento.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —preguntó Julia removiendo distraídamente su café.

—Nada concreto, de momento —respondí en tono evasivo. Tenía pensado llamar a Lara para tomar algo más tarde, pero no era del todo seguro.

Julia me observó durante unos segundos con la mirada fija, como si estuviera sopesando algo cuidadosamente.

—¿Te apetece venir conmigo esta mañana…? —propuso al fin, arqueando una ceja.

—¿A hacer qué? —pregunté, intrigada.

—Es una sorpresa —respondió ella con una sonrisa que, por primera vez en una semana, me pareció genuina.

Fingí pensármelo unos segundos, aunque ya había tomado una decisión, por supuesto. Desde el encuentro íntimo de la semana anterior, no podía dejar de pensar en ella. Quería seducirla con sutileza, dejar que cayera poco a poco en mis redes, acercarme sin presionarla. Pero tampoco quería ponérselo demasiado fácil. No, eso sería un error, lo intuía. En el fondo, todo se reducía a una especie de juego, uno especialmente complejo. ¡Señor!, ¿en qué momento me había enamorado de una mujer tan difícil de descifrar? Era aquel un territorio desconocido para mí, y aun así no podía resistirme a explorarlo.

—De acuerdo… ¿cómo tengo que ir vestida? —acepté, tratando de sonar despreocupada.

—Tal y como estás, vas perfecta —respondió ella, señalando mi atuendo, completamente de *sport*.

—¿Y cuánto vamos a tardar…? Lo digo por ellos —dije señalando a los perros, que merodeaban a nuestro alrededor con aire expectante.

—No te preocupes, le diré a César que venga más tarde y los lleve al parque —contestó, refiriéndose al chófer, pero sin responder directamente a mi pregunta —.¿Te parece si salimos en media hora…?

—Claro —dije, pensando en cambiar mis vaqueros por unos un poco menos desgastados, y en arreglarme un poco el pelo.

Ya en mi dormitorio, decidí estrenar también una camisa de Zara que me había comprado la semana anterior y maquillarme con discreción, buscando un aspecto natural. Después, me miré en el espejo y sonreí, susurrando para mí misma: *estás jugando con fuego*.

Se me borró un poco la sonrisa, lo admito. ¿Estaría cometiendo un error al seguir los dictados del corazón en lugar de los de mi, por lo general, sensata cabeza? Tarde o temprano lo descubriría. Solo esperaba no salir escaldada…

Media hora más tarde, Julia tomó la C-58 en dirección Terrasa mientras el sol entraba a ráfagas por el parabrisas del coche. Yo la observaba de reojo, intentando descifrar esa media sonrisa que esbozaba con aire misterioso.

—¿A dónde vamos? —pregunté por fin, incapaz de seguir conteniendo la curiosidad.

—Vamos a comer a Menorca —respondió con naturalidad, como si hablara de bajar al bar de la esquina.

Parpadeé varias veces antes de hablar, incrédula.

—¿Cómo dices?

Ella soltó una risa baja, casi traviesa, y me miró durante un segundo antes de fijar de nuevo la vista en la carretera.

—Que vamos a comer a Menorca… —repitió, saboreando cada palabra, encantada con mi expresión de asombro.

—¿Y cómo se supone que vamos a ir…? —inquirí con un claro recelo en mi tono de voz.

Sabía que Julia tenía licencia de piloto privado y una avioneta con la que, de vez en cuando, salía a volar por puro placer. Pero subir a un aparato de esos no figuraba entre mis planes, y mucho menos si pilotaba ella. Bastante mal lo pasaba ya en los vuelos comerciales como para meterme en semejante jardín.

—Pues en avión, claro. Pilotaré yo —aclaró ella, confirmando mis peores sospechas.

—Ni hablar… tengo vértigo, pánico a las alturas y todos los trastornos relacionados con estar lejos del suelo —protesté, reforzando la frase con una expresión de puro horror.

—No seas boba, te va a encantar —replicó, claramente divertida con mi inquietud, mientras giraba con decisión en dirección al aeropuerto de Sabadell—. Además, ¿tú no querías ser aviadora cuando eras pequeña…?

—¡Que tenía seis años, por Dios! En esa época, no sabía que tenía vértigo… —contesté con retintín, aferrándome al cinturón de seguridad en un gesto del todo inconsciente.

—Hoy se te va a pasar, ya verás —sentenció con firmeza, convirtiendo tácitamente aquella locura en un plan innegociable—. Además, hace un día perfecto para volar. No hay nubes ni viento.

—¿Qué tipo de avión es? —pregunté tras emitir un sonoro suspiro, resignándome poco a poco a mi destino.

—Un Cirrus SR22 —respondió con una sonrisa orgullosa, como quien presume de criatura propia.

—¿Y cuándo te sacaste la licencia? ¿Cuántas horas de vuelo tienes, exactamente? —continué interrogando mientras sacaba el móvil y abría ChatGPT para averiguar cuántas horas de vuelo eran necesarias para pilotar con seguridad aquel aparato y minimizar el riesgo de que aquella excursión acabara en tragedia.

—Tengo la licencia de piloto privado, la PPL(A), desde hace 5 años exactamente, con más de trescientos cincuenta horas de vuelo —respondió con fingida solemnidad tras dirigirme una mirada burlona —. ¿Contenta?

—No del todo… —murmuré, mientras la inteligencia artificial me confirmaba que, en principio, ese número de horas bastaba para pilotar aquel tipo de avión sin acabar en los titulares de sucesos. Aun así, estuve tentada de negarme en redondo a ir, pero, al final, la idea de pasar el día con Julia y pasear con ella por Menorca era demasiado tentadora como para resistirse.

Llegamos al aeropuerto de Sabadell unos veinte minutos después. Julia aparcó el coche en una zona privada, junto a una hilera de hangares relucientes. Enseguida apareció un hombre con mono azul, gafas de sol y manos de quien se pasa la vida entre motores. Caminó hacia nosotras con paso seguro.

—Señora Rocafort, el avión está listo —anunció con sonrisa profesional—. He revisado los niveles, está repostado y el plan de

vuelo hacia Menorca ya está notificado a control.

—Perfecto, gracias, Manel —respondió Julia, devolviéndole la sonrisa con esa mezcla de autoridad y encanto que la hacía irresistible.

Yo, en cambio, me quedé mirando la aeronave que reposaba en el hangar. Era preciosa, compacta, brillante, con un diseño algo futurista. Era obvio a quién pertenecía.

—¿Ves? —dijo Julia señalando el cielo con aire de suficiencia—. Día despejado, sin viento. Perfecto para volar.

—Ajá —asentí, encaminándome detrás de ella hacia la psicodélica avioneta con gesto desconfiado.

—No te preocupes, no tengo intención de estrellarme… aún me quedan muchos planes por cumplir —declaró ella esbozando una sonrisa entre burlona y peligrosa.

—Muy tranquilizador —murmuré, intentando sonar igual de irónica.

Después, Julia fue directa a la portezuela del copiloto, la abrió y me tendió una mano con cortesía galante.

—Vamos, copiloto. Te prometo que cuando despeguemos, te va a gustar.

—Si tú lo dices… —respondí, aceptando su mano a pesar de que mi instinto de conservación me indicaba otra cosa. Luego me acomodé en el asiento derecho mientras ella rodeaba la avioneta con paso seguro para subir al suyo.

El interior olía a cuero nuevo, metal caliente y un leve rastro de gasolina, una mezcla inquietante y, de algún modo, embriagadora. Me ajusté el cinturón mientras ella activaba una serie de interruptores y palancas, con la seguridad de quien ha hecho aquello mil veces. El panel frente a nosotros cobró vida de inmediato, iluminándose con una constelación de luces verdes y ámbar.

—Ponte esto —ordenó tendiéndome un par de auriculares enormes con micrófono, mientras se ajustaba los suyos con gesto experto—. Así podremos escucharnos cuando el motor empiece a rugir.

—De acuerdo…

—Prueba de sonido… ¿me oyes?

—Perfectamente —respondí tras escuchar su voz directamente dentro de mis oídos.

Julia giró la llave de arranque y el motor cobró vida con un rugido grave. La avioneta vibró bajo nosotras, como un animal que despierta de golpe, impaciente por echar a volar.

—Frenos, presión de aceite, altímetro… todo correcto —murmuró ella a continuación, más para sí misma que para mí. Después, comprobó un par de indicadores más y movió los mandos con una suavidad que me resultó casi hipnótica.

La avioneta comenzó a moverse lentamente, saliendo del hangar con un leve traqueteo que me hizo contener la respiración. Julia actuaba con precisión, guiando el avión como si fuera una extensión natural de su cuerpo.

—Sabadell Torre, buenos días, EC-JRF en Romeo 2 hacia punto de espera Tango Alfa pista uno-tres, listos para despegue —avisó por los auriculares en tono sereno.

Su voz sonaba tranquila, concentrada. Esa serenidad me hizo sentirme un poco más segura, lo admito. Relajé los hombros y me acomodé en el asiento preparándome para lo que venía a continuación.

Una voz masculina respondió enseguida, algo distorsionada por los auriculares:

—EC-JRF, buenos días, autorizado a despegar pista uno tres, viento 134 grados 5 nudos, QNH 1018, responda en 3476. Buen vuelo.

Julia me lanzó una rápida mirada de reojo mientras alineaba la avioneta con la pista de despegue, una franja interminable de asfalto que relucía bajo el sol. Luego, empujó suavemente el acelerador y el motor retumbó con potencia. Enseguida sentí cómo mi espalda se hundía contra el respaldo mientras el mundo a nuestro alrededor comenzaba a deslizarse a una velocidad que me dejó sin aliento, hasta que finalmente los neumáticos se despegaron del asfalto. Un instante de ingravidez hizo que me levantara ligeramente del asiento al tiempo que mi estómago daba un pequeño vuelco. El hangar, los otros aviones y las pistas del aeropuerto se alejaban rápidamente bajo nosotras, reduciéndose a miniaturas que se desvanecían en la distancia.

—Ya está —anunció Julia, con una sonrisa satisfecha—. Hemos despegado y seguimos vivas…

—¡Muy graciosa!

Julia subió un poco el morro del avión con precisión, y pronto nos encontramos sobrevolando los campos que rodeaban Sabadell. El rugido del motor llegaba amortiguado gracias a los auriculares, transformándose en un zumbido lejano y, de algún modo, reconfortante. Yo me aferraba con fuerza al asiento mientras el corazón me latía a mil por hora, pero al fijar por un momento la vista sobre Julia, entendí que, quizá, el verdadero vértigo no provenía de la altura. Al menos el mío.

—Relájate —dijo Julia sin mirarme, moviendo con suavidad el *joke* —. No me dirás que las vistas son malas...

No respondí. Me limité a contemplar la panorámica, atrapada entre el vértigo y la fascinación, pues a medida que avanzábamos, la silueta de Barcelona y los contornos del mar Mediterráneo aparecieron en el horizonte, brillando bajo el sol.

—No existe posibilidad de que te pierdas, ¿verdad? —pregunté, con un hilo de preocupación en la voz.

Julia soltó una carcajada y señaló un pequeño aparato frente a ella: el GPS de navegación del avión, un dispositivo brillante y preciso que mostraba nuestra ruta con claridad cristalina.

—Con esto, imposible —contestó mientras señalaba el mapa digital que marcaba cada punto del trayecto —. Aunque te despistes un poco, el avión te mantiene en la ruta.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Más o menos, cuarenta y cinco minutos —respondió, ajustando ligeramente los mandos—. Si el viento nos es favorable, quizá un poco menos…

Pronto dejamos atrás la costa y la ciudad, y el azul profundo del mar se extendió ante nosotras como un lienzo infinito.

Julia comenzó entonces a explicarme cómo se pilotaba aquella maravilla de la ingeniería. Su voz sonaba tranquila, casi didáctica, mientras sus manos se movían con naturalidad sobre los mandos, señalando interruptores, indicadores y palancas. Me mostró cómo calibrar el timón, leer el horizonte artificial y mantener el equilibrio, al tiempo que el avión parecía seguir cada uno de sus gestos con una precisión casi milimétrica.

Escucharla resultaba hipnótico: hablaba con la seguridad de quien domina lo que ama, mientras yo, de vez en cuando, observaba con disimulo su perfil concentrado, la manera en que el sol se filtraba por la ventanilla y dibujaba reflejos dorados en su piel, como si el cielo mismo conspirara para hacerla aún más irresistible.

Quizá debería intentar contener ese tipo de pensamientos, pero ¿acaso se puede contener una atracción que no parecía ofrecer explicaciones, sino tan solo espacio para respirar?

Empezaba a tener serias dudas al respecto.

Poco a poco, el miedo fue cediendo terreno a la fascinación, y sin darme cuenta, comencé a disfrutar del vuelo. Aquello no se parecía en nada a viajar en un avión comercial, gracias a Dios. No había pasillos, ni azafatas, ni voces metálicas anunciando turbulencias. Solo el rumor constante del motor y el destello cambiante del mar extendiéndose bajo nuestras alas como una lámina de cristal.

El tiempo pareció diluirse, suspendido entre las nubes y el rumor constante del motor, y cuando por fin la silueta de Menorca emergió en el horizonte, recortada contra el brillo líquido del Mediterráneo, sentí que apenas habían pasado unos minutos desde que dejamos atrás Sabadell. Los acantilados se acercaban lentamente, majestuosos y dorados bajo el sol, seguidos por una sucesión de campos verdes y ocres que anunciaban el corazón de la isla. Poco después, distinguí la estrecha franja del aeródromo, con sus hangares blancos y la pequeña torre de control asomando tímidamente entre el paisaje.

Julia se inclinó ligeramente hacia los mandos, con el ceño algo fruncido, absorta en la maniobra que vendría a continuación. Sus manos se movían con precisión mientras verificaba la altitud, la velocidad de aproximación y el alineamiento con la pista. Parecía un *ballet* silencioso entre máquina y piloto. La observé sin decir palabra; incluso en medio de aquella secuencia rigurosa de ajustes y comprobaciones, había una elegancia serena en la forma en que manejaba el aparato.

—Menorca Torre, buenos días, EC-JRF, a 1500 pies, 90 nudos alcanzando punto Sierra, solicito instrucciones de aproximación —dijo con voz clara y serena mientras yo contenía la respiración. Sabía

que el despegue y el aterrizaje eran los momentos más delicados de un vuelo, y lo último que quería era distraerla, por lo que continué en silencio, con los dedos aferrados al asiento, al mismo tiempo que el avión comenzaba a descender.

—EC-JRF, buenos días, es número 1, autorizado a aterrizar pista cero-dos, viento 030 grados, 15 nudos, QNH 1016 —respondió al cabo de unos segundos una voz metálica desde los auriculares.

Julia asintió apenas, y el avión obedeció bajo sus manos con docilidad. Después, continuó hablando con la torre de control, confirmando altitud y rumbo mientras corregía la trayectoria con movimientos mínimos.

Yo observé por la ventanilla cómo la isla se desplegaba ante mí, creciendo a cada segundo con una nitidez casi irreal, y cuando las ruedas del avión por fin tocaron tierra, el impacto fue sorprendentemente suave, apenas un leve rebote antes de que el aparato comenzara a deslizarse sobre el asfalto. Fue entonces cuando solté el aire de golpe, con un suspiro que me sonó casi cómico dentro de los auriculares.

Julia giró el rostro hacia mí con una media sonrisa triunfal.

—Bienvenida a Menorca —dijo mientras reducía drásticamente la velocidad y guiaba la avioneta hacia una zona lateral del aeródromo, donde otra aeronave descansaba bajo el sol.

—Gracias a Dios… —murmuré, pero lo dije en un tono tan bajo que no me escuchó.

Julia maniobró con precisión hasta situar la avioneta junto a la otra, deteniéndola con suavidad y dejando que el zumbido metálico del motor se extinguiera poco a poco, como una respiración que se apaga. Luego se quitó los auriculares y los depositó con cuidado sobre el salpicadero, en un gesto que tenía algo de rutinario. Yo la imité, todavía con el pulso acelerado, y el silencio que nos envolvió me pareció ensordecedor después del rugido constante del motor.

Enseguida bajamos de la cabina, y el aire cálido y salado del Mediterráneo nos envolvió en un abrazo de bienvenida. Un chico con un chaleco reflectante en el que se leía "Aeròdrom de Sant Lluís" corrió hacia nosotras, sonriendo con familiaridad.

—¡Buenos días, Julia! ¿Qué tal el vuelo? —preguntó, deteniéndose frente a la susodicha. Era evidente que la conocía de otras veces.

—Muy bien —respondió Julia, devolviéndole la sonrisa—. Sin viento ni nubes, un día perfecto para volar. ¿Podrías encargarte de repostar para que esté listo en unas horas?

—Por supuesto —contestó el chico con entusiasmo—. Revisaré también los niveles de aceite.

—Gracias, Jorge —dijo ella con una leve inclinación de cabeza antes de añadir—: ¿Está la moto preparada?

—Claro, como siempre —respondió el tal Jorge, señalando un pequeño hangar a pocos metros—. Está ahí dentro, alquilada para todo el día.

—¡Perfecto! —exclamó Julia, volviéndose hacia mí con un gesto de la mano para que la siguiera.

Caminamos juntas hacia el hangar, donde la luz del mediodía se filtraba entre las rendijas metálicas, dibujando reflejos sobre el suelo. En la penumbra, se adivinaban las alas de otra avioneta y el destello cromado de una motocicleta que parecía esperarnos pacientemente. Se trataba de una Piaggio Liberty de 125 cc de color azul marino. Sobre el asiento descansaban dos pequeños cascos del mismo color.

—Con esto podremos movernos por la isla de maravilla —declaró Julia, señalando la moto con una sonrisa satisfecha.

—Bien, pero ahora conduzco yo —respondí con decisión. No me apetecía seguir bajo su control, al menos en lo que a conducción se refería.

—Como quieras —replicó ella, encogiéndose de hombros, divertida, mientras se colocaba uno de los cascos, abrochando la hebilla bajo su barbilla con gesto ágil.

Aproveché el momento para ajustarme el otro casco y subir a la moto. Giré la llave de contacto, y el motor respondió al instante con un ronroneo grave y constante. Enseguida retiré el caballete y sentí el leve hundimiento del asiento cuando Julia subió detrás de mí. Un instante después, aproximó el cuerpo hasta quedar pegado a mi espalda, y sus manos se aferraron a mi cintura con una naturalidad que me tomó por sorpresa.

Traté de concentrarme exclusivamente en la conducción, acelerando con suavidad para sacar la moto del hangar y atravesar el pequeño aeródromo hasta incorporarme a la carretera ME-6 en dirección a Mahón. El viento comenzó a golpearme el rostro en una caricia tibia mientras me hacía con el manejo de la moto, pero por más que intenté mantener la vista fija en el asfalto y en las curvas que se desplegaban ante nosotras, era imposible ignorar la presión de las manos de Julia en mi cintura, el roce sutil de sus caderas contra las mías y el calor sereno de su respiración, tan próxima que parecía acompasarse con la mía.

¿Desde cuándo me comportaba como una chiquilla con las hormonas en plena ebullición?

¡Patético!

El trayecto hasta Mahón duró poco más de veinte minutos, aunque a mí me pareció mucho más largo, y cuando las primeras casas de la ciudad aparecieron al fondo, el tráfico y el bullicio urbano me devolvieron a la realidad.

—Gira a la izquierda en la siguiente —me indicó Julia, inclinándose ligeramente hacia mi oído y haciéndome estremecer—. He hecho una reserva para comer en el Mirador del Port.

Asentí con la cabeza, concentrándome en seguir sus indicaciones mientras callejeábamos por las estrechas calles blancas del centro. El aire tenía ese olor inconfundible a sal y piedra caliente, mezcla de mar y verano. Entre los edificios blancos, el reflejo azul del agua comenzó a insinuarse, cada vez más cercano, mientras descendíamos por una calle que serpenteaba hasta el puerto deportivo, donde los mástiles de los veleros tintineaban con la suave brisa.

—Es ahí —indicó Julia, señalando con la mano—. Puedes aparcar justo delante.

Obedecí y apagué el motor, sintiendo una mezcla extraña de alivio y fastidio cuando Julia se bajó de la moto, rompiendo de golpe aquel contacto físico tan perturbador.

El restaurante se alzaba frente al mar, con las mesas dispuestas bajo toldos color crema y cubiertas con unos manteles blancos impecables que relucían a la luz del mediodía. El *maître*, un hombre

de sonrisa impecable y acento francés, nos recibió enseguida. En pocos segundos nos condujo hasta una mesa con vistas a un Mediterráneo que se extendía en toda su inmensidad.

—Me muero de hambre —dijo Julia tras tomar asiento, tomando la carta sin más preámbulos.

Me encantaba verla así: relajada, espontánea, casi cercana, sin el aire altivo y calculado que normalmente la envolvía como una armadura.

—Yo también —admití, hojeando el menú. Todo era marisco y pescado, sabores de mar que parecían encajar a la perfección con el ambiente que nos rodeaba.

Hicimos el pedido enseguida, y la conversación empezó a fluir con una facilidad inesperada, como si entre nosotras no existieran pactos ni silencios de por medio. Hablamos de cosas triviales, sin importancia, y por un instante tuve la sensación —dulce y peligrosa — de que éramos una pareja real, con complicidades auténticas y un futuro esperándonos en algún lugar.

Y me gustó esa sensación. Más de lo que debería, quizá. Pensé, una vez más, que tal vez me estaba metiendo en la boca del lobo, que aquella mujer, tan bella como imprevisible, acabaría haciéndome sufrir. Y, aun así, era incapaz de detener lo que sentía por ella. Maldita fuese.

Algo debió reflejarse en mi expresión, porque Julia dejó los cubiertos a un lado y me observó en silencio durante unos segundos antes de preguntar:

—¿En qué estás pensando…?

Estuve a punto de mentir, de hacer cualquier comentario sobre la comida, el paisaje o la extravagancia de aquella escapada en avioneta privada, como si fuera lo más normal del mundo pilotar tu propio avión para ir a pasar el día a otra ciudad. Pero, por alguna razón, decidí no hacerlo. Necesitaba, al menos, alguna respuesta.

—Pienso —dije al fin— en por qué me has invitado a venir aquí contigo. Si es porque te apetecía mi compañía… o porque forma parte del guion que tenemos que seguir.

—Un poco por las dos cosas —reconoció ella con una sonrisa, pero su tono de voz era cauteloso, como si hubiese medido cada palabra

antes de pronunciarla.

—Ya…

—¿Pasa algo?

—No, simplemente me preguntaba en qué punto estamos…

—¿En qué punto estamos? —repitió ella, jugueteando con el borde de la servilleta con gesto impaciente. Era evidente que el giro de la conversación no le gustaba del todo.

—En realidad, me gustaría saber si lo que ocurrió el otro día entre nosotras significó algo para ti o no.

Me sostuvo la mirada en silencio durante unos segundos, calculando, quizá, si le convenía o no entrar en semejante terreno. Finalmente, con un suspiro resignado, murmuró:

—Supongo que sí.

—¿Supones? —insistí.

—¡Está bien! —exclamó, encogiéndose de hombros con un gesto de indiferencia calculada —. No me acuesto con cualquiera, y menos con alguien con quien, en teoría, debería mantener la distancia por el pacto que nos une, pero, si te soy sincera, lo único que realmente tengo claro en estos momentos de mi vida son mis planes para Oceana Catalana…

—Entendido —respondí, forzando una sonrisa ligeramente burlona. Me reconfortaba que admitiera que lo ocurrido había tenido algún significado para ella, pero no podía evitar un leve resentimiento al constatar que todo lo que no estuviera relacionado con su preciado imperio parecía completamente secundario en su vida.

—¿Y para ti? ¿Significó algo para ti? —murmuró, inclinándose hacia mí con un gesto sutil, como si quisiera percibir no solo mis palabras, sino también cada emoción escondida tras ellas.

—Bueno, yo tampoco me voy acostando por ahí con cualquiera, aunque lo único que tengo claro ahora mismo es que quiero regresar sana y salva a Barcelona —contesté en tono de broma, eludiendo descaradamente su pregunta.

¿Qué podía decir? ¿Que estaba perdidamente enamorada de ella y que, a pesar de aquella coraza que parecía impenetrable, anhelaba que también sintiera algo por mí?

No, aquel era un secreto que me reservaba. Al menos por el momento.

—No seas boba —rio Julia, sirviéndome un poco más de agua con gas, aliviada, quizás, de que la conversación volviera a terrenos menos comprometidos.

Volvimos a charlar de todo un poco, de trivialidades, del paisaje, del vuelo y de la comida, pero de nuevo percibí esa tensión sutil en el aire. Estaba allí, vibrando entre nosotras, silenciosa pero innegable, y cada mirada, cada pequeño roce accidental de las manos sobre la mesa, parecía cargar el ambiente de pura electricidad.

A veces me sorprendía pensando que ella deseaba acercarse a mí tanto como yo a ella. Otras, me cuestionaba si no estaría imaginándolo, interpretando señales que en realidad no existían. Pero había algo en su mirada, en la forma sutil en que sus labios se curvaban al sonreírme, que me hacía sospechar que, al igual que yo, también jugaba su propio juego de seducción.

Después de comer, decidimos dar una vuelta por el puerto. La brisa marina nos acariciaba el rostro mientras Julia comenzaba a hablar de la historia de la isla, de cómo Menorca había sido un enclave estratégico a lo largo de los siglos, codiciado por fenicios, romanos y bizantinos, y de cómo más adelante, durante el siglo XVI, los corsarios y piratas del Mediterráneo aprovecharon sus calas escondidas y bahías recónditas para refugiarse y atacar los barcos mercantes que se aventuraban por esas aguas.

Yo la escuchaba fascinada, dejando que sus palabras dibujaran en mi mente torres de vigías, galeones surcando el mar y cofres repletos de tesoros ocultos en cuevas secretas, hasta que, en un momento dado, interrumpió la pintoresca clase de historia para comprobar su reloj, y tras unos instantes en actitud pensativa, apresuró el paso con gesto decidido, rompiendo la magia del momento con su habitual aire de determinación.

—Lo mejor es que vayamos ya hacia el aeródromo —dijo—. Es preferible ir con tiempo…

—Pero… ¿tú sabrías volar si se hiciera de noche? —pregunté con cierta inquietud, incapaz de evitar que me viniera a la mente aquella historia de John John Kennedy, el hijo del célebre presidente

estadounidense. Recordaba haber leído que se desorientó en plena oscuridad, incapaz de interpretar correctamente los instrumentos, y terminó precipitándose al Atlántico. La idea me erizó la piel.

—Tranquila, sí —respondió, divertida—. Hice el curso de vuelo nocturno, no te preocupes. Aunque, sinceramente, prefiero volar de día, así que volvamos…

Asentí, y juntas emprendimos el regreso hacia el restaurante, donde nos esperaba la pequeña motocicleta. Sentía un ligero cosquilleo en el estómago; no solo por el vuelo que nos esperaba, sino por la sensación de que, incluso en aquel día tan inesperadamente perfecto, había algo entre nosotras que ni la brisa del Mediterráneo ni los piratas de antaño podrían ocultar.

Media hora después, ya de vuelta en el aeródromo, Julia mantuvo con Jorge, el mecánico, una conversación algo técnica mientras revisaban unos papeles de una carpeta metálica. Después, rodeó la avioneta con paso seguro, revisando el fuselaje y las alas antes de entrar en la cabina y comprobar los instrumentos de a bordo. Yo me instalé en el asiento del copiloto sin intención de distraerla, aliviada por la meticulosidad con la que parecía revisar todo.

El despegue, igual que el anterior, fue limpio, sin una sola turbulencia. En cuanto dejamos atrás la costa, me di cuenta de que esta vez no sentía el mismo nudo en el estómago que a la ida. Tal vez porque ya me resultaba familiar el murmullo constante y tranquilizador del motor, o porque confiaba más en la pericia de Julia como piloto. Respiré hondo y dejé que mi mirada se perdiera en la inmensidad azul que se extendía bajo nosotras.

El vuelo de regreso transcurrió con calma. Julia mantenía la vista fija al frente, concentrada, aunque de vez en cuando me dedicaba una sonrisa fugaz mientras intercambiábamos alguna palabra.

El horizonte comenzó a mostrar una línea tenue, una silueta difusa recortada contra el resplandor dorado del atardecer.

—Mira —dije, inclinándome un poco hacia ella—, ya se distingue la costa...

Ella no respondió enseguida. Permaneció unos segundos en silencio, con la vista fija al frente, hasta que finalmente murmuró, mientras manipulaba el panel de control:

—Creo que voy a conectar el piloto automático…

Algo en el tono de su voz me puso en alerta de inmediato.

—¿Por qué? —pregunté enseguida.

Cerró los ojos apenas un segundo, con el ceño contraído, y se llevó una mano al pecho antes de murmurar, casi en un suspiro:

—No me encuentro bien...

—¿Cómo? —balbuceé, sintiendo como se me helaba la sangre —. ¡Julia! —grité, pero ella no contestó. Su cabeza cayó hacia atrás, apoyándose contra el respaldo con los ojos cerrados y el rostro inexpresivo.

Por mi mente desfilaron imágenes horrendas: la avioneta precipitándose al vacío, el mar acercándose, el silencio después del impacto.

—¡Dios santo...! —susurré, antes de zarandearla con desesperación —. ¡Julia, despierta!

Nada. Le di una bofetada, fuerte, seca, que me dolió a mí más que a ella, pues ni siquiera se inmutó. Estaba completamente inconsciente.

Mi corazón latía desbocado; me temblaban las manos. ¿Qué le había pasado a Julia? ¿Un infarto? ¿Un desmayo? ¿Acaso estaba mal del corazón, la muy idiota, y se atrevía a volar sin un copiloto competente?

Intenté respirar hondo, calmarme. El piloto automático seguía conectado, eso al menos me daba un tiempo para pensar. Tenía que comunicarme con alguien, con la torre de control... la de Sabadell, o la que fuera. Pero ¿cómo se hacía eso?

—Por favor, por favor... Padre nuestro que estás en los cielos, creo en Dios todopoderoso, señor del cielo y Ave María purísima... — murmuré, mezclando rezos sin sentido pero incapaz de detenerme, al mismo tiempo que le arrancaba a Julia los auriculares sin demasiados miramientos y me los colocaba.

Miré el panel de la radio, aquel caos de interruptores y luces, e intenté recordar cómo hacía Julia para hablar con la torre de control, pero no lo tenía del todo claro. Y entonces, justo cuando estaba a punto de manipular uno de los interruptores, noté un ligero

movimiento a mi lado. Giré la cabeza y me encontré a Julia doblada de risa, apretándose el costado de tanto reír.

Me quedé inmóvil, paralizada entre el alivio y la sorpresa.

—No puede ser... —murmuré, más incrédula que enfadada en un primer momento, con la adrenalina aún galopando por mis venas. No podía creer que hubiese podido ser víctima de una broma tan pesada.

Julia seguía riendo, completamente deshecha, mientras yo me quitaba los auriculares para devolvérselos y ponerme los míos con gesto de rabia y poder escucharnos con claridad. La habría estrangulado allí mismo con mis propias manos, de no ser porque dependía de ella para volver a tierra sana y salva.

—¿Pero tú eres idiota? ¿Sabes que casi me matas de un susto? —grité, con la rabia aún vibrándome en la garganta.

Julia no dejaba de reír con total impunidad mientras, con una mano, quitaba el piloto automático y volvía a tomar los mandos como si nada hubiera pasado.

—Una vez vi esta broma en un *reel* de Instagram y siempre he querido gastársela a alguien... —explicó entre risas, sin hacer amago de disculparse siquiera. Muy propio de ella—. Dios, ha merecido la pena, a pesar del bofetón que me he llevado.

—Si lo sé, te pego más fuerte, so cretina.

—Y lo de tus rezos, por Dios —se burló—, ¡menuda mezcla! Un poco más y acabas invocando al Diablo…

—Esta me la pagas, te lo juro… —repliqué con voz cortante, imaginando todo tipo de cruentas venganzas contra ella.

Quería seguir increpándola, pero ella me mandó callar con un gesto autoritario para manipular la radio. Después, con voz profesional, dijo:

—Sabadell Torre, saludos de nuevo, EC-JRF, alcanzando punto Eco a 2000 pies, 80 nudos, solicito instrucciones de aproximación.

A partir de ese momento cerré la boca y hundí las manos en mi regazo, respirando con la mandíbula apretada, todavía enfadada.

Cuando, quince minutos después y ya en tierra, Julia apagó los motores, me quité los auriculares con gesto deliberadamente lento, se los devolví y salí del avión sin preocuparme siquiera de esperarla.

Me encaminé hacia el pequeño aparcamiento donde habíamos dejado el coche y me limité a esperar. No me apetecía en absoluto compartir el trayecto con ella de vuelta a casa, pero dudaba mucho de que un taxi se acercara hasta aquel rincón perdido del aeródromo.

Poco después, cuando Julia terminó de hablar con los operarios del aeropuerto, se acercó por fin a mí con una sonrisa satisfecha.

—¿Te apetece ir a tomar algo a algún sitio o volvemos a casa? —preguntó en tono inocente, como si no hubiese estado a punto de provocarme un infarto.

No me molesté en responder; le dirigí simplemente una mirada cargada de furia.

—Está bien, a casa entonces —dijo con un suspiro teatral, abriendo el coche y acomodándose en el asiento del conductor.

Durante todo el trayecto reinó el silencio. Ella intentó varias veces romperlo con comentarios triviales, pero yo me mantuve encerrada en mi mutismo, decidida a no concederle ni una palabra. Parecía divertirle mi actitud, como a un niño al que todavía le hace gracia su propia travesura. ¡Imbécil!

Al llegar a casa, me fui de inmediato con los perros a dar un paseo. Necesitaba aire. Caminé sin rumbo durante un rato, todavía furiosa, intentando ordenar lo que sentía. Dudaba sobre lo que más me molestaba, si la broma de la avioneta o la ambigua actitud que Julia parecía mantener constantemente conmigo.

La odiaba. En ese momento la odiaba con toda mi alma. El problema era que también la quería.

Al volver a casa, me dirigí directamente a mi habitación. Me quité las zapatillas y me dejé caer sobre la cama con aire pensativo. Permanecí inmóvil unos instantes, rodeada de un silencio que parecía absorberme, hasta que, arrastrada por una fuerza que no podía resistir, me incorporé para encaminarme a la habitación de Julia.

Lo primero que percibí al abrir la puerta fue el sonido constante del agua cayendo dentro de su cuarto de baño. Era obvio que se estaba duchando. Entré en el baño sin llamar, un gesto que jamás habría

cometido en otras circunstancias, pero mi enojo se había vuelto un animal indomable que no dejaba espacio para la razón.

Un vapor cálido flotaba en el aire, ondulando como una niebla etérea que casi me cegaba. Avancé con pasos lentos hasta el borde de la ducha, amplia y abierta como la mía, con paredes de mármol que reflejaban apenas las luces difusas del techo. Entre el vapor, la figura de Julia se transformaba en una silueta difusa, casi irreconocible, como si el agua borrara los contornos de su presencia y la convirtiera en algo distante y a la vez peligrosamente cercano.

Y en ese instante, algo cambió en mí: la furia que me impulsaba se transformó en un deseo brutal, salvaje, que golpeaba mi pecho como un huracán incontenible.

Nada tenía sentido.

O sí.

JULIA.

El agua caía sobre mí con un sonido constante, envolviéndome en un murmullo que parecía amortiguar todo lo demás. Cada gota era como un pequeño latido contra mi piel, caliente y firme, deslizándose por mi espalda, por mis hombros, hasta desaparecer por el desagüe. Cerré los ojos por un instante, dejando que aquella relajante sensación me atrapara, y fue entonces cuando percibí su presencia.

Sofía estaba frente a mí, inmóvil, con los ojos fijos en mi cuerpo desnudo. Se encontraba descalza, vestida aún con los vaqueros y la camiseta que había llevado durante todo el día. La luz del baño rozaba con delicadeza su rostro armonioso, iluminando una expresión que se asemejaba a un enigma sin resolver.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, y un calor intenso ascendió por mi columna vertebral, convirtiendo el agua que caía sobre mí en pura lava.

La invité a entrar con un gesto apenas perceptible de la mano, sin necesidad de palabras. Sofía avanzó con paso titubeante mientras el agua comenzaba a empapar su ropa, pegando los vaqueros a sus piernas, ajustando la camiseta a su torso y delineando con exactitud cada curva, cada contorno de su cuerpo. El cabello le cayó

desordenado sobre el rostro, dejando que el agua rodara por su cuello al tiempo que el vapor se entrelazaba con el aroma cálido de su piel húmeda.

No hubo palabras. Ninguna necesidad de hablar. Todo lo que existía era el calor del agua, el roce de su ropa mojada contra la mía, el contacto imperceptible de sus dedos contra mi piel. Mi respiración se aceleró, mezclándose con la suya, y por un instante, el resto del mundo desapareció. Solo existíamos nosotras, el agua y un deseo que no necesitaba nombres ni justificaciones.

Mi mano se movió casi por instinto, buscando la suya, y cuando nuestros dedos se entrelazaron, la energía que surgió de aquel contacto parecía capaz de sacudir los mismísimos cimientos del edificio.

Durante unos instantes nos quedamos mirándonos, inmóviles bajo la cascada de agua que nos envolvía como un velo tibio y vaporoso. No sé quién fue la primera en moverse, si fui yo o fue ella; tal vez lo hicimos a la vez, pero cuando nuestros labios finalmente se encontraron, hasta el último milímetro de mi piel se erizó mientras su respiración se mezclaba con la mía, rápida, contenida, cargada de tensión. Creo que fue en ese preciso instante cuando comprendí, con total claridad, que Sofía despertaba en mí reacciones muy distintas al resto de las mujeres con las que había estado, esas por las que solo había conseguido experimentar sentimientos algo tibios y una lujuria pasajera. Debía andarme con ojo, pues no estaba dispuesta, a esas alturas de mi vida, a que nadie —ni siquiera ella— tuviera poder alguno sobre mis emociones.

Pero no era momento de pensar en eso. Preferí concentrarme en lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante y, con movimientos tranquilos, recorrí con las manos la tela mojada de la camiseta de Sofía, que se aferraba a su piel como una segunda capa, hasta que la aparté de su cuerpo y la lancé fuera de la ducha de un movimiento fluido. Después, le ayudé a desprenderse del resto de prendas hasta que su silueta desnuda emergió ante mí como una revelación, imponente bajo la cortina de agua. Mientras, mis labios seguían pegados a los suyos, explorando con la lengua el interior de su boca, y sus manos recorrían ansiosas mi espalda, mis glúteos,

mis pechos. ¡Dios, cómo la deseaba! En el fondo, llevaba pensando en volver a besarla de aquella manera desde el sábado anterior, y comprendí que cada día transcurrido desde entonces no había sido más que un aplazamiento de lo inevitable.

Cuando, en un momento dado, sentí sus dedos bajar por mis caderas para comenzar a explorar mi sexo, entreabrí un poco las piernas, facilitándole la tarea. Me abandoné plenamente a la experiencia, acariciando sus pechos al mismo tiempo. Notaba cómo la humedad del agua se mezclaba con la que emanaba de mi propio cuerpo, y el roce de sus dedos iba despertando mis nervios uno a uno, tensándome hasta un límite que apenas podía soportar.

Cerré los ojos, consciente de que la presión se intensificaba, y de repente, sin previo aviso, una descarga intensa me atravesó desde un punto indeterminado en mi pubis hasta la raíz misma de mi cerebro. Mi cuerpo se arqueó de forma instintiva mientras un suspiro contenido escapaba entre mis labios. Me quedé unos instantes en la misma postura, recuperándome al mismo tiempo que Sofía besaba mi cuello.

—Que conste que aún no te he perdonado… —murmuró Sofía junto a mi oído, con un tono que oscilaba entre la ironía y la furia contenida. Sonreí divertida, incapaz de fingir arrepentimiento. Sabía que me había pasado con la broma del avión, pero, sinceramente, no había podido resistirme. La tentación de burlarme un poco de ella había sido demasiado fuerte.

—Está bien… algo podré hacer para que me perdones, ¿no? —dije, deslizando la mano con delicadeza sobre su vientre.

—No lo creo —respondió con gesto desafiante—. Te la pienso devolver, date por avisada.

—Muero de miedo —repliqué con ironía, pero no le di tiempo a responder. Acerqué un dedo a sus labios, pidiéndole silencio con una caricia leve, mientras con la otra mano cerraba el grifo. Lo que tenía pensado hacer a continuación sería, sin duda, más cómodo en la cama.

Salimos de la ducha envueltas en el vapor tibio que aún flotaba en el aire como una niebla íntima. Le ofrecí una toalla y luego me puse mi albornoz, pero antes de que pudiera cubrirse por completo,

ajusté la toalla alrededor de su cuerpo con una delicadeza casi ceremonial. Ella me observó en silencio, con una mezcla de sorpresa y curiosidad, como si acabara de descubrir en mí una faceta que había permanecido oculta hasta ese instante.

Comencé a secarla lentamente, dejando que la tela suave de algodón resbalara por sus hombros y descendiera por sus brazos hasta detenerse en la curva delicada de su cintura. Ella permaneció inmóvil, sin apartar sus ojos de los míos, y por un instante tuve la impresión de que incluso contenía la respiración.

Cuando estuvo razonablemente seca, tomé su mano con naturalidad y la guie hacia el dormitorio, donde la luz del atardecer entraba a través de los estores de la ventana iluminando la estancia de forma tenue. Caminamos hasta la cama, y allí dejé caer mi albornoz al suelo con descuido. Después, me tumbé sobre las sábanas de seda, suaves y frías, y arrastré suavemente a Sofía conmigo, que se colocó a mi lado sin ofrecer resistencia.

Durante unos segundos no hicimos nada más que observarnos. El ambiente que nos rodeaba era cálido, expectante. Sentía su presencia tan cerca que podía distinguir el brillo de sus pupilas, ligeramente dilatadas. Su respiración era suave, pero no del todo estable; parecía debatirse entre la atención y la contención.

Me incliné hacia ella apenas unos centímetros, lo justo para percibir cómo su mirada descendía hasta mis labios en un gesto tan fugaz como revelador. Mi pulso respondió al instante, acelerándose a una velocidad casi dolorosa, y cuando ya no pude resistir más tiempo, me acerqué despacio, hasta notar su aliento cálido contra mi boca y unir mis labios con los suyos. Después giré el cuerpo hasta colocarme encima de ella, a horcajadas, y sentí cómo su respiración cambiaba. Sus manos se quedaron quietas un instante, apoyadas en mis caderas, mientras observaba mis pechos con un descaro que me divirtió.

Deslicé una mano por la línea de su mejilla, bajando despacio hasta su cuello, notando el pulso acelerado que latía bajo mi palma. Me incliné hacia ella con lentitud, dejando que el peso de mi cuerpo se deslizara con suavidad sobre el suyo hasta situar el rostro frente a su pubis. Ahí me detuve unos instantes, levantando la cara para

buscar su mirada. Por razones que no alcanzaba a comprender del todo, quise fijar ese instante en mi memoria, como si intuyera que estaba a punto de cruzar una frontera íntima y profunda de la que ya no podría regresar. Después, lentamente, comencé a recorrer con mis labios cada rincón de su piel expuesta, un viaje pausado que invitaba a descubrir y redescubrir, y cuando mi lengua encontró su punto más sensible, su cuerpo se tensó de pronto, como una cuerda de violín a punto de soltar su nota más pura.

Era la primera vez que me entregaba de verdad a aquella práctica de forma activa, porque, siendo sincera, siempre había intentado evitarla. Las pocas veces que lo había hecho antes habían sido más por compromiso que por auténtico deseo, más por cumplir expectativas ajenas que por buscar mi propio placer. Con Sofía, sin embargo, era distinto, aunque no lograba descifrar por qué. La manera en que arqueaba suavemente el cuerpo bajo mí, en que sus dedos se aferraban con firmeza a mi cabello y, sobre todo, ese sabor, levemente salobre y cálido, que descubría en su zona más íntima, despertaban en mí una fascinación nueva y profunda.

Cuando, minutos después y tras pronunciar mi nombre en un susurro apenas audible, por fin alcanzó el clímax, comprendí con sorpresa que era la primera vez que experimentaba auténtico placer haciendo aquello.

¡Curioso!

Me moví con lentitud hasta situarme de nuevo a su lado, cara a cara. Ella sonreía con una mezcla perfecta de relajación y pura sensualidad. La observé en silencio durante unos segundos, permitiéndome el lujo de recorrer con la mirada cada ángulo y cada matiz de su rostro.

Había estado con mujeres hermosas a lo largo de mi vida, por supuesto; siempre tuve cierta tendencia a dejarme deslumbrar por la belleza antes que por cualquier otra cualidad. Sin embargo, ninguna de mis anteriores conquistas había poseído un espíritu capaz de inquietarme como lo hacía quien, por uno de esos giros inexplicables del destino, se había convertido legalmente en mi mujer y comenzaba a ocupar un lugar en mi vida para el que, siendo sincera, no estaba en absoluto preparada.

Y ahí residía el verdadero conflicto. Porque, si algo tenía claro en mi cabeza meticulosamente lógica, era que tarde o temprano nuestros caminos debían separarse. La conocía lo suficiente como para saber que era una mujer de absolutos, de posturas que no admitían medias tintas ni compromisos tibios. Y yo no estaba dispuesta a sacrificar mi libertad, ni a encajonarme en una relación convencional sustentada en ese concepto rancio y sobrevalorado llamado amor que para mí no era más que un espejismo diseñado para ingenuos.

Solo deseaba que todo aquello, de una manera u otra, no terminara explotándome en la cara.

—¿Bien? —me obligué a preguntar, más por romper el silencio que por otra cosa.

—Bueno... —respondió ella con un tono algo burlón, mientras apartaba un mechón de mi cara con delicadeza.

—¿Cómo que "bueno"? —fingí indignación.

—Venga, te doy un cinco… ¿satisfecha?

No pude evitar reír.

—¿Un cinco? —repetí, negando con la cabeza con aparente incredulidad, mientras recorría con el pulgar el contorno de sus labios, esos labios suaves y perfectamente definidos.

—¡Está bien!, cinco y medio… —rectificó, tras poner los ojos en blanco con teatral resignación.

Las dos estallamos en una risa suave, casi sincronizada. Y, por primera vez en mucho tiempo —años, o tal vez siglos— sentí algo parecido a la paz. Paz conmigo misma, con el universo, con el simple hecho de existir. Una serenidad que hacía demasiado tiempo que no me visitaba.

—Es extraño… ahora mismo eres muy distinta a la persona que aparentas ser, a la imagen que proyectas en los demás —comentó Sofía, escrutándome con una precisión que me hizo sentir algo incómoda.

—¿Y qué imagen proyecto en los demás, según tú? —pregunté, arqueando una ceja.

Ella se tomó unos segundos antes de responder, eligiendo con precisión sus palabras.

—Creo que proyectas algo que, en el fondo, no te pertenece del todo: una imagen construida desde las expectativas ajenas, moldeada a semejanza de lo que tu padre representaba, quizá.

Su razonamiento me sorprendió, lo admito. Aunque, pensándolo bien, no debería. Sofía ya me había demostrado, más de una vez, que poseía una aguda inteligencia emocional.

Preferí no contestar. La relación con mi padre seguía siendo complicada incluso después de muerto; aún sentía hacia él una mezcla de resentimiento y lealtad mal digerida que no sabía cómo gestionar. Y, sin embargo, gracias a él, o por culpa de él, me había convertido en la mujer dura, fuerte e implacable que era.

Me incliné hacia ella, acortando la distancia que nos separaba con deliberada lentitud, y busqué sus labios en un gesto silencioso, inequívoco, destinado a poner fin a aquella perturbadora conversación y perderme de nuevo en sus brazos.

Ignoraba lo que ocurriría al día siguiente con Sofía, pero aquella noche era toda mía.

CAPÍTULO 18.

SOFÍA.

Desperté de golpe, con esa inquietud vibrante de quien intuye que le espera un día emocionante. Al abrir los ojos, reconocí enseguida el dormitorio de Julia, y los recuerdos de la noche anterior me provocaron una sonrisa inconsciente. Enseguida giré la cabeza hacia el otro lado de la cama, pero estaba vacía.

Comprobé el reloj de la mesilla de noche: las nueve cincuenta de la mañana. ¿Dónde estaba Julia? ¿Habría escapado, otra vez, como el domingo anterior? ¿Se habría marchado de nuevo a aquel maldito club de tenis para "gente bien" que tanto le gustaba, sin siquiera molestarse en darme los buenos días?, ¿como si hacer el amor conmigo no tuviese la menor importancia y yo no fuera más que un simple juguete?

Aquel pensamiento me inflamó con una ira súbita. Me incorporé de un salto y me vestí a toda prisa con una camiseta y un pantalón corto que encontré en uno de los cajones. Todavía descalza, salí al descansillo, desconcertada al no encontrar rastro de los perros. ¿Dónde demonios estaban?

Bajé las escaleras e, instintivamente, me dirigí a la cocina. Allí estaba Julia, aún en pijama, repartiendo jamón entre los perros con toda tranquilidad. La escena me tranquilizó al instante. Al menos no se había ido, aunque, tratándose de ella, no las tenía todas conmigo. Era demasiado impredecible.

—Buenos días —saludó con una sonrisa ladeada, recorriendo mi indumentaria con la mirada, claramente divertida—. Veo que has hecho uso de mi guardarropa…

—Sí, eh… —balbuceé, sintiendo cómo el rubor me subía a las mejillas—. Es que la mía estaba mojada de… de ayer…

Dios mío. Había hecho el amor con ella la noche anterior… ¿por qué entonces me comportaba como una adolescente vergonzosa? Odiaba que tuviera ese efecto sobre mí.

—Siéntate. ¿Quieres un café? —preguntó con una amabilidad cálida que contrastaba con aquella aura poderosa que siempre la rodeaba.

—Sí, gracias… —respondí, acomodándome en una de las sillas frente a la mesa, intentando parecer natural.

Julia se levantó y, sin pedirme una sola indicación, comenzó a prepararme un café en la Nespresso mientras yo la observaba en

silencio, cautivada por la naturalidad con la que se movía por la cocina. No necesitó preguntarme cómo lo tomaba; acertó a la perfección: cortado y sin azúcar. Después abrió el congelador, sacó una tostada integral, la colocó en la tostadora y dejó sobre la encimera la botella de aceite de oliva virgen extra.

Era exactamente el desayuno que tomaba cada mañana, y descubrir que la poderosa e implacable Julia Rocafort estuviese al corriente de semejante información me encantó, lo admito, sobre todo porque jamás desayunábamos juntas.

Después, se acomodó en la silla frente a mí y me observó con aire cómplice.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó mientras yo daba un sorbo al café.

—Bien… —respondí, quizá demasiado rápido, quizá demasiado cautelosa. Aún no sabía muy bien cómo comportarme. Me desconcertaba no saber en qué situación nos encontrábamos. ¿Qué éramos, exactamente? ¿Era para ella solo un accidente, un simple paréntesis en su vida perfectamente ordenada? Y, sobre todo, ¿cómo reaccionaría conmigo a partir de ahora?

—¿Y tú? —inquirí, intentando que mi voz sonara natural.

—Genial. Aunque no soy capaz de dormir más allá de las ocho de la mañana, independientemente de la hora en la que me duerma —admitió ella con un suspiro, como si la puntualidad de su cuerpo fuera una imposición de la que no podía escapar.

Después tomó su móvil y deslizó el dedo por la pantalla con rapidez. La luz azul iluminó su rostro, dibujándole un gesto concentrado que había visto mil veces, pero nunca desde la intimidad de una mesa de desayuno.

—Por cierto, ¿qué tienes pensado hacer hoy…? —preguntó de pronto, elevando la vista del teléfono. Su tono era casual, casi despreocupado, pero había una especie de chequeo silencioso en su mirada.

—Pues… —empecé a decir algo vacilante—. Supongo que nada en especial. Quizá me vaya un rato de paseo con los perros, luego ya veré.

Los aludidos me miraron desde el suelo moviendo la cola, como si siguieran perfectamente el hilo de la conversación. Julia bajó un instante la vista hacia ellos antes de proponer:

—Si quieres, podemos llevarlos a algún sitio de excursión… al embalse de Vallvidrera, por ejemplo. Podríamos llevar comida y hacer un picnic allí.

Me quedé desconcertada. ¿Julia Rocafort proponiendo un picnic…?

Insólito.

—¿No vas al club? —pregunté, sorprendida de que renunciara al ritual que seguía con devoción cada domingo: tenis, *brunch* y esa colección de *snobs* estirados a los que llamaba *amigos*.

—Hoy no me apetece jugar al tenis —respondió, encogiéndose de hombros y regalándome una sonrisa conquistadora.

El café dejó de saber a café, pues de pronto tenía sabor a aventura, a sorpresa, a promesas no dichas.

—Por mí bien, entonces —acepté, intentando aparentar tranquilidad. Antes muerta que dejar entrever que lo que más me apetecía en ese momento era hacer cualquier tipo de plan con ella.

—Perfecto. ¿Te parece si preparo algo? —propuso mientras se levantaba—. Un par de bocadillos y fruta… no esperes más; mi talento culinario no da para mucho —añadió con una mueca irónica.

—Me parece bien el menú… —admití riendo, encantada con aquella inesperada escapada.

Tres cuartos de hora después estábamos en el garaje, lidiando con los perros, que saltaban alrededor del Cayenne plateado como si se tratara del acontecimiento del año. Como siempre, Julia colocó una manta gruesa en el asiento trasero para proteger la tapicería impecable de piel mientras yo colocaba los arneses de sujeción.

—Tranquilos, que ya nos vamos…

Cuando por fin estuvieron acomodados y el maletero cerrado, Julia arrancó para salir del garaje rumbo a la carretera que subía hacia Vallvidrera.

El día era luminoso, con ese calor suave de principios de verano que acaricia la piel sin resultar agobiante. El cielo estaba despejado, limpio, sin una sola nube, un día perfecto para estar al aire libre.

El tráfico, sin embargo, era más denso de lo habitual, y tardamos casi media hora en llegar al embalse. A Julia no pareció importarle; conducía relajada, charlando conmigo con naturalidad. Era una Julia distinta a la que conocía: menos rígida, menos imponente… más humana.

Al llegar a nuestro destino, tuve claro que el sitio valía cada minuto del trayecto. El pantano se extendía ante nosotras como un pequeño espejo verde rodeado de pinos y encinas. El aire estaba impregnado de ese olor a bosque húmedo, a tierra caliente y sombra fresca. No había demasiada gente: un par de senderistas al otro lado del embalse, un hombre mayor leyendo en un banco, unas cuantas parejas paseando y poco más.

Los perros salieron disparados, olisqueando cada arbusto con devoción religiosa. Paseamos siguiendo el sendero que rodeaba el agua, escuchando el crujido suave de las hojas bajo las zapatillas y el rumor apagado de los insectos entre los árboles. Julia caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos, mirando a los perros correr como si aquella simpleza, esa normalidad, le resultara extrañamente nueva.

Un buen rato después, encontramos un claro un poco apartado, bañado por una luz anaranjada que se filtraba entre las copas. El lugar tenía algo íntimo, acogedor, casi secreto. Extendimos una pequeña manta sobre el suelo y nos sentamos sobre ella mientras los perros seguían inspeccionando el terreno, felices, moviendo la cola como ventiladores descontrolados.

—Nunca me has contado la historia de estos tres —dijo, señalando a los canes con un gesto de cabeza.

—No son historias bonitas… —respondí, dubitativa—. ¿Seguro que quieres saberlas?

Ella me observó unos instantes, meditando, quizá, si de verdad deseaba romper la quietud del día con semejantes relatos. Luego, de un movimiento fluido, arrancó una brizna de hierba y empezó a jugar con ella entre los dedos.

—Quizá otro día… —dijo finalmente—. Mejor hoy no.

Vaya, vaya. ¿Desde cuándo Julia era tan sensible al sufrimiento animal?

Otra pequeña sorpresa.

La miré más de cerca, y por un instante tuve la sensación de que el día brillaba con más intensidad. Había algo en su expresión, en la forma delicada en que sus dedos jugaban con aquella brizna de hierba, que despertó en mí un deseo irresistible de besarla en ese momento.

Pero no lo hice.

No hasta aclarar de una vez por todas lo que éramos, aunque algo me decía que ella no deseaba ningún tipo de aclaración, que se encontraba cómoda jugando en aquel terreno tan ambiguo.

—Disculpa un momento —dijo de pronto, abriendo la pantalla de su móvil para consultar algo, en un gesto que ya había repetido varias veces aquella mañana.

—¿Qué es lo que miras? —pregunté, intrigada.

—Estoy pendiente de que me llegue el borrador de un contrato de transporte con una empresa china —respondió Julia, sin apartar la vista del móvil—. Lo están terminando de redactar los abogados, y quiero revisar la versión final cuanto antes.

—¿Les haces trabajar un domingo? —pregunté, sorprendida.

—Con lo que les pago, más les vale… —respondió ella con una sonrisa irónica—. Quiero tenerlo listo para presentarlo mañana mismo y así adelantarme a la competencia.

—¿Siempre es así? —pregunté, incapaz de contener la curiosidad—. ¿Siempre estás pendiente de la empresa, de los contratos, de si las acciones suben o bajan…?

Julia me miró, sorprendida, como si hubiera formulado la pregunta más obvia del mundo.

—Sí —admitió con naturalidad, encogiéndose apenas de hombros —. Forma parte de mi vida.

—¿Y no te cansas de… vivir así? —pregunté, intentando comprender cómo alguien podía estar siempre así, sin desconectar de semejante estrés.

—La verdad es que no —dijo con una media sonrisa—. Aunque algo en tu tono me dice que lo reprochas, ¿me equivoco?

—No es reproche —respondí, bajando un poco la voz—. Pero, honestamente, creo que te estás perdiendo cosas…

—¿Y qué me estoy perdiendo, según tú? —replicó enseguida, con un ligero aire de burla que me molestó.

—Vivir. Simplemente eso.

—¿Vivir? —repitió, intrigada—. ¿Acaso crees que vivo mal?

—No —dije, con cuidado—. Simplemente me parece que vives solo para acumular más poder, más riqueza. Y que, al final, la vida se trata de algo más. O al menos, así la veo yo.

Ella arqueó una ceja, y su tono se volvió socarrón, aunque sus ojos brillaban con una chispa de irritación.

—¿De qué se trata la vida, según tú? Ilumíname.

—Si tuviera que explicártelo, jamás lo entenderías —respondí, lacónica. Hablarle a Julia del amor, de la familia, de los amigos de verdad y no de esa panda de aduladores de los que a veces se rodeaba, era como predicar en el desierto.

—Ya… —murmuró ella, manteniéndome la mirada con expresión desafiante.

Permanecimos así unos instantes, midiendo en silencio nuestras fuerzas, hasta que Lúa irrumpió con un ladrido juguetón y dejó a mis pies una piña que había encontrado entre la hierba.

Suspiré, aliviada por la interrupción, y lancé la piña bien lejos. Me había enamorado de una mujer que ni siquiera contemplaba la posibilidad de tener una relación seria con nadie. ¿Qué esperaba? Aunque… ¿por qué tenía entonces la vaga esperanza de que quizá, solo quizá, aquella postura no fuera tan inamovible como ella defendía?

Saqué de la mochila un cuenco plegable y lo abrí con un chasquido suave. Los perros acudieron en cuanto escucharon el sonido del plástico. Llené el recipiente con la botella de agua y, mientras el líquido caía, sentí la mirada de Julia clavada en mí.

—¿Algo más que decir sobre este asunto…?

—No —respondió ella, escueta, arrancando otra brizna de hierba para retorcerla entre los dedos. —Por cierto, ¿sabes que el otro día Lúa se coló en mi dormitorio y fue directa a la caja de mi retenedor? —añadió, cambiando de tema—. Suerte que estaba bien cerrada…

—Suerte, sí… —contesté disimulando una sonrisa, pensando que aquella perra del demonio tenía ideas fijas.

La conversación encontró un cauce más amable, lejos del intercambio de palabras algo tenso que habíamos mantenido instantes antes. En algún momento, Julia abrió la mochila y sacó los bocadillos que había preparado. Aunque habían llegado un poco aplastados, a mí me supieron deliciosos; quizá fuera por el entorno, por el aire limpio del bosque, o simplemente por la compañía.

Después recogimos todo y dimos un largo paseo bordeando el embalse. Los perros iban sueltos, felices, adelantándonos para luego volver corriendo como si quisieran asegurarse de que seguíamos allí. Hasta el pequeño Toby parecía haber rejuvenecido varios lustros de golpe.

Julia caminaba a mi lado, pero ninguna de las dos hacía el menor amago de rozarse. Ni un toque de hombros, ni un roce accidental de manos, nada. Resultaba desconcertante. Nunca me había visto en una situación así: pasar el día con alguien sin saber del todo cómo comportarme, después de haber compartido la noche anterior.

Me moría de ganas de tomarle de la mano, pero no estaba segura de cómo reaccionaría. Aun así, decidí arriesgarme y, mientras avanzábamos por el sendero, estiré la mano con determinación y busqué la suya, atrapándola entre mis dedos.

Ella se detuvo en seco.

—¿Qué… haces? —preguntó muy seria, pero en sus ojos había algo parecido al desconcierto, no al rechazo.

Me encogí de hombros, intentando aparentar una seguridad que no sentía del todo.

—¡Tranquila! —dije con sorna—. Te juro que esto no implica ningún compromiso ni una declaración de amor eterno. Simplemente me apetecía saber qué se siente al pasear por el campo de la mano de una millonaria… Tiene su morbo, ¿sabes?

Julia rio ante mi comentario, pero no respondió. Se limitó a dar un paso adelante y seguimos caminando. Su mano era cálida, casi ardiente, y por un instante tuve la absurda sensación de que la mía iba a derretirse entre sus dedos. Avanzamos unos metros en silencio, rodeadas de árboles y de esa brisa suave que solo aparece cerca del agua.

—No me digas que nunca has paseado de la mano con alguien… —pregunté por fin, porque había algo en su forma de andar, rígida pero curiosamente atenta, que me hizo sospechar que aquello era completamente nuevo para ella.

—No. Nunca —admitió al fin, tras tardar un segundo de más en responder.

Me frené en seco, tirando un poco de su mano sin querer.

—¿Cómo que *nunca*…? Dios mío, ¿eres de otro planeta o qué?

—¿Por qué lo dices? —replicó, divertida, como si mi incredulidad le hiciese especial gracia.

—¿Y por qué nunca lo has hecho? —insistí, incrédula.

—¿Y por qué lo iba a hacer? —contraatacó con esa lógica marciana tan suya, como si coger la mano de alguien fuese una operación de alto riesgo que necesitara aprobación del consejo de administración, auditoría externa y un informe trimestral.

Negué con la cabeza, aún sin soltarla, y retomé la marcha tirando suavemente de ella.

—Eres un caso… —murmuré, resignada, aunque la verdad es que me sentía inexplicablemente feliz de ser la primera mujer con la que compartía un momento así. ¿Qué tipo de relaciones habría mantenido Julia en el pasado? ¿Habrían sido tan superficiales y frías como empezaba a intuir?

Continuamos el paseo sin prisa, dejando que los perros marcaran el ritmo con ese trote satisfecho de criaturas que han conquistado un bosque entero. Y cuando por fin nos dirigimos de vuelta al coche, con ellos medio rendidos y felices, tuve la certeza de que algo entre nosotras también había cambiado. Algo sutil, casi imperceptible… pero ahí estaba. Una corriente nueva, tibia, como un hilo de luz filtrándose por una rendija, aunque con Julia nunca se sabía; podía ser el inicio de algo o simplemente obra de mi propia imaginación.

El resto de la tarde transcurrió con una calma doméstica que me sorprendió tanto como me encantó. Vimos una película en el salón mientras Julia hacía comentarios dignos de un jurado de Cannes, y yo fingía, con un talento interpretativo notable, que no me derretía cada vez que me dedicaba una sonrisa. Más tarde, ya entrada la

noche, dimos un paseo corto por el barrio con los perros, envueltas en una tranquilidad suave y relajante.

Había algo reconfortante en aquellas escenas sencillas, propias de una pareja cualquiera, y quizá por eso me gustaban tanto. No todo estaba perdido, pensé, aunque desde aquel cruce de manos en el pantano no nos habíamos vuelto a rozar ni por accidente. Era extraño: ninguna de las dos hacía el menor movimiento para acercarse y, sin embargo, la tensión seguía allí, latente y silenciosa, como un animalillo que contiene la respiración para no delatarse

Cuando llegó la hora de acostarnos, el momento se volvió incómodamente épico: nos detuvimos al pie de las escaleras, como dos chiquillas dudando entre despedirse con un abrazo o un simple movimiento de cabeza.

—Buenas noches —dijo Julia con aire de seguridad, aunque un leve parpadeo reveló una sombra de duda en sus ojos.

—Buenas noches —respondí. No quería forzar nada, pero me moría de ganas por ir con ella.

La observé mientras subía los escalones, pero al llegar a la mitad, se detuvo antes de girarse lentamente, como si fuera a anunciar una decisión de Estado.

—Supongo que si te digo que me apetece que duermas conmigo, no te lo tomarás como una declaración de amor eterno, ¿verdad? —dijo, parafraseando mis palabras de la mañana con una sonrisa ladeada.

—No te hagas ilusiones… no tengo ningún interés en que me declares tal cosa —mentí con la seguridad de quien ya sabe que está perdida.

Algún día, esta idiota arrogante se rendirá ante mí, aunque sea a regañadientes, pensé con determinación mientras ella reía, extendiendo la mano hacia mí. Se la cogí con un movimiento algo burlón, como si no estuviese del todo segura de querer hacerlo.

Terminamos de subir las escaleras al tiempo que Julia murmuraba por lo bajo:

—Pero los perros duermen fuera…

Al día siguiente, como siempre, se levantó temprano para ir a trabajar, aunque tambaleándose de sueño.

Normal: apenas había dormido.

CAPÍTULO 19.

JULIA.

El cóctel organizado por Alejandro Ferrer, uno de los hombres más influyentes de Cataluña y accionista, entre otras muchas empresas, de "Oceana Catalana", se celebraba en el ático del hotel Arts. Los ventanales de cristal dejaban ver el Mediterráneo bañado por el atardecer, mientras la amplia terraza se llenaba del aroma salino del mar y de los canapés cuidadosamente dispuestos. La música flotaba en el ambiente, suave y elegante, creando la sensación de confort y distinción, pero sin incitar a que nadie bailara.

El anfitrión, de mediana edad y porte distinguido, me dedicaba toda su atención mientras compartía anécdotas sobre mi padre, a quien aseguraba haber querido como a un hermano. Yo, sin embargo, sabía que no habría dudado en apuñalarlo por la espalda si eso le hubiera reportado algún beneficio personal.

Estuve un buen rato siguiéndole la corriente, fingiendo interés en una conversación que me aburría de forma soberana. No era especialmente aficionada a ese tipo de eventos, pero con el tiempo había aprendido que algunos eran inevitables, pues entre los invitados solía haber personas con las que necesitaba hablar, socios potenciales o simples observadores a los que convenía recordar de vez en cuando quién dirigía la naviera más importante del país. En esos encuentros, el poder y el placer solían cruzarse, y quien no aprendía a moverse entre ambos, se arriesgaba a quedar en clara desventaja frente al resto.

—Querida, un día de estos tenemos que reunirnos para que te cuente mi nuevo proyecto sobre unos viñedos al sur de Francia… quizá te interese invertir algo —decía Alejandro con gesto lobuno mientras posaba por un instante la mano sobre mi brazo desnudo. ¡Dios!, aquel hombre era un plasta redomado. No veía el momento de librarme de él, aunque debía esperar el momento indicado.

—Claro, ¿por qué no? —respondí con una sonrisa ligeramente forzada, al tiempo que deslizaba la mirada con disimulo por la sala en busca de Sofía. Hacía ya un buen rato que la había dejado

charlando con la mujer de Alejandro, una pelirroja insulsa a la que doblaba en edad y que no parecía especialmente despierta.

La encontré al otro lado de la sala, pero ya no estaba con la pelirroja, sino con una morena de rostro exótico y tez bronceada que me resultaba vagamente familiar, aunque no lograba recordar de qué la conocía.

Un orgullo cálido e inesperado ascendió por mi pecho. Sofía, con su vestido de cóctel color esmeralda, ceñido pero elegante, y el cabello dorado oscuro cayendo por la espalda, estaba deslumbrante. Era imposible no mirarla.

Continué hablando con Alejandro mientras mi mente regresaba, obstinada, a la extraña tregua que tácitamente había establecido con Sofía durante la última semana: una especie de limbo improbable, una rutina íntima que jamás me había permitido con nadie. Por la noche hacíamos el amor con una intensidad casi salvaje, como si cada vez pudiera ser la última, y después nos quedábamos charlando de cualquier nimiedad, enredadas entre las sábanas, hasta que el sueño terminaba por vencernos. Era todo tan placentero como desconcertante, he de reconocerlo, aunque incluso en esos momentos, una parte de mí seguía en guardia, concretamente esa que no creía en promesas, ni en vínculos que pretendieran durar más allá del deseo. Sofía parecía no darse cuenta, o quizá sí y simplemente no le importaba, porque actuaba con una naturalidad peligrosa; parecía que estuviese en posesión de cierta información que yo desconocía por completo, haciéndome dudar de mis propias certezas.

De nuevo, mi mirada recorrió la sala hasta detenerse en ella y su acompañante. Ambas reían mientras la morena se inclinaba hacia Sofía con una familiaridad insolente. No había nada realmente comprometedor en la escena, y sin embargo sentí una punzada inesperada, incómoda, en algún punto indeterminado del estómago, pues el lenguaje corporal de aquella chica hablaba de un interés hacia Sofía que iba un poco más allá de la mera cortesía.

¿Quién demonios era aquella idiota? ¿Y por qué Sofía le seguía el juego de forma tan evidente?

Nunca me había gustado compartir mis cosas, lo admito. Ya de niña odiaba prestar mis juguetes a mis hermanos, pero jamás había sentido esa especie de reclamo posesivo hacia otra persona. ¿Qué me ocurría? ¿Celos? La idea me irritó. No solo por lo que implicaba, sino porque me obligaba a aceptar que algo se me estaba escapando de las manos.

En ese momento, Sofía giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Alzó ligeramente las cejas en un gesto de reconocimiento cómplice y me dedicó una sonrisa breve antes de volver su atención a la morena, que en ese momento posó la mano con aparente descuido sobre su brazo durante unos segundos. Un gesto que, a mi juicio, era del todo innecesario.

—Alejandro, creo que ya te he acaparado bastante. Voy a saludar a algunos conocidos que hace tiempo que no veo… —anuncié en cuanto vi que un matrimonio de edad avanzada se acercaba a él, dándoles las gracias en silencio por ofrecerme la oportunidad que llevaba un rato esperando.

—Claro, querida, diviértete… —respondió mi anfitrión de inmediato, cogiendo mi mano y besándomela en un gesto pretendidamente galante que, sin embargo, me dio cierto repelús. Siempre había odiado el contacto físico no buscado expresamente por mí.

Con un suspiro, me dirigí directamente hacia Sofía, atravesando la sala con paso firme y saludando con leves gestos de cabeza a algunos conocidos. De pronto tenía unas ganas infinitas de irme a casa.

—Julia, ¡cuánto tiempo! —dijo la exótica morena en cuanto me acerqué a ellas, saludándome con dos besos en las mejillas. Fue en ese instante cuando la reconocí; era sobrina del anfitrión, una especie de *influencer* de medio pelo que, si la memoria no me fallaba, se dedicaba a publicitar por redes sociales ciertas marcas de ropa algo ordinarias. Lo que desconocía por completo era que pudieran gustarle las mujeres.

—Roser… —respondí con una sonrisa un poco forzada—. No te reconocía con ese color de pelo.

—Me lo suelen decir —comentó ella, pasándose la mano por el cabello, perfectamente colocado—. Le estaba diciendo a… *tu mujer*

que jamás te perdonaré por no haberme invitado a vuestra boda —añadió, subrayando el "*tu mujer"* con un retintín ligero, evidenciando que a ella también le habían llegado habladurías sobre el trasfondo de mi matrimonio.

—Un descuido de mi secretario, sin duda —mentí con naturalidad.

—¡Vaya por Dios!, bueno, no pasa nada. Me estaba contando Sofía que también ella es aficionada a la bicicleta de carretera, como yo —comentó Roser con entusiasmo.

—Aunque hace tiempo que no utilizo la mía, la verdad —intervino Sofía, encogiéndose de hombros.

—Si quieres, podemos quedar un día de estos y hacer una excursión juntas —propuso entonces la aspirante a influencer con expresión de complacencia.

—Sí… claro —respondió Sofía, mirándome de reojo con gesto de duda, como si buscara confirmar si aquello era una buena idea.

—Una idea maravillosa —dije, esbozando una sonrisa que cualquiera que me conociera mínimamente habría reconocido como impostada—. Y ahora, si nos permites, quiero presentarle a alguien a Sofía… —añadí, tomando la mano de la aludida con decisión, que me miró con aire de desconcierto.

—Claro, luego nos vemos… —alcancé a oír que decía Roser a nuestras espaldas mientras nos alejábamos.

—¿Has sido un poco seca con la pobre chica, no crees? —comentó Sofía en cuanto nos apartamos unos metros.

—¿*Pobre chica*? —repetí en tono burlón, aunque de forma un poco más brusca de lo que pretendía.

—Bueno, conmigo ha sido muy amable, la verdad.

—Ya imagino —respondí, quizás demasiado rápido.

—¿Estás molesta por algo? —inquirió Sofía, con un tono en el que asomaba un deje de diversión que me irritó.

No contesté. En su lugar, la conduje hacia un grupo de conocidos entre los que se encontraba el dueño de una importante constructora al que deseaba saludar. Estuvimos con ellos un buen rato, manteniendo una conversación amigable hasta que comencé a sentir que los párpados me pesaban más de lo normal y decidí que ya era hora de dar por terminada la velada.

—¿Nos vamos así, sin despedirnos de nadie? —preguntó Sofía, sorprendida, en cuanto le indiqué con un leve gesto de cabeza la salida, alejándonos del pequeño grupo tras excusarnos educadamente.

—Si tengo que despedirme de todos los que previamente he saludado, no salimos de aquí nunca...

El chófer nos esperaba en la puerta del hotel, y el viaje de regreso a casa lo hicimos prácticamente en silencio, con una ligera tirantez, apenas perceptible, sobrevolando entre nosotras.

Al entrar en el dúplex, Sofía aprovechó el momento para preguntar:

—Estás muy callada… ¿te pasa algo?

—En absoluto —negué. En el fondo estaba molesta conmigo misma por dejar que me afectara algo de lo que me consideraba, hasta hacía no mucho, completamente inmune, pero la imagen de Sofía coqueteando con aquella imbécil continuaba molestándome. ¿Estaría interesada en ella?, ¿habría llegado más lejos si no fuese por el acuerdo que tenía conmigo? La duda, de pronto, me enfurecía.

—¿He hecho algo mal…? —insistió en tono dubitativo.

—No, ¿por qué lo dices? —dije mientras comenzaba a subir las escaleras. No quería exponer una debilidad que no me apetecía mostrar. Además, tampoco tenía intención de prolongar aquella conversación. Me incomodaba.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que estás molesta conmigo? —preguntó, subiendo las escaleras detrás de mí.

—No lo sé, tú sabrás —respondí sin volverme—. Pero ten en cuenta que la mujer del César debe parecerlo, no solo serlo…

En cuanto aquellas palabras salieron de mi boca me arrepentí, pues sonaron exactamente a lo que eran: una confesión involuntaria de algo que se parecía demasiado a los celos. ¡Maldición!

Tras unos segundos de silencio, Sofía se adentró en el dormitorio detrás de mí sin permiso, cosa que, de pronto, me molestó.

—¿Sabes? A lo mejor deberíamos hablar a las claras por una vez. ¿Qué te parece? —dijo, cruzando los brazos en actitud desafiante.

—¿A qué te refieres?

—A que quizá deberías plantearte por qué te molesta tanto que hable con una chica como Roser —respondió con una serenidad

insultante—. Aunque, por si lo dudas, te aclaro que no me interesa lo más mínimo.

Sonreí apenas, lo justo para que la frialdad de mi rostro no pasara inadvertida.

—Estoy cansada. Cierra la puerta al salir, por favor —dije con el tono imperativo que solía usar con cualquiera de mis empleados cuando, por algún motivo, hacían algo que me irritaba.

Ella entrecerró los ojos con aire hostil. Luego dio un paso atrás y, antes de abandonar la habitación dando un portazo, murmuró en tono helado:

—Se me había olvidado lo odiosa que puedes llegar a ser. Culpa mía.

El silencio que siguió a continuación fue denso, espeso, casi físico, y por un momento pensé que si extendía la mano podría tocarlo. Al cabo de unos segundos, me obligué a reaccionar; me puse el pijama y me desmaquillé, pero cuando me dispuse a acostar, un impulso inexplicable me llevó a dirigirme directamente al dormitorio de Sofía.

¡Maldita mujer! ¿En qué momento empezó a tener la suficiente influencia sobre mí como para conseguir desestabilizarme con esas cosas?

Entré sin llamar y la encontré de pie al lado de la cama, lista para acostarse. Estaba increíblemente sexy, como siempre, con su camiseta de rugby algo holgada y unos bóxers ajustados. Me observó con una expresión entre sorprendida y rencorosa, y pensé en hacer algún comentario jocoso para restarle importancia a lo ocurrido, pero, por algún motivo, las palabras se me atragantaron en el fondo de la garganta.

—Estoy cansada. Cierra la puerta al salir, por favor… —dijo ella de pronto, repitiendo con exactitud la frase que yo misma le había dirigido minutos antes.

Ignoré su petición, por supuesto. Nadie tenía que decirme qué podía o no hacer en mi propia casa, por lo que me acerqué a la cama y me senté en el borde con absoluta tranquilidad. Después, la rodeé por la cintura, la giré con suavidad y la atraje hacia mí hasta que mi cara quedó frente a su vientre.

—¡Suéltame! ¿Qué haces? —protestó, resistiéndose e inclinando el cuerpo hacia atrás.

Yo la sujeté con fuerza hasta posar mis labios justo debajo de su ombligo. De pronto, me invadía una necesidad urgente de acercarme a ella, de sentir su piel contra la mía. Su resistencia solo intensificaba la electricidad que empezaba a recorrer cada fibra de mi cuerpo.

—No me apetece dormir contigo esta noche —declaró entonces ella con una franqueza de lo más cortante, aunque noté que su cuerpo cedía ligeramente ante el contacto de mis labios sobre su vientre.

—¿Seguro que no, Sofi...?

El diminutivo se escapó de mi boca antes de que pudiera detenerlo. Era la primera vez que la llamaba así, recortando su nombre, otorgándole una intimidad acariciante.

—¿Sofi? —repitió ella, con un hilo de incredulidad en la voz.

No contesté; me limité a recorrer la piel de aquella parte de su anatomía con la lengua hasta notar cómo su vientre se estremecía por el contacto.

—Pídeme disculpas —susurró, en un tono bajo pero firme, como si estuviera negociando un contrato que sabía que yo no quería firmar —. Pídeme disculpas o no pienso colaborar en nada…

No era mi estilo pedir perdón por nada. Ni ante ella, ni ante nadie.

—No hace falta que colabores… —repliqué, bajándole un poco los bóxers y deslizando los labios sobre su vello púbico sin atisbo de arrepentimiento.

Cuando, segundos después, introduje el dedo índice en su interior, comprobé de inmediato que respondía a mis caricias con la misma intensidad con que, con toda probabilidad, yo me rendiría a las suyas.

Sonreí.

La noche era joven.

CAPÍTULO 20.

SOFÍA.

El sol caía oblicuo sobre aquella terraza del Port Olímpic, bañando todo con una tonalidad amarillenta casi irreal. Era uno de esos días de verano en los que Barcelona parecía brillar con intensidad propia; la brisa acariciaba la piel, el aire olía a sal, se escuchaban risas en las mesas cercanas y el tintineo de los mástiles se mezclaba con el murmullo del mar. Me acomodé en la silla y giré ligeramente el vaso entre los dedos, observando cómo la luz se filtraba a través del hielo.

Lara, sentada frente a mí con sus inseparables gafas de sol, me estudiaba como si yo fuera un experimento pendiente de análisis.

—A ver que me entere, entonces, ¿este verano lo vais a pasar en Begur? —dijo al fin, tras dar un breve sorbo a su vermut.

—Eso habíamos pensado… —respondí, intentando sonar casual.

—¿En serio? —insistió ella, ladeando la cabeza—. Porque, cariño, con la mujer que tienes… yo habría apostado por algo más espectacular. No sé, un *jet* privado a la Polinesia, por ejemplo, a algún atolón perdido con nombre impronunciable… Y de paso invitar a tu mejor amiga, ¿no crees?

Solté una risa suave.

—Ya habrá tiempo para eso —contesté, aunque incluso a mis oídos sonó más a deseo que a certeza.

Lara arqueó una ceja por encima de las gafas. Siempre tenía esa habilidad irritante para detectar las grietas en mi voz.

—¿Va todo bien entre vosotras?

—Claro —respondí enseguida, apartándome un mechón de pelo de la cara con aire incómodo.

¿Iba todo bien entre Julia y yo? Llevábamos un par de semanas durmiendo juntas casi todas las noches; hacíamos el amor como si el mundo se fuese a acabar al día siguiente; reíamos, salíamos a cenar a restaurantes de moda, improvisábamos planes sin pensar demasiado. Parecía que, al fin, Julia estaba dejando caer esa coraza que durante tanto tiempo la había mantenido distante. Pero…

Pero.

Aparté la mirada hacia el mar. Un velero avanzaba despacio hacia una línea de horizonte tan limpia que casi resultaba irreal. Me pregunté, otra vez, por qué Julia nunca hablaba del futuro. De manera elegante, firme y perfectamente calculada, esquivaba cualquier intento por mi parte de asomarnos a él. ¿Significaba, acaso, que seguía pensando en que, una vez transcurriera el año acordado, cada una seguiría por su lado? ¿Que, para ella, aquello no era más que una aventura oportuna con fecha de vencimiento?

Solo imaginarlo me provocó un nudo en el estómago, un vacío frío que ascendía hasta la garganta. Era miedo, sí, pero también algo más hondo: la cobardía de no atreverme a nombrarlo, de esquivar la incertidumbre y reclamar respuestas, escudándome en la idea de que no era el momento de presionarla.

Lara apoyó los codos en la mesa y me miró con esa mezcla de ternura y sinceridad que solo ella sabía manejar sin resultar cruel.

—¿Sabes? Cuando me dijiste que habías empezado a salir con Julia Rocafort y, poco después, te casaste con ella, me pareció que había gato encerrado por alguna parte…

—¿En serio? —respondí, tragando saliva, sintiendo un cosquilleo de pura angustia en la nuca.

—Sí, y tengo claro que algo raro hay… aunque por algún motivo no me lo quieres contar —continuó diciendo, frunciendo ligeramente el ceño.

—Pero… ¿qué dices? —repliqué en tono burlón, como si aquello me pareciese graciosísimo.

—Da igual, respeto si no me lo quieres contar de momento —dijo ella con una sonrisa que mezclaba complicidad y certeza. No me sorprendió: Lara me conocía demasiado bien. Sabía que algo extraño había en mi matrimonio —. Además, cuando os he visto juntas después de la boda, la química que desprendéis es innegable.

—Ah, ¿sí? —pregunté, sorprendida. Así que no era solo cosa mía; esa química existía hasta tal punto que incluso los demás podían percibirla.

—Sí, así que… ¡no tengo nada que objetar! Solo espero que ella te merezca, aunque si alguna vez necesitas contarme algo, recuerda que aquí estoy.

—Gracias, Lara —dije con sinceridad, sintiéndome, una vez más, algo culpable por no poder revelarle la verdad.

—Bien, ¡y ahora, brindemos! —propuso alzando su vaso de vermut para chocarlo con mi Coca-Cola —. ¡Por la amistad!

—¡Por la amistad! —repetí.

Ambas reímos, y continuamos charlando hasta que el sol comenzó a descender sobre el mar.

—¿Quieres que te acerque a casa? —se ofreció mi amiga cuando llegó el momento de despedirnos.

—No te preocupes, cogeré un taxi —contesté, señalando una parada cercana. Después nos dimos un abrazo y, con una sonrisa amistosa, comenzamos a andar por lados opuestos de la calle.

Caminé unos metros, distraída, cuando una voz masculina me sobresaltó:

—¿Sofía? ¿Sofía Serra…?

Di media vuelta. Detrás de mí había un hombre moreno, de unos treinta y tantos, vestido con un traje de chaqueta elegante. Había algo en su rostro que me resultaba increíblemente familiar.

—Sí… soy yo. ¿Quién es usted? —pregunté, intentando ocultar mi desconcierto.

—Marc Rocafort —respondió enseguida, extendiendo la mano con una cortesía tan pulida que parecía ensayada.

Le estreché la mano de forma casi automática. Lo había visto en fotografías, en artículos de prensa y entrevistas corporativas, pero en persona imponía más a pesar de no ser demasiado alto. Compartía con su hermana esos ojos de un azul acerado capaces de atravesarte, el porte altivo y un atractivo indiscutible. Sin embargo, en su expresión latía algo distinto: una frialdad cortante, una crueldad apenas velada que me erizó la piel.

—Me gustaría hablar contigo un momento —dijo, tuteándome directamente. —¿Qué te parece si te acerco a casa y aprovechamos para charlar? —señaló el gigantesco BMW negro que estaba aparcado justo enfrente, conducido por un chófer impecablemente uniformado.

—Bueno… tenía pensado coger un taxi —contesté, dudando, sin saber muy bien qué hacer. Algo en mi interior me advertía que no

debía subir a aquel vehículo, pero no quería ser descortés.

—Yo te llevo. Más cómodo para ti, y así hablamos con tranquilidad —insistió, con un tono persuasivo que no admitía demasiada objeción.

—De acuerdo —asentí, rendida ante la combinación de elegancia y autoridad que desprendía aquel hombre.

Me abrió la puerta trasera del BMW con un gesto impecable y me acomodé en el confortable asiento de cuero trasero. Él entró por la puerta opuesta y se sentó frente a mí, sonriéndome con una expresión difícil de descifrar. Después, indicó al chófer la dirección de la casa de Julia y, tras pulsar un botón, un cristal opaco se cerró entre nosotros y el chófer, dejándonos en una privacidad absoluta. El motor del vehículo rugió con suavidad antes de incorporarse a la circulación.

—Eres guapa —declaró, con voz tranquila pero cargada de intención—. Mi hermana ha tenido buen gusto al elegirte, eso está claro.

Algo en la manera en que lo dijo me puso inmediatamente en guardia. No tendría que haber accedido a irme con él, pero ya era demasiado tarde.

—Imagino que este encuentro no ha sido casualidad —repliqué, obviando su comentario. La luz del atardecer se reflejaba en el cristal, distorsionada, como una señal silenciosa de que me adentraba en terreno pantanoso.

—No, en realidad no.

—Lo suponía —murmuré, manteniendo la calma.

—Veo que te gusta ir al grano —sonrió levemente—. ¡Mejor!, así puedo dejarme de preámbulos.

—Me parece perfecto.

—Sé que Julia te ha pagado para simular esta… farsa. Y, por tanto, si ella te ha comprado, puedo asumir que tienes un precio —continuó, con una tranquilidad insultante.

—Te equivocas. Además, no sabes nada de mí… —le respondí, sosteniendo su mirada.

—Sé lo suficiente —replicó, apoyando un codo en el reposabrazos, como si el tema le resultara entretenido—. Sé que antes de conocer

a Julia no formabas parte de ningún círculo social relevante. Sé que tu boda fue repentina. Sé que ella jamás ha compartido su vida con nadie más… y que se deshará de ti en cuanto dejes de serle útil.

Cada una de sus palabras me generaba una inquietud de lo más desconcertante.

—Puedo superar cualquier oferta que ella te haya hecho … —agregó, bajando la voz, mientras una sonrisa lobuna se dibujaba en su rostro. Aquella mezcla de belleza impecable y peligro velado me generaba repelús.

Desvié la mirada hacia la calle, calculando el tiempo que tardaría en llegar a casa. Afortunadamente, no demasiado. Empezaba a tener la sensación irracional de que el aire dentro del vehículo se estaba acabando.

—Seguro que sí —respondí con cierto retintín.

—No lo dudes…, te triplico la cifra que te haya ofrecido ella. Sea la que sea —declaró entrecerrando los ojos, estudiándome como si fuera un objeto digno de analizar. O una pieza de ajedrez en aquella particular partida contra su hermana.

—¿A cambio de qué? —pregunté, más por curiosidad que por otra cosa; tenía clara cual iba a ser mi respuesta.

Su carcajada resonó con fuerza. Era un sonido seco, sin rastro de diversión, más cercano a la burla que a la risa. Después me observó en silencio, calibrando la expresión de mi rostro, como si intentara averiguar cuánto podía manipularme.

—De una cosa muy sencilla —dijo al fin—: declarar la verdad ante un juez.

—¿La verdad…? —repetí alzando una ceja.

—Sí, la verdad —insistió, endureciendo las facciones. Su mirada se volvió tan fría que por un instante me recordó a Julia, aunque sin rasgo de humanidad.

—Me parece que la "verdad" de la que hablas está muy lejos de la realidad —contesté, sosteniéndole la mirada con firmeza.

—¿Eso es un no…?

—Es un no —confirmé sin dudar. —No pienso traicionarla.

Marc sonrió, como si aquello lo divirtiera profundamente.

—Ah, Sofía… todos, tarde o temprano, traicionamos por algo.

Un silencio espeso se instaló entre nosotros.

—Piénsalo bien —continuó hablando con una suavidad envenenada —. La de cosas que podrías hacer con el dineral que te estoy ofreciendo, como hacer que *tus queridos padres* vivan como auténticos reyes, por ejemplo.

La forma en que pronunció "tus queridos padres", separando las sílabas, lenta y calculadamente, me heló la sangre. No me gustaba nada estar allí dentro con él, ni el cristal opaco que nos aislaba del mundo, ni su cercanía, ni su tono.

—Lo siento —dije, tensando la mandíbula—, no puedo ayudarte. Y si no te importa, creo que prefiero continuar el camino a pie.

Él suspiró, con un aire casi teatral, como si ya hubiese anticipado mi reacción. Después se llevó la mano al bolsillo interior de la americana y sacó una tarjeta negra mate, elegante, con su nombre y un número impreso en plata.

—Guárdala —ordenó más que sugirió—. Y medita mi propuesta con calma: exactamente el triple de lo que ella te haya ofrecido, no lo olvides. Puedes llamarme cuando quieras, a cualquier hora del día o de la noche.

No contesté. Simplemente tomé la tarjeta y me la guardé en el bolsillo, más por cortesía automática que por verdadero interés. En cuanto el coche se detuvo ante un semáforo, aproveché para llevar la mano a la manecilla con la intención de salir de allí cuanto antes.

—Una cosa más —dijo de pronto, con un tono helado que me paralizó a medio gesto—. No le digas nada a Julia sobre nuestro encuentro. No nos conviene a ninguno de los dos…

—Sobre todo a ti —repliqué sin poder evitarlo.

Marc sonrió apenas, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—No, querida. A ti tampoco te conviene en absoluto, te lo garantizo.

Su voz era tan suave que me erizó la piel.

—¿Me estás amenazando…?

Él no respondió directamente. Se limitó a apoyarse en el respaldo, como si se dispusiera a disfrutar de mi inquietud.

—Tómatelo como quieras —murmuró—. Pero estoy seguro de que habrás escuchado alguna historia sobre mí… Puedo ser buen amigo,

pero mal enemigo.

Ahí sí que sentí auténtico frío recorrerme la espalda, lo admito.

No esperé más. Abrí la puerta de un tirón y salí del coche dando un portazo seco. El aire fresco de la calle me golpeó el rostro y respiré con ansia, como si hubiera estado a punto de asfixiarme. El BMW arrancó sin darme tiempo a recuperarme, llevándose con él esa oscuridad elegante y perversa que parecía envolver a Marc Rocafort.

Me apoyé en una farola, intentando calmar la respiración, todavía temblando. ¿Me había amenazado? ¿Sería capaz de hacerme daño?, ¿de hacer daño a mis padres?

Caminé el resto del trayecto hacia casa con la cabeza hecha un torbellino. Necesitaba despejar la mente, ordenar ideas, respirar. Me sentía mal. Sucia, incluso. Aquel encuentro había vuelto a ponerme frente al espejo que llevaba tiempo evitando: me había dejado comprar. Había aceptado dinero para un propósito que, en el mejor de los casos, podía catalogarse de cuestionable. Y lo peor era que me estaba acostando con la persona que había pagado por mí, temiendo, en el fondo, que no me amara. ¿Cómo calificar aquel embrollo? Mejor no intentarlo. Encima, para rematar, de repente aparecía el hermanito de la nada, con sus insinuaciones y amenazas veladas.

¡Demonios!

Lo primero que haría al llegar a casa sería hablar con Julia. Tenía que contarle lo ocurrido, sí, pero también necesitaba—de una vez por todas—preguntarle qué sentía por mí. En el caso de que sintiese algo, por supuesto.

De pronto necesitaba certezas, salir de dudas, acabar con esa niebla de preguntas que últimamente me envolvía, por mucho que me dieran miedo las posibles respuestas.

Cuando llegué a mi destino, ya me había calmado un poco. Los perros acudieron corriendo a saludarme, escoltándome por el pasillo como tres sombras leales hasta el salón.

Allí estaba Julia, sentada en el sofá, con varios informes extendidos sobre la mesa. Se masajeaba las sienes con un gesto de agotamiento, como si el peso del día hubiera quedado atrapado en su cuerpo. Aun así, conservaba intacta esa belleza serena que

siempre me desarmaba, esa calma que irradiaba incluso cuando estaba exhausta. Volví a maldecir al destino, a Cupido o a quien fuera que me hubiese empujado a enamorarme de ella.

—¡Hola! —saludó alzando la vista y esbozando una sonrisa de bienvenida—. ¿Qué tal con Lara?

—Muy bien… hemos estado en una terraza del Port Olímpic —respondí con un tono de voz más tenso de lo que pretendía—. ¿Y tú? ¿Qué tal el día?

Julia bufó, dejando caer los hombros en un gesto de lo más significativo.

—Cansado. Llevo encadenando reuniones desde la mañana y tengo una jaqueca horrible.

Di un paso hacia ella.

—¿Quieres que te traiga un analgésico?

—Ya me he tomado uno, tranquila —aclaró mientras se levantaba despacio—. Pero creo que voy a acostarme ya. Mañana tengo una reunión importante a primera hora, con el consejo y unos inversores franceses. Estamos cerrando un acuerdo para la venta de dos nuevos buques de carga y necesito estar despejada.

—Claro, descansa… —murmuré, forzando una sonrisa y comprendiendo que aquel no era el momento ni para hablar de lo ocurrido con su hermano, ni, menos aún, para dar voz a las dudas que me rondaban por la cabeza sobre nuestra relación. Tendría que esperar al día siguiente.

Ella se inclinó hacia mí y rozó mis labios con los suyos en un gesto de tácita despedida. No hacía falta decir nada: esa noche no dormiríamos juntas, aunque quizá fuera lo mejor. Necesitaba espacio, necesitaba pensar.

Lúa dio un pequeño salto y siguió a Julia hacia las escaleras, convencida de que aquella noche volvería a dormir con ella, como en las últimas, cuando, tras los interminables lloros de la perrita, Julia acababa cediendo y la dejaba entrar en el dormitorio. La escena me arrancó una sonrisa involuntaria.

Después, me senté en el sillón, justo en el hueco que ella había dejado libre, y me quedé allí un buen rato, con la mirada perdida en

un punto indefinido de la pared, sintiendo que el silencio de la casa se llenaba de todo lo que aún no se había dicho.

Sí. Mañana sería otro día.

CAPÍTULO 21.

JULIA.

Llegué a la antesala de mi despacho repasando mentalmente los puntos clave de la reunión con los franceses. Los plazos, las cifras, los márgenes, todo estaba perfectamente en orden dentro de mi cabeza, o al menos eso creía.

Bernat, mi secretario, levantó la vista en cuanto me vio aparecer. Tenía esa expresión diligente de siempre, eficaz, casi demasiado correcta.

—Buenos días, Julia —saludó—. Martin Bosch está en tu despacho. Le he dejado pasar. Ha dicho que era urgente y que prefería esperarte allí.

Sentí cómo algo se tensaba dentro de mí. Mi jefe de seguridad no solía aparecer sin avisar. Y menos a esas horas de la mañana.

—Gracias, Bernat —respondí, sin detenerme, entrando en el despacho.

Martin estaba sentado en uno de los sillones frente a mi escritorio. Enseguida se levantó para saludar.

—Julia… buenos días.

—¿Qué ha pasado? —pregunté directamente, cerrando la puerta tras de mí para después rodear la mesa y tomar asiento.

Martin se mordió ligeramente el labio, quizá ordenando mentalmente la información antes de soltarla.

—Ya sabes que tenemos a tu hermano bajo vigilancia…

—Sí, lo sé —lo interrumpí, impaciente—. Yo misma di la orden. ¿Qué ha pasado?

Martin sostuvo mi mirada un segundo más de lo habitual.

—Ayer tuvo un encuentro con tu mujer.

Las palabras tardaron una fracción de segundo extra en ser asimiladas por mi cerebro.

—¿Con Sofía? —pregunté estúpidamente, pues era obvio que no tenía ninguna otra "mujer".

—Sí. Con Sofía —confirmó.

Me recosté ligeramente en la silla, sin apartar los ojos de él.

—Fue en el Port Olímpic, sobre las nueve y media de la noche —continuó—. Marc la interceptó cuando iba a coger un taxi. Hablaron unos instantes y luego ambos subieron a su coche. El vehículo circuló un buen rato hasta que Sofía finalmente bajó de él y tomó un taxi de vuelta a casa.

El silencio se adueñó del despacho mientras las piezas incomodas de un puzle se desplegaban en mi mente. Mi hermano. Sofía. Un coche. Un trayecto breve. Demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Parecía un encuentro casual… o estaba programado? —pregunté al fin.

Martin negó con la cabeza.

—Por parte de Marc, estaba planeado. Eso parece evidente. Pero no por parte de ella; no hay indicios de que Sofía supiera que se lo iba a encontrar.

Asentí despacio, con la mirada fija en la superficie del escritorio. La reunión con los franceses había desaparecido por completo de mi mente. En su lugar, solo quedaba una pregunta incómoda y punzante: ¿por qué no me había dicho nada Sofía al respecto?

—Gracias, Martín —dije mientras me levantaba, un gesto silencioso para indicarle que la reunión había terminado—. Quiero que sigáis vigilando de cerca a Marc y que me informéis de cada uno de sus movimientos.

—Por supuesto, tranquila —respondió él, incorporándose también e inclinando ligeramente la cabeza a modo de despedida.

Cuando la puerta se cerró, permanecí unos minutos inmóvil, perdida en mis pensamientos. Hasta esa misma mañana habría puesto la mano en el fuego por Sofía. Sin dudarlo. Y, sin embargo, ahora una sombra de desconfianza se abría paso en mi pecho, lenta y venenosa.

¿Acaso me pensaba traicionar…?

Conocía a mi hermano demasiado bien. Sabía de lo que era capaz. Sabía que no tendría reparos en ofrecerle una suma obscena de dinero a cambio de su lealtad, de convencerla para que declarara ante un juez que nuestro matrimonio no era más que una mentira cuidadosamente construida. Si Sofía aceptaba… yo perdería todo, absolutamente todo aquello por lo que había luchado durante años.

Me levanté de golpe, agarré el bolso y salí del despacho sin mirar atrás, dejándome arrastrar por un impulso que no supe, ni quise, frenar. Necesitaba mirarla a los ojos y averiguar la verdad.

—El consejo ya está reunido en la sala grande —me informó Bernat sin dejar de escribir en su ordenador—. Están esperando a que lleguen los franceses.

—Pues cuando lleguen, que esperen —respondí sin detenerme—. Tengo que hacer algo urgente.

—¿Ahora? —preguntó, visiblemente desconcertado.

—Sí. Ahora.

—Pero… —insistió—. ¿Qué digo cuando lleguen? No pueden empezar sin ti.

—No digas nada. Que les sirvan café mientras tanto —ordené, cruzando el vestíbulo en dirección a los ascensores.

Esperé con impaciencia, tamborileando los dedos contra el bolso, mientras llamaba al chófer para que me esperara en la puerta. ¿Por qué demonios tardaba tanto el ascensor?

Veinte minutos después, y tras haber obligado al sufrido conductor a saltarse dos semáforos en rojo, llegué a casa, consciente de que el corazón me latía demasiado rápido, para mi gusto.

Crucé la puerta como una exhalación y encontré a Sofía bajando los escalones en ese mismo instante. Vestía un pantalón corto de chándal, una camiseta ajustada y zapatillas de correr, lista para su sesión de running matinal.

—¡Julia! —exclamó, deteniéndose a mitad de la escalera con gesto de sorpresa—. ¿Pasa algo?

—Hablemos en el salón —respondí con sequedad, girando sobre los talones sin esperar a observar su reacción. No quería que Joana o Antonia pudieran escucharnos.

El ambiente olía a tensión mientras dejaba el bolso sobre la mesa, sintiendo la mirada de Sofía clavada en mi espalda.

—Julia… —insistió, tras cerrar la puerta—. ¿Qué pasa?

Me giré por fin. Sofía estaba de pie, con los brazos ligeramente tensos a los lados del cuerpo. Había preocupación en sus ojos, pero también algo más… una sombra que no supe interpretar.

—Quiero que me mires a los ojos cuando te haga esta pregunta —dije, midiendo cada palabra—. ¿Has hablado últimamente con Marc, mi hermano?

El silencio cayó entre nosotras como un golpe seco.

Vi cómo su respiración se alteraba apenas un segundo, antes de contestar.

—Sí. Ayer —respondió al fin—. Me detuvo en el Port Olímpic, cuando regresaba a casa. Se presentó sin rodeos e insistió en llevarme en su coche.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté, conteniendo la respiración.

—Básicamente, me ofreció el triple de lo que, según él, tú me pagas, a cambio de declarar ante un juez que nuestro matrimonio es falso.

—¿Y tú qué contestaste?

Sofía sostuvo mi mirada un segundo más de lo habitual.

—Que no contara conmigo. Me bajé del coche y me fui.

La observé durante unos instantes en silencio, pensativa.

—¿Seguro que eso es exactamente lo que pasó? —pregunté con gesto inquisitivo—. Lo digo porque necesito saber si puedo seguir confiando en ti. Y porque, si hay algo que detesto más que una mentira, es una verdad a medias.

Sofía dio un paso hacia mí.

—Julia, mírame —dijo con firmeza—. Me conoces, sabes que jamás te traicionaría…

—¿Y por qué, entonces, no me contaste lo ocurrido ayer? ¿O esta misma mañana? —pregunté, sin apartar la mirada de la suya.

Sofía dudó un instante antes de responder.

—Ayer llegué a casa con la intención de decírtelo, te lo juro —se justificó—, pero tenías jaqueca, estabas a punto de acostarte… y pensé que sería mejor dejarlo para hoy.

—¿Y esta mañana? —insistí, notando cómo la impaciencia empezaba a tensar mi voz.

—¡Te fuiste corriendo! —respondió en tono angustiado—. Apenas me dio tiempo a darte los buenos días.

—¿Y no se te ocurrió que este tema era mucho más importante que cualquier otra cosa? ¿Más importante que una jaqueca o que

cualquier reunión? —repliqué, incapaz ya de disimular mi enfado.

—¡Julia! —exclamó, cambiando el tono a uno ligeramente ofendido —. Te lo pensaba contar hoy mismo. Ya te lo he dicho…

—Ya… —murmuré, con evidente desconfianza.

Sofía frunció el ceño y, de pronto, alzó la barbilla en un gesto de claro desafío.

—Y, por cierto, ¿cómo te has enterado? ¿Me tienes vigilada o algo así?

—A ti no —respondí, sin vacilar—. A Marc.

—¡Dios…! —exclamó, pasándose una mano por el pelo—. No sé en qué me he metido, pero te aseguro que empiezo a arrepentirme.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —repliqué con gesto agrio.

—Significa que no me gustó nada el encuentro de ayer con tu hermano, ni su tono, pero menos aún me gustan tus maneras.

—¿Mis maneras? —repetí—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así? —pregunté, ya sin disimular la irritación, incapaz de discernir qué me enfurecía más, si su actitud desafiante o el temor de que se echara atrás en nuestro acuerdo.

Sofía soltó una risa breve, seca, sin humor.

—Buena pregunta —dijo, alzando la voz—. ¿Quién soy para hablarte así? O, mejor dicho… ¿quién demonios soy para ti?

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia que aún nos separaba.

—¿Soy tu novia? ¿Tu amante? ¿O tu mujer "de mentira", pero con derecho a roce? —escupió las palabras una a una, como si le quemaran en la boca—. Vamos, Julia. Por favor. Salgamos de dudas de una vez. ¿Quién narices soy para ti?

Comprendí que aquello no era un estallido repentino ni una reacción impulsiva. Semejante batería de preguntas llevaría días, quizá semanas, acumulándose en su cabeza, esperando el momento exacto para salir a la luz.

El silencio volvió a apoderarse del salón. Denso, asfixiante, hasta que finalmente, decidí contestar.

—Nuestro acuerdo es claro. Un año de matrimonio… —aclaré, sin adornos.

Algo en la expresión de sus ojos hizo que se me secara la garganta. Quizá era dolor. Quizá decepción. O tal vez ambas cosas a la vez.

—¿Eso es todo? —insistió—. ¿De verdad no ha significado nada para ti lo ocurrido entre nosotras durante las últimas semanas?

—¿Qué más da lo que haya significado o no para mí? —respondí, esquivando la pregunta—. Lo importante es que tenemos un acuerdo y que, tarde o temprano, cada una continuará con su vida.

Lo dije sin miramientos, exponiendo una verdad que, por descarnada que resultara, no dejaba de ser la que era.

—¿Tan claro lo tienes? —preguntó de nuevo. En el fondo de sus ojos seguía brillando ese destello de dolor.

—Sofía. Tenemos un acuerdo. Y si durante el tiempo que dure podemos pasar buenos momentos, por mí, fenomenal. Más allá de eso… no sabría qué decir.

—"Buenos momentos" —repitió, con la voz cargada de incredulidad —. Eso es todo lo que ha sido para ti. Entiendo.

Allí estaban, por fin, las inevitables complicaciones que surgen cuando se mezclan los negocios con el placer. Solo que, en este caso, no podía permitirme que nada se saliera del guion establecido: el precio a pagar podía ser demasiado alto.

Sofía hizo una breve pausa antes de continuar hablando

—No te preocupes. Cumpliré estrictamente con nuestro acuerdo. Pero no quiero tu dinero. Te devolveré el adelanto.

—No seas idiota —respondí, con más brusquedad de lo que pretendía. Me aliviaba saber que pensaba seguir adelante, aunque lo del dinero me descolocaba—. Es tu dinero. Te lo has ganado.

—De pronto no me parece ético ganarlo así —replicó, dedicándome una mirada helada que, por algún motivo, me provocó un pinchazo en algún lugar cercano al corazón.

—¡Qué estupidez! —bufé—. Ni se te ocurra devolverme nada. Y el resto, por supuesto, te lo pagaré. Si no lo quieres, inviértelo en todas esas asociaciones de perros horrendos con las que colaboras.

Ella pareció dudar. Lo pensó unos segundos antes de asentir levemente con la cabeza.

—De acuerdo. Pero a partir de ahora nuestra relación será exclusivamente profesional. Como antes. Trato cordial y punto.

—Está bien. Como quieras —respondí, algo aturdida por el giro que parecía haber tomado la conversación.

Había llegado irritada, buscando respuestas, arrastrando desconfianza y, sin embargo, de pronto tenía la extraña sensación de que me estaban arrebatando algo valioso delante de mis narices, algo que ni siquiera sabía cómo definir.

—Y, por cierto —añadió—, tu querido hermano me insinuó que no me convenía contarte nada de todo esto… Diría incluso que me amenazó de forma velada. Llegó a mencionar a mis padres.

—Tranquila. Marc es demasiado cobarde para hacer algo que pueda enfurecerme de verdad —respondí de inmediato, intentando transmitirle calma.

—Si tú lo dices…

—Te lo aseguro.

—Espero que no te equivoques. Y ahora, si me disculpas, voy a salir a correr —dijo Sofía antes de darse la vuelta y alejarse hacia la puerta, dejándome más o menos con la palabra en la boca, mientras los perros, testigos silenciosos de toda la conversación, me observaban con curiosidad, quizá sorprendidos de encontrarme en casa a esas horas de la mañana.

¿Marc la había amenazado?

La ira comenzó a arder dentro de mí con una intensidad peligrosa. Quizá había llegado el momento de pedirle a mi jefe de seguridad que le transmitiera a mi hermano un mensaje de mi parte. Uno de esos que se entienden sin necesidad de palabras.

Lo suficiente para recordarle que cruzar ciertas líneas siempre tiene consecuencias.

El resto del día transcurrió envuelto en una inquietud sorda, constante, como un zumbido imposible de ignorar. No conseguía sacarme la conversación con Sofía de la cabeza ni un solo instante.

La reunión con la junta fue un suplicio. Escuchaba informes, cifras, proyecciones… asentía cuando era necesario, intervenía con la precisión de siempre, pero lo hacía en modo automático, como si otra versión de mí se estuviera encargando de todo. Por fuera, todo parecía estar bien. Por dentro, me sentía agotada, hueca.

Comí con el jefe del departamento financiero sin apenas probar bocado. El hablaba largo y tendido sobre presupuestos, desviaciones y previsiones para el siguiente trimestre. Yo respondía con monosílabos, fingiendo interés, mientras mi mente regresaba una y otra vez a la misma imagen: Sofía dándome la espalda, marchándose a correr como si nada.

La tarde la pasé encerrada en el despacho, con el móvil boca abajo. Trabajé hasta que los ojos me ardieron y la cabeza empezó a dolerme, intentando, inútilmente, cansarme lo suficiente como para no pensar.

No funcionó.

Cuando por fin regresé a casa, alrededor de las ocho de la tarde, lo primero que me sorprendió fue el silencio.

Un silencio extraño. Antinatural.

¿Dónde estaban los perros? Normalmente, a esa hora, la casa se llenaba de carreras, de uñas resbalando sobre el suelo, de saltos torpes y ladridos de bienvenida.

Cerré la puerta tras de mí con el ceño fruncido.

—¿Brutus? —llamé—. ¿Lúa? ¿Toby?

Nada.

Avancé unos pasos más, dejando el bolso sobre la mesa del vestíbulo.

—Vamos, chicos… —insistí, alzando un poco la voz.

Ni rastro de ellos. Ni un ruido. Ni una sombra moviéndose.

Un mal presentimiento empezó a instalarse en mi estómago.

Fui a la cocina en busca de un vaso de agua. Sobre la encimera encontré la cena ya preparada, tapada con papel de aluminio. Joana había hecho su trabajo, como siempre. Todo en orden. Demasiado en orden.

Pero Sofía no estaba.

Subí las escaleras despacio, de nuevo con esa sensación incómoda de estar en un lugar que ya no me pertenecía del todo. Al abrir la puerta de mi dormitorio, lo primero que llamó mi atención fue una hoja, cuidadosamente doblada, reposando sobre la cama. La tomé con cuidado y, al desplegarla, reconocí al instante la letra de Sofía: elegante, precisa, fría. Decía así:

Julia,

He decidido pasar un par de semanas con mis padres en el pueblo. Creo que un tiempo de separación nos vendrá bien a las dos para aclarar ideas y tomar perspectiva.

Una vez termine, si quieres volveré a Barcelona o a la casa de Begur para pasar el resto de las vacaciones, según te convenga.

Atentamente,

Sofía

P.D. *Tranquila, cumpliré el acuerdo hasta el final.*

Leí la nota un par de veces. ¿Cómo se atrevía a irse así, sin hablarlo conmigo, sin que lo acordáramos juntas? Una mezcla de incredulidad y rabia me recorrió de arriba abajo.

Me quité la ropa sin ganas, casi con violencia, dejándola caer sobre la silla, y me puse el pijama. Cada movimiento era mecánico, como si mi cuerpo obedeciera mientras mi mente quedaba atrapada en un torbellino de pensamientos y resentimiento.

Bajé a cenar. El guiso que Juana había preparado olía delicioso, pero apenas probé bocado. Mis pensamientos no me dejaban en paz; volvían, una y otra vez, a la conversación con Sofía de esa misma mañana. ¿Qué habría tenido que hacer? ¿Mentirle, prometerle algo en lo que no creía?, ¿sacar el violín y tocar la melodía correcta para calmarla?

¡Qué absurdo!

En el fondo, era mejor que se marchara por un tiempo. Al fin y al cabo, Sofía había sido una distracción —divertida, lo admito—, pero una distracción que me alejaba de lo que de verdad importaba: Oceana Catalana acababa de emprender un nuevo camino, y yo estaba decidida a llevarla mucho más lejos de lo que mi padre jamás soñó.

Me levanté de la mesa y arrojé los restos del plato a la basura. Mientras lo hacía, murmuré para mí misma.

—A la mierda con ella…

Decidí acostarme en compañía de un buen libro, buscando distracción en la lectura. Leer me relajaba, me transportaba a otros países, me conectaba con historias que me hacían olvidar, aunque fuera por un rato, mi propia realidad. Esta vez elegí una novela de

aventuras, sobre una joven que escapaba a través del desierto de unos traficantes de mujeres.

Pero, por más que lo intentara, no conseguí concentrarme del todo en la trama. Las palabras parecían deslizarse entre mis dedos, vacías, mientras mi mente seguía atrapada en unos ojos color miel que me miraban con una mezcla de desafío y dolor contenido.

CAPÍTULO 22.

SOFÍA.

La cocina de la casa de mis padres siempre olía a romero, a tomillo, a laurel recién machacado. Era un olor antiguo, constante, que me devolvía sin esfuerzo a la infancia: a las tardes de invierno sentada frente a la mesa, haciendo deberes mientras mi madre cocinaba y mi padre leía el periódico en silencio. Aquel aroma tenía algo de refugio, de lugar al que una podía volver cuando todo lo demás se desmoronaba y, sin embargo, había heridas que ni el olor de casa conseguía cerrar. Por primera vez en mi vida, alguien me había roto el corazón, y era aquella una sensación desconcertante, persistente, un dolor que no sabía ubicar en ningún punto concreto del cuerpo, pues no dolía exactamente en el pecho, ni en el estómago, ni en la garganta, y sin embargo estaba en todas partes a la vez. Era como llevar una presión constante, un peso invisible que me acompañaba incluso en los momentos más cotidianos.

Hasta entonces, el desamor había sido una palabra ajena, algo que le ocurría a los demás. Yo siempre había sabido irme a tiempo, protegerme, no entregarme del todo. Pero con Julia había sido distinto, y lo único que quedaba entre nosotras era un acuerdo maldito y una realidad cruel: ella no sentía nada por mí. Y semejante certeza era, quizá, lo que más dolía.

No había nada contra lo que luchar, ninguna esperanza a la que aferrarse. Solo aceptar y entender que el corazón no se rompía de golpe, sino a pequeños tirones, cada vez que recordaba algo que había significado para mí lo que jamás significó para ella. Y precisamente contra eso era contra lo que debía luchar: contra los recuerdos. Tenía que borrar de mi mente todo lo vivido en las últimas semanas, esos días extraños y casi irreales que habían tenido algo de luna de miel improvisada: sus besos, la forma en que me tocaba y esa sensación de que, cada vez que hacíamos el amor, el mundo se diluía a nuestro alrededor.

Sí, debía olvidar. Porque estaba claro que, para Julia, todo aquello no había sido más que un mero desahogo del cuerpo, un

entretenimiento pasajero, algo divertido mientras duró.

De pronto, una oleada de rabia me recorrió el cuerpo de arriba abajo, tan intensa que tuve que apretar los puños con fuerza para intentar controlarla. No era solo dolor; era una mezcla amarga de humillación, impotencia y orgullo herido, y, por primera vez desde que había llegado a casa de mis padres, sentí que el amor no correspondido también podía transformarse en algo oscuro y perverso.

—Ve poniendo ya la mesa, Sofi, que la comida está lista —dijo de pronto mi madre, interrumpiendo mis pensamientos. Sonreía mientras se secaba las manos en el delantal, ajena, al menos en apariencia, al torbellino que flotaba en mi mente.

—Claro, ahora voy —respondí, haciendo ademán de moverme.

—Espera, hija… —añadió de pronto.

Levanté la vista y me encontré con su mirada. Esa mirada suya, tranquila pero incisiva, que siempre había tenido la inquietante capacidad de indagar en mi interior, como si pudiera leer lo que yo me empeñaba en esconder.

—¿Qué te pasa? Desde que has llegado te noto apagada —declaró, sin rodeos.

—¿Qué dices, mamá? No me pasa nada —negué, esbozando una sonrisa algo falsa.

Ella no pareció convencida.

—Es algún problema con Julia, ¿verdad? —insistió.

Durante un segundo tuve la tentación de contárselo todo. De dejar caer mis defensas, de refugiarme en sus brazos como cuando era niña y volvía del colegio con un disgusto que entonces me parecía el fin del mundo y ahora me resultaba irrisorio.

Pero no lo hice; era preferible mantener la farsa unos meses más.

—Qué va… con Julia todo va bien —dije al fin, con la mentira medio atragantada en la garganta—. Simplemente está con muchísimo trabajo y he decidido pasar un tiempo con vosotros hasta que ella se coja vacaciones…

Mi madre frunció ligeramente el ceño, sopesando mis palabras, pero no insistió de inmediato. Inspiró hondo antes de hablar de nuevo.

—Sé que algo te pasa, hija —dijo con suavidad—. Pero si habéis tenido un desencuentro, mi intuición me dice que os reconciliaréis. Se nota que tenéis algo muy especial.

Sí, se nota muchísimo, pensé, mientras reía por dentro con una risa amarga, sarcástica, que no me atreví a dejar escapar.

Mi madre, con toda su percepción y experiencia, no podía estar más lejos de la realidad. Probablemente se caería redonda del susto si le contara la verdad desde el principio.

Sonreí apenas y asentí mientras colocaba los platos sobre la mesa, esforzándome por aparentar normalidad, al tiempo que maldecía en silencio el día en que el destino había puesto frente a mí a Julia Rocafort y su maldita propuesta.

JULIA.

—Señora, la comida ya está lista —anunció Joana desde la puerta del salón—. Y también le he dejado preparada la cena, en un táper, en la nevera.

—Gracias, Joana —respondí sin levantar la vista del libro que me estaba leyendo.

Normalmente, los sábados solía comer fuera, en algún restaurante del centro o en el club. Pero aquel día prefería quedarme en casa y le había pedido a Joana que me preparara algo. No me apetecía socializar. Mis amigos de siempre, o los conocidos del club, de pronto me parecían vínculos huecos, presencias repletas de pura frivolidad y carentes de interés.

Joana dudó un instante, como si estuviera calibrando si debía o no decir lo que tenía en mente.

—Se echa de menos a los perrillos… —comentó finalmente, con un tono que parecía un tímido intento de conversación.

No estaba yo para charlas, pero cerré el libro despacio.

—Sí… se los echa de menos —admití, con resignación.

Joana no se dio por satisfecha.

—Y a la señora Sofía también —añadió con gesto tímido—. ¿Cuándo va a volver?

—Pronto —mentí, sin pensarlo demasiado.

¿Pronto cuándo? ¡Y yo qué sabía! Sofía llevaba dos semanas fuera y ni siquiera se había dignado a contactar conmigo, ni a decirme cuándo pensaba regresar. Empezaba a ser irritante.

Joana asintió, aunque su expresión dejaba claro que no estaba del todo convencida.

—Pues me voy ya, si le parece. Que tenga buen fin de semana…

—Gracias, Joana. Buen fin de semana a ti también —respondí, volviendo a abrir el libro con la firme intención de perderme en su historia.

No lo conseguí.

La simple mención de Sofía había bastado para desestabilizarme otra vez. Las letras empezaron a bailar ante mis ojos, sin sentido. Cerré el libro de golpe y me levanté, sin saber muy bien qué hacer conmigo misma. ¿Comer? ¿Salir a dar un paseo? ¿Ir al gimnasio? ¿Al club?

Dios… ¿qué me pasaba?

Lo supe al instante: de pronto odiaba quedarme sola en aquella casa. Era demasiado grande, demasiado silenciosa. Echaba de menos el sonido de las patas de los perros contra el parqué, el murmullo constante de su presencia. Y, aunque me costara admitirlo, también echaba de menos el gesto sonriente de Sofía, su manera despreocupada y alegre de vivir la vida, como si cada día fuese una especie de tesoro que hay que valorar.

Sacudí la cabeza, enfadada conmigo misma, tratando de expulsar esos pensamientos lejos de mí.

Me estaba volviendo débil. Estaba dejando que las emociones me dominaran, y eso era algo que no podía, ni quería, tolerar. Nunca, jamás, había dependido emocionalmente de nadie, y esa independencia me otorgaba la libertad más absoluta a la que un ser humano podía aspirar: la de actuar sin ataduras, la de decidir cada paso sin rendir cuentas a nadie. Y ahora, de pronto, reconocía, con un atisbo de temor, que quizá estaba empezando a perder el control sobre la única cosa que siempre había considerado inamovible: mi fortaleza interior.

De pronto sentí la imperiosa necesidad de salir de casa y, sin pensar demasiado, me calcé unas deportivas cómodas y salí a la

calle. Caminé sin rumbo fijo, dejando que las piernas me llevaran donde quisieran, como si la ciudad misma supiera hacia dónde necesitaba ir.

Acabé, casi sin darme cuenta, en el parque donde a veces acompañaba a Sofía a pasear con los perros. Era un lugar que antes me parecía una simple zona verde llena de caminos; ahora, en mi soledad, me ofrecía algo distinto: un refugio silencioso, un espejo de lo que echaba de menos. Me detuve en medio del sendero principal y observé con atención a los demás.

Había parejas paseando de la mano, familias que reían mientras los niños corrían y gritaban entre los árboles, perros persiguiéndose unos a otros con alegría desbordada. Por primera vez en mi vida, me sorprendí cuestionando todo aquello que hasta entonces había considerado primordial: el poder, el dinero, la admiración ajena por mis logros profesionales… ¿y si todo aquello no era, en el fondo, más que una ilusión? Tal vez Sofía tuviese razón, y la vida no consistía únicamente en ganar, en controlar, en imponerse, sino en esos momentos efímeros, pero irrepetibles, que dejan huella: el calor del sol sobre la piel, una risa compartida, la presencia de alguien que consigue ordenar lo que siempre estuvo disperso…

Era una sensación extraña, casi desconcertante para alguien como yo, que durante casi treinta y cuatro años había medido el éxito en términos de resultados y eficiencia. Y, sin embargo, allí estaba, ubicada de pronto frente a un prisma desconocido, desde el cual la realidad se descomponía en matices que siempre habían estado ahí y que yo, hasta entonces, no había sabido o querido ver.

Me quedé allí un buen rato, sin hacer nada en particular: mirando, respirando, dejando simplemente que el tiempo transcurriera, hasta que decidí iniciar el camino de vuelta con paso tranquilo. Ya en casa, cogí el teléfono con la intención de escribir a Sofía, aunque, ¿qué debería decirle? ¿Que vuelva? ¿Que la echaba de menos? ¿O algo más neutro, un "¿cómo estás?" que no me delatara?

Escribí y borré el mismo mensaje una y otra vez, tantas que perdí la cuenta. Ninguna versión me parecía adecuada; o me dejaban expuesta o parecían frías, impersonales. Al final, lancé con rabia el teléfono contra el sofá, desistiendo de mi empeño.

¡Al diablo!

¿Por qué tenía que ser yo la que diera el primer paso? Era ella quien se había ido sin avisar, rompiendo, al menos en parte, el acuerdo que teníamos.

Aquella noche me fui a la cama con una idea de lo más inquietante: por primera vez en mucho tiempo me sentía vulnerable ante algo, o, mejor dicho, ante alguien.

Y no me gustó.

CAPÍTULO 23.

SOFÍA.

El proyecto de mi tesis doctoral, abierto en varias ventanas en la pantalla de mi portátil, aparecía rodeado de notas y artículos subrayados en distintos tipos de letras. Llevaba ya un buen rato trabajando en él, leyendo, corrigiendo, añadiendo observaciones al margen y borrando de tanto en cuanto un párrafo entero hasta que, sin darme cuenta del cómo ni del porqué, mis manos dejaron de obedecerme y, como si tuvieran voluntad propia, minimizaron el documento, abrieron el navegador y entraron en Google. Cuando vi el cursor parpadear en la barra de búsqueda, ya era demasiado tarde.

Escribí su nombre.

Julia Rocafort.

Dejé el cursor suspendido unos segundos sobre la barra, como si ese gesto pudiera detenerme. Sabía, por supuesto, que Julia aparecía de vez en cuando en la prensa económica por diversos motivos: acuerdos, inversiones o incluso por alguna que otra conferencia a la que asistía. Al pulsar el botón de *Enter*, los resultados se desplegaron ante mí con una normalidad insultante. No había ninguna novedad, nada reciente. Sin embargo, abrí una noticia de meses atrás. En ella aparecía una fotografía de Julia con un grupo de inversores mexicanos, todos trajeados, sonrientes. Ella destacaba sin esfuerzo con su belleza serena, contenida, casi distante. La expresión de su rostro era tranquila, y su postura segura, con ese aire de estar exactamente donde debía estar, como si el mundo a su alrededor se organizara solo para servirle de fondo.

Sentí una punzada de algo que no supe nombrar. Admiración, quizá. Rabia. Nostalgia. Todo a la vez.

Entonces fui consciente de lo que estaba haciendo.

Cerré el portátil de golpe, con un ruido seco que resonó en todo el salón, y me enfadé conmigo misma como no lo había hecho en días. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué seguía castigándome así? No quería pensar ni un minuto más en ella, en esa cretina que ni

siquiera se había molestado en enviarme un mísero mensaje de móvil.

La odiaba. La odiaba profundamente por su desinterés, por esa desidia elegante que rozaba el desdén, por su capacidad de seguir viviendo como si nada, como si lo ocurrido conmigo no hubiera dejado en ella la menor huella.

Mi padre, repantigado en el sofá y absorto en una película que seguía con auriculares para no molestarme, levantó la vista al notar mi gesto, sorprendido.

—¿Te pasa algo, hija?

—Nada, papá —contesté demasiado rápido—. Nada. Que hoy no me concentro, no sé por qué.

Sonrió, indulgente.

—Pues para y vente a ver la peli conmigo, anda.

—Luego vemos otra —me excusé, levantándome para salir un rato al jardín.

El sol de la tarde me recibió con una calidez casi palpable. Cerré los ojos y dejé que me acariciara la cara, los brazos, como si pudiera borrar mis últimos pensamientos a base de luz. Respiré hondo. Me juré, con una solemnidad un poco ridícula, que conseguiría ser inmune a Julia Rocafort. Tarde o temprano. No podía ser tan difícil.

Media hora después volví a entrar en la casa.

Me senté frente al ordenador y levanté la tapa. La pantalla se iluminó y allí estaba, como si nunca se hubiera ido: la foto de Julia con los mexicanos abierta frente a mí, con su rostro mirándome desde el centro de la imagen. Permanecí inmóvil unos segundos. Luego, contra toda lógica y traicionando descaradamente mi reciente juramento, seguí buscando noticias relacionadas con ella. Eventos, entrevistas, imágenes robadas de cenas formales, primeros planos cuidadosamente seleccionados.

Y mientras lo hacía, pensé, con una mezcla de ironía y cansancio:

Si es que no tengo remedio, joder.

CAPÍTULO 24.

JULIA.

Me encontraba lista para salir y enfrentar un nuevo día de trabajo. Aun así, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, llevaba ya un buen rato detenida frente al espejo del vestíbulo, contemplando con una atención casi excesiva la imagen impecable y ordenada que el reflejo me devolvía.

Vestía un traje de verano de Adolfo Domínguez que me ajustaba a la perfección: el corte impecable, la caída medida al milímetro, sin una sola arruga fuera de lugar. El cabello recogido con sobriedad, el maquillaje exacto. Julia Rocafort, sin fisuras.

Traté de moverme, de hacer el amago de salir a la calle. El chófer me estaría ya esperando, pero era como si una mano invisible me sujetara desde dentro, impidiéndome cruzar la puerta.

¿Qué era aquella resistencia silenciosa y absurda que me mantenía clavada frente a mi propio reflejo?

Quizá tenía que ver con mi reciente insomnio. Llevaba días durmiendo mal, y cada noche era peor que la anterior. Me acostaba agotada y me despertaba con la sensación de no haber descansado en absoluto. En el trabajo me costaba concentrarme: los informes se me escapaban entre los dedos, las reuniones me irritaban y cualquier contratiempo, por mínimo que fuera, me sacaba de quicio. Tenía un humor de mil demonios, y lo sabía.

Incluso Bernat lo había notado. Mi secretario, siempre tan discreto, tan en su sitio, el día anterior se había permitido —con una cautela casi entrañable— preguntarme si me encontraba bien. Aquello, más que cualquier otra cosa, había activado todas mis alarmas.

No, no me encontraba bien.

Estaba harta de echar de menos a esa idiota con la que me había casado casi a la fuerza y sin la cual ahora parecía no saber ni dormir.

—Definitivamente, no soy la que era… —murmuré al espejo.

Pensé en mi padre. Si pudiera verme, estaría muerto de risa. Él, que había hecho de la fortaleza una religión y del autocontrol una virtud suprema.

Permanecí unos segundos inmóvil, hasta que el sonido de unos pasos me sacó de aquel incómodo trance.

Antonia, la señora de la limpieza, apareció por el pasillo. No sabía que yo seguía allí.

—¿Quiere que la ayude en algo? —preguntó, sorprendida.

La miré y, sin pensarlo demasiado, tomé una decisión que probablemente llevaba días gestándose en algún lugar impreciso de mi cabeza.

—Sí, por favor —dije—. He decidido que me voy hoy de vacaciones. ¿Me ayudas a hacer las maletas?

Me observó con una mezcla de extrañeza y rapidez profesional.

—Por supuesto —respondió—. ¿Quiere que le diga al chófer que la espere?

—No. Dile que tiene vacaciones desde hoy. Joana y tú también, hasta septiembre.

Antonia asintió, y no consiguió ocultar del todo un matiz de alegría en la voz al responder:

—De acuerdo, ahora mismo subo a ayudarla.

¿Sabía lo que hacía? Para nada, pero algo me decía que no podía actuar de otra manera.

Cuarenta y cinco minutos después estaba cargando las maletas en el portaequipajes del Cayenne. Todo había ocurrido con una fluidez mecánica, como si mi cuerpo supiera exactamente lo que tenía que hacer, aunque mi cabeza fuera todavía una especie de campo de batalla. Arranqué el coche y salí sin mirar atrás, rumbo a Cambrils.

En cuanto salí de la ciudad, activé el manos libres y llamé a Bernat.

Su voz, siempre precisa y mesurada, respondió enseguida.

—Buenos días, Julia… ¿pasa algo?

—No, tranquilo —contesté, intentando sonar casual, aunque notaba el cosquilleo de adrenalina en el estómago—. Solo quería decirte que he adelantado mis vacaciones y me voy hoy.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Pude percibir su sorpresa contenida.

—¿Hoy? —dijo finalmente—. Creía que te ibas la semana que viene, el uno de agosto.

—Ya, pero he cambiado de idea —contesté con firmeza.

Su voz se tornó más seria, un poco vacilante.

—¿Y qué hago con las reuniones programadas para esta semana?

—Posponlas todas para septiembre —respondí—. Y las que no se puedan posponer, que vaya Oriol en mi lugar. Él se queda al frente de la empresa durante todo agosto.

Se hizo un silencio más largo que el anterior. Podía imaginarlo allí, con el ceño fruncido, procesando la noticia.

—¿Y la comida de mañana con el concejal de medioambiente…?

—Ofrécele mis disculpas —contesté con tono firme—. Inventa algo y fija otra fecha para septiembre. Envíale una caja de vinos o algo así para que no se moleste.

—De acuerdo… —dijo, aún con hilo de sorpresa en la voz. Luego añadió, en tono dubitativo:

—¿Estarás en Begur todo el verano?

—En principio, sí —respondí, casi sonriendo sin darme cuenta.

—Bueno… —su voz se suavizó un poco—. Que tengas unas buenas vacaciones, entonces.

—Gracias, Bernat. Dile a Oriol que no me moleste salvo por cosas muy importantes, por favor. Quiero desconectar.

—Tranquila, se lo diré.

—Perfecto. Y Bernat… que tengas también unas buenas vacaciones.

Después apoyé una mano sobre el volante y respiré hondo, sintiéndome, contra todo pronóstico, extrañamente feliz mientras la carretera se extendía frente a mí, bañada por la luz de la mañana.

Pensé en Sofía. Por un instante quise llamarla, avisarla de mi llegada, preparar el terreno… pero no lo hice. En cierto modo, tenía miedo. Miedo de cómo me recibiría. ¿Y si, después de todo lo ocurrido, ya era tarde para recomponer el extraño vínculo que habíamos llegado a construir? De pronto me aterraba esa posibilidad. ¿Podría ser?

Sacudí la cabeza ligeramente y volví a concentrarme en la carretera. Pronto saldría de dudas, y hasta entonces, lo único que importaba era llegar a salvo a mi destino.

Dos horas después, aparqué el coche justo frente al muro de cal blanca que rodeaba la casa de los padres de Sofía. Mi corazón latía con fuerza, como un tambor completamente descontrolado. Hacía

tiempo que no estaba tan nerviosa. Me reprendí mentalmente: *Julia, que no eres una criatura de 6 años, por Dios.*

Bajé del coche y apoyé las manos sobre la carrocería delantera unos segundos, respirando hondo. Luego caminé hacia la puerta, pulsé el timbre y esperé.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió y apareció la madre de Sofía. Su expresión mostró sorpresa al verme, pero pronto sonrió y me saludó con dos besos cordiales.

—¡Julia, qué alegría! —exclamó, con calidez—. No te esperábamos.

Un suspiro de alivio escapó de mí; temía que Sofía le hubiera contado algo de lo ocurrido entre nosotras, pero el modo en que su madre me recibía no indicaba nada de ello.

—Ya… ya —respondí, titubeando—. Es que… ejem, quería darle una sorpresa a Sofía.

Una sorpresa… pensé. Lo mismo me recibía con un palo, y no sin razón. Era consciente de que me había comportado como una imbécil, de que la había ofendido, de que había menospreciado sus sentimientos.

—Se ha ido al paseo marítimo a dar un paseo con los perros —explicó su madre—. ¿Prefieres ir a buscarla o esperar aquí?

—Mejor voy a buscarla —dije de inmediato.

Prefería un terreno neutral para el encuentro.

Ella asintió con la cabeza antes de hablar de nuevo.

—Sé que habéis tenido algún problema… —dijo, observándome atentamente—. Conozco a mi hija, y la noto un poco apagada desde que llegó.

No supe qué decir y opté por guardar silencio.

—En realidad, algo me dice que sois tal para cual —continuó, con una voz que mezclaba dulzura y advertencia—. Ve a buscarla, pero… —se detuvo un instante, buscando, quizá, las palabras adecuadas—. Como le hagas daño alguna vez, te saco las tripas, ¿entendido?

Durante unos segundos permanecí en silencio, descolocada, procesando su advertencia. Finalmente, dije:

—Tranquila, no se lo haré… —y, con un hilo de voz más suave, añadí—. ¿Sabes?, me hubiese encantado tener una madre como tú.

Ella me miró fijamente a los ojos, como si pudiera leer mi interior, y tras unos instantes, sonrió. Fue aquella una sonrisa profunda, comprensiva, casi vidente. Y entonces dijo algo que me sorprendió:

—La tienes, querida, la tienes.

Me abrazó con fuerza, y yo me dejé envolver por aquel calor que sentí como un refugio seguro; después de todo, era el primer abrazo maternal que recibía en mi vida.

—Ve por ella —susurró, apretando mis brazos con firmeza antes de separarse.

No me lo hice repetir dos veces y me encaminé hacia el paseo marítimo dando un paseo. Tenía una idea clara de dónde podría estar Sofía y me dirigí directamente a su heladería favorita, esa que vendía los helados de pistacho que tanto le gustaban. No me equivoqué. Desde lejos la vi sentada en la terraza, concentrada en su móvil, con la tarrina de helado ya vacía a su lado. Los perros permanecían a su alrededor, tumbados con aire aburrido, como si la espera les resultara eterna. Durante unos instantes me quedé observándola desde lejos, en silencio, pensando que, incluso si no la conociese, su presencia me habría llamado la atención de todos modos. Había en ella una belleza natural, despreocupada, la de quien no es consciente del efecto que provoca en los demás y, precisamente por eso, llama la atención aún más.

Al acercarme, fueron los perros los primeros en percatarse de mi presencia. Ladraron con nerviosismo y alegría desbordada, tirando de sus correas hacia mí.

—Tranquilos, pandilla de lisiados —saludé, intentando calmarles un poco, comprendiendo, de pronto, cuánto les había echado de menos.

Sofía me miraba con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo un fantasma. Su rostro mostraba sorpresa, desconcierto y quizá una pizca de incredulidad.

Me senté en la terraza sin dejar de acariciar a los perros. Sus cuerpos cálidos y confiados parecían suavizar la tensión que flotaba en el aire. Agradecí internamente su presencia; hacían que aquel primer contacto con Sofía fuera menos cortante de lo que habría sido sin ellos.

Ella cruzó los brazos en actitud defensiva antes de decir:

—No te esperaba.

—Ya imagino… —respondí, y de pronto me quedé sin palabras. No sabía qué decir, ni cómo actuar, ni siquiera cómo respirar. ¡Idiota!, me reproché, aunque ¿cómo actuar en casos como ese? No es que tuviese demasiada experiencia al respecto.

—¿Por qué no me avisaste de que venías?

—Digamos que ha sido una decisión algo improvisada…

—¿Improvisada?, ¿tú? —preguntó entonces con un tono de voz en el que se mezclaban el reproche y una curiosidad mal disimulada.

No respondí. Me limité a encogerme de hombros en un gesto ambiguo, capaz de significar cualquier cosa, mientras me apartaba un mechón de pelo y lo colocaba detrás de la oreja.

—Dime —insistió, haciendo girar distraídamente la tarrina vacía de helado entre los dedos—, ¿a qué se debe tu visita?

Me tomé un segundo más de la cuenta antes de contestar.

—Pensé que podríamos quedarnos un par de días aquí, con tus padres, y después irnos a Begur para pasar allí el resto de las vacaciones.

Ella alzó ligeramente una ceja y dejó de jugar con la tarrina.

—Entiendo… —dijo, con una ironía suave pero inconfundible—. Supongo que toca seguir el guion.

—No exactamente —respondí, llevándome de nuevo la mano al pelo con cierto nerviosismo, incapaz de evitar aquel gesto.

—¿Cómo que no exactamente? —preguntó, mirándome con atención, visiblemente sorprendida.

—En realidad… vengo a hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Sí, una propuesta —confirmé, obligándome a recuperar el control de la situación. Había cerrado acuerdos comerciales millonarios en despachos hostiles; no podía ser tan complicado negociar un acuerdo sentimental. ¿O sí?

—Explícate —exigió, seria, sin apartar los ojos de mí.

Tomé aire.

—He pensado que podríamos mantener una relación auténtica, sin fingimientos —dije con toda la seguridad de la que fui capaz—. Es

decir, sin fecha de caducidad.

Sofía me observó durante unos segundos que se hicieron eternos. Había sorpresa en la expresión de su rostro, pero también cautela.

—¿Y eso por qué? —preguntó al fin—. Tú no crees en las relaciones serias...

—Puedo empezar a creer.

—¿Empezar a creer? —repitió con cierto retintín.

—Vivimos en un país libre, donde una puede cambiar de opinión, ¿verdad? —repliqué, conteniendo un deje de molestia por el tono burlón con que había recibido mi propuesta—. Serías mi mujer a todos los efectos…

—A todos los efectos… —murmuró ella, casi para sí, calibrando cada palabra.

—Sí… ya me entiendes —respondí, de pronto un poco incómoda.

—¿Y qué hay de la fidelidad, por ejemplo? —preguntó sin rodeos—. Tampoco crees en ella… ¿o ahora sí, milagrosamente?

Suspiré por dentro, aunque entendía que quisiera aclarar los términos del acuerdo.

—Sería una relación basada en la fidelidad, ¡palabra! —contesté, escueta, esperando que, al menos de momento, bastara como explicación.

Sofía apartó la mirada. Durante unos instantes pareció ausente, acariciando distraídamente la enorme cabeza de Brutus.

—Resumiendo —dijo al fin—, me ofreces una relación auténtica, sin fecha de caducidad y con fidelidad. ¿Es eso?

—Eso es —respondí, satisfecha, convencida de que, por fin, habíamos llegado a un entendimiento.

—Mi respuesta es no.

¿Perdón?

—¿No? —repetí, incrédula—. ¿Cómo que *no*?

Su expresión era firme e intuí que su negativa no era un farol. La garganta se me cerró de golpe y, por un instante, temí que el aire se negara a entrar en mis pulmones. ¿Cómo había podido equivocarme tanto? Hubiera jurado que eso era exactamente lo que ella quería.

—No me interesa tu oferta, Julia —aclaró con una calma demoledora—. Prefiero ceñirme a lo que acordamos desde el

principio: una relación cordial y, pasado un año desde la boda, el divorcio.

—Pero… ¿por qué? —balbuceé, completamente desconcertada.

—Porque, simplemente, no me interesa —repitió, tajante, sin intención de añadir nada más, como si me hubiera dado suficientes explicaciones. Después agarró las correas de los perros y dijo: —¿Nos vamos ya?

El camino de vuelta lo recorrí en estado de shock, atrapada en el eco de su negativa, mientras ella, con total normalidad, me preguntaba por Antonia y por Joana, como si acabara de rechazarme con la misma indiferencia con la que se rechaza un café mal servido.

Lo admito: me dolió. Me dolió como una herida abierta a la que alguien ha decidido sádicamente echar un buen puñado de sal.

Cuando llegamos a la calle donde vivían sus padres, algo se rebeló en mi interior. Esa obstinación que me había acompañado toda la vida, la misma que jamás aceptaba una derrota o un no por respuesta, despertó con la fuerza de un huracán. Y, de pronto, como una revelación tardía, una idea se encendió en mi cabeza.

Tal vez había enfocado mal aquel asunto. Tal vez el amor no se pactaba, no se negociaba, no se blindaba con cláusulas. Tal vez los acuerdos amorosos se cerraban a pecho descubierto, sin garantías ni red de seguridad, y tal vez, por primera vez en mi vida, tenía que arriesgar más de la cuenta.

Tal vez.

Al llegar a la puerta del jardín me detuve. Miré a mi alrededor: la calle estaba desierta, suspendida en una quietud casi irreal, como si el mundo entero hubiese decidido concedernos completa intimidad.

—Espera —dije, sujetando a Sofía del brazo con suavidad, lo justo para que se detuviera.

Ella se giró hacia mí. Su mirada era inquisitiva, curiosa, expectante.

—Hay algo que no te he dicho…

—Te escucho.

Respiré hondo. Sentí el peso de mi propio cuerpo balancearse ligeramente de un pie a otro, como si hasta mi equilibrio dependiera de lo que estaba a punto de decir.

—Estoy enamorada de ti —admití al fin.

Las palabras se desprendieron de mis labios con fuerza, desnudas y sin retorno. No había estrategia ni preparación. Nunca las había pronunciado antes de ese momento, pues nunca las había sentido por nadie más.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, con un hilo de incredulidad, como si necesitara oírlo de nuevo para cerciorarse de haber escuchado bien.

—Que estoy enamorada de ti —repetí, sin apartar la mirada.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé con exactitud —admití—. Puede que desde que fuimos de viaje a Begur, después de la boda; ahí ya se me pasaron ciertas ideas por la cabeza…

—Vaya… te has tomado tu tiempo para decir algo al respecto, ¿no crees?

—Es que no sabía que podía pasarme a mí, ¡lo juro! —reconocí con total sinceridad, sin ambages. Sabía que había llegado el momento de rendirme a la verdad, de desnudar no solo mis palabras, sino también mis emociones.

El aire se volvió más denso, casi palpable. El murmullo lejano de la brisa, el canto disperso de los pájaros, incluso el latido de mi propio corazón, parecieron atenuarse, como si alguien hubiese bajado el volumen del mundo. Todo se redujo a ese instante suspendido —o quizá fueron minutos— de irrealidad absoluta, de silencio cargado, de una espera que contenía todas las posibilidades.

Sofía me sostuvo la mirada con una intensidad que parecía querer leer mis pensamientos más profundos, hasta que, finalmente, arqueó una ceja con un gesto que era a la vez burlón y sorprendentemente emotivo.

—Pues entonces, bésame de una vez, pedazo de imbécil —dijo con una sonrisa conquistadora que desarmó cualquier resto de duda y me dejó sin aliento.

Reconozco que suspiré de puro alivio, y supe que, si el concepto de felicidad absoluta existía, tenía que parecerse mucho a lo que sentía en aquel preciso instante, en el que nuestros labios se encontraron con una mezcla de pasión contenida y emotividad infinita, como si

fuese la primera vez que nos besábamos. Durante unos instantes, no existió más que aquel contacto, aquella entrega silenciosa y sincera.

Nos separamos apenas un suspiro después, jadeantes y temblorosas, cuando una voz masculina interrumpió la magia del momento:

—¡Sofía! ¡Julia! ¿Estáis ahí? ¡¿Por qué no entráis?!

Era el padre de Sofía, que debía de estar por el jardín de la casa.

Nos miramos, apuradas, conscientes de que aún había mil cosas por decir, por confesar, pero, por el momento, tendrían que esperar.

—¿Entramos? —preguntó Sofía con una sonrisa cómplice que decía más que mil palabras.

Asentí, todavía sintiendo el sabor de su boca en mis labios.

SOFÍA.

—¿Una partidita más? —propuso mi padre, barajando con maestría las cartas.

¡Dios santo!, ¿en qué momento se me ocurrió enseñarles a mis padres a jugar al Uno? Ya era casi medianoche, y lo único que deseaba era retirarme con Julia a mi habitación de una maldita vez. Apenas había podido pasar un minuto a solas con ella desde su llegada, pues mis padres tenían esa capacidad inquietante de aparecer en el momento más inoportuno, y aunque Julia se lo tomaba con calma, yo imaginaba que estaría tan deseosa como yo de quedarse a solas conmigo.

Julia.

¡Julia!

Llevaba todo el día observándola de reojo, preguntándome una y otra vez si de verdad estaba allí, si las palabras que me había dedicado eran reales o producto de mi imaginación.

"Estoy enamorada de ti".

¿Era cierto? Sí. Tenía que serlo.

—No, papá, que Julia está cansada y yo me caigo de sueño —me excusé, intentando parecer somnolienta, aunque mentía como una bellaca; estaba más despierta que nunca en mi vida, con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Es verdad, Carlos, ya es suficiente por hoy. Las niñas están cansadas —intervino mi madre, mirándome con gesto comprensivo —. Mañana será otro día.

¿Niñas?, pensé. Me veía con cincuenta y todavía me llamarían niña.

—Está bien —claudicó mi padre, resignado—. Pues venga, a la cama. Mañana será otro día, sí.

—Claro, ya jugaremos más —respondió Julia, amable, pero yo podía imaginar su alivio bajo la superficie. Sus ojos brillaban con la misma impaciencia que la mía.

—¿Puedes sacar a los perros un momento al jardín, papá? Luego que duerman en el salón, que arriba hace más calor…

—Sin problema —asintió mi padre, con expresión complaciente.

Minutos después, tras las típicas despedidas de buenas noches, cerramos, por fin, la puerta de mi dormitorio a nuestras espaldas. El clic del pestillo fue como una señal de que, al fin, el mundo exterior quedaba atrás.

La luz cálida de la lámpara de la mesilla trazaba sombras suaves sobre las paredes, y el cuarto pareció recogerse sobre sí mismo hasta centrarse únicamente en nuestras respiraciones. Todo lo demás desapareció, incluso el tiempo quedó suspendido en una burbuja frágil y perfecta, temiendo, quizá, romper la intensidad del momento.

Me apoyé contra la puerta, conteniendo un suspiro, mientras Julia me miraba con una intensidad que quitaba el aliento.

—Por fin —musité, más para mí misma que para ella.

Julia se acercó lentamente, cerrando la distancia entre nosotras, y pude notar el calor de su cuerpo antes incluso de sentir sus manos sobre mi cintura.

La besé con una urgencia profunda, casi primitiva, consciente de que necesitaba su cuerpo, su tacto, su piel bajo mis manos, como la tierra reseca necesita la lluvia tras una sequía interminable.

—¿Me quieres? —susurré, separándome apenas unos centímetros de su boca, lo justo para poder hablar sin deshacer el abrazo.

—Te quiero —respondió de inmediato.

Lo dijo sin titubeos, con esa media sonrisa suya, ligeramente burlona, que tantas veces me había irritado en el pasado y que, en

ese instante, me resultó irresistible. Había en su expresión una mezcla extraña de seguridad y vulnerabilidad, como si llevara todo el día cruzando una frontera invisible, y supe entonces que no eran palabras dichas a la ligera. Seguramente era la primera vez que Julia Rocafort se las dedicaba a alguien.

Ya en la cama, continuamos besándonos con una calma serena, alargando aquel instante y disfrutando de cada segundo.

En un momento dado, Julia se inclinó hacia mi oído y, con la voz baja, casi vulnerable, susurró:

—Y tú… ¿me quieres?

Sonreí, con su rostro tan cerca que su respiración se entrelazaba con la mía.

—Lo sabes de sobra, caradura…

Ella rio suavemente y apoyó su frente contra la mía.

Sí, lo sabía de sobra.

EPÍLOGO.

8 meses después.

El sol de mediodía inundaba mi despacho, iluminando la estancia y evidenciando la pulcritud de cada rincón. Aquella mañana llevaba un buen rato repasando una serie de documentos, concentrada entre cifras y cláusulas, cuando, de repente, escuché la puerta abrirse sin previo aviso.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro. Solo había una persona que osaba entrar en mi despacho sin llamar antes. Levanté la vista y comprobé que, efectivamente, se trataba de Sofía.

Iba vestida con pantalón de vestir, camisa impecable y un abrigo fino que la hacía lucir elegante y natural a la vez. Como siempre, estaba guapa.

—Vaya, ¡qué sorpresa! —dije de inmediato. No era habitual que Sofía se presentara en la empresa así, sin avisar, aunque tampoco es

que me molestara precisamente; todo lo contrario.

—¡Hola! Es que he quedado dentro de un rato con mi preparador de tesis y he pensado en venir un momento para saludarte y, de paso, comentarte una cosa… —contestó enseguida, adentrándose en la amplia sala con decisión.

—¿Comentarme qué? —pregunté, intrigada, haciéndole un leve gesto con la mano para que se acercara. Ella obedeció sin dudar, inclinándose hacia mí para unir sus labios a los míos en un beso breve, contenido, pero cargado de una intensidad que me dejó sin aliento. Me habría gustado que el contacto durara más, pero de pronto se apartó para sentarse en uno de los dos sillones ubicados frente a mi escritorio, como buscando marcar distancias. —¿Y bien…? —insistí.

Algo en su rostro cambió. Su sonrisa se desvaneció y sus ojos se volvieron serios.

—Verás… No te quiero quitar tiempo, pero hay algo que quería decirte —empezó—. Esta mañana te fuiste demasiado rápido de casa como para hacerlo.

Una luz de alarma se encendió en algún lugar remoto de mi cabeza.

—¿De qué se trata?

—Se trata de la salida que hice ayer con Lara y el resto… —aclaró, bajando la mirada.

Recordé entonces que la noche anterior había salido con sus amigas a celebrar el cumpleaños de Mireia y no había llegado a casa hasta bien entrada la madrugada.

—¿Qué ha pasado? —volví a preguntar, tratando de mantener la calma, aunque empezando a imaginar mil cosas, cada una peor que la anterior.

—Lo primero de todo… por favor, no te enfades —continuó diciendo con un gesto compungido que me disparó el corazón.

¡Demonios!, todo había ido tan bien desde el verano… ¿qué podía haber pasado? ¿Acaso…? No, no quería ni pensarlo.

—Dime de una vez qué ha ocurrido y deja de dar tantas vueltas, ¡santo cielo! —exigí con voz firme y gesto helado.

—Está bien, te lo cuento —cedió por fin—. Ayer salimos hasta tarde, bebimos un poco y… digamos que tuve una pequeña

debilidad. Pero no te lo tomes mal, ¿eh? —añadió con un deje travieso que me hizo intuir de qué se trataba. Odiaba cuando intentaba tomarme el pelo.

—¡Ay, Dios! —exclamé, suspirando, en el fondo, de alivio—. ¿No me digas que te has encontrado otro perro?

Aún tenía muy presente la última "adquisición" que había llevado a casa: un sabueso con problemas de piel que había encontrado vagando en la carretera y cuya principal afición era destrozar todas mis zapatillas de deporte.

—No, tranquila —negó de inmediato—. En realidad, se trata de un gato.

—¿Un gato? —repetí, elevando los ojos al cielo—. ¿Cómo que un gato…?, ¿dónde está?

—Lo he dejado en el cuarto de la lavadora hasta que lo presente adecuadamente a los perros… van a ser hermanos.

—¿Hermanos? —. Traté de resistirme a la idea, aunque conocía lo suficientemente bien a Sofía como para saber que no iba a ganar aquella batalla—. Creía que, con cuatro perros, íbamos más que servidas…

Ella se levantó de su asiento y se sentó sobre mis rodillas, con esa naturalidad que siempre me desarmaba.

—Venga, cariño —dijo suavemente—, el pobrecito estaba abandonado y hambriento. No podía dejarlo así… además, estaba justo al lado de mi coche. Eso es una señal, ¿o no?

—Si tú lo dices…

—He pensado que podemos llamarlo Mickey.

—Dios mío… —murmuré, sabiendo que solo me quedaba el recurso del pataleo—. ¿No es suficiente con que me tengas financiando todos los refugios de animales de Cataluña como para que me sigas llenando la casa de bichos pulgosos?

—¡Deja de quejarte tanto! —replicó, divertida—. Además, en breve nos mudamos y van a tener un jardín enorme para jugar.

—Sí… —admití, con un hilo de preocupación en la voz—. Eso es lo que me da miedo del cambio de casa: que me metas más bichos...

—Bueno —dijo, acercándose aún más y susurrándome al oído—, sabes que eso va a ser inevitable, mi amor.

Sí, definitivamente, aquella batalla estaba del todo perdida, aunque empezaba a acostumbrarme a ceder ante ella.

Segundos después, cuando su lengua rozó mi oreja, un escalofrío recorrió mi cuello y todo lo demás dejó de tener importancia.

FIN.

Sígueme en Instagram: @victoria.lacaci.com

Si realmente has disfrutado de esta lectura, no dudes en valorarla o incluso dejar una reseña. Disponer de vuestras impresiones es fundamental para cualquier autor, lo anima a continuar y ayuda a otros lectores a elegir entre la variada oferta existente.

---

[1] Léase *Recordarás mi nombre*, de la misma autora